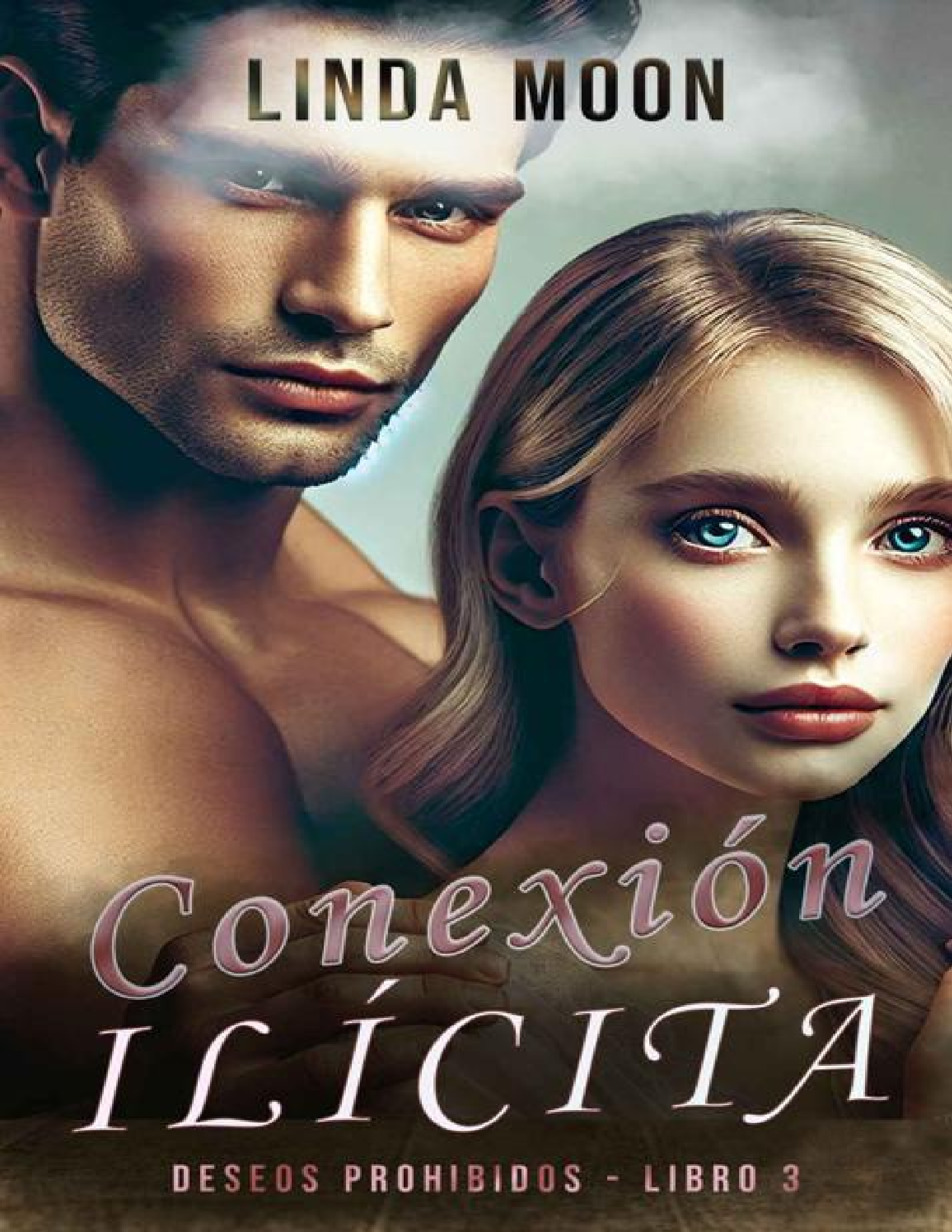

LINDA MOON
Conexión
ILÍCITA
DESEOS PROHIBIDOS - LIBRO 3

Conexión Ilícita

Deseos Prohibidos - Libro 3

Linda Moon



Linda Moon

¿Es fácil doblegar a una persona? Lo veo cuando sus sueños son pisoteados, humillados y deshonrados una y otra vez. Las esperanzas se desvanecen antes siquiera de poder nacer.

En esos momentos, sueño con un amigo mayor y protector, pero en su lugar, me encuentro con un enemigo acérrimo en su propia casa.

Aunque, ¿a quién estoy engañando? No es mi casa, son sus amigos, su familia. ¿Qué pasa cuando él está en todas partes? Es como una seda que esconde una cuchilla: suave por fuera, pero dolorosa por dentro.

Me pregunto si debo huir lo más lejos posible o intentar acercarme. Tal vez, si me sumerjo más en su mundo, pueda tocar su alma. Después de todo, si quitas la cuchilla, lo único que queda es seda.

Copyright © LINDA MOON by Linda Moon

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

Prólogo

Parte I

Capítulo 1: Alexa

Capítulo 2: Alexa

Capítulo 3: Alexa

Capítulo 4: Alexa

Capítulo 5: Alexa

Capítulo 6: Alexa

Capítulo 7: Alexa

Capítulo 8: Alexa

Capítulo 9: Leo

Capítulo 10: Alexa

Capítulo 11: Alexa

Capítulo 12: Alexa

Capítulo 13: Leo

Capítulo 14: Alexa

Capítulo 15: Alexa

Capítulo 16: Leo

Parte II

Capítulo 1: Alexa

Capítulo 2: Alexa

Capítulo 3: Leo

Capítulo 4: Alexa

Capítulo 5: Alexa

Capítulo 6: Alexa

Capítulo 7: Leo

Capítulo 8: Alexa

Capítulo 9: Alexa

Capítulo 10: Alexa

Capítulo 11: Alexa

Capítulo 12: Leo

Capítulo 13: Alexa

Capítulo 14: Leo

Capítulo 15: Alexa

Capítulo 16: Alexa

Capítulo 17: Leo

Capítulo 18: Alexa

Capítulo 19: Alexa

Capítulo 20: Leo

Capítulo 21: Alexa

Capítulo 22: Alexa

Capítulo 23: León

Capítulo 24: Alexa

Parte III.

Capítulo 1: Alexa

Capítulo 2: Alexa

Capítulo 3: Alexa

Capítulo 4: Alexa

Capítulo 5. Alexa

Capítulo 6: Leo

Capítulo 7: Alexa

Capítulo 8: Leo

Capítulo 9: Alexa

Capítulo 10: Leo

Capítulo 11: Leo

Capítulo 12: Alexa

Capítulo 13: Alexa

Capítulo 14: Alexa

Capítulo 15: Leo

Capítulo 16: Alexa

Capítulo 17: Leo

Capítulo 18: Alexa

Capítulo 19: Leo

Capítulo 20: Alexa

Capítulo 21: Leo

Capítulo 22: Alexa

Capítulo 23: Alexa

Capítulo 24: Leo

Capítulo 25: Alexa

Capítulo 26: Leo

Capítulo 27: Alexa

Capítulo 28: Leo

Capítulo 29: Alexa

Capítulo 30: Alexa

Capítulo 31: Leo

Capítulo 32: Leo

Epílogo



Prólogo

El humo lo envuelve todo. Camino hacia la luz, pero el sonido me taladra los oídos, un chirrido intermitente que no me deja pensar.

Siento que la explosión me ha lanzado de nuevo hacia atrás, mareándome. Necesito salir de esta niebla. El chirrido aumenta, como si me rompiera por dentro. Me agacho y me sujeto la cabeza. De repente, una luz brillante y una bocanada de aire fresco.

Parpadeo e intento respirar. No sé dónde estoy. La realidad se disuelve.

Estoy solo.

Estoy en una cama de hospital.

Estoy despierto.

Otra vez. Muevo los dedos, pruebo mi oído y mi vista. Todo funciona. Sigo aquí, sigo vivo. Pero algo en mi interior se ha roto. La explosión lo cambió todo. Tengo la garganta seca, necesito agua. Al menos no tengo tubos en la garganta.

Siento un movimiento. Hay una niña en la mesa, dibujando y murmurando algo en voz baja. No la conozco, pero me parece familiar. Tiene rizos rubios, una horquilla rosa y un jersey rosa.

—¿Quién eres, princesa? —pregunto con voz ronca. Ella se detiene; luego levanta hacia mí sus enormes ojos azules. Hay ternura y fuerza en ellos, una combinación extraña.

Camina hacia mí con confianza.

—Soy Bella. Por fin estás despierto —dice con gravedad—. Has dormido mucho tiempo, papá.

La realidad me golpea como agua hirviendo. No puede ser cierto.

¿He perdido tanto tiempo?

¿La abandoné cuando más me necesitaba?

—Pronto será la hora de comer, y vendrá mamá. Siempre viene aquí a tomar café —dice.

Tengo la garganta seca y los ojos húmedos. Como cuando era niño, cuando mi madre se fue y nunca volvió. Me cuesta volver a respirar. Pero quizá sea normal después de una coma.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunto.

Se sienta a mi lado en la cama.

—Casi todos los días. Pero hace poco León me arañó y ahora tengo un sarpullido. La profesora no me dejó quedarme en la guardería, así que estoy aquí. Es más divertido contigo.

Su parloteo me aplasta el pecho y siento los labios entumecidos. Se me acelera el corazón.

—Papá, ¿me enseñas a montar en bici? Mamá no tiene tiempo y le da miedo que me caiga. Pero tú eres más valiente, ¿verdad?

Su voz se apaga y mi conciencia vuelve a hundirse en una niebla viscosa y pesada.

Para, para, por favor.

De repente, un sonido me devuelve a la realidad. Me regocijo como un niño.

El rostro de Alexa se ilumina, pero yo busco algo diferente. ¿Algo nuevo? ¿Alguien nuevo?

—¿Leo? —dice su voz, suave, mientras sus dedos tocan mi mejilla—. ¿Me oyes?

—Te oigo, Nieve; te oigo —respondo con dificultad.

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente.

—Lo siento —susurra, con los ojos fijos en los míos.

Sus labios tiemblan, pero mantiene la compostura. Entonces le pregunto:

—¿Dónde está Bella?

Alexa frunce el ceño y palidece.

—¿Bella? —su voz apenas es un susurro—: Quizá no nos encontramos. Estaba haciendo la ronda. Iré a preguntar al recepcionista.

Algo late en mi cabeza. Algo no está bien.

—Nieve, espera —la detuve—. ¿En qué año estamos?



Parte I



Capítulo 1: Alexa

Delante de mí hay un regalo y una tarjeta. Es una tarjeta infantil con gatitos. Mi madre me envía una todos los años. Desde que mi padre se fue cuando yo tenía cinco años, ella se ha mudado a otro estado.

Y durante trece años, cada año recibo una tarjeta de cumpleaños con un breve: “Muchos besos. Mamá”.

Sé cómo es ella. Hacemos videollamadas todas las semanas. Veo en presente cada seis meses. Pero no siempre puede estar conmigo en el día de mi cumpleaños.

Por otra parte, tengo muchas preguntas sobre ella: ¿A qué huele? ¿Cómo es su sonrisa o qué hace cuando se enfada? Apenas recuerdo fragmentos.

Mis padres eran muy jóvenes cuando nací. Mamá se quedó embarazada sin querer. Ayer cumplí dieciocho años.

¿Me veo como una madre?

No, así que no los culpo.

Y mi padre… No me acuerdo. Ellos duraron tres años. Luego, papá recogió sus cosas, me dio un beso en la coronilla y se marchó. Yo tenía tres años, pero apenas recuerdo ese beso. Pero ese vacío que dejó en mi interior siempre está conmigo.

Mi madre lloraba en silencio en su dormitorio. Y solo tenía una amiga, Greta.

Suena el teléfono. Es Nica, mi mejor amiga.

—¡Hola, Panda! Ata tu melena rubia y vamos al cine.

El novio de Nica me apodó Panda por mis ojos grandes y tristes. Me vio por primera vez después de mi bronquitis, cuando tenía sombras bajo los ojos y el gorro estropeaba la suavidad de mi pelo.

—No, Nica, viene mamá. Hoy sin mí, solo con Enano.

Llamo Enano a Carlos por sus largas orejas. Es mi venganza pequeña por lo de Panda.

Aparto el teléfono y miro por la ventana. Es final de octubre y está lloviendo. Casi oscurece. El autobús llega a las cuatro; luego tomará un taxi. Pronto, mamá entrará por la puerta con su aroma de gran ciudad.

Tras la marcha de papá, le llevó mucho tiempo reponerse. Joven, soltera, sin profesión y con un bebé. Nos fuimos a vivir con Greta; estuvo más fácil. Greta la ayudó a rehacerse, terminar sus cursos, y encontrar un trabajo. Luego, mamá deseó que se fuera a Los Ángeles.

Desde entonces, no ha estado mucho por aquí. Principalmente, me envía dinero. Siento que me quiere. Me llama a menudo, me abraza con fuerza cuando viene de visita y me promete que pronto me llevará a la gran ciudad. Y estas promesas llevan más de diez años haciéndose. En ese momento asiento con la cabeza y le devuelvo el abrazo.

Estoy distraída y no me doy cuenta de que el taxi se para en la entrada. Corro hacia la ventana cuando oigo un portazo. Quiero ayudar con las bolsas, pero mientras me pongo los zapatos, ya suena el timbre. Abro la puerta con entusiasmo.

Mamá irrumpe en el piso con sus maletas, oliendo a perfume caro.

—¡Pastelito! ¡Te he echado tanto de menos!

Mamá deja caer las bolsas y me envuelve en un abrazo.

—Has vuelto a crecer —me besa en ambas mejillas.

—Mamá, te vi hace seis meses. No creo que haya crecido tanto.

Se quita las botas y la chaqueta y va hacia la mesa. Greta ha hecho tortitas, como le gustan a mamá.

Sé que me quiere mucho. Así es la vida. Pero hoy está especialmente alegre.

—Tengo noticias para ti —sonríe.

Greta enarca las cejas. Mamá le tiende la mano. Me fijo en el anillo con una piedra grande.

—Sí —dice mamá, notando nuestra sorpresa—. Ahora estoy casada.

Casi me ahogo con la tortita. Sabía que tenía una aventura, pero ¿casarse? ¿Sin decirnos eso?

—Siento no habértelo dicho antes —sonríe mamá—. No estaba segura. George es mi jefe. Llevamos saliendo dos años y ahora me ha propuesto matrimonio y ya estamos casados.

Se queda en silencio, observándonos. Y nosotros, sus pastelitos, estamos en estado de shock.

—Pastelito, ¿qué te pasa? Por fin, vamos a vivir juntos.

Me coge la mano y me dice:

—George es un buen hombre. Llevaba años prometiéndome que estaríamos bien y juntos. Ahora vamos a tener una familia como Dios manda. George tiene un hijo que casi tiene tu edad.

Siempre quisiste tener un hermano, ¿verdad? ¿Por qué no dices nada?



Capítulo 2: Alexa

No puedo decir que me sorprenda. El anillo, el matrimonio, un hermano… Es como si no me estuviera pasando a mí.

—¿Qué? —es lo único qué logro decir.

—Mañana recogeré tus papeles del colegio y la misma noche nos iremos juntas —me dice mamá tocándome suavemente la nariz, como si tuviera cinco años.

Es como un golpe en la cabeza. Estaba tan acostumbrada a sus promesas del tipo “pronto, hija, muy pronto”, que nunca las tomé en serio. Ahora no sé si sentir alegría o miedo.

—Whitney, tenemos que hablar —dice Greta en voz baja, apretando los labios.

—Vamos al dormitorio —suspira mamá.

Se marchan, pero las oigo. Están discutiendo por mí.

—¡No puedes apartarla de mí! —Greta suena indignada.

—Alexa es mi hija, Greta. Sabías que esto ocurriría tarde o temprano —responde mamá.

—¡Hace más de una década que no estás aquí!

—Te ofreciste voluntariamente a ayudar, sabiendo que era algo temporal.

Cierro los ojos, deseando taparme los oídos para no oírlas discutir. Ambas me quieren y cualquier decisión me va a doler.

Pero, ¿qué quiero yo? Quiero a Greta. Ha hecho mucho por mí y probablemente sacrificó su vida por mí. Tengo amigos aquí, planes para graduarme y un instituto de medicina en Reno.

Pero mi madre me ofrece lo que siempre he deseado: una familia de verdad, aunque con un padrastro. Vivir con ella todos los días, en una gran ciudad, con nuevas oportunidades y sin nieve.

George tiene un hijo. ¿Cómo será? ¿Nos llevaremos bien?

No puedo renunciar a esto, aunque me asustan las cosas nuevas.

Mamá y Greta regresan a la cocina. Greta, con los ojos enrojecidos, se aparta de los fogones. Mamá se sienta a la mesa, con una sonrisa tensa.

—Alexa, el autobús sale mañana por la noche. Puedes salir con tus amigos antes de irte —dice en voz baja y me guiña un ojo.

***

Al final, voy al cine con Nica y Carlos. Nica dice "¡genial!", tantas veces que pierdo la cuenta. Es una larga despedida: lágrimas, abrazos, promesas de llamarnos todos los días.

—Vamos, Panda —me dice Carlos mientras me da una palmada en la cabeza—, conquista la metrópoli. Con tus ojos va a estar a tus pies. Pero no seas tan ingenua, Panda. Aprende a defenderte.

Le doy un golpecito juguetón en el hombro y luego lo abrazo. A pesar de nuestras discusiones, logramos ser amigos de verdad.

En la estación de autobuses, Greta se muestra reservada, casi fría. Pero antes de subir, de repente me abraza con fuerza y siento cómo se me estruja el corazón. Le susurro lo agradecida que estoy y que volveré cuando tengo vacaciones.

Mamá y yo cogemos nuestras maletas y subimos al autobús, apuradas por el gesto del conductor. Encontramos nuestros asientos y nos acomodamos.

—George no me convenció para que subiera a un avión —dice mamá.

Yo tampoco he volado nunca y no tengo muchas ganas. Sorprendentemente, me resulta difícil entablar una conversación con ella. Hay muchos temas de los que hablar, ya que nos vemos poco, pero de algún modo no fluye la conversación.

Intercambiamos unas palabras y sacamos nuestras mantas. Mamá vuelve a asegurarme que todo irá bien, que me encantará mi nuevo hogar y mi nuevo colegio, y que George es un hombre maravilloso.

Whitney parece realmente enamorada.

—Mamá, ¿cuál es tu apellido ahora? —Me doy cuenta de repente— le digo.

—Yo me quedé con Whitney Montana y ellos son Stenders —sonríe mamá.

El apellido es interesante, un poco espinoso. Mamá recibe una llamada de George y se pone a arrullar, mientras yo me acomodo en la silla y conecto los auriculares. Es hora de prepararse para una nueva vida.

***

No puedo apartar los ojos de la ventanilla del autobús. Los Ángeles es impresionante. Todo a mi alrededor parece enorme, ruidoso y lleno de vida. Los rascacielos que brillan al sol parecen irreales. Los coches corren por las anchas calles, como en aquellas películas que solo había visto en el cine. La gente corre hacia algún lugar, cada una con su propio propósito, su propia historia.

No se parece en nada al ambiente tranquilo y relajado de Incline Village [1]. Allí, la vida fluye lentamente, sin alboroto. Pero aquí bulle, hierve. En cada esquina pasa algo: alguien se ríe, alguien toca la guitarra, alguien graba un vídeo con su teléfono.

Siento una ligera emoción. Todo es nuevo, desconocido, pero tiene su magia. Los Ángeles me llama; me atrae con su ritmo. Esta ciudad me promete aventura, libertad, la oportunidad de ser yo misma. Creo que aquí puedo ser algo más que una chica de pueblo.

Mi madre me mira con una leve sonrisa, comprendiendo mis sentimientos. Inhalo profundamente. Los Ángeles. Estoy lista para nuevos descubrimientos.

1. **Incline Village**, Nevada, EUA, situada en la orilla noreste del lago Tahoe, se caracteriza por unas condiciones climáticas típicas de montaña, con inviernos fríos y nevados y veranos cálidos.



Capítulo 3: Alexa

La casa de George Stender está en las afueras, dentro de una calle de lujo. Mamá le muestra su pase al guardia y el taxi cruza la entrada. ¡Vaya! Aquí no se entra así como así.

Me pego a la ventana y miro las casas que solo había visto en Internet. Todas diferentes, pero con un estilo común: ventanas panorámicas y tejados amplios.

Hay parques, zonas de juegos, un estanque con bancos por todas partes. Algunas casas están cerca, otras más separadas. Nuestro taxi se detiene frente a la última casa. Una valla baja con picos afilados, una puerta maciza. Detrás, una casa de dos plantas con detalles en piedra azul y marcos de ventanas blancos. ¡Preciosa!

Cuando la puerta se abre, sale un hombre de unos cuarenta años. Abre la puerta del taxi y le da la mano a mi madre.

¡Qué educado!

—Señora Montana, al señor Stender no le hace ninguna gracia que no hayas llamado para no pedir un taxi —sonríe.

—Gracias, Jose, ya me encargaré de George —responde mamá.

Resulta que no es George. Vale, siguiente.

—Alexa, sal. José llevará las cosas adentro.

Salgo a las baldosas perfectamente alineadas del patio. ¡Este lugar es impresionante! Me da vergüenza caminar por aquí con mis viejas botas. Mamá me abraza y me guía hacia la casa.

En la puerta, otro hombre, también de unos cuarenta años, viste pantalones holgados y una camiseta de tenis oscura. Es final de octubre y está en el porche sin chaqueta.

Sonríe cálidamente y sus ojos brillan al mirar a mamá.

—¡Whitney, ¿por qué no has llamado? ¿Y por qué con el taxi? —Sale y besa a mamá en la mejilla. —Bueno, hola, Alexa —dice afablemente, volviéndose hacia mí—. Soy George. Para ti,

solo George, o tío George, como prefieras.

Estoy detrás de mamá, pero, aun así, doy un paso adelante y le estrecho la mano. Su palma es cálida, su sonrisa genuina; ya me cae bien.

—Hola —sonrío, un poco avergonzada.

—Bienvenidas —dice George, apartándose para dejarnos entrar en la casa.

Si el exterior de la casa impresiona, el interior es aún mejor. Siempre pensé que casas como esta serían incómodas, pero aquí se respira una atmósfera de calma.

En la entrada hay unos armarios abiertos y hay zapatos y zapatillas alineados. Pensé que en casas como esta no se quitaban los zapatos. Claro, nadie quiere ensuciar un suelo caro.

¿Por qué pienso sobre las cosas tontas?

—Puedes elegir —dice George, guiñándome un ojo al ver que miro las zapatillas.

—Gracias —empiezo a sentirme un poco más segura, hasta que veo al tipo de pelo negro en el umbral de la puerta de la derecha.

Probablemente, sea la cocina, pero algo en él me llama la atención. Pantalones holgados, camiseta blanca, brazos cruzados sobre el pecho y una mirada poco amistosa.

Mamá dijo que George tenía un hijo casi de mi edad. Pero este tipo parece mayor de veinte. Fuerte, ancho de hombros, con barba incipiente. Mis compañeros ni siquiera usan maquinilla de afeitar, y él claramente la usó hace un par de días. Tiene la mirada de alguien que ve a un cachorro no deseado.

—Alexa, este es mi hijo Leo —le presenta George—. Alexa, la hija de Whitney. Ya te he hablado de ella.

—Hola —digo, insegura, mirando al tipo.

Percibo que no está contento conmigo. Sus ojos brillan y tiene las mejillas tensas.

—Hola —murmura, mirándome de pies a cabeza.

—¡Tengo muchas ganas de un café! —interviene mamá y se dirige a la cocina—. ¿Quién me acompaña?

—Whitney, ¿qué café? María ha preparado el brunch. Lávate las manos, yo lo calentaré.

Leo se aparta del marco, dejando que mamá y George entren en la cocina. Los sigo, fijándome en el extraño tatuaje que lleva en el hombro.

La cocina es grande y luminosa, y quiero explorar todos los botones y electrodomésticos. Me encantaba cocinar con Greta. Siempre experimentábamos en la cocina.

—Leo, ¿y tú? —pregunta mamá.

—No tengo hambre —responde antes de salir hacia el salón.

—¡Leo! —le llama George con severidad, pero él ni siquiera se vuelve.

—Solo será un minuto.

George se va tras él, dejándome sola con mamá. No fue un buen recibimiento; no me siento cómoda.

Suena un teléfono y recuerdo que no he enviado ningún mensaje a Greta. Lo dejé en mi chaqueta. Salgo a buscarlo mientras escucho la conversación.

—Papá, ¿me tomas el pelo? ¿No te das cuenta? Primero traes a una secretaria, ¿y ahora a esta? ¿A quién más vas a mantener?

—¡Leo, te estás olvidando de ti mismo!

Las palabras de Leo duelen. Incluso me tutea. Y a mamá la llama "secretaria", como si no fuera una persona. He visto lo mucho que se quieren George y mamá y sé que ella no es una interesada. ¿No lo ve Leo?

Me quedo inmóvil junto al perchero, intentando no hacer ruido. Sería estúpido irme sin el teléfono, pero no quiero que se note que estoy aquí.

—Papá, has tenido muchas, pero no las traías a casa.

—Con Whitney es diferente.

—¿Y mamá?

—Leo, hemos hablado de estos cientos veces.

El teléfono vuelve a sonar y George y yo nos volvemos hacia la cocina.

Quiero que me trague la tierra. Leo murmura algo y se dirige hacia las escaleras. George se acerca, sonriendo, disculpándose.

—Leo puede ser difícil. Pero se acostumbrará, ya verás. Quiero que esta casa sea un verdadero hogar para ti y para Whitney. Quiero que la sientas como en tuya, Alexa. ¿Puedes hacerlo?

Me rodea los hombros con el brazo. Asiento con la cabeza.

—Lo intentaré —respondo, aunque no estoy segura. El pequeño piso de Greta siempre será mi hogar, con su comodidad y su vieja cama. Sin lujos, pero con calor. Aquí no será fácil. Pero lo intentaré. Por mamá.

Volvemos a la mesa y terminamos de desayunar. Luego, mi madre me lleva a mi habitación y por camino me enseña de instalaciones de la casa.

—Puedes ordenar tus cosas como quieras. Mañana iremos a recoger los uniformes y la ropa del colegio.

—Tengo suficiente ropa.

Mi madre enarca una ceja en un gesto de burla.

—Alexa, las mujeres no hablan así.

Intento sonreír, pero las palabras de Leo siguen resonando en mi cabeza: *"¿A quién más puedes mantener?"*.

Sin embargo, sé qué mamá no depende de George. Sigue trabajando en su empresa. En el autobús me contó que George intentó convencerla de que dejara el trabajo para dedicarse a las tareas del hogar, pero ella no pudo. Al final, George nunca encontró una secretaria mejor que Whitney Montana.

Ahora, mamá es más que una simple secretaria; es la asistente del jefe y han contratado a otra chica para ayudarla. Su trabajo no ha disminuido; al contrario, George le confía tareas más serias.

Y, después de todo eso, ¿su hijo se atreve a llamarla *"mantenida"*? Debería comprarse un diccionario para entender el significado de las palabras. Mamá puede permitirse comprarle algunas cosas a su hija.

Esos pensamientos me tranquilizan, y hundo las palabras hirientes de Leo en el rincón de mi mente donde guardo mis inseguridades.

Me gusta mi habitación. Es espaciosa y acogedora. Las paredes son de color café con leche, el techo es blanco y los muebles son claros. Hay un escritorio con un portátil junto a la ventana, una cómoda con una pantalla de plasma junto a la otra pared. Todo se complementa con una suave alfombra y cortinas finas a juego.

La cama es grande y tiene una colcha mullida. Sobre ella está, por cierto, mi viejo oso Panda, un juguete de la infancia que mamá se llevó diciendo que le secaría las lágrimas cuando me echara de menos.

Mi madre lo ha conservado y siento una cálida oleada de amor hacia ella. Mis dos maletas están en medio de la habitación, esperando a que las deshaga. Recorro la habitación lentamente, intentando asumir que ahora es mía. Luego me pongo mi ropa cómoda.

Es mejor así. Es más familiar, más tranquilo, cuando llevo mis pantalones cortos favoritos y una camiseta de la serenita. Puede que tenga catorce años, y también a veces solo quiero ver dibujos animados.

Deshago las maletas rápidamente. Mis cosas encuentran nuevos lugares. A pesar del frío recibimiento de Leo, siento alegría en mi corazón. Mamá y yo hemos vuelto a estar juntos, él la quiere y ella es feliz.

No quiero arruinar su felicidad. Voy a intentarlo de nuevo. Quizá George tenga razón y Leo lo supere. Es comprensible: unos extraños han invadido su vida. Primero, mamá, ahora yo.

Probablemente, quiera que sus padres estén juntos, ha mencionado a su madre. Simplemente no me conoce. Tal vez, si nos conocemos mejor, podamos encontrar intereses comunes.

Decido ir a verle en su habitación e intentar reconocernos de nuevo.



Capítulo 4: Alexa

Me acerco a la puerta de la habitación de Leo y dudo. El sonido tranquilo y melódico de una guitarra me confirma que estoy en el lugar correcto. Siento los pies como de plomo, pegados al suelo. El corazón me late con fuerza, como si fuera a salírseme del pecho.

Conteniendo la respiración, llamo suavemente a la puerta. No hay respuesta. Vuelvo a llamar y, de nuevo, silencio.

¿Debería darme la vuelta y marcharme? Nunca he sido muy valiente y ahora me late el corazón como loco.

Pero, ¿qué es lo peor que puede pasar?

Como mínimo, fruncirá el ceño y me mirará con desdén.

Reuniendo el resto de mi valor, decido entrar. ¿No toca la guitarra desnudo? Giro el pomo y abro la puerta con cuidado.

Leo está sentado en la cama, con una pierna metida debajo, rasgueando las cuerdas con pasión. Me fijo en sus manos fuertes, que sujetan el instrumento con confianza, y en sus muñecas marcadas, una con un reloj y la otra con una pulsera de cuero. Sus largos dedos tocan las cuerdas con tal facilidad que crean una melodía suave y triste. Escucho un momento, pero entonces recuerdo por qué estoy aquí.

Ni siquiera parece notar mi presencia.

—Hola —digo, insegura, intentando llamar su atención.

La guitarra emite un sonido agudo cuando sus dedos se detienen de golpe. Leo me mira atónito, como si fuera algo insólito, apenas imaginable.

—Lo siento, no quería asustarte —digo, avergonzada—. Mira, Leonardo, he estado pensando… —me cuesta sacar las palabras a través del nudo en mi garganta—; tú y yo empezamos con mal pie.

Leo deja la guitarra a un lado y me mira con interés. No hay ira ni desprecio en su rostro, lo que me da un poco de confianza. Doy un paso adelante.

—Quizá deberíamos intentar conocernos mejor —sugiero, esperando su respuesta.

Se queda allí sentado, estudiándome con la mirada, con un rostro impenetrable. No puedo saber lo que está pensando.

—Vale, intentemos —dice finalmente, apoyándose en el cabecero de la cama y cruzando los brazos sobre el pecho—. Quítate la ropa.

Me quedo inmóvil, pensando que he oído mal. Las palabras llegan a mi mente, pero no puedo creerlas.

—¿Qué? —murmuro, confundida.

—Desnúdate, idiota —repite con calma, señalando la cama a su lado—. Vamos a conocernos. ¿O querías hablar de tu comida favorita y tus programas de televisión?

Las palabras hirientes me golpean como una bofetada. Parpadeo, sin dar crédito a lo que oigo.

¡Stender es un auténtico cabrón!

Antes de que pueda reaccionar, Leo se levanta con elegancia de la cama y, en tres rápidas zancadas, cruza la distancia que nos separa.

Chillo de dolor y sorpresa cuando me agarra bruscamente del pelo y me tira hacia él. Su cara está peligrosamente cerca de la mía.

—Si vuelves a llamarme Leonardo, te rompo las piernas —sisea, amenazante, en voz baja—. Y no te atrevas a decirme la palabra, ni mucho menos a entrar en mi habitación. Asiente si lo entiendes, idiota.

Lo miro con los ojos abiertos de miedo, sintiendo que cada palabra es una amenaza real. Este tipo es capaz de cumplir lo que dice. Cuando Leo aprieta el puño con más fuerza, sin esperar respuesta, aparto mi orgullo y asiento brevemente.

Me suelta, se limpia la mano en la camiseta con asco y se la mete en los bolsillos del pantalón.

—Ahora, lárgate —dice suavemente.

Aunque no lo hubiera dicho, habría salido corriendo de esa habitación, lejos de él. Hasta que no cierro la puerta de mi habitación y echo el cerrojo, no puedo respirar con más libertad. Me deslizo hacia abajo, respirando como después de una carrera de cinco kilómetros. Comienzo a sollozar, pero me tapo la boca con la mano para que mi madre o George no me oigan.

Llego a la cama con las piernas temblorosas y me desplomo boca abajo sobre la almohada, incapaz de contener las lágrimas.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo me he metido en esta pesadilla?

Nunca nadie me había tratado así, y duele aún más porque no lo merezco. Solo quería que fuéramos amigos y, sin embargo, él…

La palabra *"idiota"* sigue resonando en mi mente, junto con esa mirada de odio. Ha sido lo más humillante que he vivido. Mi orgullo quedó aplastado bajo su puño cerrado sobre mi pelo.

"Asiente si lo entiendes, idiota".

Lo único que quiero ahora es cerrar los ojos con fuerza y despertarme en mi pequeña habitación, en mi ciudad lejana pero querida. Mi teléfono parpadea a mi lado: una videollamada de Nica, pero ahora no, no puedo contestar.

No puedo contarle el horror que acabo de vivir ni mostrarle mi cara manchada de lágrimas después de haberme ido con tantas esperanzas. Si viera su cara sonriente, mi propia tristeza sería más difícil de soportar. Y no puedo permitirme eso.

Voy a necesitar mucha fuerza para sobrevivir a este mi mundo nuevo; parecía el inferno. Me acurruco y caigo en un sueño inquieto y doloroso, sin esperar alivio al despertar.

Duermo el resto del día y toda la noche. Me despierto cuando llaman a la puerta. El corazón me da un vuelco, pero luego recuerdo que Leo no vendría a verme y exhalo.

—Alexa, levántate, dormilona, deja de su cama —la voz de mamá llega desde el otro lado de la puerta.

Me froto los ojos, me acerco a la puerta y la abro. Mamá está ahí, perfecta como siempre, peinada, maquillada, con una sonrisa radiante.

—Buenos días, Pastelito, ¿puedo pasar?

—Claro —me hago a un lado para dejarla entrar.

—Mamá, no me llames pastelito, ya no tengo cinco años —digo, pero mi voz contiene un toque de resentimiento y tristeza en mi mirada.

—Lo siento, ¿puedo llamarte gatita? —susurra y me abraza.

Estamos intentando reconstruir nuestra relación, así que no quiero reabrir viejas heridas.

El chófer de George nos lleva al centro comercial. George ha decidido trabajar desde casa y se ha encerrado en su despacho, diciendo que no necesitará la ayuda de mamá, así que podemos tomarnos nuestro tiempo.

La ciudad es impresionante. Cuando mamá decía que aquí la vida bullía, no bromeaba. Todo es rápido, emocionante y fascinante. No vengo de un pueblo remoto, pero tanta actividad me abruma.

El ruido de cientos de coches se mezcla en un único zumbido que se eleva sobre la ciudad, acompañado de bocinazos y el crujido de neumáticos. Nos detenemos frente a un enorme

edificio de cristal en un cruce importante.

Desde arriba, veo cómo el tráfico disminuye al ritmo de los semáforos y cómo los peatones se apresuran. La gente, los coches, la música de los cafés y las tiendas: todo se funde en un espectáculo vibrante.

—Hija, ¿en qué piensas? —pregunta mamá, pasándome el brazo por los hombros—. Bienvenida a la gran ciudad. ¿Te gusta?

—Sí —respondo, aún impresionada—, creo que sí.

—Entonces, ¡vamos!

Entramos en el abarrotado centro comercial, cogidas de la mano. Mamá se mueve con soltura. Ya está acostumbrada. Me quedo cerca de ella, con un miedo infantil a perderme. La enorme puerta de cristal gira y deja salir a un grupo de jóvenes que ríen y bromean, llenando el aire de buen humor.

Miro a mi alrededor como si viera un centro comercial por primera vez. Enormes discos de cristal cuelgan del techo, esparciendo una luz suave. Ascensores transparentes suben y bajan, y la gente se agolpa en las zonas de fotos.

Todo está envuelto en una música rítmica y discreta. Se respira una atmósfera ligera y alegre. Pero esa sensación no dura mucho: se desvanece al entrar en la boutique de uniformes del colegio. Al ver las etiquetas con los precios me siento incómoda.

—Mamá, es caro, vámonos —susurro, tirando de su manga.

—Alexa, tranquilízate, no puedes comprar el uniforme del colegio en otro sitio.

Una chica joven y bien peinada se nos acerca.

—¿Elegir un uniforme? —sonríe amablemente—. —Bienvenida. ¿De qué colegio eres?

—De Brentwood [1] —responde mamá.

—Ya veo. Sígueme.

La boutique es larga y tiene varias salas a los lados. Nos detenemos en una de ellas.

—¿Modelo de falda? —pregunta la vendedora.

Todo en esta sección es de tonos rojos y grises. En los percheros cuelgan, en finas hileras, chaquetas y americanas rojas. Al otro lado, hay faldas y pantalones.

—Vamos a probártelo a ver qué te gusta —sugiere mamá.

Probamos diferentes opciones: un vestido de verano gris, una falda plisada y una falda lápiz. Mamá lamenta que no le permitan pantalones en el colegio, pero está contenta de recuperar los años que se perdió.

Al final, elegimos una falda lápiz y un vestido recto con chaqueta. Mamá intenta repetir lo mismo en la sección de ropa deportiva, pero todo es del mismo estilo y color, así que es más fácil.

En la sección de calzado, compramos unos mocasines sencillos sin tacón antes de entregar las bolsas al chófer y dirigirnos a una cafetería de la tercera planta del centro comercial.

Mamá charla sin parar sobre su vida, soñando con el futuro, alegre y despreocupada. Y yo, a pesar de las cosas nuevas y bonitas, la mañana me asusta…

Un nuevo colegio, un nuevo grupo, un equipo ya formado…

¿Cómo me recibirán? ¿Haré amigos?

La idea de que mi hermanastro vaya al mismo colegio me horroriza. Cada vez que pienso en la noche anterior, me aterroriza. Leo Stender no es el hermano mayor con el que había soñado.

En lugar de ser un protector, es una amenaza. Me enteré por mi madre de que él tiene diecinueve años. Realmente espero no acabar en su grupo.

---

1. Este colegio público ofrece a sus alumnos una amplia gama de programas académicos y oportunidades extraescolares, incluidos los deportes y las artes. La Escuela Brentwood se enorgullece de su sólida formación académica y su historia.



Capítulo 5: Alexa

Por la mañana, me miro en el espejo y examino mi reflejo. No puedo negar que el nuevo uniforme me queda muy bien. ¿Quién no querría un uniforme así? Hoy he elegido un vestido de verano. Es gris con finos cuadros burdeos. Llevo una blusa blanca y una chaqueta roja con el cuello levantado.

Me recojo el pelo en una coleta, por si no se permite llevarlo suelto en el colegio. No quiero que me llamen la atención en mi primer día, y morir de vergüenza. Me pinto un poco las pestañas con rímel; aun así, con este vestido, apenas parezco tener quince años.

Estoy emocionada. Pero, ¿a quién engaño? ¡Estoy aterrada! Siempre he ido al mismo colegio, con los mismos chicos, y ahora tengo que adaptarme a un nuevo lugar. Intento no pensar en esas películas donde los recién llegados a los colegios de élite son destrozados, sobre todo los sencillos como yo.

Mi madre me prometió que me llevaría y me recordó que no olvidara desayunar. Cuando bajo a la cocina, todos ya están sentados a la mesa. George con su camisa blanca, mamá con un vestido oscuro y Leo con una chaqueta de cuadros burdeos como la de mi vestido. Al verlo, mi ansiedad se dispara.

—Buenos días —digo en voz baja.

—Buenos días, Alexa —responde George con una sonrisa.

Leo ni siquiera me mira, y sigue picoteando su plato de tortillas. María, la ama de llaves, me sirve el mismo plato y un vaso de zumo de naranja. Es como en una película.

La tensión me hace un nudo en la garganta y casi se me cae el tenedor. Leo aprieta los labios y me mira de reojo.

—Alexa, cariño —dice mamá, y siento que va a pasar algo terrible—. George me ha pedido que lo acompañe a una reunión importante. No podré llevarte al colegio hoy. Pero ya avisé a la

administración.

—Está bien, cogeré el autobús. Solo necesito averiguar la ruta.

—De ninguna manera —dice George, que levanta la vista de su plato—. Irás con Leo.

—Papá —Leo levanta la cabeza bruscamente, pero no le da tiempo a terminar.

George lo fulmina con la mirada, anulando cualquier objeción. A mí tampoco me entusiasma la idea, sobre todo al ver cómo Leo aprieta la servilleta hasta que se le ponen blancos los nudillos.

—George, puedo coger el autobús, no es molestia —intento objetar.

—Ni hablar —dice George, levantándose de la mesa y llevando su plato al fregadero—. Vamos, Whitney, se nos hace tarde. No tarden demasiado —nos dice a Leo y a mí—. Leo, conduce con cuidado.

Mamá también pone los platos en el fregadero, se despide de un Leo contrariado, me besa en la mejilla y se marcha con George, dejándonos en un silencio espeso de tensión y odio.

—Me vendría bien coger el autobús —digo en voz baja.

No me apetece ir en coche con él.

—Cállate —interrumpe Leo con dureza—. Espérame en el porche en diez minutos.

Se levanta sin molestarse en recoger los platos y sale de la cocina. Siento cómo se me arden las mejillas de resentimiento. Me ha ordenado esperar en el umbral como si fuera un perro. Pero no me atrevo a contestar, recordando cómo me agarró del pelo y susurró amenazante.

Hay algo aterrador en él, algo que me hace tragarme cualquier ofensa. Le tengo miedo y no puedo ocultarlo.

Salgo al porche exactamente diez minutos después. Parte de mí desea llegar tarde y que Leo ya se haya ido. Pero el coche gris oscuro resopla impaciente en la entrada.

Me echo la bolsa al hombro y camino hacia el coche, tirando de la manilla de la puerta del pasajero, pero está cerrada. Toco la ventanilla y obtengo una irritada inclinación de cabeza hacia la puerta trasera. Vale, no soy orgullosa, iré atrás.

Dejo la bolsa y entro en el coche. Me envuelve un olor agradable y ligero, tal vez colonia de Leo, tal vez una fragancia del coche. El asiento es firme y cómodo. Cierro la puerta con cuidado y me tenso.

Leo ni siquiera me mira; sigue mirando al frente y sale del coche por la verja, que se cierra automáticamente. Solo puedo adivinar su irritación por la mandíbula tensa y el ceño fruncido. Stender conduce con cuidado, pero con firmeza. Es obvio que lleva mucho tiempo conduciendo, quizá incluso antes de obtener el carné. Las multas no asustan a gente como él.

Pero en cuanto llegamos a la autopista, Leo pone música y acelera. Me agarro al bolso con una mano y a la manilla de la ventanilla con la otra. El velocímetro marca 160 y mi corazón late de pánico con la misma velocidad.

Afortunadamente, no conducimos así mucho tiempo y pronto nos acercamos a los rascacielos de la ciudad. Tras serpentear por los patios, Leo se detiene cerca de un edificio de varias plantas con una hermosa fachada, pero deja el motor en marcha. Está claro que es un lugar para gente adinerada, probablemente hasta con conserje.

—No tienes que romperme el asidero, idiota —murmura Leo.

Su voz me hace estremecer; la palabra hiriente me apuñala de nuevo. Sigo agarrada a la manilla, con los dedos apenas moviéndose.

—¿Tienes que ser tan imbécil?

No puedo soportarlo más.

Hace una pausa ensordecedora. Leo se vuelve lentamente hacia mí e, instintivamente, me retuerzo en el asiento trasero.

—¿Eres una inmortal o algo así? —sisea con una calma aterradora.

Creo que estoy loca, pero estoy harta de su desprecio.

—Apártate —susurro, esperando que no me escuche.

Echo la cabeza hacia atrás cuando Leo me agarra del cuello y me tira de él.

—Escucha, idiota…

Pero no tiene tiempo de terminar. Se oyen los tacones de alguien repiqueteando en la acera junto al coche. Leo me suelta el cuello con fastidio y se da la vuelta, y yo exhalo convulsivamente.

Es un auténtico psicópata. No le preocupa que se lo cuente a su madre o a George. Y tiene razón: no voy a hacerlo.

¿Qué cambiaría? Le regañarían, quizá le castigarían, pero seguiría viviendo conmigo a través de la pared. Quejarme solo empeoraría las cosas.

Mientras me recupero, se abre la puerta del coche y una chica entra con elegancia en el asiento del copiloto, llenando el aire con el fuerte aroma de un perfume caro.

—Hola, Leo —sonrió feliz, pronunciando su nombre con un ligero resoplido.

—Te espero por primera y última vez —dice Leo irritado en vez de saludarla. La próxima vez, vas andando.

La chica refunfuña, pero permanece en silencio. Me mira a través del espejo y luego se vuelve hacia mí.

—¿Quién es? —pregunta sorprendida.

—Nadie —dice Leo con indiferencia, y saca el coche del patio.

—Stender —dice la nueva pasajera, empezando a protestar, pero Leo le lanza una mirada asesina y ella se calla.

El resto del camino al colegio transcurre en silencio. Sin embargo, siento su mirada clavada en mí, lo que empeora aún más mi estado.

***

El colegio es una construcción grande e impresionante: muchos edificios de dos y tres plantas conectados y no conectados por un pasadizo. Las paredes de colores brillantes, la valla alta, los parterres bien cuidados, con las flores por la época, y un aparcamiento decente delatan a primera vista que se trata de una institución privada. Los alumnos uniformados y los detalles arquitectónicos pensados con cuidado hablan de prestigio.

—Aquí estamos —gruñe Leo con desgana y enseña con la mano, por donde tengo que entrar…

Abro la puerta con cuidado y salgo. No hay aire frío, pero me congela un segundo. Cuánto mejor sería coger el autobús. Tendré que convencer a mi madre de que es una gran idea. Hay autobús de escuela, pero no me conviene, porque muchas veces estoy en otras extra clases y leo mucho tiempo en la librería.

Antes de que Leo y su novia salgan del coche, me alejo a toda prisa.

Por delante me espera conocer la clase, los profesores y sus exigencias. Todo mi interior vibra de tensión. La excitación es desmesurada; apenas puedo controlar el temblor de mis rodillas y las palmas sudorosas. Pero sé que podré con esto. Lo haré. Mamá tiene razón: un buen título de bachillerato me abrirá las puertas del futuro.

Además, es la oportunidad de estar cerca de ella, algo con lo que he soñado durante tanto tiempo. Respiro hondo y camino con confianza hacia la entrada.

—¿Carné? —pregunta con indiferencia el guardia en el torniquete.

La seguridad aquí es seria. En mi antiguo colegio, la entrada la vigilaba una señora que se ocupaba de la limpieza.

—Yo… mm… soy nueva. Alexa Montana —murmuro.

—Espera aquí —dice el guardia, y vuelve a su cabina para hacer una llamada. Me quedo inmóvil, observando a los estudiantes que pasan. Algunos me miran un momento, pero la mayoría sigue charlando o mirando las pantallas de sus teléfonos.

—Pasa —asiente finalmente el guardia—. En la quinta planta, a la izquierda, en el aula 7A. El coordinador te espera allí.

¡Dios, como puedo no perderme aquí!

Paso por el torniquete con su tarjeta. Después de dejar el abrigo en el guardarropa, encuentro fácilmente el aula. El coordinador es un hombre joven que me informa de que estoy matriculada

en “Advance-1”.

Mi madre envió los documentos por correo electrónico y, durante la reunión de la semana pasada, hablamos de los detalles. Yo ni siquiera sabía que iba a estar aquí.

Ahora me toca a mí mantener el alto nivel del colegio y del grupo. El director está encantado de aceptar a la hija de George Stender y darme la oportunidad de recibir una educación de calidad. A continuación, me entregan al representante de mi nuevo grupo, que me lleva hasta mi tutor.

El tutor es un hombre de mediana edad, con rostro amable y voz fuerte. Se presenta como Ioan Grass y me dice que enseña matemáticas avanzadas. Intercambiamos algunas palabras, aunque no necesito contarle mucho, ya que ya ha leído mi expediente.

El Sr. Grass me lleva al aula después de que suene el timbre. Odio llegar tarde, aunque tenga una buena razón. Ahora, resulta especialmente incómodo en mi primer día en un colegio nuevo.

—Por favor —le pido al Sr. Grass—, no les diga que soy la hija de George Stender. Solo lo conozco desde dos días.

—De acuerdo —responde el Sr. Grass, encogiéndose de hombros con una sonrisa.

Siento una oleada de calor en la espalda cuando el Sr. Grass llama a la puerta y me invita a entrar. Me doy cuenta enseguida de que es una clase de biología. El silencio es instantáneo y todas las miradas, incluidas las del profesor, se vuelven hacia mí.

—Buenos días, chicos —dice el Sr. Grass—. Me gustaría presentaros a nuestra nueva alumna, Alexa Montana. Por favor, demostrad como los hospitalarios y acogedores que podéis ser.

Hay quince personas en el aula. Hago un rápido recuento. Algunos me miran con curiosidad, otros con indiferencia, pero Leo me lanza una mirada cargada de odio.

Sí, es su grupo. Así que mi vida no solo será difícil en casa.



Capítulo 6: Alexa

Siéntate —dice en voz baja mientras el Sr. Grass cierra la puerta y me deja sola con la clase—. Elige el asiento que quieras, pero será mejor si te sientas junto a Ariana. Supongo que aún no tienes los libros de programa.

—No, todavía no. Gracias.

En la esquina más alejada de la clase, junto a la ventana, veo a una chica pelirroja sentada sola. Debe de ser Ariana.

Me acerco mientras el profesor escribe en la pizarra: *"La selección natural y sus formas"*. *Charles Darwin como fundador de…*

—Hola —susurro al sentarme a su lado—. Me llamo Alexa.

—Ariana o Ari. —responde brevemente, sin apartar los ojos de la pizarra.

Ariana tiene un rostro altivo, salpicado de pecas, cejas arqueadas y rizos cobrizos recogidos en un moño descuidado en la nuca. Sus ojos grises están fijos en la profesora, irradiando inteligencia y concentración. Es mi nueva compañera del pupitre.

En silencio, me pasa su libro de texto mientras saco un cuaderno y un bolígrafo de mi mochila. La profesora sigue explicando, pidiendo que anotemos los puntos clave y comentando las imágenes de la pizarra multimedia sobre las etapas del trabajo de Darwin y la teoría de la selección natural.

Siento la atención de mis compañeros clavada en mí; noto sus miradas varias veces. En un momento, mis ojos se cruzan con los de un chico en la fila de al lado que, de repente, me guiña un ojo. Me sonrojo de vergüenza.

—En la última lección hablamos de la selección natural y las formas de adaptación en los animales. Teníais que preparar breves informes. ¿Quién está listo para empezar? —pregunta la profesora.

La clase se queda en silencio; nadie se apresura a responder. Ariana es la primera en levantar la mano.

—Por favor —dice la profesora.

—Las formas de adaptación incluyen colores protectores y de advertencia, como en el espinoso y la mariquita. También hay comportamientos disuasorios, como los de la serpiente de cascabel o la mofeta.

—Gracias, Ariana, muy bien —la elogia la profesora.

—Zanahoria.

—Zanahoria, como siempre —comenta sarcásticamente un chico de la primera fila, y unas cuantas chicas se ríen en silencio.

—Señor Santana Bonito, su comentario es inapropiado —dice la profesora con una mirada severa.

Ariana arquea una ceja con desdén, mirando al infractor.

—¿Y tú, Santana, podrías hablarnos del mimetismo? —le dice la profesora al chico. Por ejemplo, sobre las formas de mímica.

—¿Por qué me haces esto? —responde con dramatismo, arqueando las cejas—. Estaba ocupado.

—¿Qué tiene de interesante? —dice con desprecio una chica rubia desde la primera fila.

—¿Biología en la práctica? —ríe su vecina, a quien reconozco como la chica que vi con Leo en el coche.

Me incomoda tanta grosería frente a la profesora. Parecen tan mimados que creen que pueden hacer lo que quieren.

—¡Deja de hablar! —le ordena la profesora—. Y tú, Bonito, tienes “F” - un suspenso.

El chico intenta protestar, pero se calma rápidamente, al igual que los demás. La lección continúa.

—Repetiré la pregunta: ¿qué es la mímica? —pregunta la profesora, y solo Ariana levanta la mano. Pero, de repente, se vuelve hacia mí—: Alexa, ¿quizá podrías darnos una pista? Sé que es tu primer día, pero tal vez ya has estudiado este tema.

La clase se queda en silencio, todos los ojos puestos en mí. Me siento como en un vacío, oyendo mi propia voz como a través de una niebla.

—No, no lo he hecho —empiezo insegura, pero luego, recompuesta, añado—: Pero el mimetismo es la capacidad de los animales e insectos para disfrazarse de distintos elementos de

la naturaleza para defenderse o atacar. Por ejemplo, algunas serpientes tropicales se disfrazan de serpientes venenosas y algunas moscas imitan la coloración y el zumbido de las abejas.

Cierro la boca de golpe, sintiendo la tensión en la espalda y una repentina sed. La profesora asiente lentamente, mirándome con atención.

—Muy bien —dice, y siento un enorme alivio.

Todo gracias al club de biología de mi antiguo colegio, al que asistía cuando soñaba con estudiar medicina. Ahora no tengo claro, quiero ir por medicina o no.

La clase continúa y mis compañeros me miran cada vez menos. Ariana me mira con más simpatía e incluso esboza una leve sonrisa. Creo que la he impresionado con la respuesta.

Cuando termina la clase y suena el timbre, todos empiezan a recoger sus cosas. El aula se llena de voces y risas. Las primeras filas, incluida la de Leo, abandonan el aula rápidamente.

—Ahora toca literatura —dice Ariana, indicándome que me una a ella. Respiro aliviada; al menos no estaré sola y no me perderé.

Paseamos por el colegio antes de la siguiente clase. Ariana me muestra las aulas, los laboratorios, el salón de actos y los vestuarios con duchas. Justo antes de que suene el timbre, se vuelve hacia mí:

—Iremos a la cantina en el próximo recreo. Mientras tanto, prepárate para conocer la literatura comparada.

Ariana suelta una risita conspiradora y me lleva al aula de literatura, donde el profesor ya nos espera en la pizarra, con ojos brillantes y un entusiasmo contagioso.

Aunque me parezca un poco extraño, está claro que el profesor conoce su materia al más alto nivel. Habla con pasión sobre el simbolismo de los sueños en “Hamlet”, de Shakespeare, y en “El Gran Gatsby”, de Fitzgerald. Nunca ha sido mi asignatura favorita, pero disfruto con esta clase.

Los conocimientos de Ariana vuelven a brillar mientras argumenta con audacia sobre el contexto social e histórico de las obras:

—En Hamlet, los sueños y las visiones reflejan las cuestiones filosóficas y morales de su época, como la naturaleza de la venganza, los dilemas morales y el conflicto interior. En “El Gran Gatsby”, los sueños de Gatsby simbolizan el sueño americano de los años veinte, en el que el idealismo choca con la dura realidad y las estructuras sociales corruptas.

—Qué guay —susurro con admiración cuando termina su respuesta y el profesor pasa a los demás alumnos.

Noto que algunos de mis compañeros ponen los ojos en blanco, irritados con Ariana. Pero a mí no me molesta. Parece simpática y diferente de los demás.

Después de la clase de literatura, vamos a la cantina, que resulta ser un lugar luminoso y acogedor, a pesar de su tamaño. La comida es sorprendentemente buena, nada que ver con mi antiguo colegio. Tomo una ensalada, un bollo y un zumo de naranja, lo justo.

Nos sentamos en la mesa del fondo y empezamos a charlar. Resulta que Ariana es de la ciudad y llegó a este colegio a través de un programa para estudiantes con talento.

—Yo también fui a una escuela normal —digo—. Vivía con Greta, con la tía, en Incline Village mientras mi madre trabajaba aquí. Ahora mi madre me ha acogido a vivir con ella.

—Me molestaron durante mucho tiempo —dice Ariana de repente, y sé que se refiere a sus compañeros de clase—. Unos dos años, supongo, pero luego dejaron de hacerlo. A veces, claro, sigue habiendo enfrentamientos, pero no les presto atención. Esos ricachones advenedizos no me impedirán ir al CSULA [1] —añade con firmeza, mientras se come el último trozo de pan.

—Sí, una de las mejores universidades del mundo —asiento, realmente sorprendida por su determinación.

Me alegro por ella y admiro su fortaleza. Pero entonces entra en la cantina un grupo de nuestros compañeros de clase y, de inmediato, me pongo tensa. Leo me lanza una mirada dura que me quita el apetito y me hace sentir incómoda en esa sala luminosa y ruidosa.

Ariana nota mi mirada y se da la vuelta.

—Esos —dice con desdén, mirando al grupo.

Tienen un aspecto espectacular, hay que admitirlo. Dos chicas del primer pupitre y tres chicos, entre ellos Bonito, el que llamó Zanahoria a Ariana en clase de biología.

—Oye, sé que es una pregunta estúpida, pero ¿por qué te llamó así? ¿Era ofensivo? —pregunto, dándome cuenta de que la cuestión podría sonar inapropiada en mi primer día.

—No —sonríe Ariana—. No me afecta. Pero ese burro debe pensar que es ingenioso. Me llama Zanahoria por mi pelo rojo. Es estúpido, ¿verdad?

Nos reímos.

—Y probablemente te llamarán Nieve o algo parecido, ya que tu pelo es tan claro que casi es blanco —sigue riendo Ariana.

Volvemos a reírnos, mirando al grupo que está sentado en unas mesas más allá. Uno de los chicos, alto y moreno, el que me guiñó un ojo en clase de biología, sonríe y nos saluda con la mano. Pero su saludo provoca miradas descontentas de Leo y su novia, lo que hace que el tipo vuelva a saludarnos, como desafiándolos.

—Es Ronald Woods —comenta Ariana en voz baja—. Nuestro macho alfa local. Es un poco capullo. Es un mimado en todos los sentidos. Solo lo he visto serio un par de veces y, en ambas, estaba enfadadísimo. Una vez, cuando su banda perdió una batalla el año pasado; y la otra, cuando Bonito le dio la vuelta y vomitó a su camisa en el baile de otoño.

—Uy —hago una mueca—. Cualquiera se cabrearía.

—Bueno, ya sabes que Bonito es un imbécil. Se cree un experto en corazones, pero en realidad es solo un mujeriego con raíces mexicanas. El más imperfecto del grupo.

—¿Y el tercero? —pregunto, intentando sonar neutral, pero muero por saber qué piensa Ariana de mi hermanastro. Casi ni respiro.

Ariana se pone seria de repente, frunciendo el ceño.

—Ese es Leo Stender —dice en voz baja—. Es un tipo misterioso. Para ser sincera, me da miedo. No sé por qué, pero tengo esa sensación. Dicen que su abuelo controlaba todo el condado. Pero es más que eso. Leo siempre está rodeado de chicas. El año pasado, una chica de su clase lo seguía a todas partes y lo esperaba en cada recreo. Incluso lo vi advertirla que se apartara. Pero ella no le hizo caso y acabaron juntos en Halloween. Después de eso, ni siquiera se le acercó. No sé qué le hizo, pero fue caso raro. Ahora ella estudia con el otro grupo.

Me quedo en silencio, procesando lo que dijo Ariana. No está bien ocultar que Leo es mi hermanastro, pero, después de todo, no lo conozco bien. Aprender más sobre él podría ser útil. Es mejor conocer a tu enemigo de vista.

—Por cierto, ahí está —dice Ariana, señalando la entrada con la cabeza.

Una chica alta y rubia entra en el comedor con un bolso rojo y acompañada de varias amigas. Su melena color miel le llega hasta la cintura y su figura y su apariencia recuerdan a las de una modelo.

Las chicas como ella no necesitan perseguir a los chicos; más bien aprenden a defenderse de ellos. Se ríe con sus amigas, pero cuando su mirada se posa en la mesa de Leo y su grupo, de repente se congela y se desinfla, como si toda su energía desapareciera.

Es extraño. Muy extraño y aterrado.

1. **Universidad Estatal de California en Los Ángeles (CSULA)**
Universidad pública que ofrece diversos programas de licenciatura y postgrado. CSULA es conocida por sus programas en educación, negocios y salud.



Capítulo 7: Alexa

Ariana sigue hablándome de las chicas de la pandilla. La rubia se llama Lana y, según mi nueva amiga, es estúpida y desagradable.

—Es por gente como ella que se estereotipa a las rubias teñidas. Lana no es más que la sombra de su amiga, que tiene más éxito. Carol Medina es otra cosa. Es una zorra arrogante, pero menos estúpida que Lana. Y Leo lleva dos meses con ella, algo poco típico en él. Normalmente, solo se aprovechan de las chicas, pero con Carol es diferente.

Ariana se queda en silencio, observando mi reacción. Miro mi plato, digiriendo lo que acabo de escuchar.

—Hola —me llama suavemente—, ¿en qué piensas? ¿Te interesa? No es para gente como nosotras. Mantente alejada.

Esto me estremece.

—No, claro que no —respondo tensa.

Quiero mantenerme lo más lejos posible de Leo. Solo con verlo me provoca una sensación extraña. Miedo, tal vez, o recelo.

Siento una pesadez en el estómago que me hace querer salir corriendo. Cosa que hago después de clase.

Me despido de Ariana diciendo que necesito ir a la parada del autobús. No quiero volver con Leo. Me dirijo al lugar donde nos dejó por la mañana y, por el camino, busco en Internet cómo llegar a casa.

Aunque el colegio está en el centro del distrito, y posiblemente de la ciudad, me encuentro en una plaza desierta, con viejas vías de tranvía y algunos edificios antiguos de dos plantas sin señalizar. No hay ninguna parada a la vista, pero el navegador dice que estoy en un pequeño callejón y que debería haber una parada a seis metros a mi derecha.

Miro a mi alrededor, pero no veo nada que se parezca a una parada de autobús. Decido volver al colegio y consultar el mapa de nuevo. Empiezo a sentir cómo el pánico se apodera de mí.

Debo haberme desviado mientras miraba la flecha en la pantalla. Llevaba caminando unos veinte minutos, suficientes para perderme. Se acercan las tres y el tiempo es sombrío.

No conozco la ciudad, no puedo permitirme un taxi y, ¿dónde voy a encontrar uno? Quiero sentarme en el bordillo, rodearme las rodillas con los brazos y llorar. Han sido demasiados acontecimientos y emociones en los últimos días.

Pero no tengo tiempo para sollozar: necesito salir de aquí. Aún no quiero llamar a mi madre; no quiero preocuparla. Soy adulta y tengo 18 años. Miro el teléfono y veo que la batería está al diez por ciento. No me gusta nada esta situación. Respiro hondo y cierro los ojos con fuerza. Y luego otra vez. Entonces, una gota fría me cae en la nariz: empieza a llover.

Veo un estrecho camino más adelante que creo que lleva al colegio.

La lluvia se vuelve más intensa y las gotas resbalan por mi cara y mi cuello como lágrimas. El viento aúlla entre los árboles. Puedo oír el ruido de los coches en algún lugar, pero es como si estuviera perdida en un laberinto.

Debía ser un paseo corto hasta una calle transitada, pero me he perdido. El viento arrecia y una lágrima caliente recorre mi mejilla. Estoy en la carretera, pero no lo sé a donde ir: a la derecha o a la izquierda.

—Mierda —murmuro, sabiendo que tendré que llamar a mamá.

Pero en lugar de sonar un tono de llamada, escucho un mensaje: el teléfono está fuera de cobertura. No tengo el número de Ariana, ni el de George, ni siquiera el de mi hermanastro. Aunque, a este último, no lo llamaría ni siquiera en esta situación.

De repente, el coche gris oscuro de Leo aparece en la esquina. No sé si alegrarme o sentirme peor, pero frena bruscamente a mi lado. Su mirada está llena de furia.

—¿Tengo que buscarte, idiota? —casi gruñe.

—No hace falta que me busques, llegaré sola —le corto, convencida de que puedo encontrar el camino por mi cuenta. No necesito su ayuda.

Pero, antes de haber recorrido diez metros, oigo el rugido de los neumáticos. Mi corazón da un brinco y, por un momento, pienso que el coche está a punto de atropellarme.

Me doy la vuelta bruscamente y el corazón se me encoge de nuevo: Leo se dirige hacia mí. Quiero correr, pero me agarra de la chaqueta y me arrastra hacia el coche, como un gatito pequeño.

—¡Suéltame! —chillé casi en silencio intentando resistirme.

—Te romperé los brazos y tus piernas —sisea Leo con rabia, empujándome hacia el coche.

Al otro lado de la carretera, un hombre pasea a su perro y nos mira con tensión.

—Es mi hermana —explica Leo, metiéndome en el coche—. Está fuera de control, se salta las clases. Es una desgracia para la familia.

—Tonta —murmura el hombre, y se aleja.

Siento cómo se me escapan las lágrimas calientes.

Leo conduce en silencio por la carretera, sin decir una palabra. Intento dejar de llorar, pero las lágrimas siguen brotando.

¿Cómo puede alguien decirme lo que tengo que hacer?

¿Quién demonios se cree que es? ¿Qué clase de hermano es?

Un desconocido que cree que puede tratarme así. Y lo peor es que no puedo cambiarlo.

¿Quién soy yo en esta casa?

No puedo decirle a mi madre que mi sueño se ha convertido en una pesadilla. ¿Tendré que soportar esta humillación durante el resto del curso escolar? No puedo esperar a graduarme y marcharme. No puedo esperar a tener una residencia donde no haya un hermano tan “cariñoso”.

En cuanto cruzamos el umbral de la casa, corro a mi habitación y me escondo allí hasta que mi madre y George vuelvan del trabajo.

Mamá empieza a preguntarme sobre mi primer día en el colegio, sobre mis nuevos compañeros y profesores.

Durante la cena, George se une a las preguntas. Cuando me pregunta cómo fue con Leo, le miento y le digo que todo bien.

Leo ni siquiera parpadea; sigue masticando perezosamente las verduras y la carne como si no tuviera nada que ver con él. No puedo tragar ni un bocado. Cada vez que miro su rostro cincelado, sus cejas negras y sus labios finos, siento que se me revuelven las entrañas.

Leo es guapo, eso es un hecho. Demasiado. Sin embargo, su belleza es áspera, salvaje, de algún modo aterradora. Comparado con Ronald Woods, su amigo del colegio, que es zalamero y suave, o con el larguirucho Bonito, Leo destaca.

Si lo viera por la calle, nunca pensaría que es un estudiante del colegio. Incluso ignorando su altura y sus poderosos hombros, su mirada es demasiado madura y sagaz.

Ariana dice que las chicas están locas por Leo, y no me extraña, pero ¿no pueden sentir la frialdad que desprende? Recuerdo a la rubia del comedor y la expresión de sus ojos cuando miró a Leo. ¿Qué le hizo? ¿Golpearla? Es muy posible.

Conmigo ya lo ha hecho tres veces en tres días. Y eso que yo ni siquiera le estaba tirando los tejos como esa chica.

Le doy las gracias a George, beso a mamá en la mejilla y me apresuro a esconderme en mi habitación. Quiero llamar a Nica, ver su cara animada y sus ojos chispeantes, aunque sea a través de la pantalla. Echo de menos a mi amiga y quiero contarle todo.

—¡Menudo gilipollas! —exclama Nica cuando le habló de Leo— ¡Es un gilipollas! ¿Por qué no se lo dices a tu madre? ¿O al marido? Dile que le dé una lección a su hijo.

—No, no puedo, Nica. Mamá está muy contenta de que estemos juntos ahora. No quiero disgustarla, trabaja tanto por mí. De todos modos, en cierto modo, lo entiendo. Soy una extraña en su vida.

—Alexa, siempre encuentras una excusa para cualquier mierda —dice Nica con los dientes apretados.

Frunce el ceño. Está preocupada por mí. Necesito sentir que alguien se preocupa por mí, que hay alguien con quien compartir mis preocupaciones. Hablamos de mi nuevo colegio y de cómo fue su día sin mí en nuestro antiguo colegio.

Nica me repite cientos de veces lo mucho que me extraña, me invita a pasar las vacaciones con ella, me recuerda que tenga cuidado con mis nuevos compañeros y, sobre todo, con mi hermano.

Al final, no puedo soportarlo y rompo a llorar, y ella me sigue. Charlamos hasta medianoche, pero no consigo dormir.

Me ruge el estómago, lo cual no me sorprende, ya que apenas comí en la cena. Me asomo al pasillo y escucho. La casa está en silencio, todos duermen. El pasillo está casi a oscuras, con una tenue luz amarilla que se extiende a lo largo de la pared.

Bajo de puntillas las escaleras, mirando a mi alrededor con cautela. Enciendo la luz de la cocina y rebusco en la nevera.

Hay un montón de cosas. Incluso el frigorífico es diferente al que teníamos Greta y yo: un aparato enorme de doble puerta con un montón de funciones que no entiendo. Supongo que es la temperatura. Pero eso ahora no importa. Encuentro queso, me hago un bocadillo y lo muerdo con fruición.

Probablemente, mi madre no aprobaría que comiera bocadillos a estas horas, pero Greta siempre decía que estaba demasiado delgada y trataba de alimentarme. Aunque eso no me hacía más alta ni más ancha.

No me llamaría delgada. Tengo pechos y caderas, quizá no tan exuberantes como Nica o Carol, pero, aun así. Decido terminar de comer en mi habitación, así que agarro otro bocadillo y un

yogur, y subo.

En cuanto llego al pasillo que lleva a mi cuarto, me doy cuenta de que no estoy sola. Miro nerviosa a mi alrededor, sintiendo su mirada.

Leo está de pie junto a la puerta de su habitación, silencioso y quieto. Eso me recuerda a cuando, en octavo curso, volví a casa sola y me topé con un enorme perro negro en un callejón estrecho. Me miraba fijamente, con el hocico bajo y los ojos expectantes.

Entonces, me temblaron las piernas y los hombros se me pusieron rígidos por la impotencia. A solas con la bestia, no sabes lo que hará. No sabes si pasará de largo o se abalanzará.

Ahora siento algo parecido.

El pasillo está casi a oscuras y Leo emana una rabia silenciosa.

¿Por qué me odia tanto?

Me quedo paralizada, igual que en aquel callejón. El perro fue llamado por su dueño, pero aquí estoy sola. Parpadeo, esperando estar imaginando cosas. Pero Leo no ha desaparecido. Solo pienso: *"Te voy a romper los brazos y…"*

De repente, me doy cuenta de que no me he puesto la bata, pensando que todos en la casa dormían. Me siento desnuda con mi camiseta de algodón y mis pantalones cortos. Se me pone la piel de gallina. Apreté la bandeja contra mí, esperando que la penumbra me ocultara, y me dirigí sin aliento hacia la puerta. El pomo no se movió enseguida y casi se me cayó el plato al suelo.

—Buenas noches —murmuré, entrando en la habitación.

Leo no dice nada, pero me sobresalto al verlo dar un paso hacia mí. Y luego otro. Debería cerrar la puerta de golpe y a toda velocidad, pero estoy entumecida. Es mi estúpida costumbre de quedarme paralizada cuando estoy confusa y asustada.

Leo se detiene, aprieta los puños y luego se da la vuelta y entra en su habitación dando un portazo ensordecedor. Yo hago lo mismo, solo que más silenciosamente. Cierro la puerta, camino como un robot hasta la cama y me siento.

—Dios mío, ¿qué ha sido eso?

No obtengo respuesta. No duermo hasta las dos de la madrugada. Y cuando lo hago, tengo pesadillas: vampiros, brujos espeluznantes y el perro negro del callejón.

* * *

La mañana empieza con una sorpresa desagradable: mamá y George se han ido antes de tiempo.

Encuentro un mensaje en el teléfono: *"Alexa, no te olvides de desayunar. Hoy también vas al colegio con Leo. Besos. Mama"*. Y un montón de caritas sonrientes con gatitos y corazones.

¡Genial!

Los recuerdos del encuentro de anoche en el pasillo me encogen el estómago. Y luego están esos sueños horribles. Tengo el cuello pegajoso de sudor. El agua fría en la cara y la ducha con agua fría me ayudan a despejarme un poco.

No me va a comer, de verdad. Solo es un tipo malo. Guapo. Peligroso.

¡Ay, Dios! Sacudo la cabeza y me decido a arreglarme. Falda, lápiz, blusa y chaqueta. Un poco de rímel y brillo de labios. Por último, me recojo el pelo en dos trenzas francesas. Listo.

Tengo tiempo de sobra para desayunar. Luego me sentaré en el coche en silencio, sin mirar siquiera a ese hermano malvado. Espero que George le haya dicho que voy con él. Si no, prefiero perder la clase antes que decírselo yo misma a Leo.

Me cuelgo el bolso al hombro, salgo de la habitación y bajo las escaleras. La casa está en silencio. Espero que no se haya ido sin mí. O tal vez lo ha hecho. Miro por la ventana y veo que el coche sigue allí.

Así que Stender Junior aún está de camino. Decido que tengo tiempo para un bocata, así que voy a la cocina.

Ah, si mi madre supiera lo que como… Aún no me he acostumbrado a la elegante cafetera, pero no me costó averiguar cómo preparar un café con leche. Cojo el bocadillo, me cuelgo el bolso al hombro, apago la cafetera y me dirijo al salón.

En ese momento, la puerta se cierra de golpe. No quiero llegar tarde y poner nervioso a mi hermano, así que decido terminar de comer de camino al coche.

—Hola, señorita Nieve.

Me quedo helada con la boca llena. Ronald Woods está despatarrado en el sofá del salón, con las largas piernas cruzadas despreocupadamente.

—Soy Ronald.

—Lo sé —respondo, tragando el trozo.

Ronald se levanta del sofá con una sonrisa y una mirada de reojo. Guapo, como un gato de botas: encantador y envolvente. Pero lo capto a tiempo.

No funcionará conmigo. El amigo de Leo también es peligroso.

—Leo no quería que conociera a su hermana, así que vine yo —dice Woods extendiendo los brazos como si fuera a abrazarme.

Me da escalofríos. Es un pavo real, con la cola esponjosa, la voz baja, los ojos grandes.

¿Qué tienen en común?

Leo es como una roca, con una mirada dura. Este parece un gato satisfecho después de comer nata.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —Ronald se me acerca, notando que me echo hacia atrás—. ¿Crees que te voy a comer? Tal vez más tarde —susurra en voz baja y aterciopelada.

—Ronald —dice Leo en voz baja, apoyado en el marco de la puerta.

Me pregunto cuánto tiempo lleva ahí de pie. Me sonrojo al ver a Leo. Recuerdo su mirada de ayer: pesada, punzante.

—Hola, Leo —responde Woods sin mirarlo siquiera.

Extiende la mano, me aprieta los dedos que sujetan el bocadillo, lo lleva a su boca y le da un buen mordisco. Antes de que me dé cuenta, hace lo mismo con mi café con leche, sorbiéndolo ruidosamente por el tubo. Mientras tanto, Woods me mira a los ojos. Me quedo paralizada, mirando al insolente con asombro. ¡Qué asco!

—¡Ronald! —grita Leo, haciéndome estremecer—. Vámonos.

Leo coge bruscamente su chaqueta del perchero y sale dando un portazo.

—Está nervioso —sonríe Ronald. Vamos, Nieve, date prisa, o tu hermano clavará las pezuñas en el suelo.

Woods se echa la chaqueta sobre los hombros y sale, dejándome ahí, intentando comprender lo que acaba de ocurrir. A Stender le parece que soy una campesina de clase baja que ha invadido su cómoda existencia, pero ¿enfadarse tanto porque sus amigos se interesan por mí?

Cree que la gente como yo ni siquiera debería estar en su círculo. No pasa nada. La verdad es que no me apetece.

Salgo al porche y tiro ostentosamente el bocadillo mordido y el vaso de café a la papelera que está junto a la entrada. Espero que lo vean. El coche resopla, esperando a que baje los escalones.

Casi pienso que mi hermano me está dando largas para que agarre la manilla y luego pise el acelerador, dejándome allí de pie. Pero no ocurre nada de eso. Abro la puerta sin hacer ruido y veo que Ronald ya está sentado en la parte de atrás, golpeando el asiento con la palma de la mano, invitándome a sentarme a su lado.

—Sube, señorita Nieve —sonríe—. Carol va delante, así que estoy aquí contigo.

Suspiro y entro en el coche. Ronald pone la mano en el respaldo del asiento, y el bajo frenético retumba en mis oídos. En el retrovisor, me quedo atónita ante la mirada de ojos oscuros.

¿Qué me espera mi segundo día en el colegio de lujo?



Capítulo 8: Alexa

Carol me recibe con una mirada contrariada cuando nos detenemos detrás de ella. Bueno, Leo y Woods sí, pero yo solo soy el remolque. Murmuro un *"gracias"* en voz baja y me escabullo rápidamente.

Woods parece querer decirle algo, pero Leo le lanza una mirada de advertencia, y él guarda silencio.

Corro al aula justo cuando suena el timbre, porque he estado en la biblioteca a recoger mis libros.

—Hola —le sonrío a Ariana, deslizándome hasta el último pupitre.

Pero ella me lanza una mirada gélida y deja su bolso en la silla antes de que pueda sentarme. La miro, confundida, mientras escucho las risas a mi alrededor. En ese momento entra la profesora y tengo que sentarme en un pupitre vacío.

Después de clase, alcanzo a Ariana en el pasillo.

—Ari, ¿qué pasa?

—Realmente no lo entiendes, ¿verdad? —se gira bruscamente y me mira a los ojos—. La verdad es que no —respondo, aún más confundida.

—La verdad es que no —respondo, aún más confundida.

Ari sonríe con desdén y luego mira por la ventana, resentida.

—Ayer te hablé de ellos como una tonta —asiente, pero me doy cuenta de que se refiere a la pandilla de Leo—. Y resulta que tú eres una de ellos. ¿Qué sentido tenía el circo de ayer?

—No es así, Ari —frunzo el ceño bajo su mirada—. Debí habérselo dicho desde el principio. Yo también me habría ofendido.

—¿De verdad? ¿Así que no eres hermanastra de Leo? ¿Y por qué preguntaste por él?

—Ari, sinceramente, no soy una de ellos. Mi madre se casó con su padre y me sacó de mi pueblo hace solo unos días. También estuve en una escuela normal. No te he mentido.

La mirada de Ariana se suaviza un poco, pero aún hay desconfianza en sus ojos.

—Y sobre Leo, realmente, quería saber más sobre él. Es evidente que no le gusta tener una hermana como yo y creo que pronto me matará.

Mis palabras me entristecen y me dejo caer en el sofá del vestíbulo, dejando la bolsa a mi lado. Deseo desesperadamente compartirlo con alguien. Es imposible con mamá o con George. Greta está descartada. Nicole es una buena amiga, pero no tiene ni idea de cómo es Leo.

Ari lo conoce y podría comprenderlo. Estos últimos días estoy tan cansada que siento como si me hubieran abandonado todas las fuerzas y me duelen los ojos de tanto llorar.

—Hola —Ari se sienta a mi lado, echándose un mechón de pelo rojo por encima del hombro —. ¿Tan malo es?

Asiento, sintiendo una lágrima rodar por mi mejilla. Entonces le cuento todo a Ariana: la primera vez que lo conocí, el intento de amistad, el odio de Leo, las pesadillas.

Cuando termino, me siento vacía, como si me hubieran drenado todos los pensamientos, dejándome solo un zumbido en la cabeza.

—Sabía que Leo estaba loco, pero no creí que lo estuviera tanto— dice finalmente—. ¿Seguro que no quieres decírselo a tu madre? Quizá ella podría hablar con su padre.

—No sé, lo he pensado. Pero arruinaría todo lo que mi madre pasó tantos años intentando construir para mí: una familia. Quizá las cosas cambien y Leo deje de fijarse en mí.

Ari mira pensativa sus manos.

—Tal vez. Pero ten cuidado con él. Apunta mi número, por si acaso.

Intercambiamos nuestros números. Le agradezco su apoyo. Por supuesto, Ari difícilmente podría ayudarme en una emergencia, pero tener a alguien a quien recurrir me tranquiliza y me da esperanza. Ari me abraza y se disculpa por su frialdad. Después, vamos a clase.

—Escucha, Alexa, ¿quieres ir a nadar? —me pregunta Ari después de la última clase.

—¿Nadar? ¿Dónde? —Levanto las cejas, sorprendida.

—En la piscina del colegio. Suele estar vacía antes del entrenamiento y quienes deseen usarla pueden hacerlo.

Nos detenemos ante el espejo del vestíbulo. Miro mi reflejo y me horroriza lo cansada que me veo. Solía ir a la piscina municipal en mi pueblo y me encantaba la sensación de agotamiento que me quedaba después de nadar. Era refrescante y revitalizante.

—En realidad, me encantaría, pero no tengo bañador.

—No hay problema —Ari hace un gesto con la mano—. Dan a todos los alumnos trajes de baño uniformados. Tienes que recoger el tuyo.

—Vaya, ¿los regala el colegio?

—Por el dinero que pagan tu madre y su nuevo marido, un bañador es nada.

Fuimos a pedir permiso en la administración. Nos dio un papel que llevamos al superintendente. Nos entrega un paquete sellado y, tras unas cuantas firmas, vamos a la piscina.

Es una enorme sala con azulejos azules, agua iluminada y equipamiento deportivo. No se parece en nada a la piscina de mi pueblo.

—Una de las razones para asistir a esta escuela —dice Ari, al ver mi mirada de admiración.

—De acuerdo —asiento.

—Los vestuarios y las duchas están aquí —me indica Ari, señalando una habitación lateral.

Entro en la cabina y desenvuelvo el paquete. Es un traje de baño rojo con un emblema azul del instituto y un gorro azul. Cuando salgo, Ari ya está nadando en el carril y me saluda con la mano.

—¡Vamos, entra, Alexa!

Me acerco al borde, me pongo las gafas, respiro hondo y salto al agua. La sensación de ingravidez en mi cuerpo y la ligereza en mi mente me calman de inmediato. Los movimientos son libres y fáciles. Ari y yo nos encontramos al otro lado de los carriles, riéndonos mientras salgo a la superficie y me subo al borde.

—La risa te sienta bien —dice Ari—. Que le den a Leo y a su compañía. Disfruta de la vida y agradece la oportunidad, Alexa.

—Lo intento —sonrío—.

Ahora parece posible. El agua es inspiradora.

—Eres una nadadora bastante buena. ¿Por qué no le sugieres al entrenador que te incluya en la competición?

—No lo sé —me encojo de hombros—. Nunca he practicado la natación en serio, solo por diversión.

—Piénsalo —Ari hace un gesto con las manos y vuelve al agua, y yo la sigo.

Es un baño agradable. Mi sombra en el fondo parece seguirme, perturbada por las olas. Ariana está en el siguiente carril. Me empujo desde el borde y nado de vuelta, saboreando la calma del agua. Pero el cansancio se apodera de mí y llega el momento de recoger.

Probablemente, la clase optativa de Leo ha terminado y yo tengo que irme; no quiero oírle quejarse. Salgo del agua, me quito las gafas y veo los zapatos de un hombre. Levanto la vista.

Stender está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho. Ari no aparece por ninguna parte.

—¿Dónde está Ariana? —le pregunto, mirando a mi alrededor, retrocediendo y escondiéndome en el agua.

—En la ducha.

—¿Por qué no me avisó? —murmuro más para mí que para él.

—Tenía prisa —Leo se encoge de hombros con indiferencia. Sigue mirándome en silencio, y empiezo a ponerme nerviosa.

Ari no podía haberse ido dejándome sola con él.

—¿Has terminado ya tu optativa? Me prepararé enseguida.

Me siento incómoda bajo su mirada. No es tan feroz como ayer, pero me observa con tanta atención que quiero hundirme.

—Hoy no voy para casa. Tengo que salir por otros asuntos. El autobús número 2 va a mi casa.

Su voz es fría como el acero y su tono, despectivo, como si se dignara a hablarme.

—Vale.

Está a punto de irse, pero se vuelve de repente y añade:

—Y no vayas a ninguna parte, vete directamente a casa. Papá no tiene por qué saber que me fui después de clase.

Así son las cosas. Él tiene algo que hacer y yo tengo que cubrirle. No contar nuestras diferencias es una cosa, pero no voy a mentirle a propósito.

—No me digas lo que tengo que hacer —respondo, dando un paso atrás.

Stender entrecierra los ojos y se acerca al borde. Se pone en cuclillas y me mira a los ojos.

—La temeridad e intrepidez son una combinación peligrosa, Alexa.

Me llama por mi nombre por primera vez, pero lo dice como si escupiera una palabrota. Su mirada dura me hace querer correr al otro lado de la piscina. Pero Leo no va a saltar detrás de mí. Solo me observa, haciéndome sentir un dolor casi físico.

Stender se endereza y lleva mi toalla de la tumbona a la barandilla, pasando la tela por su palma.

—Nos vemos esta noche, hermanita. Pórtate bien.

¿Qué pasa con sus cambios de humor?

Primero me mira fijamente, luego actúa como si nada. Es un tipo extraño, ese Leo. Extraño y peligroso.

No salgo de la piscina hasta que se ha ido. Me fijo en un cartón de zumo arrugado en el suelo y en el charco de naranjas. Ari sale de los vestuarios secándose el pelo con una toalla. Gracias a Dios que está bien. Quién sabe lo que le pasa a Stender.

—Alexa, ¿estás bien?

—Sí. ¿Tú?

—Igual. Tu hermano es un auténtico psicópata. Me echó el zumo encima cuando me negué a irme. Tuve que correr a la ducha porque, si no, no habría podido cepillarme el pelo. ¿Qué quería?

—Decirme que coja el autobús a casa.

Ari resopla y añade algunas palabras poco halagadoras sobre Leo.

—¿Qué le pasa por la cabeza?

—No sé, y no quiero averiguarlo.



Capítulo 9: Leo

¿Dónde está?

Pelirroja arquea una ceja, sonriendo. No responde nada.

Ya se ha quitado el gorro y su pelo cobrizo se extiende como antenas rizadas.

En cierto modo, la admiro. No le importa lo que pensemos. Somos respetados, no solo en el grupo, sino en todo el colegio. Los recién llegados, sobre todo los becados, suelen ser tímidos y temerosos. Rápidamente, se les aclara quién manda.

Pero ella no lo entiende, por mucho que intenten intimidarla. Armadura. Hasta la respetan por eso. Pero Bonito no lo deja. Sigue fastidiándola. Ya lo habría dejado y olvidado. Aunque creo que incluso él se rompería los dientes si lo intentara.

—Piérdete, Zanahoria.

—Stender —ni se inmuta con el apodo—, creo que aún no has comprado el colegio.

Sorbí el zumo de la bolsa. Odio esta bazofia, pero en la cantina no venden otra cosa. Me acerqué. La pelirroja se pone tensa. Detrás está la piscina, y yo - delante de ella.

—¿No tienes que irte? Tengo que hablar con mi hermana.

Mi *"pseudo prima hermana"* parece haber encontrado una defensora. Ari me mira directamente a los ojos, sin miedo.

—¿Estás seguro de que ella quiere hablar contigo?

—No tiene elección.

Empiezo a enfadarme. Se acaba el tiempo y Damon me está esperando. Veo el gorro azul de mi hermana parpadear en el agua. Es buena nadadora.

—Carol te está esperando —dice pelirroja con sarcasmo—. Se lo contaré todo a Alexa.

¡Es tan testaruda! Muerdo lentamente la esquina del paquete y vierto el zumo sobre su cabeza. Que aprenda a estorbar.

—Deberías ducharte.

Se queda helada al ver cómo el zumo le escurre por la cara.

—Estás enfermo, Stender —gruñe.

—Simplemente vete.

Se mete en la ducha y, por fin, me libro de ella. Justo cuando desaparece, Alexa sale del agua. Cuando se quita las gafas, me mira como si fuera un monstruo salido de debajo de la cama. Con los ojos llenos de ansiedad, da un paso atrás.

¿Cree que voy a ahogarla?

A veces, desearía poder controlar a esta advenediza. Pero ahora no hay tiempo, Damon y el club no esperan.

Me quedo helado, viendo cómo las gotas de agua ruedan por su cuello. Es tan delgada, pero el bañador del colegio se le ajusta perfectamente al pecho.

Mira a su alrededor, buscando a su amiga, como si la hubiera ahogado. Mi teléfono vibra en el bolsillo. Probablemente, Damon ya esté impaciente.

Le digo a mi hermana que se vaya directamente a casa. No quiero que mi padre me explique por qué no la llevé cómodamente.

Estoy harto de ser su chófer. Pero, de repente, se pone a dar saltos de alegría e intenta marcar sus límites. Vale, lo entiendo, hermana, lo has intentado de verdad. Pero, por alguna razón, retrocede y sus ojos vuelven a mostrar miedo.

¿Por qué solo con mirarla se me hierven las entrañas?

Whitney Montana no es la primera prostituta de mi padre, pero es con la que se casó y luego trajo a esta en nuestro hogar. Es una traición.

¡Me prometió que no se casaría después de mamá! Y esta oveja de ojos claros solo me recuerda su traición. Necesito ir al club y quitarme esta tensión de encima.

—Leo —murmura Damon cuando subo al asiento del copiloto—, ¿estabas haciendo los deberes o algo? Ya me he fumado tres cigarrillos.

Damon se sube la cremallera de la cazadora de cuero hasta la barbilla. ¿Por qué iba a hacerlo? Siempre va sobre ruedas.

—¿A qué hora es la subasta?

—A las nueve en punto.

—¿Conoces los lotes?

Damon sonríe socarrón mientras arranca el motor. Como el gatito. Seguro que no se relamió.

—No es divertido, León.

Ni Ronald ni Bonito comparten mi fascinación por el Club León. Piensan que Damon es un astuto hombre de negocios que me está utilizando. Es cierto, pero no me importa.

Damon me ha abierto un mundo interesante y me ha ayudado a entender lo que quiero. Y si se lleva una comisión, que así sea. Mientras el camino hacia las subastas y la diversión están abiertos, no me importa.

Salgo del aparcamiento del colegio y apunto el coche hacia la autopista. Debo llegar a casa antes que mi estúpida hermana. A veces los autobuses son más rápidos porque tienen su propio carril. Ella no necesita ver a Damon, y él a ella tampoco.



Capítulo 10: Alexa

Estudiar en este colegio es más difícil de lo que esperaba. Las condiciones aquí son excelentes, pero el programa es duro. Me esfuerzo mucho para mantener mis notas, y nunca he sido una estudiante brillante. Algunas asignaturas son fáciles, pero en otras, como español, tengo que quedarme hasta casi medianoche.

¡No entiendo por qué tan importante aquí esa lengua!

Mi madre me ha sugerido en varias ocasiones que contrate un profesor particular para ponerme al nivel de mis compañeros, pero me niego. Ya hace demasiado por mí.

Hoy, Ariana y yo tenemos un nuevo miembro en nuestra pequeña compañía.

Por la mañana, cuando llego corriendo a clase antes de que suene el timbre, me encuentro a un chico rechoncho con enormes gafas cuadradas sentado en mi sitio. Es el típico empollón. Las cosas de Ariana están en el pupitre, pero ella no aparece por ninguna parte.

—Mm… —Hola —le digo al chico, un poco confundida—. Creo que este es mi sitio.

Él me mira fijamente, sin decir nada. En ese momento, aparece Ari.

—¡Hola, Alexa! —dice alegremente, recogiéndose el pelo rojo en una coleta—. Este es William. Will, esta es Alexa, de la que te hablé.

—Estaba enfermo —murmura William—. Este es mi sitio.

Estoy confundida. Me había acostumbrado a sentarme con Ariana, que se ha convertido en mi isla de seguridad en este nuevo mundo de miradas y hostilidad.

—Will, no seas pesado, cede a la chica nueva —dice Ari.

William me mira enfadado a través de sus gafas, pero recoge sus cosas y se va al pupitre de al lado. Resulta que Ariana y él son amigos y ahora viene con nosotras en los recreos.

William no es tan malo como pensé al principio. Su humor es peculiar, pero es un genio. Incluso Ariana está lejos de su nivel.

Le interesan especialmente la biología y la química, y cuando se entera de que a mí también me interesan, empieza a respetarme. Incluso demasiado: a menudo lo sorprendo mirándome con admiración.

Ayer me acompañó en la parada del autobús para conversar sobre el antiparalelismo de las cadenas de ADN [1]…

Esta mañana Ari y yo lo encontramos sombrío y taciturno en el último pupitre. Nos saluda tenso, con los dientes apretados. William se sujeta las gafas con las manos, intentando en vano raspar el chicle pegado en el cristal.

—William, ¿quién ha hecho esto? —pregunta Ari, apretando los labios, claramente sabiendo la respuesta.

—Nadie —dice él, con voz huraña.

En ese momento, entra en la clase un grupo de pijos, como Ari y yo los llamamos, riéndose a carcajadas y hablando entre ellos.

Las chicas se cuelgan de los chicos, Woods se burla y Leo abraza a Carol, sonriendo y mostrando sus dientes blancos. Parecen tan despreocupados y crueles al mismo tiempo.

—Ari —le tomo la mano en silencio, pero ella la aparta.

No hay forma de detenerla. Ariana da un paso adelante y se planta frente a ellos.

—¿Por qué, demonios, habéis hecho eso?

Me quedo paralizada, anticipando problemas. Los pijos también se quedan congelados, sorprendidos por su audacia.

—Zanahoria, ¿te has atrevido? —Santana arquea una ceja.

—Tú eres el que se quedó desnudo al nacer, Bonito —replica Ari.

La cara de Bonito se tensa, pero entonces interviene Carol.

—Deberías volverte con tus amigos defectuosos —dice ella con desdén.

Sus palabras suenan como una bofetada, pero no tengo valor para respaldar a Ariana. Mientras ella nos defiende, yo permanezco junto a William, paralizada por la mirada gélida de Leo. Es vergonzoso.

—¿Quién más hablaría de amigos defectuosos? —responde Ari, lanzando una mirada desafiante a Bonito y su compañera.

Carol aprieta los labios y entrecierra los ojos con odio. Da un paso hacia Ariana, claramente dispuesta a vomitar más veneno, tal vez incluso a golpearla. Pero los dedos fuertes de Leo la agarran por el hombro, deteniéndola.

—Basta —dice con brusquedad.

—No hemos terminado —sisea Carol, visiblemente molesta.

—No hay nada más que hablar.

Leo mira a Ariana como preguntando: "¿Sigues aquí?". Ari baja los hombros y se vuelve hacia mí.

Suena el timbre y los alumnos regresan a clase. Pero no puedo evitar la sensación de haberme acobardado mientras Ari nos defendía.

—Ari —susurro, incapaz de soportar la culpa—, siento haberme quedado parada aquí mientras te enfrentabas a ellos.

—Olvídalo —responde en voz baja—. Estoy acostumbrada a pelearme con ellos.

El profesor nos lanza una mirada severa y nos callamos.

Un par de días después se repite la situación con William. Pero esta vez Ariana no está cerca.

Esta mañana hace fresco en Los Ángeles, algo habitual en la ciudad. Siento el frío en las rodillas, aunque solo hay cinco minutos desde la parada del autobús hasta el colegio.

Empiezo a salir de casa temprano para evitar cruzarme con Leo. No quiero ver a Carol resoplando ni a Woods sonriendo satisfecho. Hoy, apenas bajo del autobús, me encuentro con un William inusualmente contento.

—Hola, Alexa —sonríe, ajustándose las gafas.

—Hola, William —respondo.

—Ari no vendrá hoy a clase.

—Sí, lo sé, me envió un mensaje ayer —le recuerdo—. Tiene un concurso de física.

—Es importante para ella. —William me mira como si no entendiera la importancia.

Me encojo de hombros.

—¿Puedo sentarme contigo hoy? Tenemos clase de química y quizá te venga bien algo de ayuda.

William siempre cuida de sus amigos. Aunque podría hacerlo sola, no quiero ofenderlo.

—Por supuesto.

Su ayuda es útil. Me las arreglo con el glicerol y la glucosa, pero no logro identificar la proteína.

—¡Voilà! —sus ojos brillan victoriosos mientras el líquido del tubo de ensayo se torna de un morado brillante.

También se sienta conmigo en clase de literatura e historia y, después del recreo, desaparece. Me alegra tener un respiro de su interminable flujo de datos científicos.

Me aburro sin Ariana y, por alguna razón, quiero escuchar la voz de Nica. De pie, junto a la ventana, paso todo el recreo hablando con ella y ni siquiera voy a comer.

Cuando regreso a clase, encuentro a William en otro pupitre. Está lloriqueando y presionando un estuche de hierro contra su rostro.

—Will, ¿qué te pasa?

—Nada. No pasa nada, Copito de Nieve —murmura, todavía resoplando.

Está claro que ha ocurrido algo y él cree que es culpa mía. Incluso se aleja de mí.

—Muéstrame lo que ha pasado.

Aparto su mano del estuche y veo una mancha roja en su pómulo, ya hinchada y empezando a ponerse azul.

—¿Quién te hizo esto? —jadeo.

—Nadie —frunce el ceño, tratando de parecer fuerte, pero su mirada se desvía hacia la puerta. Sigo su mirada.

Leo está de pie hablando con un chico de la clase paralela. Sus amigos se ríen y miran sus teléfonos inteligentes.

Algo se activa en mi interior y decido defender a William como lo haría Ariana. William puede ser raro, pero eso no justifica que lo golpeen; especialmente alguien que es el doble de fuerte.

Respiro hondo y camino con confianza hacia Leo.

—Debes de sentirte muy orgulloso de ti mismo, venciendo a alguien más débil… —le suelto sin pensar.

Stender interrumpe su conversación y gira lentamente la cabeza hacia mí, levantando las cejas, sorprendido. Siento que el miedo crece en mi interior.

Dios mío, ¿por qué hice eso?

Creo que soy una defensora como Ariana. Pero no lo soy. El temblor de mis rodillas me lo confirma. Leo no dice nada, porque en ese momento suena el timbre y el profesor entra en clase.

Regreso rápidamente a mi asiento y me encojo como un ovillo. Quiero ser pequeña, invisible, o rebobinar hasta el momento en que estaba en el pasillo hablando con Nica.

Leo no dice una palabra, pero lo noto en su mirada, fría y penetrante, en el repentino silencio de sus amigos y en la pausa tensa.

No entiendo el miedo que me provoca mi hermanastro. No son solo sus amenazas, es la forma en que me mira. Es una mirada paralizante, un terror atávico que me sacude.

Apenas escucho al profesor, aunque intento concentrarme en la conferencia sobre sistemas políticos. Siento un nudo en el estómago y me empieza a doler la cabeza. Carol y su amiga me

miran de vez en cuando, lo que aumenta la tensión. Stender me desafiará y la situación será desagradable y vergonzosa.

Sus amigos se burlarán de mí o peor. Un escalofrío recorre mi cuerpo al pensarlo. Hay una promesa de problemas en las miradas de esas chicas.

En cuanto suena el timbre, me apresuro a salir, mientras el profesor mantiene ocupados a Woods y otra chica con tareas.

Sinceramente, me excuso de ir a educación física; me duele la cabeza.

A Leo le toca entrenamiento en la piscina hasta las seis los jueves, y mañana mi madre y George volverán. Con suerte, mañana mi hermano se habrá calmado.

Al llegar a casa, me encierro en mi habitación y me meto bajo las sábanas. Tengo frío y quiero dormir. El sueño me invade rápidamente y solo me despierto cuando mi madre llama suavemente a la puerta.

Exhalando, me siento en la cama. Escucho mi cuerpo. Tal vez esté enferma y pueda quedarme en la cama mañana. Luego llegará el fin de semana y la situación se calmará.

—Ya voy, mamá. Solo voy a lavarme la cara. Tengo sueño después de clase.

Durante la cena, todos están de buen humor. George cuenta historias sobre un cliente excéntrico, mi madre se ríe y Leo sonríe mientras come el asado y la ensalada. Me relajo y me uno a la conversación. Incluso me siento un poco mejor.

—Voy a servirme más té —me levanto de la mesa.

El té se ha terminado, pero aún queda postre. Leo me tiende su plato y me mira con una expresión tranquila.

Dudo un segundo, pero al captar la mirada de mi madre, respondo:

—Por supuesto.

Mis dedos rozan ligeramente su mano cuando me entrega la taza y siento un escalofrío al pensar que he tocado un cable pelado. El plato casi se me cae de las manos.

—Cuidado —dice—. Menos mal que está vacía, o te quemarías.

Trago saliva. Tiene razón, debo tener más cuidado. Hace calor en casa, aunque fuera haga fresco.

La noche en familia está llegando a su fin. Leo se ha retirado a su habitación, George está en su estudio y mamá y yo hemos tenido una larga charla con Greta por videollamada. Al principio estaba distante, pero luego se animó, como solía hacer. Antes de que nos demos cuenta, son casi las once.

—Es hora de sacar a George del estudio, o se quedará allí toda la noche —dice mamá, levantándose del sofá—. Y es hora de que tú te vayas a la cama.

Le doy un beso y le digo buenas noches.

Las luces del primer piso están apagadas; solamente las lámparas de noche siguen encendidas. Recuerdo mi reciente sueño sobre vampiros y me estremezco. Sacudo la cabeza, intentando alejar esas tonterías. La habitación está fresca, y me gusta así.

No enciendo la luz: la lámpara de noche es suficiente. Busco el enchufe, desconecto el cargador del teléfono y conecto la lámpara de noche. Es entonces cuando oigo un susurro.

Sobresaltada, me doy la vuelta. Leo está sentado en la silla junto a la ventana.

—Mucho tiempo. He estado esperando.

Todas las sensaciones que me invadieron en la escuela después de mi arrebato irracional regresan con el triple de fuerza.

—¿Qué haces aquí? —exhalo, congelada en el sitio.

Leo parece relajado, pero percibo que es una calma engañosa. Siento que si hago un movimiento brusco hacia la puerta, me atrapará en un segundo.

—Estoy aquí para charlar. Creo que no terminamos la conversación esta mañana.

---

1. El antiparalelismo es una característica esencial del ADN que garantiza la correcta replicación, transcripción y estabilidad de la molécula de la vida.



Capítulo 11: Alexa

Leo, tengo sueño.

—¿Una nana? —Su voz irónica me atraviesa como un cuchillo.

En la penumbra, sus ojos brillan aterradores y abrasadores. Hoy herí su ego, lo humillé delante de sus amigos, y ahora está aquí para vengarse.

¿Qué hago? ¿Me tapo los oídos y espero a que termine? ¿O finjo que escucho?

No me va a pegar, mamá y su padre están en casa y él no lo toleraría. La luz que entra por la ventana le da un aspecto casi demoníaco. De repente, recuerdo el sueño del vampiro.

—Así que soy un pavo pomposo, un cretino engreído, ¿eh, hermanita?

Me congelo al darme cuenta de que tiene mi teléfono en la mano, el que había dejado en el cargador antes de cenar.

¡No puede ser! ¡Ha leído mis mensajes con Nica, donde me quejaba de él!

—¡Leíste mis mensajes! —estallo de indignación, intentando arrebatarle el teléfono.

Leo aparta el brazo y, en el movimiento, pierdo el equilibrio y caigo sobre él. Es instantáneo. Con un solo movimiento, me da la vuelta y me sostiene con un codo bajo la barbilla. Estoy atrapada en su regazo, incapaz de moverme.

Mi respiración se vuelve agitada y mis dedos se clavan en su mano. Intento apoyar los pies en el suelo para alejarme, pero él solo consigue estrecharme más contra él.

—Suéltame —jadeo, con los ojos llenos de lágrimas.

Es doloroso, humillante y vergonzoso estar así, encima de él.

—Y no prometí hacerte sentir bien —susurra, rozando burlonamente mi oreja.

No tiene sentido luchar. Intento zafarme, pero él me aprieta aún más. Me quedo quieta, esperando que me deje marchar. Pero Leo no tiene prisa. Con la otra mano, activa la pantalla de mi teléfono y empieza a revisar mis mensajes.

—¡Mierda!

¿Por qué no lo bloqueé?

—¿Quién es este? —pregunta, deteniéndose en una foto de Michael Green, un compañero de mi antiguo colegio.

En la foto estamos casualmente cerca; él me rodea con el brazo y me pide auriculares, y yo parezco una tonta enamorada.

—¿Tu novio?

—¿Qué te importa? ¡Déjalo!

La incómoda posición hace que me duela la espalda, y su olor me confunde.

—No has respondido.

—¡Leo!

—¿Eh?

Su tono es burlón, disfrutando de la situación.

¿Qué espera, que le explique algo?

—No, solo es un compañero de clase.

—¿Cómo ese William con gafas?

Ahí está el verdadero motivo de su visita. Intento mantener la calma. El dolor de espalda me aumenta por momentos y su cercanía me pone nerviosa.

—¿Por eso decidiste lanzarme barro frente al grupo? —me susurra al oído, provocándome un extraño cosquilleo—. ¿Estás enfadada por su novio?

De repente, Leo se levanta y me hace caer de rodillas, perdiendo el equilibrio. El dolor me atraviesa, pero mi orgullo me impide soltar un gemido. Leo estaría encantado, claro. Siento que el labio me tiembla y lo muerdo para no llorar.

Leo nota mi estado. Su cabello, habitualmente despeinado, cae sobre su frente, y sus ojos me miran con desprecio.

¿Cómo puede ser tan hermoso y tan cruel a la vez?

Su respiración es agitada, como la de un animal antes de atacar.

—No toqué a tu empollón. Solo fue una mala conversación y se arrinconó intentando colarse en el despacho.

Leo da un paso hacia mí y yo retrocedo, sintiendo el dolor en la rodilla.

—Te dije que no te acercaras a mí. Eso es lo segundo.

Da otro paso. Y otro más. Sigo retrocediendo hasta que mi espalda choca contra la pared junto a la puerta. No puedo ir más lejos. El corazón me late con fuerza en la garganta y tengo las

palmas de las manos húmedas.

He leído sobre la respuesta del cuerpo al estrés: “luchar o huir”. Pero con Leo, ninguna de esas opciones sirve. Estoy aturdida. Me aterra más que cualquier monstruo de mis sueños. Una sola mirada suya puede paralizarme.

“Luchar o huir”. Pero, ¿cómo luchar cuando no hay ninguna posibilidad? ¿Y a dónde huir si no hay adónde ir? Me rindo, cubriéndome los ojos. Me arde la rodilla y me queman las mejillas de resentimiento.

¿Y ahora qué? ¿Me rodeará el cuello con las manos? ¿O me agarrará del pelo y me golpeará contra la pared? Pero, de repente, siento el leve roce de sus dedos en mi mejilla. Abro los ojos de golpe y me encuentro con su mirada helada. Algo en mi interior se quiebra y siento otro tipo de miedo.

—¿Qué demonios haces aquí, idiota? —dice en voz baja, pero con dureza—. Deberías estar en tu pueblo, liándote con los mismos empollones.

Me cuesta respirar. No tengo respuesta.

—No tendrás una vida fácil aquí, te lo advertí. Recuerda tu lugar.

Leo se da la vuelta y sale de mi habitación, dando un portazo. La tensión se libera y puedo respirar hondo. Me precipito hacia la puerta, ignorando el dolor en la rodilla, y giro la cerradura.

¿Quién demonios es este tipo?

¿Por qué tiene este efecto en mí?

No es solo miedo, es una especie de terror animal, un pavor irracional que me paraliza hasta la respiración. Y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.



Capítulo 12: Alexa

A mediados de noviembre llegó una mañana fresca, típica de Los Ángeles. Los días se acortan y en el aire flota el aroma de las fiestas que se acercan. Las calles están envueltas en una niebla matutina que le da a la ciudad un toque de misterio, como si alguien hubiera bajado el volumen de las luces y los sonidos, creando una atmósfera de cuento.

Faltaba un mes para Navidad y, aunque la emoción de las fiestas ya brotaba en mi interior, la conversación que había mantenido con Leo la noche anterior me mantuvo despierta. Sentía su peso en mi pecho, impidiéndome respirar. Me desperté en mitad de la noche, enredada en la manta, luchando por tomar aire.

Necesito aprender a afrentarme con él, a no dejar que me asuste. Pero ¿cómo? Incluso Ariana, que siempre parece tan fuerte, se queda perdida frente a Leo. Es como esas criaturas espeluznantes de mis sueños, que me roban la voluntad con una sola mirada. Aun así, agradezco la niebla de la mañana, como si fuera una señal de que las cosas pueden cambiar, de que tras la oscuridad siempre llega la luz.

Cuando llego al colegio, la niebla empieza a disiparse bajo los rayos del sol, pero el aire sigue cargado de misterio. Me encuentro con Ariana y William en la entrada. William me saluda y se aleja rápidamente. El moretón en su pómulo es más visible.

—Hola, Alexa —dice Ari, sacudiéndose el pelo—. ¿Qué le pasa a Will? No quiso hablar y salió corriendo. ¿Qué pasó mientras yo estaba en el concurso?

—Se topó con mi hermanastro —respondo, malhumorada.

—Ya veo —Ari aprieta los labios.

Nos dirigimos al guardarropa y luego a clase. Siento la tensión en el aula más fuerte que nunca. Carol y su amiga ya ni siquiera intentan ocultar su antipatía hacia mí. Si antes eran miradas desdeñosas y susurros a mis espaldas ahora se burlan de mí abiertamente.

Y luego está Bonito. Es un chismoso y siempre busca una excusa para hacer daño. Durante el recreo, cuando intentaba entrar en el aula de matemáticas, se puso en medio del camino y me bloqueó el paso.

—Déjame pasar —le pido.

—Pasa —dice con una sonrisa, pero ni se mueve.

Intento pasar a su lado, pero bloquea aún más el paso con el pie. Casi me tropiezo, y mi rodilla, que aún me duele. Me siento ridícula.

—Aquí llega nuestra delicada Nieve —dice Lana, y ella y Carol se echan a reír.

Me lo dice a la cara, sin siquiera disimular. Estos chicos, los reyes del colegio, creen que pueden hacer lo que quieren y humillar a quien no les gusta.

Mis mejillas arden de vergüenza y se me cierra la garganta para reprimir las lágrimas. Menos mal que Leo no está en clase. Ariana, al ver mi estado, intenta apoyarme.

—Ale, no les hagas caso. Ni esas gallinas, ni Bonito, el pavo real, merecen que te enfades por ellos.

Asiento, pero la amargura sigue invadiéndome, envenenando todo mi cuerpo. Nunca había sufrido acoso escolar. No era la estrella de mi última clase, pero tenía una buena relación con todos. Nadie me acosaba ni me hacía daño.

Claro que siempre hubo marginados y, aunque nunca participé en su acoso, tampoco los defendí. Pensaba que cada uno debía ganarse su lugar. Y ahora estoy en su lugar, sin haber hecho nada para merecerlo. Pero la risa sigue hiriéndome por dentro.

Las últimas dos semanas han sido insoportables. Mis cuadernos desaparecen y aparecen comentarios desagradables bajo mis publicaciones en redes sociales. Ayer, mi madre tuvo que venir a buscarme en coche porque mi gabardina había desaparecido del guardarropa, y fuera hacía frío y llovía.

El encargado del guardarropa afirmó que nadie entraba sin pase y que nunca había pasado algo así en el colegio. Claro, los padres pagan mucho por la matrícula. A la mañana siguiente, el abrigo apareció en el perchero de otra clase.

—¿No te derretiste ayer, Nieve? —Lana sonríe dulcemente cuando Ariana y yo entramos en el aula—. Así no te resfriarás.

—Nadie se molestará —añade Carol, con una mirada maliciosa.

Sus risitas se han vuelto un fondo constante. Carol se apoya en el pecho de Leo y empuja sus pechos hacia delante con coquetería. Es desagradable.

—Es un verdadero jardín de infancia —murmura Ari, tirando de mí hasta el último pupitre.

El profesor habla, pero yo me hundo más en la desesperación. El colegio se ha convertido en un campo de minas, la tensión en casa es constante y, además, tengo que preparar mi redacción final. En algún momento, quiero gritar, agarrarme la cabeza y desahogarme.

Quiero volver a casa. A mi pequeña y acogedora ciudad, a mis amigos de confianza, incluso a Michael Green, que solo me veía como una amiga. No quiero nada más aquí.

Después de que ayer se extraviara mi abrigo, la encargada del guardarropa me miró mal. Hoy he vuelto después de la primera clase para recoger mi teléfono, que había olvidado en el bolsillo, y su mirada incrédula me ha parecido como si hubiera hecho algo malo. Me incomoda que intenten atribuirme cosas que no hice.

Recuerdo claramente haber dejado mi gabardina en el compartimento A. Cuando lo buscamos, mi madre, el profesor Ioan Grass y yo, casi todas las perchas estaban vacías. La mañana siguiente, el abrigo apareció en otro perchero.

Mi madre se enteró del hallazgo y vino directamente a recoger la gabardina con el que había venido, a pesar de tener que dar un rodeo antes de ir al trabajo. Me aseguró que se alegraba de verme y también trajo el libro de geometría que había olvidado en casa.

Pude ver la preocupación en sus ojos, aunque intenté no mostrarle mi tensión. Pero una madre siempre sabe. Se dio cuenta de que lo estaba pasando mal y, de repente, me sugirió:

—Alexa, sé que tienes cosas que hacer durante las vacaciones, pero ¿te gustaría ir a casa de Greta? Creo que ella estaría encantada. Y podrías ver a tus amigos.

Me sorprendió. Mi madre solía decir que no me dejaría ir sola hasta la primavera, pero esta vez fue diferente. Me llené de alegría.

—¡Gracias, mamá! —le di un beso a través de la ventanilla del coche— y corrí al colegio.

La emoción de volver a casa me levantó el ánimo. Quería contarle la noticia a Ariana o incluso invitarla. Sería genial presentársela a mis amigos, especialmente a Nica. Aunque quizás Nica se pondría celosa, espero que su novio, Enano, la calmara.

En mi entusiasmo, olvidé que era la hora del recreo largo y que era el momento de comer. Ariana probablemente ya me estaba esperando. Cuando llegué a la cafetería, la multitud de la ventanilla se había dispersado, pero aún había gente.

Ari estaba en una mesa cerca de la ventana con su bandeja ya lista. Me hizo un gesto y me apresuré hacia ella.

—Aquí hace calor —exhalé tras un rápido trote por los pasillos—. Seré rápida.

Dejé el bolso y la chaqueta en la silla y me dirigí a la zona de servicio. Cogí una bandeja y pedí:

—Puré de patatas, ensalada, cacao y zumo de naranja. Y dos magdalenas.

Ariana me había invitado a un brownie ayer, así que hoy decidí devolverle el favor. Le di mi tarjeta y cogí la bandeja, pero justo cuando estaba a punto de volver a la mesa, la chica del mostrador me llamó:

—¡Tu tarjeta!

Maniobrar con la bandeja en las manos fue incómodo, pero me di la vuelta para coger la tarjeta. De repente, sentí un empujón en el codo. Mi brazo tembló, pero logré sostener la bandeja.

El vaso de cacao se volcó sobre mi blusa. Y, para colmo, el té estaba caliente. La tela se empapó al instante, volviéndose marrón, y sentí cómo me quemaba la piel.

Chillé, soltando la bandeja sobre la mesa más cercana y apartando la blusa de mi piel. El dolor me abrasaba.

—Alexa, ¿estás bien? —Ariana corrió hacia mí—. ¿Te has quemado?

—¡La señorita Gracia! —escuché una voz sarcástica detrás de mí.

Era Carol. Había ido demasiado lejos.

—Vamos al baño —Ariana me tomó del brazo.

—Lo haré, Ari —jadeé, tratando de contener las lágrimas de dolor—. Coge mis cosas, porfa. Tengo una crema para las quemaduras en el bolso. No quiero ir a la enfermería.

Avergonzada y dolorida, salí corriendo del comedor lleno. Choqué con Leo en la puerta, prácticamente volando hacia su pecho, pero lo aparté de un empujón. No sé cómo lo hice, porque no fue fácil moverlo. Supongo que él también se sorprendió. No esperaba una reacción así por mi parte. Pero no me importó.

En el baño, me desabroché la blusa y revisé mi piel. Parte de mi pecho estaba muy rojo y me ardía, y mi blusa y sujetador estaban arruinados.

—Maldita sea —murmuré, permitiéndome una grosería por primera vez en mucho tiempo.

La puerta crujió al abrirse. Pensé que era Ariana, pero al levantar la vista me encontré con Leo.

—¿Es grave la quemadura? Enséñamela —su voz me hizo estremecer y apreté la blusa mojada contra mi pecho, asustada.

—Este es el baño de chicas —mi voz sonó débil y llena de miedo.

—No me importa —se acercó—. Déjame ver.

—Vete, Leo. Vete de aquí —grité, mis nervios a flor de piel.

Estaba casi desnuda, cubriéndome con una blusa arrugada. Me dolía y me avergonzaba que Leo me viera así.

—Necesitas un médico, idiota —gruñó.

Ariana irrumpió en el baño gritando:

—¡Stender! ¡Estás loco! ¡Fuera de aquí!

Leo me lanzó una última mirada, frunciendo los labios con disgusto, pero dio un paso atrás. Se quitó la chaqueta y se la entregó a Ariana.

—Pónsela y llévala al médico, luego bájala al coche.

—¿Qué acaba de pasar? —susurró Ariana, confundida.

Para ser sincera, yo tampoco lo entendía.

—No lo sé —suspiré, apoyando mis manos temblorosas en el lavabo. Mi corazón latía tan fuerte que creí que iba a estallar. ¿Qué había sido eso? ¿Preocupación? ¿O un intento de encubrir a su amiga Carol?

—Vamos, cámbiate —dijo Ariana, reaccionando al fin—. Vamos a la enfermería.

—No quiero ir a la enfermería. No pasa nada. Tengo un poco de crema en el bolso. Me lo pondré.

Ariana me dio la chaqueta de Leo y me quedé paralizada, dudando si ponérmela. Pero me quité el sujetador mojado y me envolví en su chaqueta. Era demasiado grande, pero me cubría hasta la barbilla. El olor de Leo, cítrico y fresco, me envolvió por completo y me dejó aturdida.

Busqué en el bolso, pero no encontré la pomada. No quería manchar la chaqueta con la quemadura. Ariana me acompañó al guardarropa, donde recogí mi abrigo bajo la mirada escéptica de la encargada. No era de extrañar, envuelta en una chaqueta de hombre que me cubría casi por completo.

Ariana corrió a clase y yo salí al porche del colegio, donde sentí el frío.

El coche de Leo ya estaba en el aparcamiento. Tocó el claxon brevemente y me apresuré hacia el coche. Por alguna razón, me senté en el asiento del conductor y olvidé por completo sus normas. Leo no dijo nada, ni me miró; simplemente arrancó el coche y nos dirigimos hacia la carretera en silencio.

—¿Te quitaste lo mojado? —preguntó sin mirarme.

—Sí —respondí, sintiendo una extraña vergüenza.

Sin saber qué más decir, susurré:

—Gracias.

—No te emociones —gruñó, apretando el volante.

Yo no me emocionaba. Estaba claro que su padre le había pedido que cuidara de mí bajo amenaza de quitarle algún privilegio.

La vida libre de Leo era importante para él y yo era una carga. Que sus amigos me acosaran era una cosa, pero dejar que la hija adoptiva de un oligarca anduviera por ahí con una blusa mojada era otra.

De repente, Leo detuvo el coche frente a una farmacia y salió sin decir nada. Esperé, envuelta en su chaqueta, sintiendo su olor por todas partes. El sutil y ácido olor de los cítricos frescos me envolvía, haciéndome sentir rara. Leo regresó unos minutos después y dejó caer una caja en mi regazo.

—Póntelo. Es para las quemaduras —dijo mientras arrancaba el coche.

¿Cómo podía ser? Me estaba ayudando, pero parecía que le daban asco. No le pedí nada, pero, aun así, me sentía culpable.

—Gracias —susurré, sosteniendo la caja entre las manos.

El silencio volvió a apoderarse del coche. Pensé en Leo. Es imposible no pensar en él.

¿Quién es realmente? ¿Hay algo bajo esa máscara? ¿O es toda una armadura? ¿Placas de acero que forman un mecanismo mortal?

Parece estar hecho de hierro, con ángulos afilados y una mirada fría que duele tocar.

No soy la única que le tiene miedo. Vi cómo Ariana se encogía cuando me contó cómo Leo le había derramado zumo encima, y vi el miedo en los ojos de William cuando le pregunté qué le había pasado. Incluso sus amigos, que siempre están tan seguros de sí mismos, guardan silencio cuando aparece Leo. Es una mezcla de miedo y atracción, algo peligroso.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Qué?

No entendí al principio.

—Luego te quejas de que te llamo “idiota”. Me refería a la pomada.

—Ah… —Mis mejillas ardieron de nuevo. Me la pondré en casa.

—Ahora.

Abrí la caja, saqué el tubo y me eché un poco de gel en la mano. Mis manos temblaban. Con cuidado, para no abrir el abrigo, me apliqué el gel en la piel del cuello. Al principio sentí frío, pero luego la piel comenzó a calmarse y el dolor disminuyó.

—¿Lo hizo Carol?

—No. Solo fue un accidente.

—Mientes —Leo apretó los dientes y frenó bruscamente, apartándose de la carretera.

No esperaba esa maniobra y la inercia me empujó hacia delante. Apenas tuve tiempo de evitar que el abrigo se abriera. Leo está loco. Eso es un hecho. Se volvió hacia mí, me agarró de la

manga y me tiró hacia el asiento, haciendo que mi corazón latiera con fuerza. Me quedé mirando sus hombros tensos y sus labios apretados.

—Te lo pregunto de nuevo: ¿lo hizo Carol?

No me atreví a mentir.

—No lo sé. Supongo que sí.

Mi voz temblaba y mis ojos recorrían nerviosamente sus puños apretados.

—No mientas más —siseó, enunciando cada palabra—. ¿Lo entendiste?

Asentí.

—¡Responde!

—Leo, lo entendí. Por favor, vámonos a casa.

Soy una idiota. Me manipula, me intimida.

¿Pero por qué? Ya controla su vida, ¿por qué necesita controlarme a mí? Dejo que lo haga y luego me culpo por ello. Necesito detener esto. ¿Pero cómo?

Leo arrancó el motor de nuevo y se reincorporó a la carretera. Condujo en silencio, con calma.

—Por cierto —dijo en un tono despreocupado—, esta noche tenemos invitados. Cena de negocios con el socio de mi padre. Debes lucir bien, ahora que formas parte de la familia.



Capítulo 13: Leo

Bajo al salón a las siete en punto. Rick Streisand, el antiguo socio de mi padre, ya está aquí. Aunque llamarlo amigo sería exagerar. Los amigos de mi padre son más bien socios de negocios, y Rick lo ha sido durante más de veinte años, así que casi es de la familia. Y, por supuesto, su hijo Enzo está con él.

Enzo Streisand es un "colega" mío. Sí, entre comillas. Nos conocemos desde que éramos niños, pero él es dos años mayor que yo y ya está en la universidad. Hemos sido rivales, en todo: en los estudios, en las chicas y, especialmente, en el ring de MMA [1].

Siempre ha querido lo que es mío: mis victorias, mis chicas, incluso la atención de mi padre. ¿Por qué? Tenía que estar al revés.

Últimamente, no ha aparecido mucho por aquí, pero ahora está de vuelta, y sé perfectamente por qué.

—Hola, Leo —me saluda Enzo con una sonrisa que me revuelve el estómago—. Hace tiempo que no te veía.

—Hola, Enzo. Tienes razón, hace mucho. ¿Qué te trae por aquí?

—El negocio familiar —responde con esa sonrisa falsa que me dan ganas de borrar con un puñetazo—. Mi padre dice que es hora de que me involucre en la empresa. Tú todavía estás en el colegio, así que no te preocupes. Aún te quedan los exámenes, la universidad… Luego, tal vez, te unieras a nuestro círculo.

Imbécil. Todavía no me perdona que me dejaran entrar en las subastas del Club León antes que a él. Lo dejaron pasar justo un mes antes de mi decimoctavo cumpleaños y no pudo soportarlo. Incluso competimos por algunos lotes un par de veces, aunque solo verbalmente. Ahora veo la envidia ardiendo en sus ojos.

—He oído que tienes una nueva incorporación en la familia —Enzo sonríe como un zorro satisfecho—. —Tu padre siempre quiso una hija, para que nuestras familias se unieran más.

Ni en sueños, imbécil. No soporto a la pequeña idiota, pero no voy a dejar que te acerques a ella.

—Tranquilo, Enzo, no está a tu nivel.

Su mirada se desliza detrás de mí. Ahí está ella, bajando las escaleras junto a mi padre, arrugándose, mientras se la presenta a Streisand. Lleva un vestido de cuello alto para ocultar la quemadura y el pelo recogido, dejando al descubierto el cuello. Por alguna razón, me enfada. Veo que a Enzo le va a caer la baba.

Papá la trae y la presenta.

—Enzo, te presento a Alexa, la hija de mi esposa.

—Es un placer —dice Enzo, besándole la mano con galantería. Alexa se sonroja.

—Y decías que no era interesante —susurra Enzo cuando su padre se aparta.

Que te jodan, experto en tonterías. Veo cómo Alexa se pone rígida y palidece.

—Para nada.

Ella le sonríe. Es bonita. Cuando me vio por primera vez, temblaba como una liebre, pero ahora le sonríe a él. Su madre ha elegido al tipo equivocado. Otro hermanastro la habría acogido en vez de destrozarla.

Nos sentamos a la mesa. María, como siempre, se ha esmerado en preparar algo especial.

—Cuida a tu hermana —dice papá, señalando con la cabeza que me siente a su lado.

Enzo se sienta al otro lado de ella. Papá me sigue mirando. Sé lo que quiere decir.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunto a Alexa, esforzándome por sonreír.

Eres muy lista.

—No tengo hambre, Leo, gracias. ¿Me das un zumo?

Genial, ¿parezco un camarero? Alcancé la jarra, pero Enzo se adelantó.

—Lo haré yo, está más cerca —sonrió, como el zorro que es.

De acuerdo, déjala jugar un rato. Pero ella vive bajo mi techo y no dejaré que nadie toque mis cosas sin mi permiso.

La conversación en la mesa es ligera y relajada. Papá y su socio hablan del negocio y de cómo Enzo y yo ocuparemos las sillas de los directores en el futuro. Ya sé que Enzo y yo no seremos socios. No confío en él. Pero eso no ocurrirá pronto.

Mientras tanto, Enzo coquetea con Alexa, le sonríe y le sirve comida. Ella le sigue el juego. Me doy cuenta de que se ajusta el cuello del vestido, probablemente porque le molesta la quemadura.

¿Por qué demonios me molesta esto?

La música suena en el salón y la conversación se vuelve más informal. Estoy sentado en una silla con un mojito sin alcohol, y Enzo e idiota están hablando de alguna serie de fantasía.

—Te pareces a la madre de dragones —sigue halagando Enzo. Alexa ríe y baja la mirada.

—Me pregunto, si fueras ella, ¿qué dragón-león sería tu favorito? —pregunta, dirigiéndose a mí de manera indirecta.

El tatuaje de mi hombro empieza a arder. Enzo tiene uno rojo; el mío es negro. Pero parece que ella no entiende la indirecta.

—No lo sé. Probablemente el negro.

Casi me atraganto con mi cóctel. Qué estúpida. No querrías saberlo.

—¿Por qué no vamos a un club? —propuso Enzo—. ¿Por qué tenemos que quedarnos aquí con los viejos? Mañana es sábado.

Tiene razón. Aquí ya no hay nada que hacer. Él y yo no somos amigos, pero ir al club no suena mal.

—Vamos —me levanto y busco mi chaqueta.

Agarro las llaves del coche. Volveré en taxi y mañana recogeré el coche. Necesito salir de aquí ya. Enzo e Idiota se acercan a la puerta. Ella ya se ha puesto los zapatos y el abrigo ligero.

—Espera —la miro, sorprendido—. ¿Adónde crees que vas?

—Viene con nosotros —Enzo le guiña un ojo y ella vuelve a sonreír.

Te está usando, ¿no lo ves?

No va a ir —digo con firmeza, mirando a Enzo a los ojos—. Tú no decides.

—No eres tú quien decide —replica ella, levantando la barbilla.

¿De verdad? OK.

—Leo —dice papá, que aparece en el pasillo—. La seguridad de Alexa es tu responsabilidad. Diviértanse.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba.

¡Madre mía! ¡Está muy contenta, idiota!

1. MMA Las **artes marciales mixtas** (conocida frecuentemente por sus siglas en inglés **MMA**, de *mixed martial arts*) son la combinación de técnicas provenientes de distintas artes marciales y deportes de combate, generalmente se usa para la competición en el deporte de combate, pero también para la defensa personal.



Capítulo 14: Alexa

Salimos al exterior, donde el aire era fresco, pero no frío. Nunca hacía frío de verdad en Los Ángeles, pero la brisa del atardecer me hacía sentir un poco mareada. Enzo, con su habitual gentileza, abrió la puerta trasera del coche de Leo, sonriendo como siempre. Era como un gran gato pelirrojo, grácil y relajado, y no me trató con el desdén que solía sentir por parte de Leo.

—Ella va delante —la voz contrariada de Leo llegó desde el coche.

Qué raro, antes estaba prohibido. Enzo extendió las manos y me sonrió, señalando la puerta delantera.

—Tienes que escuchar a tu hermano mayor —dijo con fingida seriedad.

Quise resoplar, pero el sentido común me detuvo. Enzo no siempre estaría cerca y yo aún tenía que lidiar con Leo. Ya había decidido ir en contra de sus deseos.

—Abróchate el cinturón —me ordenó sin mirarme.

Leo pisó el acelerador y el coche se lanzó hacia delante. Mis dedos se agarraron con fuerza a la manilla sobre la ventanilla y mi cabello parecía electrizado por el miedo.

Los Ángeles pasaba volando junto a nosotros; las calles se convertían en borrosas rayas de luz. El bajo del coche vibraba al unísono con los latidos de mi corazón. Enzo chillaba detrás de nosotros, despatarrado en el asiento trasero.

—¡Vamos, Leo! ¡Dale!

Están locos.

¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué acepté venir?

Pero, tal vez, era el momento de aprender a divertirme…

—Princesa, ¡aguanta! —dijo la alegre voz de Enzo, sacándome de mis pensamientos y golpeándome ligeramente en el hombro.

Me tendió una botella de whisky. Lo miré sorprendida, pero él bebió un largo trago sin pestañear, mirándome directamente a los ojos, y volvió a sonreír. Estar con él era fácil y divertido, pero, aun así, me negué.

Leo no reaccionó ante la escena. Estaba completamente concentrado en la carretera. Condujimos rápido, pero pronto Leo frenó bruscamente frente al club.

—Aquí estamos —dijo mientras abría las puertas.

El club de enfrente zumbaba como una colmena. Había grupos de personas en la entrada, muchas de ellas fumando. Sentí una mezcla de ansiedad y expectación. Recordé las palabras de Nica, animándome a divertirme. Miré a Enzo y, a pesar de mis dudas, decidí darle una oportunidad a la noche.

Leo cerró el coche y se metió las llaves en el bolsillo, lanzando una mirada fría a Enzo, que me ofreció su brazo.

Lo acepté, sintiendo que mis dedos temblaban ligeramente. Enzo los cubrió con la otra mano y los apretó suavemente. Era agradable, pero demasiado íntimo.

Leo se adelantó, saludando a los chicos de la entrada y asintiendo a las chicas que conocía. Enzo también saludó a sus conocidos.

—Hola, Leo, Enzo —dijo el tipo de la entrada, sacando un cigarrillo—. Hacía tiempo que no os veía juntos.

—Seguro que no notas nada por debajo de la cintura —sonrió Enzo, y luego me pidió disculpas —. Lo siento, princesa, se me escapó.

El club estaba ruidoso y las mesas estaban llenas. Varias personas nos hicieron señas para que nos uniéramos, pero los chicos decidieron parar en la barra.

—Alexa, ¿qué vas a beber? —preguntó Enzo.

—Batido de leche —interrumpió Leo con sarcasmo, provocando mi irritación habitual.

—Algo sabroso —le sonreí a Enzo, ignorando a Leo—. Pero sin alcohol.

Enzo pidió al camarero y pronto tuve delante un cóctel de fresa y menta. Sonreí y tomé un sorbo: delicioso y sin alcohol. Me relajé un poco.

Enzo me entretenía con historias, haciéndome reír, mientras Leo permanecía sombrío, girando su vaso entre las manos. Sentía sus ojos clavados en mí, pero intenté ignorarlo. El club se iba llenando cada vez más, la música sonaba más alta y pronto la multitud se dispersó por la pista de baile.

Enzo me tiró del brazo y me invitó a bailar. Miré a Leo, pero estaba ocupado coqueteando con una morena, con la mirada fija en su figura. Decidí que ya era lo suficientemente mayor como

para tomar mis propias decisiones, así que me fui con Enzo a la pista de baile.

La música era cautivadora y sentí cómo mi cuerpo respondía al ritmo. Enzo se colocó detrás de mí y deslizó las manos alrededor de mi cintura. Era demasiado, pero en ese momento me sentía bien.

Me relajé y disfruté hasta que sus manos comenzaron a bajar. De repente, me di cuenta de que me estaba dejando llevar demasiado. Tenía que parar.

Me giré hacia Enzo, que seguía bailando, pero sus manos volvieron a encontrarme, deslizándose por mi vestido. Cuando rozó la zona quemada, recuperé el sentido.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿En un club desconocido con un tipo que no conocía bien y que claramente ya estaba borracho?

Miré hacia la barra, pero Leo no estaba por ninguna parte. El miedo me subió por la garganta.

¿Me habría dejado sola? ¿O se habría ido?

Me acerqué a Enzo para preguntarle por Leo, pero él lo interpretó de otra manera y me besó en los labios. Sentí un asco profundo, me aparté bruscamente y me dirigí a la salida. Quería llamar a mi madre y pedirle que me sacara de allí.

—Princesa, ¿adónde vas? Enzo me alcanzó en el vestíbulo del club y me agarró del brazo.

—¿Dónde está Leo? —pregunté, intentando ocultar el temblor de mi voz—. ¿No lo has visto?

—No, pero podemos ir a buscarlo —sonrió Enzo, como si no hubiera pasado nada.

Asentí, aunque el miedo se apoderaba de mí. Giramos por un pasillo oscuro, detrás del baño de mujeres. El pasillo estaba silencioso, como un edificio abandonado.

—¿Adónde vamos? —pregunté de nuevo.

—Allí hay un restaurante. Creo que está Leo —dijo Enzo, que parecía tranquilo, pero sus palabras solo aumentaban mi ansiedad.

—Enzo, ¿por qué no llamas un taxi? Me detuve, intentando liberar mi mano—. Leo vendrá después.

Enzo se quedó inmóvil un segundo y su mirada se volvió fría.

—Princesa, ¿para qué lo necesitas? —se apoyó en la pared, bloqueándome el paso.

—Es mi hermano —respondí, sintiendo cómo el miedo se convertía en pánico.

—¿Qué clase de hermano es para ti? Te aplastará. De repente, Enzo me agarró por los hombros y me empujó contra la pared, y sus labios volvieron a buscar a los míos.

—¡Suéltame! Intenté apartarlo, pero era demasiado fuerte.

—¡Basta, por favor! —mi voz temblaba y las lágrimas ya corrían por mis mejillas.

Pero Enzo no iba a parar. Estaba borracho y furioso.

—Aléjate de ella —la voz de Leo resonó fría como el hielo.

Stender se situó detrás de Enzo, su mirada oscura y peligrosa. Enzo retrocedió lentamente y yo me escondí detrás de Leo. Tenía los hombros tensos como cuerdas y las manos cerradas en puños.

—Diez minutos —murmuró Enzo, encendiendo un cigarrillo.

—Cinco —gruñó Leo, volviéndose hacia mí.

Me asusté, pero me alegré de que no hubiera pelea.

—Leo, yo… —comencé a hablar, pero él me interrumpió con un resoplido.

—Cállate —ordenó con una dureza que me golpeó como una bofetada.

Los dedos de Stender me apretaron dolorosamente el brazo y me empujaron hacia delante. Me maldije a mí misma por haber ido al club y por caer como una tonta en los dulces discursos de Enzo.

Por un lado, me sentí aliviada de que Leo apareciera a tiempo. Quién sabe lo que habría hecho Enzo. Por otro lado, ahora temía a Stender más que nunca… Leo recogió nuestras cosas y casi me tiró la capa a las manos. No me atreví a mirarlo, seguía llorando y mis labios temblaban.

Quería acurrucarme en la cama, meter las manos bajo la almohada y detener el temblor de mis dedos. Pero tenía que calmarme, recomponerme: no podía aparecer así ante mi madre y George. Solo me quedaba sobrevivir al viaje en coche con Stender.

Salimos en silencio. De repente, me di cuenta de que Enzo nos seguía fuera del club, acompañado de tres tipos. Miraban en nuestra dirección, susurrando entre ellos, pero estábamos demasiado lejos para escuchar. Sentí un escalofrío.

Son cuatro y Leo está solo. Yo no cuento. Ahora entiendo lo de “en diez minutos”. Podrían hacerle daño e incluso matarlo. Y lo que podrían hacerme a mí… mejor no pensarlo.

—Leo… —me quedé inmóvil, señalando a los chicos que estaban detrás de nosotros, el miedo apoderándose de mí.

—Vamos —me empujó con indiferencia—. ¿Qué haces?

No tuve tiempo de responder, ya que tres hombres doblaron la esquina del club para unirse a nosotros. Al principio, me asusté aún más, pero luego respiré aliviada al reconocer a Bonito y a Woods. El tercero era desconocido para mí.

—¡Hola! —Bonito tendió la mano a Stender, que le respondió con un apretón y un asentimiento a los otros dos.

—Hola, señorita Nieve —sonrió Ronald Woods, deslumbrante, como si hubiera venido a una reunión social y no a una pelea.

Bonito me saludó con un gesto. Sin la habitual sonrisa burlona ni chistes. Parecía concentrado y serio. Stender miró a Ronald, quien, interceptando su mirada, me tomó del brazo.

—Vamos, Nieve, es hora de que las chicas buenas se vayan a casa.

Me condujo hasta la esquina del club y yo lo seguí en silencio, sin decir una palabra, hasta que estuvimos cerca de la parada de taxis.

—Ronald, no puedo irme. ¿Qué les diré a mis padres? Y tengo miedo por él.

Me sentí como una niña pequeña, avergonzada de mi debilidad. Ronald sonrió, pasándome el brazo por los hombros.

—Lo harás. No te preocupes, a tus padres no les sorprenderá que León se tome su tiempo. No os preocupéis por nosotros, solo tendremos una pequeña charla con Enzo. Nada grave.

Ronald me tapó la cabeza con la capucha y me dio un golpecito en la nariz.

—¡Eh! —llamó al taxista.

—Hola, Ronald —un chico moreno y sonriente se acercó.

—Esta señorita necesita que la lleven a casa de Leo. Y no te atrevas a hacer tonterías en la carretera.

—Entendido.

No me gustó la mirada que el taxista me echó después de que Woods le diera la dirección. Era repugnante.

—Y no mires así —advirtió Ronald—. O alguien podría darte una buena paliza.

El rostro del taxista se tensó y sus ojos mostraron comprensión. Se puso serio de inmediato, y la expresión estúpida desapareció de su cara.

—Lo haré bien, Ronald. No hace falta que lo repitas.

—Vamos, Nieve —la mano de Ronald descendió sobre mi hombro y me presionó suavemente hacia el coche—. Todo va a salir bien. Y dulces sueños.

El taxista arrancó y me llevé el teléfono al regazo, viendo cómo Woods se alejaba, casi trotando, hacia el club. La ansiedad seguía palpitando en mi pecho y no podía quitarme la sensación de culpa. Si hubiera escuchado, si no me hubiera ido… Pero habrían encontrado una razón. Entre ellos, la tensión era evidente.

Y, sin embargo, no soy una gran excusa para Stender. En el coche, revisé mi teléfono y había un mensaje de mi madre:

“Hija, ¿cómo va el club? George y yo hemos ido a casa de Rick a ver caballos. Volveremos por la mañana. Te mandaré fotos de estos bellos ejemplares”.

Le respondí con un par de caritas sonrientes y guardé el teléfono. No sabía si alegrarme de no tener que explicar por qué había vuelto sola del club o temer la noche que pasaría sola en aquella enorme casa. ¿Cuándo volvería Stender?



Capítulo 15: Alexa

Me desperté de un sobresalto. Esa horrible sensación de caer al vacío me sacó de golpe de mi sueño. El corazón me latía con fuerza y tenía las palmas sudorosas. El reloj electrónico de la pantalla de plasma marcaba las 4:20 a. m. Era plena madrugada.

Cuando llegué a casa, estaba descartado dormir en mi habitación. Temblaba por dentro, entre el miedo y la tensión. Para distraerme, puse una película estúpida, pero el televisor se había apagado solo. Las luces nocturnas estaban encendidas en los pasillos y en la cocina, proyectando sombras oblicuas sobre el parqué. El silencio era sofocante.

Leo no había vuelto, porque la única forma de ir del vestíbulo al primer piso era a través del salón y yo lo habría oído. No habría entrado de puntillas, no él. No quiero molestar a mi madre, pero supongo que tendré que hacerlo. Estoy perdida, no sé qué hacer.

¿Y si la pelea no terminó bien? ¿Y si Leo está en el hospital? ¿O peor?

No, da miedo pensarlo. O tal vez esté con alguna chica, como la que estaba tan pegada a él anoche en el bar. Y luego tendré que hablar con George. Sería estúpido y a Stender no le haría gracia. No creo que pueda evitar una conversación sobre lo que pasó.

Tenía la garganta seca. Necesitaba agua. Me levanté de la manta en la que me había envuelto como un capullo y fui a la cocina. La casa, aunque bonita y acogedora, daba escalofríos cuando estaba sola en ella. Fui directo al grifo.

Primero percibí el olor. Luego, junto al fregadero, vi una camisa arrugada. Era de Leo.

Está en casa. O lo estuvo. Sentí un alivio profundo. Es un idiota que me complica la vida, pero me alegro de que esté bien. Entonces noté unas manchas en su camisa.

La agarré frenéticamente y encendí la luz. Las manchas eran rojas, ya oscurecidas. La sangre. Mucha.

Dios mío, ¿dónde está Stender? ¿Y si está herido y yo aquí, mirando su camisa? Corrí al primer piso, casi volando hacia su habitación.

El miedo oprimía mi pecho y resonaba en mi interior, apretaba mi mandíbula y aceleraba mi respiración.

La puerta de su habitación estaba entreabierta, dejando que un tenue rayo de luz plateada se filtrara en el pasillo. La empujé con el corazón a mil y entré en la habitación como una ladrona.

Solo había estado aquí una vez, el primer día. Quería hacer amigos, pero Leo se apresuró a señalarme mi sitio. Las persianas estaban abiertas y la luz de la luna inundaba la habitación. La Luna estaba increíblemente brillante.

Leo estaba tumbado boca abajo en la cama, con un brazo colgando. Su espalda subía y bajaba lentamente. Estaba dormido. Ni siquiera había deshecho la cama; se había quedado dormido encima de la manta, solo con los vaqueros. Está en casa, vivo y bien… supongo. Estaba borracho, por el espeso olor a alcohol que llenaba la habitación.

Entonces, ¿por qué seguía allí, mirándolo semidesnudo?

Este chico que convirtió mi vida en un infierno, ¿por qué me importaba si estaba bien o no? Pero tenía que asegurarme de que realmente estaba bien, ahora que estaba aquí, de que no estaba herido. Porque, a juzgar por la camiseta, no todo estaba tan bien como parecía.

Me acerqué en silencio. Tenía el cabello oscuro revuelto y temblaban levemente sus párpados. Sus manos, manchadas de sangre seca, descansaban junto a su cuerpo. Tenía el labio hinchado y sangre fresca en la boca. Incluso dormido, Leo no parecía vulnerable, como lo sería cualquier otra persona.

Sus hombros anchos y su espalda esbelta… Mejor no mirar más allá. Debo de haber perdido la cabeza, porque extendí la mano y toqué suavemente la gota de sangre en su labio. Pasó un segundo. Y entonces, el dolor en mi muñeca fue cegador, arrancándome un grito.

Intenté apartar la mano, pero fue inútil.

Borracho y con los ojos nublados, me levantó de un tirón y, en un instante, me tuvo debajo de él, inmovilizada por su peso.

Era pesado y olía a alcohol mezclado con perfume. Era aterrador.

No podía respirar, estaba a punto de asfixiarme, y el grito se me atragantaba en la garganta, incapaz de salir. Intenté luchar, desesperada, pero él no se dio cuenta.

—Me alegra que hayas venido —murmuró contra mi cuello.

Luego, sus labios se apretaron contra mi hombro y me mordió con fuerza, arrancándome un grito. No me dolió, solo no entendí qué ha pasado en mi cuerpo.

—Esta noche hueles increíble —dijo Leo, deslizando la nariz por mi cuello, mezclando el miedo, el dolor y la humillación en un horrible cóctel, aderezado con una sensación de ardor extraña.

Sentía mi cuerpo como un cable eléctrico expuesto. Cuando su mano me presionó la barbilla, cerré los ojos y me quedé paralizada. Sabía, con horror, que luchar era inútil. Estábamos solos en una casa enorme, era de noche y las intenciones de Leo eran claras. Si luchaba, todo empeoraría. Me quedé petrificada.

Que pase lo que tenga que pasar. Apretaré los dientes y lo soportaré hasta que termine. Hasta que me deje ir. Ya pensaré qué hacer mañana. Pero me sobreestimé. Cuando su mano se deslizó hasta mi cintura, no pude evitar suplicar:

—Leo, por favor —mi voz se quebró—, no quiero. No, Leo…

De repente, Leo se quedó inmóvil, levantando la mirada nublada, intentando enfocarme a la luz de la luna. La conmoción era evidente en sus ojos.

—¿Idiota?

Su voz seguía ronca, pero había comprensión en sus ojos. Leo se levantó, apoyándose en sus brazos.

—¿Qué, demonios, haces aquí?

—Quería asegurarme de que estabas bien —respondí en voz baja, temiendo moverme por si se enfadaba y seguía adelante.

—Loca idiota. ¡Lárgate!

Leo se apartó y me empujó de la cama antes de que pudiera arrastrarme para salir de debajo de él. Me di la vuelta y caí, aterrizando torpemente de rodillas, casi gritando de dolor por la pierna recién golpeada.

Él se levantó sin esfuerzo. La distancia hasta la puerta me parecía insalvable. Nadie me perseguía, pero, aun así, corrí hacia la salida. Cerrar la puerta de mi habitación con frenesí se estaba convirtiendo en una rutina. Pero esa vez no lo hice bien a la primera, porque me temblaban las manos.

Me llevó un rato llegar a la cama. Me acurruqué en el suelo, en medio del dormitorio, en la oscuridad, sintiendo que la histeria se apoderaba de mí.

—¿Qué demonios te pasa, Stender? ¿Qué te he hecho? ¿Por qué has convertido en un infierno mi sueño de vivir con mi madre?



Capítulo 16: Leo

Sabes, León —dijo Bonito una vez—, es raro recordar siempre lo que hiciste cuando estabas borracho.

La mayoría bebe para olvidarse de sí mismos. Y estoy de acuerdo. Mi memoria es un caso único: por mucho que me emborrache, lo recuerdo todo. Después de la "charla" de anoche con Enzo y sus secuaces-minions, los chicos y yo nos emborrachamos mucho.

Necesitaba sacar toda la mierda que me quemaba por dentro. Supe que no era Carol la que estaba debajo de mí en cuanto empezó a suplicar. Lo supe en segundos.

Carol huele distinto: más intenso, más lascivo, más dulce. Pero la idiota jugó con fuego y casi se quemó viva. Me enfadaba, pero no quería nada así. Ese tipo de cosas están prohibidas para mí y no me gusta hacer las cosas cuando la chica no quiere.

Y, sin embargo, sigo teniendo náuseas. Asusté a la chica. Intentó resistirse al principio, pero luego se quedó rígida, como si se rindiera. Me pidió que no la tocara.

"No, Leo, por favor…"

—¡Joder! —¡Joder!

Golpeé la puerta del armario con el puño, sintiendo cómo la rabia me quemaba por dentro.

—¡Gilipollas!

Las heridas secas en mis nudillos se abrieron, manchando de sangre la madera blanca. Ni siquiera sentía el dolor. Ayer también me llevé una buena paliza de Enzo.

Todo esto es una mierda. Fui al baño; necesitaba aclararme las ideas. Quizá, si metía la cabeza bajo el grifo, dejaría de retumbar en mi cabeza. Pero, por alguna razón, no había agua.

¿Qué demonios pasa aquí?

Agarré el champú, la toalla, me puse una camiseta y salí de mi habitación. Bajé a la sala común del primer piso. Supongo que papá y Whitney aún no han vuelto.

La casa estaba en silencio, y la puerta de la habitación de la hermanastra estaba bien cerrada. Me quedé parado frente a su puerta durante unos segundos.

Ayer fue un día agitado y tenso. Tal vez debería decir algo. Pero será mejor después de una ducha. Necesito quitarme el olor al club y esa atmósfera. Cuando llegué a la puerta del baño, esta se abrió de golpe y la nariz de la chica se estrelló contra mi pecho.

Desaliñada, con unos pantalones cortos de andar por casa y una camiseta, la idiota retrocedió y se quedó quieta, pestañeando. Tenía miedo en los ojos y temblaba de miedo. Tonta, yo no muerdo, solo a veces y de otra manera.

"Deja de mirarle el cuello desnudo", me advirtió mi cerebro resacoso.

Tiene razón. No quiero que pierda el miedo mientras la miro.

—Hola —susurró, tragando saliva.

Me aparté un poco y ella salió disparada como si el viento se la llevara.

"Soy un maldito monstruo" —me dije, y sentí ganas de golpearme la frente con el puño. ¿Por qué no usa su cuarto de baño?

La ducha de agua fría me ayudó a ordenar mis pensamientos. El músculo bajo mi omóplato derecho tiraba: Enzo me había dado un buen golpe.

Tendría que disimular para que el entrenador no lo notara o se pondría hecha una furia; la competición estaba a solo cuatro días. Mientras me secaba con la toalla, decidí que necesitaba comer algo sólido para quitarme esa maldita resaca. Y luego hablar con esa chica miedosa… ¿Disculparme? Creo que es una salida de situación.

Eso era lo más estresante. Cuando entré en la cocina, la vi lavando los platos. Me miró con algo parecido al dolor y dejó caer la taza en el fregadero.

—Oye… —me rasqué la nuca, sin saber qué decirle—. Sobre lo de anoche…

Alexa se dio la vuelta y se apoyó en la encimera.

"Jesús, ¿me han salido cuernos o qué?"

Parece que está a punto de asfixiarse. Tiene esos ojos azules muy abiertos. Me exaspera.

—Perdí el control. Querías ver a la bestia, chica, y lo conseguiste. Es tu culpa. ¿Nadie te ha dicho antes que te mantengas alejada de los borrachos?

Joder, Stender, ¿te estás disculpando? Su rostro enrojeció y su labio inferior tembló. ¿No irá a ponerse a llorar, verdad?

Se levantó bruscamente, como para huir, pero no la dejé. Vi las manchas oscuras en su muslo, entre los shorts y la piel. La cogí por la cintura, la levanté y la apoyé en la encimera.

Chilló suave, todo su cuerpo se estremeció y contuvo la respiración. Deslicé la tela de los shorts hacia arriba para revelar los moratones. Mierda. Tragué saliva y me di cuenta de por qué me miraba con tanto miedo.

—¿Enzo?

Asintió. Está muerto este perro de mierda. Ayer no le di suficiente, hoy le daré más.

—¿Y esto? ¿De mí?

Intercambié su mano y la miré a los ojos.

Alexa asintió débilmente. ¿Es muda o algo así?

Esto es una mierda. Me siento como un maldito violador. El dolor en la cama solo es interesante cuando dos personas lo desean. Pero no así. Y no con ella. Ni siquiera puedo pensar en eso con ella.

La chica está tensa, evitando el contacto visual. Dale un segundo y saldrá corriendo.

—Mira —coloco las manos a los lados de sus muslos, en la encimera—, pase lo que pase, Nieve, yo nunca forzaría a una chica. ¿Entiendes? No me interesa. Y anoche solo estaba borracho. Me equivoqué. De todos modos, te advertí que te mantuvieras alejada de mí y mi habitación. Nunca, jamás, entras.

Ahora parece sorprendida. Aún no se siente a salvo, pero al menos no tiembla tanto.

Y de repente ocurre. Percibo su olor. Es delicado, ligeramente dulce, sorprendentemente agradable. Mi piel del cuerpo electrificada, la polla se está levantando.

Bebo ruidosamente, intentando llenar el silencio.

No puede ser.

¡No puede ser!

¡No puedes querer a tu odiada hermanastra! Una maldita tonta del pueblo. ¿Por qué el cerebro controla todos los órganos menos uno? Ella no dice ni una palabra. Me mira fijamente y respira hondo. No, cariño, Enzo tenía razón. Te masticaré y te escupiré. Te romperé.

Lo oí cuando la sujetó en el rincón, porque ella, chica lista, marcó mi número a sus espaldas.

Ojos de Nieve apuntan de soltar lágrimas, pero su respiración la ha tranquilizado. La solté de mi agarre y me alejé. Cuando estaba a punto de salir de la cocina, le lancé una advertencia:

—Por cierto, no lleves esos pantalones cortos por mi casa.



Parte II



Capítulo 1: Alexa

Bajo las escaleras, sintiendo cómo me duelen las mejillas de tanto reír y sonreír. Hoy he estado con Nica, su novio Carlos y Michael, y no me había divertido tanto en mucho tiempo. Mis guantes están empapados de jugar a las bolas de nieve y, aunque tengo nieve en el cuello y los pantalones mojados, no me importa.

¡Qué suerte que haya nevado en nuestro pueblo! A las diez de la noche, cuatro amigos bajábamos chillando por la colina. Ariana no pudo venir conmigo. Tenía que cuidar de los más pequeños en casa, ya que sus padres trabajaban sin descanso, sin vacaciones ni fines de semana.

Me fui el último día de clase y el chófer de George me llevó directo de la escuela a la estación. Ni siquiera me quedé en la fiesta escolar con máscaras. Estos días apenas cruce con Leo, y mamá siempre estaba cerca. Estuvo un poco enferma, así que George le prohibió ir a trabajar. Fue una buena época; el tiempo con mamá; yo le preparaba infusiones para que se recuperara.

Al entrar en casa, oí a Greta hablando con alguien en la cocina. La respuesta es una voz masculina, lo que me sorprende, porque nunca había visto a un hombre en nuestra casa, salvo al fontanero.

—Cariño, ¿seguro que no puedes evitarlo? Salimos día 6.

Greta suena preocupada.

—No puedo hasta el 8 de enero. ¿No podemos ir en otro momento?

—Me rompes el corazón —susurra la voz masculina, seguida de un suave arrullo.

¿Greta con un hombre? ¡Esto es nuevo! Y ¿no puede irse hasta el 8 de enero? Es cuando tengo que volver. Así que por eso dijo que no. Pero Greta nos ha dado tanto a mamá y a mí; se ha sacrificado tanto por nosotras. No voy a permitir que deje escapar esta oportunidad de ser feliz.

Me acerco a la puerta de la cocina y la abro con una sonrisa.

—¡Hola!

Greta se pone roja como un tomate y el hombre sonríe de forma incómoda.

—Alexa, te presento a John… mi amigo —balbucea Greta, nerviosa.

—Hola, John —lo saludo, y veo que es un hombre alto, de unos cuarenta años, un poco calvo y con barriga, pero con los ojos amables.

—Hola, Alexa —responde él con una sonrisa.

Me cae bien, así que decido ayudar un poco.

—Greta, ¿recuerdas que te dije que me habían aceptado en el equipo de natación? Pues resulta que el entrenador me ha llamado; hay una competición a finales de enero, y tengo que estar en los entrenamientos. Así que tendré que volver el día 6.

Greta parece sorprendida y un poco decepcionada, pero John intenta ocultar su emoción. Estoy un poco mintiendo, no estoy en equipo de natación. Pero me gustaría.

—Oh, lo siento —dice Greta, sin poder disimular su tristeza—. Querías quedarte hasta el día 8.

—No te preocupes, mi Greta —le digo, abrazándola—. Volveré en primavera.

Asiente, todavía sorprendida, y yo me retiro a mi habitación para hacer las maletas. No quiero coger el avión, prefiero el autobús, así que me preparo para el viaje.

La despedida en la estación es menos triste que la vez anterior. Esta vez Greta no está sola, y eso me alegra.

Cuando el autobús se aleja, siento una punzada en el pecho. Me gusta estar con mi madre, pero… hay demasiados *"peros"*. Mi hermanastro Leo es demasiado para mí y nunca se cansa de recordarme quién soy en su casa, en su clase, en su vida.

José, el conductor, me espera en la estación. Mete mis cosas en el maletero y me invita a subir al coche. Me gusta José; se nota que es un buen tipo.

—George y Whitney aún no han vuelto de las Bahamas —me informa mientras salimos de la estación hacia la autopista.

Así que he vuelto pronto. ¿Y ahora qué? ¿Me quedo sola? Pero tampoco podía quedarme más tiempo en casa de Greta.

—Pero Leo está en casa, así que no te aburrirás —añade José.

El corazón me da un vuelco. Dos días a solas con Leo. Suena divertido, aunque no me siento segura cerca de él.

Leo está definitivamente en casa, a juzgar por la música que llega del primer piso. No sé si avisar de que ya estoy aquí.

¿Debería? Podría asustarlo con mi presencia inesperada. Me río; a Leo nadie asustaría. Y conmigo solo se enfadaría.

Y, aunque no puedo evitarlo, no quiero tentar a la suerte. Podría poner música yo misma y, cuando la oiga, sabrá que estoy aquí. Así no tendría que ir a su habitación a saludarle. Las veces anteriores no acabaron bien.

Le pido a José que deje mi maleta en el pasillo. No es grande, no hace falta llevar muchas cosas para una semana.

Antes de subir a mi habitación, decido tomar un tentempié y una taza de té. Mientras la tetera hierve, unto una tostada con pasta de chocolate, un sabor de mi infancia. Justo cuando estoy a punto de irme a mi habitación, me doy la vuelta y me encuentro con Carol en la puerta de la cocina.

Lleva el pelo revuelto y puesta solo una camisa de hombre. Su mirada no presagia nada bueno.

—¿Tú? —Carol curva los labios con desprecio—. ¿Qué haces aquí?

El orgullo me hierve.

—En realidad, vivo aquí. ¿Qué haces tú? Esto es propiedad privada.

—¿Propiedad tuya? —responde desafiante mientras abre la nevera y saca mi tarro de pasta de chocolate. Lo destapa y se empieza a comer con la cuchara.

—Cuidado, Alexa, el té está caliente. No querrás arruinar otro sujetador barato —dice Carol, soltando su veneno.

Me quedo congelada. Perra.

—Veo que ya has tirado el tuyo —replico, refiriéndome a la camisa de hombre que lleva puesta —. Le diré a María que lo tire si lo encuentra.

El rostro de Carol se endurece y da un paso hacia mí, pero antes de que pueda reaccionar, Leo aparece en la puerta, oscuro como una nube de tormenta. Sus ojos lanzan rayos, pero sorprendentemente no en mi dirección.

No esperaban a nadie. Leo solo lleva unos pantalones de chándal, y me arde la cara. No quiero estar aquí más tiempo.

—Bienvenida —dice Leo con una voz nada hospitalaria.

—Gracias —murmuré, sintiendo la garganta húmeda de repente.

Probablemente, sea por la bajada desde la colina y la nieve que me tiró Michael. Me doy la vuelta, agarro mi bandeja y me escabullo junto a Leo. Solo después de cerrar la puerta de mi habitación, puedo relajarme.

Le escribo a mi madre, subo algunas fotos a las redes sociales y llamo a Ariana.

—¡Hola! —exclama alegremente Ari—. Alexa, ¿ya estás por aquí?

—Sí, llegué hace menos de una hora.

—Me encantaría verte, pero hoy tengo que ir a casa de mi abuelo. ¿Qué tal si mañana en mi casa?

—Suena bien, yo también te he echado de menos.

—¿Estás sola en casa? —pregunta.

—No exactamente.

—¿Tú y Leo solos? ¿Por qué no vienes conmigo?

—No te preocupes, Ari —sonrío—. Estoy agotada y quiero descansar. Además, Leo tiene compañía.

—¿Una zorra?

Ariana suspiró con preocupación.

—No te sientas incómoda, Alexa. Cierra la puerta. No sé qué están tramando.

—Ari, cálmate. No pasa nada.

Después de colgar, abro el portátil y enciendo un programa. Intento concentrarme, pero los sonidos del salón irrumpen en mi concentración. Risas, música, pisadas.

¿Qué demonios están haciendo ahí abajo?

Intento ignorarlo, pero el hambre me puede. Había visto un asado y una ensalada en la nevera. Decido arriesgarme y bajar, esperando que nadie me vea. Me pongo unos vaqueros oscuros y una sudadera, y bajo las escaleras. La fiesta está en pleno apogeo, pero logro llegar a la cocina sin que me vean.

Mientras camino a la cocina, alguien me toca la sudadera.

—Tráeme una cerveza fría —gruñó una voz ronca.

—Claro —respondo, zafándome de su agarre.

En la cocina, alguien está vomitando en el fregadero. Qué asco.

Mi estómago rugía, ansioso por llegar a la meta. ¿Quién diría que conseguir un bocadillo se convertiría en una misión? Como una ladrona, abrí la nevera rápidamente y saqué lo que encontré: pepinos, queso y salchichas.

—Dame agua —gritó alguien junto al lavabo.

A pesar del asco, le pasé una botella de agua mineral fría. Encuentro lo que necesito y me apresuro de vuelta a mi habitación, evitando el caos del salón.

Todo el mundo quedó en silencio, y se escuchó el suave rasgueo de una guitarra en la sala. Stender estaba en el centro, sentado con una guitarra roja en el regazo. Sus dedos se deslizaban por las cuerdas, su mirada fija en el diapasón.

Carol, apoyada en su silla, intentó tocarle el hombro, pero él la apartó con un gesto de fastidio.

Y entonces comenzó a cantar.

Fue inesperado, casi irreal. Su voz, clara y bien timbrada, llenó el espacio. No era ni aguda ni grave, pero tenía un tono peculiar que acariciaba las vocales largas. La canción me resultaba familiar: era una versión de un grupo de una banda famosa.

"Veo la piedra en tus ojos.

Veo la espina girar en tu costado.

Esperaré por ti".

No podía moverme. Estaba completamente absorta en la persona que tenía delante. ¿Era realmente Leo quien cantaba? Sentí como si estuviera viendo a alguien completamente distinto.

De repente, Leo levantó la vista y me miró fijamente. Me quedé inmóvil, con un montón de comida en los brazos, sintiéndome como una estatua de sal.

El momento se rompió cuando todos los presentes comenzaron a corear el estribillo junto a él. Pude respirar de nuevo. Me aparté de la jamba de la puerta y me apoyé en la pared, enfadada conmigo misma por haberme quedado ahí tanto tiempo.

Sí, la voz de Leo era agradable, pero aquello no era para mí. No pertenecía a aquella fiesta ni a aquel mundo. Decidí que ya era hora de irme, pero justo cuando me giré para subir las escaleras, alguien me agarró del codo.

—Quieto.

Me encontré cara a cara con una mirada fulminante.

—¿Qué haces aquí?—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí —dije mientras soltaba suavemente su codo.

Sabía que no era buena idea devolverle las bromas, pero tenía que aprender a poner límites.

—Me has observado —respondió él, con un tono aún más frío.

¿Dónde había quedado la profundidad que mostraba al cantar? Ahora solo escuchaba el filo cortante de sus palabras.

—Mira, Leo, solo vine a la cocina a comer algo. No me interesa tu fiesta. No te preocupes, tu hermanita de la granja no va a presumir delante de tus amigos de la élite.

Mis mejillas ardían de indignación, agradecida porque el pasillo estuviera a oscuras. No quería que viera mis emociones. Controlarlas significaba controlar la situación, y no iba a darle ese poder.

—Tonta idiota —murmuró entre dientes.

¿Por qué no soy idiota?

No respondí, solo tarareé para mí, sin intención de involucrarme más.

—Vuelve a tu habitación y cierra la puerta —ordenó Leo.

¿Era realmente Leo quien cantaba?

Sentí como si estuviera viendo a alguien completamente distinto.

De vuelta en mi cuarto, me siento aliviada, pero sin apetito. Me pongo los auriculares y trato de perderme en el programa. Me siento furiosa conmigo misma por haber bajado, pero al menos tengo algo para aguantar hasta mañana.

Sale mensaje en el ordenador. Es un mensaje de Nicole:

“Oye, ¿por qué no contestas? Veo que estás en Internet, pero no respondes. ¿Estás ocupada?”.

Busco el teléfono en el cargador, pero no está. Mierda. Lo dejé en la cocina. Tendré que volver.

Respiro hondo y vuelvo al campo enemigo. La fiesta se ha vuelto más ruidosa. Paso junto a parejas besándose, otras en la mesa casi… No quero ni mirar. Y muchos borrachos riendo. Por suerte, nadie me nota. Encuentro mi teléfono donde lo dejé, junto a la mesa. Lo agarro y regreso a mi habitación.

Entré furiosa en la habitación y cerré la puerta. Tal y como me diga mi hermano. Luego me quedé mirando el móvil, los mensajes perdidos de Nica, los de Ariana e incluso los de Michael Green. Es como si nuestras vidas estuvieran atadas a los aparatos. Una hora fuera de contacto, y ya estás perdido.

—Me gusto estar aquí.



Capítulo 2: Alexa

Me sobresalté y me giré rápidamente. Había un tipo tirado en mi cama. Apenas lo distinguía en la penumbra, solo iluminado por el resplandor de la pantalla del portátil. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

¿Cómo pude ser tan tonta y olvidar cerrar la puerta al ir por el teléfono?

El tipo se incorporó y sonrió, claramente borracho. Me sonaba de ser del grupo paralelo, pero no conocía su nombre.

Era un imbécil grosero, que siempre hacía comentarios fuera de lugar hacia las chicas. Seguro que todos los colegios tienen a uno de esos.

—Estás en el lugar equivocado y te vas a largar —dije, intentando sonar firme mientras me acercaba a la puerta para desbloquearla.

—Al principio no creí a los chicos cuando dijeron que Leo tenía una hermanita tan mona —murmuró, levantándose.

No estaba tan borracho como parecía.

—No pareces tan mala.

El tono de la conversación se volvía desagradable y el miedo comenzó a instalarse en mi interior.

—Soy su hermana. A Leo no le va a gustar verte aquí —contesté, tratando de asustarlo.

Esperaba que no supiera la verdadera naturaleza de mi relación con Leo.

—Te lo diré una vez más: vete.

Intentando mostrar seguridad, hice clic en la cerradura y abrí la puerta, dejando claro que no bromeaba.

—No hace falta que se lo digamos, ¿verdad? —dijo mientras se acercaba, oliendo a alcohol.

Intenté salir corriendo por la puerta abierta, pero antes de poder moverme, su enorme mano me empujó, haciéndome caer sobre la alfombra.

La puerta se cerró de golpe y entendí que estaba atrapada.

¿Qué demonios está pasando?

No soy provocadora, no busco problemas. Entonces, ¿por qué siguen ocurriéndome cosas como esa? ¿Qué hay de malo en mí?

El grandullón se abalanzó sobre mí como una roca, burlándose de mis intentos de escapar con una risa ronca.

—No te muevas —me ordenó con un resoplido y me dio una patada en el costado.

Quizá no fue mucho para él, pero para mí fue un golpe que me dejó sin aire, con lágrimas brotando por el dolor. No podía respirar profundamente y, en ese instante, comprendí lo que era el miedo verdadero, ese que te congela por dentro.

Había sentido miedo antes, como cuando Enzo se pasó de la raya o cuando Leo me confundió con otra persona, pero esto era diferente. Estaba aterrada.

Ese lunático podía hacerme daño o reírse de mi impotencia. No estaba segura, pero sentía que me había roto algo, porque el dolor en mi costado era insoportable.

—Le diré a Leo que chica que se ha perdido —se burló, aplastando mis muslos contra el suelo con todo su peso.

Una mano se cerró alrededor de mi cuello, no con fuerza, pero lo suficiente para mantenerme quieta. Con la otra mano, tiró del cordón de mi sudadera.

El asco y el miedo se mezclaron, haciéndome sentir náuseas. Intenté quitar su mano de mi cuello, pero él ni lo notó.

—Déjame ir —jadeé—. Me estás asfixiando.

—Y tú quédate quieta, coño.

—Leo te va a matar —traté de intimidarlo, pero solo logré enfurecerlo más.

—Te contaré un secreto, cabrita —siseó, acercándose a mi cara—. A Leo le importas una mierda. Todo el mundo lo sabe.

Sus labios, cálidos y húmedos, rozaron mi mejilla y bajaron por mi barbilla, dejando un rastro de baba. Gemí de impotencia y asco.

El aire se me acababa; estaba a punto de rendirme, cuando un destello cegador iluminó la habitación. El cabrón también lo notó, porque cerró los ojos con fuerza, y en el siguiente segundo ya no estaba sobre mí. Manchas amarillas bailaron ante mis ojos mientras mis pulmones finalmente se llenaban de aire.

Respirando con dificultad, me arrastré hasta la mesa del ordenador, casi escondiéndome debajo de ella. Vi cómo la cara del tipo chocaba contra el respaldo metálico de mi cama, dejando un rastro de sangre.

Stender estaba ahí, silencioso. Sus labios apretados se tornaron blancos y sus ojos irradiaban brutalidad. Levantó al chico gimotease por el cuello y lo estampó contra el marco de la puerta.

—Leo… yo… —balbuceó el chico— pensé…

—Pensaste mal, Ivo —gruñó Leo antes de arrastrar al tambaleante intruso fuera de mi habitación.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Mi respiración sonaba exageradamente fuerte en la quietud. Sentí un calambre en el cuerpo. La puerta estaba abierta, la cama manchada de sangre y se oían gritos lejanos, como amortiguados.

Seguí sentada, abrazándome las rodillas. Debería levantarme, cerrar la puerta, pero no podía moverme. Solo miraba fijamente hasta que vi unos pies frente a mí. Levanté la vista y allí estaba Stender.

En dos zancadas me alcanzó y me levantó bruscamente por los hombros. Mi cabeza daba vueltas por el repentino cambio de posición.

—Te dije que cerraras la puerta —su voz retumbó con furia, me dolía oírlo—. ¿Eres tan estúpida como para dejar tu puerta abierta en una fiesta llena de borrachos?

Stender me había regañado antes, con odio, con rabia, pero siempre en voz baja. Nunca le había oído gritar. Ahora, su voz parecía hacer caer el yeso del techo.

—No me grites —las lágrimas luchaban por salir, pero apreté los dientes y respiré profundamente para contenerlas.

—¿Cómo voy a decirte que, cuando digo algo, debes hacerlo? ¿Tengo que azotarte?

—¡No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer! —grité, sintiendo que mis manos temblaban de rabia.

Me sorprendí a mí misma, asombrada del contraste entre la Alexa de casa y la de aquí.

—Estás a punto de hacer un trato —dijo Stender en un susurro, pero yo ya no podía parar.

—¡Que te den, Stender! ¡Vete a azotar a tus compañeros!

—Estás jodida.

El portazo que dio me dejó desalentada. Se había ido. Pero apenas tuve tiempo de respirar antes de que la maldita puerta se abriera de nuevo y Stender estuviera de vuelta en el umbral.

Tenía la mandíbula apretada, las facciones tensas y en las manos… un cinturón. Parpadeé, esperando estar imaginando cosas. Luego parpadeé una y otra vez. Pero no, no se había ido.

Estaba allí, mirándome furioso, sosteniendo un cinturón de pantalón.

Sentí ganas de reírme, supongo que por los nervios. No iba a pegarme con un cinturón, ¿verdad? O…

Leo entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí, en silencio, sin siquiera llamar.

—Ven aquí —su voz estaba cargada de rabia, pero era baja. Cuando dio un paso hacia mí, el miedo me invadió.

—¿Hablas en serio? No vas a…

—Ven aquí —repitió.

Retrocedí sin quitarle la vista de encima al cinturón que tenía en las manos mi “hermano”.

¡Realmente iba a azotarme!

¡Maldito Leo! ¡Maldito lunático!

—No te atrevas a acercarte a mí —grité, clavando las rodillas en la cama. No podía retroceder más, pero en un intento desesperado, me encaramé a ella, elevándome por encima de Stender.

Intentar correr alrededor de él habría sido estúpido. No habría tenido tiempo. Salté por el otro lado de la cama, manteniendo una amplia barrera entre nosotros, pero la salida estaba detrás de él, así que estaba atrapada.

Algo retumbó abajo con fuerza y Leo se distrajo por un momento. Era justo lo que necesitaba. Me sacudí en la cama, pero el dolor en mi costado me hizo aullar. Grité aferrándome al cabecero manchado de sangre de Ivo.

Pero incluso sin el dolor, no habría escapado, porque unas manos de acero me inmovilizaron las muñecas. Stender me giró y me estrechó contra su pecho. Luché, pero no era difícil adivinar quién ganaría pronto.

En unos diez segundos, Leo se sentó en la cama, inmovilizándome sobre su rodilla. Me sujetó las piernas con una mano y, con el codo entre mis omóplatos, me obligó a mirar hacia la cama.

—¡Suéltame! —grité, frustrada, sintiendo cómo mi cara ardía de rabia y vergüenza—. ¡Estás loco!

—¿Nunca te dijeron de pequeño que escucharas a los mayores? Y entonces el cinturón cayó sobre mi culo. Y me dolió.

—Eres un completo psicópata —sollocé mientras los puñetazos escapaban de mi garganta junto con un grito, mientras mis nalgas ardían de nuevo.

—Te he dicho, idiota, que te quedes en tu habitación y no te metas en líos.

Otra vez fuego en el culo.

—Leo, ¿te has vuelto loco?

Ronald Woods entró volando en la habitación.

Dios, qué vergüenza. Qué humillante es todo esto.

—Ronald, vete a la mierda, yo me encargo de esto.

—No me digas.

No podía ver muy bien desde mi posición, pero creo que Ronald agarró el brazo de Stender con el cinturón y yo me deslicé del regazo. Me arrastré hacia un lado, intentando quitarme de la cara el pelo pegado a las mejillas mojadas.

—¿Estás loco? —gritó Woods literalmente, agarrando a Stender por el pecho.

—¡Mira quién tienes delante! ¡No es tu puta Carol!

—¿Qué te importa? —Stender se defendió de las manos de su amigo y le empujó en el pecho, pero Ronald se mantuvo firme.

¿Y yo qué? Me acurruqué en el rincón más alejado de la habitación y rugí en silencio mientras observaba todo aquello.

—Leo, cálmate, hablo en serio —los chicos se pusieron el uno frente al otro, respirando agitadamente, pero ambos bajaron la voz—. —Ya ves por lo que estás pasando. Es ese maldito Damon…

—Cállate, Ronald.

Stender me lanzó una mirada furiosa que me hizo desear arrastrarme bajo el papel pintado, pero Woods tardó un momento en empujarlo fuera de la habitación.

No sé de qué acababan de hablar, pero sabía que si Stender hubiera querido, habría enviado a Woods a por Ivo el grandullón en un santiamén. Pero debía de haber algo en las palabras de su amigo que había despertado algunas migajas de sobria razón en su hermanastro.

¿Qué se supone que debo hacer con todo esto?

Porque cada día, cada vez que hablábamos, era más difícil. Al contrario, cada vez era más difícil. Solo empeoraba, y mucho. No tenía ni idea de cómo tratar con él. No habría funcionado en absoluto minimizar el contacto: vivíamos en la misma casa, comíamos en la misma cocina y estudiábamos en el mismo grupo.

¿Qué coño se supone que tengo que hacer?

—Oye, Nieve —dijo Ronald, a través del velo de lágrimas, poniéndose en cuclillas delante de mí.

Por favor, no me toques, no puedo soportarlo.

—Te he traído té caliente. Vamos —alargó la mano, pero no tocó, comprensivo.

Dale las gracias por eso. Ronald también olía a la diversión desenfrenada que había abajo. Llevaba la camisa desabrochada y la camiseta manchada de algo. Pero acepté su ayuda. Me apoyé en su mano y me levanté, cogiendo la taza caliente. Me escocían los dedos y resultaron estar agarrotados.

—Mira, sé que Leo es un gilipollas, pero…

—¿Pero qué? —Miré a mi compañero de clase, con los ojos hinchados de lágrimas—. Me azotó con un cinturón, Ronald.

—Eso es duro —dijo Woods—. Le arrancó dos dientes a Ivo y creo que le rompió el brazo.

—Un caballero —sonreí amargamente, llevándome la bebida hirviendo a los labios—. Ronald, ¿qué coño está pasando? —Me atreví a preguntar, aunque Woods y yo estábamos lejos de ser amigos—. Me di cuenta de que había aparecido en su vida sin avisar, pero ¿por qué me odia tanto? ¿Qué le he hecho?

Ronald permaneció en silencio, mordiéndose el interior de la mejilla. Entrecerró los ojos, pensativo.

—Ni yo mismo lo sé —respondió evasivamente, y luego esbozó su habitual sonrisa: —Y no llenes tu bonita cabeza con todas esas tonterías. Será mejor que termines tu té y cierres la puerta detrás de mí. Esta vez me aseguraré de que esté bien cerrada.



Capítulo 3: Leo

Vete a tomar aire, mientras yo saco a todo el mundo de aquí —me dice Ronald, señalando la puerta con la cabeza.

—¿Dónde está ese cabrón?

La furia me consume. Quiero romper, no solo la mano con la que ese bastardo apretó el cuello de tonta, sino también sus piernas y su cuello.

—Leo, relájate. Sal un rato.

Me siento vacío, como si todos mis sentimientos me hubieran sido extraídos de golpe. Hasta mi ira contra el idiota de Ivo se ha desvanecido. Todo es un borrón. Me pongo la chaqueta del perchero del pasillo y me dirijo a la puerta.

Ronald asiente a Santana, que baja el volumen de la música y anuncia el fin de la fiesta. Ser el anfitrión y tener que dar discursos me importa una mierda ahora mismo.

—Leo, ¿qué te pasa? —Carol me detiene en la puerta mientras busco un mechero en el bolsillo de la chaqueta—. Otro chico se llevó a Ivo; dijo que le diste una paliza. ¿Por qué, eh? ¿De verdad merece la pena pelearte con tus compañeros? Bueno, Ivo habría sido… Deja de pensar en esto.

—¿Qué te hace pensar que nos peleamos por ella? ¿Dejar que Ivo haga qué?

La miré fijamente y comprendí de dónde venía todo: de hacer una fiesta, de Ivo. A todos se les dijo claramente que no subieran al primer piso. E Ivo no es tan estúpido como para olvidarlo después de un par de copas.

El rostro de Carol cambió. Las aletas de su nariz comienzan a hincharse y el miedo aparece en sus ojos. Da un paso atrás y mis sentidos vuelven. Lo primero que siento es rabia. Carol se encoge, consciente del peligro.

Tiro de ella, pero no puede retroceder más. Está acorralada contra la pared, mirándome estupefacta. Pero entonces interviene Bonito.

—Carol, vete de aquí. Es hora de que Leo se vaya a la cama. Puedo llevarte si necesitas.

Carol asiente agradecida a Bonito y se hace a un lado. Que se joda, ya me ocuparé de ella más tarde. Me pongo la chaqueta y salgo. Hace frío, pero no lo siento. La ira me arde en el pecho, derritiéndome por dentro, pero lo curioso es que no sé con quién estoy más enfadado: con Carol, con Ivo o conmigo mismo. Este cóctel de emociones me asfixia, y ni siquiera el aire fresco ayuda.

Me siento en los escalones, arriesgándome a congelarme el culo, y enciendo un cigarrillo. No levanto la vista cuando oigo los pasos y los gritos de despedida. Solo observo la llama, que se desliza por mis dedos con cada brisa, convirtiendo el papel en ceniza.

Así es como funciona esta mierda. Fuera, el ruido de los neumáticos aplastando la nieve fresca indica que la gente sube a los taxis. Arrivederci, chicos, ha sido divertido. Ronald se sienta a mi lado.

—He querido dejarlo tantas veces —dice, mirando también la luz—. Después de cada ensayo, cuando mis piernas ya no pueden más, me lo prometo.

Y de nuevo, silencio. Es fácil estar en silencio con Ronald. Pero también sabe arruinar el momento.

—León, ¿qué está pasando?

—¿Qué ocurre?

—Sabes a qué me refiero.

Me quedo callado. No tengo nada que decirle por qué ni yo sé qué está pasando.

—Azotaste a una chica con un cinturón.

—Funciona. Le dije que se quedara en su habitación y cerrara la puerta. ¿Por qué no lo entiende?

Ronald me mira como si me viera por primera vez.

¿Qué sentido tiene todo esto? Cualquiera pensaría que no soy un ángel.

—Leo, te estás volviendo loco. Y todo este asunto de Damon tiene que acabar.

Quiero ser duro con mi amigo, pero sé que tiene razón. Me vuelvo loco cuando veo esa cara inocente y esos ojos.

—Simplemente ella me cabrea.

—¿Qué te cabrea?

—¿No te das cuenta? —le dije a Woods—. ¿No ves que ella y su madre son cazadoras? ¿Por qué, demonios, ha venido esa chica a mi casa? Quiere una vida dulce, ¡que se la dé!

Ronald tararea.

—Estás lleno de mierda. No sé de su madre, pero Nieve no parece una cazadora-aprovechadora. ¿No ves que te tiene miedo? Y la acosan en el colegio con tu permiso.

—Tiene razón para tener miedo.

Frunzo el ceño al recordar sus ojos asustados. Desde el primer momento en que la vi, me miró como si fuera a devorarla.

—En fin, Leo, deja de hacerte el raro. La pequeña ya ha sufrido bastante. No hagas daño a tu hermana.

—¡No es mi hermana! —casi gruñí.

—De acuerdo. Razón de más para cuidar de Nieve —dice Ronald, guiñando un ojo.

Imbécil.

—Es dulce como un malvavisco. Si no sabía que te gustaba, lo recogiera a mi lada de protección.

Uf. Siempre con sus tonterías de caramelo.

—Tú metes tus malvaviscos en las orejas de las tías tontas, gilipollas —le doy un ligero golpe en el hombro.

Me siento mejor. Me alivia haber salido de la espeluznante neblina que me asfixiaba al ver a ese asqueroso apretando el cuello de tonta. Y espero dormirme rápido, para que la desagradable maraña que retumba en mi pecho no dé lugar a pensamientos estúpidos.

No lo siento. Es culpa suya. Punto final. Ronald se abrocha la chaqueta y se sube la capucha.

—Me voy, León. Tú también vas a la cama. Y no te metas con Nieve. Aún necesita recuperarse.

Cierro la verja detrás de Woods y me apresuro a entrar para entrar en calor. Empiezo a tener escalofríos.

El salón es un caos, así que llamo a la empresa de limpieza para que vengan mañana y luego subo al primer piso.

Por alguna razón, me queda en la puerta de tonta escuchando. Silencio. Probablemente, esté dormida o llorando en la almohada.

Idiota. Estoy a punto de dormirme cuando recibo un mensaje de Damon. La subasta es mañana. Qué bien. Ahí saco toda rabia.



Capítulo 4: Alexa

Al día siguiente me pasé el día en la habitación, o mejor dicho, tirada en la cama. No me duele el cuerpo, es mi orgullo el que está herido. No es la primera vez que tengo un encontronazo con Stender, pero esto fue lo más humillante que he vivido. Me puso sobre sus rodillas y me azotó.

¡Me azotó!

Me giro, enterrando la cara en la almohada. Ni siquiera tengo hambre. Ahí está el bocadillo de la noche anterior, junto con la fruta y el pan rallado. Todo podría estar fresco, pero no tengo apetito.

Por la mañana, escucho un ruido fuera: es un coche que llega. No es mi madre, y el resto me da igual. Ni siquiera me molesto en contactar con Nica, solo le mando un mensaje diciendo que estoy bien y me meto en la cama. Pero no puedo dormir. Cuando los amigos de Stender se van, me quedo alerta con miedo de que Leo vuelva.

¿Quién podría detenerlo?

Estamos solos en la casa. Ronald es el último en irse; lo veo desde la ventana. Estoy agradecida, pero sé que Woods es amigo de Leo, no mío. Pienso en cómo me trataba en el colegio. No es tan cruel como Bonito, pero nunca lo desanimaba.

No entiendo por qué Stender es así conmigo. Supongo que ni siquiera es personal, es así con todos: cruel, egoísta, autoritario. Nunca lo ha ocultado, nunca se esconde tras máscaras.

Entonces, ¿por qué sigo esperando que algo cambie? No que deje de odiarme, pero al menos que me ignore, que me deje en paz.

¿Cómo lucho contra esto?

Este pozo que me hunde cada vez más.

Quizá debería decírselo a mamá. Y si las cosas empeoran, pedirle que me mande de vuelta con mi tía. Pero ya es bastante malo así y, además, Greta… Por fin está teniendo una vida propia; sería egoísta cargarla de nuevo con mis problemas. De repente, el teléfono vibra. Mamá está llamando por el Messenger.

—Hola, gatita —la voz de mamá suena alegre—, ¿qué haces?

—Hola, mamá. Intento sonar lo más alegre posible.

—Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Es la tercera vez que aplazan el vuelo por algún motivo. Debe de ser el tiempo. George está furioso porque tiene una reunión mañana por la noche y no podemos salir.

Suspiro. No, no puedo decírselo. No es solo que no sea una llamada telefónica, tampoco puedo hacerlo cuando vuelva. Mamá está contenta y Greta parece feliz. No es culpa suya que yo no tenga agallas ni carácter para defenderme.

Supongo que si papá no hubiera desaparecido de mi vida, podría haberme defendido. Pero ahora tengo que aprender a hacerlo sola. O a aguantar.

—Hija, ¿cómo estás? ¿Está Leo en casa? La voz de mamá tiene una sutil tensión, como si presintiera algo.

—Ayer sí, pero ahora no lo sé. No hablamos mucho.

Mis mejillas arden traidoramente. Mentir es malo, Alexa. ¿O es bueno? Menos mal que no estamos en una videollamada.

—Leo no es fácil —la voz de mamá pierde su tono juguetón—, pero es el hijo de George, ya lo sabes, Alexa.

—Claro que sí.

—Es un chico complicado, pero puedes llevarte bien con él. Haz lo mejor que puedas, hija, eres una buena chica y más lista.

Con esas palabras, me resulta aún más difícil decidirme a hablar sincero.

—Pero, si se pone muy mal, avísame. ¿De acuerdo, cariño?

Quiero preguntar: *¿“muy mal” incluye azotes con el cinturón? ¿Incluye amenazas de romperme los brazos y las piernas?*

Pero también tendría que decirle que Leo me ha salvado dos veces de idiotas que querían hacerme daño y que me llevó a casa después de un incidente desagradable en la cantina.

Pero él es la razón de todo esto.

¡Dios, qué confusión!

Intento justificar las acciones ilógicas de este sociópata buscando problemas en mí misma. Me presiono las sienes con las manos, olvidando que mamá sigue en la línea.

—Hija —llama tras una larga pausa.

—Aquí estoy. Claro, mamá, lo intentaré.

Palabras memorizadas, casi una oración.

Mi madre siempre me lo pedía durante los años de separación, al final de cada conversación, y yo siempre le respondía que lo intentaría.

—Gatita —la voz de mi madre vuelve a ser sonora y ligera—, necesito que me hagas un favor. Tenía una cita para el salón de belleza esta noche, pero no recuerdo la hora y, por alguna razón, no guardé el número en el teléfono.

¿Puedes encontrar mi libreta y llamar al salón para cancelarla?

—Por supuesto.

—Mi cuaderno está en la sala de gimnasio. Hay un escritorio blanco junto a la ventana. Debe estar en el cajón de arriba. Mira en el deslizador marcado con la hora y el número.

—De acuerdo, mamá.

—Gracias, Alexa. ¡Besos, gatita mía!

—Adiós.

Nos despedimos, cuelgo y me desplomo sobre la almohada. No quiero salir de la habitación. Pero mamá no me ha pedido nada complicado. Buscar un número, llamar al salón y cancelar la cita. Así que tengo que levantar mi trasero deprimido y asustado y salir.

Me miro en el espejo y veo un espantapájaros desaliñado, con la nariz roja y los párpados hinchados.

¡Qué horror! No tengo a nadie a quien impresionar, claro, pero ¿y si María, la asistente, está en casa y la asusto con esta pinta? Además, son casi las dos de la tarde; ya es hora de ducharme y arreglarme un poco.

Me meto en la ducha, abro el agua caliente y echo más gel de maracuyá a la esponja. El delicado aroma a almendras llena el reducido espacio y me siento un poco mejor. También me lavo el pelo, lo seco un poco y me lo recojo en un moño apretado. Sé que hay un pequeño gimnasio en la casa desde el primer día, aunque nunca he estado allí.

Sería raro que una casa como esta no tuviera uno. Y entonces se me ocurre: ¿por qué no usarlo yo misma? Dicen que el ejercicio ayuda a mejorar el ánimo y a tener más energía.

Decido unirme a ese estilo de vida saludable, así que me pongo una camiseta y unas mallas deportivas, me calzo mis zapatillas y me dirijo al gimnasio.

No tardé mucho en encontrarlo. Mamá me lo enseñó el primer día, pero nunca venía sola. Recuerdo haber visto a George con ropa de gimnasio y una toalla al cuello bajando las escaleras. Voy hacia allí. En el pequeño pasillo hay tres puertas. Una está cerrada, y detrás de la segunda encuentro una pequeña sala cuadrada en tonos dorados y rojos.

Hay sofás bajos alrededor, con muchos cojines pequeños, y tres mesas en el centro. Abro la tercera puerta, y esta vez no me equivoco. Es el gimnasio. Es una sala pequeña y luminosa, con paredes que imitan ladrillo crudo, alfombra gris en el suelo y altavoces en las esquinas.

Las ventanas van de suelo a techo. Varias máquinas de ejercicio están dispuestas alrededor. Entro y miro a mi alrededor, buscando el cuaderno de mamá. Tal como dijo, está en el cajón de arriba.

No me cuesta encontrar la entrada con el número de teléfono y envío un mensaje para cancelar la cita.

Una vez hecho, decido probar una de las máquinas. Nunca he ido a un gimnasio, ni siquiera a los de nuestra ciudad, porque son demasiado caros.

Mi madre se ofreció a pagarme un abono, pero no le veía sentido. El campo de deportes del colegio me iba bien, aunque tampoco era mi lugar favorito.

Me gusta nadar y algunas clases grupales, pero estos movimientos monótonos del fitness no me atraen. Me acerco a una máquina que parece una elíptica. Subo a los pedales y agarro las empuñaduras, poniendo la máquina en movimiento. Pero el movimiento es demasiado duro.

Algo debo estar haciendo mal. Lo intento de nuevo. Nada. No tengo suficiente fuerza para moverla.

—Necesitas una carga más ligera —dice una voz familiar detrás de mí.

Me sobresalto y siento que el corazón se me sube a la garganta. Es Stender. Tiene el pelo despeinado, la camiseta gris mojada de sudor y una toalla alrededor del cuello. Se seca la frente con la toalla.

“Dios, mientras yo estaba aquí explorando cajones, él estaba entrenando. ¿Por qué no miré a mi alrededor, Alexa?”

Tiemblo de miedo cuando Leo se acerca. Toca el regulador de la máquina y ajusta algo. Contengo la respiración, sin atreverme a moverme. Su proximidad me aterra y me trae recuerdos recientes.

—Inténtalo ahora.

¿Dónde está el truco? ¿Es un juego? Ayer fue el palo, ¿hoy la zanahoria? ¿Por qué ese tono tranquilo?

—Lo puse al mínimo. Venga, inténtalo.

Empujo la manivela y esta vez se mueve con facilidad. Pero los movimientos son torpes a la vista de mi hermanastro, así que me detengo.

—Gracias —digo, agradecida de que mi voz no tiemble.

—No deberías haber venido al gimnasio —la boca de Stender se curva en una mueca—. Ya está, vuelve a ser él mismo. —No has comido nada.

¿Qué? Apenas puedo cerrar la boca por el asombro.

¿Se preocupa por mí?

No, eso es imposible. Tres veces no.

—Ve a comer y vuelve en dos horas para entrenar.

¿Stender tiene algo llamado culpa? ¿O es que no espero nada y esto es solo otra forma de manipularme?

De nuevo, me está diciendo lo que debo hacer. Ni siquiera me lo dice, me lo ordena.

—No tengo hambre.

—Idiota —me mira con esos ojos oscuros, llenos de irritación.

Bajo de la máquina de ejercicio y me dirijo a la cocina rápidamente.

Rápidamente.



Capítulo 5: Alexa

Nada ha mejorado desde que volvimos de vacaciones. En realidad, todo ha empeorado. Si los chicos están más tranquilos y Bonito ha dejado de hacer sus estúpidas bromas, las chicas, en cambio, están peor.

Carol no oculta su irritación y me lanza miradas de odio. Su amiga Lana la sigue, pavoneándose cada vez que puede. Carol y Stender junior parece que tienen problemas entre ellos. Aunque siguen en la misma compañía de siempre, se sienten juntos, pero hay tensión en el aire.

Intento ignorar las pullas y los constantes intentos de hacerme caer en un error, pero no es fácil. Ya es bastante duro estudiar en el colegio y, luego, están ellas. Ayer, mientras resolvía un problema de álgebra en la pizarra, me equivoqué al acortar una ecuación. Carol, desde la primera fila, no perdió la oportunidad de anunciar en voz alta que estaba mirando una chuleta en mi muñeca.

Y lo peor es que tenía razón. Me sentí aún más avergonzada delante del profesor y de mis compañeros. Me ardieron las mejillas durante tres clases más. William y Ari me ayudan en lo que pueden, pero algunas asignaturas se me atragantan, como español. En mi antigua escuela tenía una A sólida y aquí apenas consigo una C+ [1]. Y eso que trabajo día y noche.

Hoy empezamos con español y el profesor reparte los exámenes, cada uno con su propia versión. Escucho el texto varias veces, pero no logro sacar un esquema claro. Hago las pruebas de comprensión, pero no estoy segura de mis respuestas. Algunas frases no parecen encajar con el tema del texto. Mi cerebro está a punto de explotar cuando el profesor sale un momento de la clase. En ese momento, Woods se deja caer en mi pupitre.

—¿Tienes un texto sobre ecología o HBA?

—Ecología —respondo sorprendida—. ¿Cómo lo sabe si se supone que todos tenemos una opción diferente?

—Pon a, b, b, b en los cuestionarios en quinto, séptimo y undécimo. El segundo microtema del texto es “Valor ecológico del Central Park de Nueva York”.

Ronald señala mi papel y luego regresa a su asiento justo cuando entra el profesor. Todos continuamos trabajando en silencio. Su ayuda fue inesperada, pero le estoy muy agradecida.

Sin embargo, Carol le mira con odio, pero no dice nada delante del profesor. En el recreo, me sorprende que el profesor de gimnasia y el entrenador del equipo femenino de natación se acerquen a mí.

—Alexa, hola —me sonríe—. Hemos tenido una baja en el equipo y tú tienes buenos resultados. Nos encantaría que te unieras a nosotras. Se acerca una competición y podrías salvar la situación.

—Bueno… —respondo, un poco confundida.

Me gusta nadar, pero unirme al equipo del grupo “Los Delfines” es algo muy distinto.

—Me encantaría, pero tengo exámenes que estudiar, así que… ¡Ups! —me da un codazo en el costado y me giro para mirar a mi amiga Ariana.

—Está de acuerdo —sonríe Ari.

—Ari…

—Ya se nos ocurrirá algo —esto también va dirigido a las profesoras, que se miran y sonríen.

Parece que últimamente tomo pocas decisiones por mí misma.

—Mira, ¡vas a nadar tú! —le quito el cuaderno a Ari y me vuelvo de espaldas a la ventana—. Estoy frustrada.

—¿Qué haces, Nieve? —Ari me pasa un brazo por los hombros—. ¡Es una oportunidad! Vas a entrar en la Facultad de Medicina y esto te vendrá bien. No te preocupes, nos ocuparemos de los exámenes. Además, la competición es en quince días, así que deja de enfurruñarte. Vamos a Física y, en el gran recreo, iremos a ver al entrenador para hablar del programa de entrenamiento. Así pasarás menos tiempo en casa con tu hermano sádico.

Le conté a Ariana todo lo que pasó el día que volví de casa de Greta. Ella frunció el ceño durante un buen rato y luego dijo que no le sorprendía. Llama “retrasado” a Ivo, el grandullón que me atacó, pero no lo he visto ni una vez en los últimos quince días, aunque tenemos laboratorio con su grupo juntos.

Mi primer entrenamiento de natación con un entrenador es horrible. Esto no es una clase de gimnasia. Es brutal. Fracaso una y otra vez al intentar hacer el giro correcto en las aguas cortas y,

al final, siento que los músculos de la espalda van a explotar.

Estoy agotada.

Ari viene conmigo y me apoya mientras estoy tirada en una tumbona. Lo necesito, porque siento que el agua que nos rodea va a hervir con las miradas de Carol. Por supuesto, como estrella del colegio, también está en el equipo. Además, es la capitana. No se alegra cuando el entrenador anuncia mi participación.

Carol nada maravillosamente. Su cuerpo se desliza bajo el agua con una suavidad increíble, como si no necesitara hacer algún esfuerzo. No es de extrañar que ella y Stender sean pareja.

Yo soy la desafortunada, objeto de su desprecio. Es especialmente evidente cuando me arrastro hasta el bordillo con las piernas rígidas y Carol, con desdén, se lanza al agua como una aguja, empujando sus pies perfectos desde la plataforma.

Oh, Ariana, ¿para qué me has metido en esto? ¿Para más humillaciones?

Después del entrenamiento, salgo de los vestuarios a gatas con Ari a mi lado. No tengo ganas ni de cepillarme el pelo, así que me lo escondo en la coleta.

El torniquete cruje detrás de mí. Me vuelvo y veo a Stender. Hace tiempo que acordamos que cogería el autobús.

—¿Carol aún no ha salido después del entrenamiento? —pregunta Leo al guardia después de saludarlo.

—Todavía no, las chicas siempre tardan en cambiarse. El entrenador ya se ha ido a casa y ellas siguen arreglándose.

De repente, me siento avergonzada y acalorada. ¿Cómo pude pensar que mi hermano había venido por mí?

—¿Qué hacen aquí? —pregunta con desgana, acercándose a Ariana y a mí.

—Venimos del entrenamiento… —balbuceó, sin esperarlo.

—Lo siento, no estaba informado, Mister Grey —sonríe Ari.

La mirada de Stender pasa de Ari a mí, y se ensombrece.

¡Maldita sea, Ariana! ¿Por qué tuviste que decir eso?

Ahora tengo la cara caliente y me cuesta respirar. ¡Necesito salir de aquí!

—¡Vamos, o perderemos el autobús! —Agarro a Ariana del brazo y me apresuro hacia los torniquetes, haciendo todo lo posible por ignorar el ceño fruncido de Leo, que mira a Ariana como si estuviera planeando un castigo rápido.

1. A (Excelente) suele corresponder al 90-100 % o 4,0 en la escala GPA. En las escuelas españolas, su equivalente es la nota Sobresaliente (SB).B (Bueno) - suele corresponder al 80-89 % o 3,0 en la escala GPA. En las escuelas españolas, el equivalente puede ser Notable (NT).C (Aceptable) - suele corresponder a un 70-79 % o 2,0 en la escala GPA. En las escuelas españolas, el equivalente puede ser Bien (BI).D (Suficiente) suele corresponder al 60-69 % o 1,0 en la escala GPA. En las escuelas españolas, el equivalente puede ser Suficiente (SU).Insuficiente (IN) suele corresponder a menos del 60 % y significa que la asignatura no está superada. En las escuelas españolas, el equivalente es también Insuficiente (IN).



Capítulo 6: Alexa

Este mes ha sido agotador. Clases, entrenamientos, más clases y, de nuevo, entrenamientos. Caigo muerta en la cama y, al día siguiente, todo vuelve a empezar.

Mi madre me obliga a desayunar comida sana y la palabra “proteína” se ha convertido en una especie de maldición en mi mente. Además, me llena de vitaminas para mi inmunidad.

Greta, por cierto, se fue de vacaciones con su hombre y ayer me llamó por videollamada. Su rostro florece, radiante de felicidad, y me alegra mucho verla así. Se ha vuelto experta en mensajería y mi teléfono inteligente no para de recibir fotos y mensajes suyos que demuestran su alegría. Sonrío, le respondo con cariño y sigo con mis cosas, agotada.

Mamá me convenció para que tomara clases extra de español. Cuando supe cuánto le pagaba al profesor, decidí que por ese precio debería ser capaz de hablar con un nivel avanzado en un par de semanas.

Pero el milagro no se ha producido, así que sigo trabajando duro. Aunque debo admitir que he mejorado mucho y ya no me siento tan atrasada en clase. Mi consuelo en esta situación es que mi español me ayudará en latín cuando vaya a la facultad de medicina.

Hoy es viernes y tenemos el último entrenamiento antes de la competición. El domingo llegan nueve equipos de otras escuelas y uno del gimnasio. Según las chicas del equipo, la competición será dura. Solo la mitad pasará la ronda clasificatoria y, una semana después, será la prueba decisiva.

Después de clases, me despido de Ariana. Hoy no puede quedarse a entrenar conmigo, así que corro a la cantina a por un tentempié y luego me voy a la piscina. Cuando llego, todas ya se han cambiado y están calentando.

En general, me tratan con normalidad, excepto Carol, pero no muestran una amabilidad especial ni ganas de socializar, sobre todo cuando la capitana está cerca.

—Hola —me saluda una de ellas—. Date prisa, Nieve, que el entrenador está de malas hoy.

Solo vi a la entrenadora sonreír una vez, cuando ella y el profesor de educación física me invitaron a unirme al equipo. En ese momento, me pareció la mujer más dulce del mundo, pero en la primera sesión me di cuenta de mi error. Es simpática, sí, pero también muy estricta. Para ella, cada uno de nosotros es más un objeto para ganar que una persona.

Hoy la entrenadora está especialmente nerviosa. He repetido el maldito giro quince veces, pero no le gusta. Incluso Carol se lleva su parte hoy.

—Carol, ¿qué te pasa? ¿Tus ligamentos se volvieron de gelatina? ¡Arregla tu cuerpo y deja de chapotear como un bebé!

Carol se sonroja, aprieta los labios y me lanza una mirada de odio.

¿Qué tiene que ver eso conmigo?

El entrenamiento es duro, pero al final, la Generala nos coloca en fila, nos observa con atención y asiente, satisfecha.

—Muy bien, muñecas, a descansar. Mañana nada de excesos, ni discotecas, ni sobrecarga en el gimnasio. Nos vemos el domingo a las 9 de la mañana.

Asentimos y caminamos cansadas hacia los vestuarios. Mientras las chicas ocupan todas las duchas disponibles, saco mi móvil y reviso los mensajes. Mi madre me avisa de que esta noche tienen una cena de negocios con el socio de George y que llegarán tarde. Debo admitir que me alegra. Después de semanas de tanta atención, una noche a solas es justo lo que necesito.

Hoy también tuve que cancelar la reunión con mi profesor de español. Son casi las cinco, y no llegaría al otro lado del barrio antes de las seis y media. No conseguí hablar con mamá por teléfono, así que le envié un mensaje a José para decirle que no hace falta que me recoja del profesor.

Me acerco al espejo y me quito el gorro de baño, disfrutando al desenredarme el pelo y masajearme la nuca. Así que agarro la toalla y voy a la ducha.

Las duchas del colegio son diferentes; no son comunes, sino cubículos separados, cada uno con su propio espacio. Pongo mi botella de gel en el estante y cuelgo la toalla. Me quito el bañador mojado y abro el grifo.

El agua caliente pica un poco, pero es una sensación agradable. Mis músculos se relajan y mi respiración se calma.

Cierro los ojos y me quedo quieta, disfrutando. Mañana es día libre, y eso parece increíble. Decido que al día siguiente solo habrá descanso: nada de clases, nada de estudiar, nada de ejercicios. Solo mi portátil, jabón y patatas fritas.

Sí, solo patatas fritas. Cierro el grifo, me seco con la toalla y me envuelvo en ella. Salgo de la ducha y me dirijo al vestuario. Pero algo no va bien.

La puerta está cerrada. Intento girar el pomo, pero no se abre. Estoy golpeando la puerta y llamando, pero exclusivamente hay silencio. Me doy cuenta de que me han gastado una broma.

—Chicas, no tiene gracia.

Nadie responde. Grito más fuerte.

—¡Abra!

Pero solamente obtengo más silencio. De repente, me doy cuenta de que no se trata de una broma inocente. Me han encerrado desnuda en la ducha de un colegio vacío por la noche. Se han ido.

—¡Vamos! ¡Que venga alguien! —¡Que venga alguien! —siento cómo las lágrimas calientes recorren mis mejillas, llenas de resentimiento.

¿Qué les hice para que me hagan esto? Ni siquiera quería estar en el equipo. Nunca les he caído mal, excepto a Carol, claro. ¡Claro, Carol! Ella comenzó todo y arrastró a las demás. Es la capitana, ¿y quién soy yo? Nadie.

Para ellos, para Leo, para Carol, para esta maldita ciudad, no soy nadie. Mi nombre no significa nada. Me dejo caer al suelo y sollozo con todas mis fuerzas. Si las chicas están ahí, escuchando, que me oigan, ya no me importa.

No les hice nada.

No he hecho nada malo a nadie.

No debería ser yo quien se avergonzara.

Pero nadie responde, y el tiempo sigue pasando. No sé si han pasado minutos u horas.

Cuelgo mi bañador mojado y vuelvo a sumergirme en el agua. Pero solo hay agua caliente, un rato; después comienza a enfriarse.

La caldera debe estar vacía, y ¿quién la recargará antes del fin de semana? Me acurruco en un rincón, envuelta en una toalla húmeda. Tiemblo y tengo frío. Me pongo el bañador seco y cuelgo la toalla para que se seque. Espero en vano a que el personal de limpieza venga a revisar las duchas.

Supongo que se olvidaron de venir hoy y tal vez regresen mañana para preparar las duchas para la competición. ¿Eso significa que voy a dormir aquí?

Ni siquiera puedo llamar a nadie porque dejé mi teléfono en el vestuario. ¿Quién se lo lleva a la ducha?

Golpeo las puertas con fuerza y grito otra y otra vez, pero es inútil. Las duchas están al otro lado de la piscina, y mi grito se pierde en la distancia. Empiezo a tener frío en el bañador porque la sala se enfría rápidamente. La toalla apenas me calienta.

No hay ningún sitio donde sentarse, excepto el frío suelo de baldosas. No tengo energía para seguir de pie, así que me acurruco en un rincón sobre una alfombra de goma.

Tiemblo y quiero dormir. Estoy a punto de quedarme dormida cuando escucho pasos.

—¡Eh, abre! —¡Eh, abre!

La cerradura tintinea y la puerta se abre. Una persona de limpieza asustada está en el umbral, con Stender a su lado. Por supuesto, ¿quién más podría haber presenciado mi desgracia final? Pero ahora no me importa. Solo quiero salir de esta fría sala de duchas.

—Muchacha, ¿cómo puede ser? —susurra la señora de la limpieza—. ¿Cómo has acabado aquí? Tus amigos dijeron que no quedaba nadie en el vestuario. Estaba limpiando en la tercera planta cuando…

—Déjame pasar —Stender la aparta sin miramientos y entra en la ducha.

De repente, me doy cuenta de que estoy casi desnuda frente a él.

Aprieto las mandíbulas y lo miro, esperando una lluvia de insultos y reproches.

—Idiota, estás azul del frío —dice Leo, que se quita la chaqueta y la coloca sobre mis hombros, envolviéndome con ella.

El calor y el peso de la chaqueta, que me llega casi hasta las rodillas, junto con el olor familiar, me roban las últimas fuerzas. Mis piernas ceden, y probablemente me habría caído si no fuera por sus fuertes manos que me sostienen.

—Quieto ahí.

—No me grites —digo, sin poder evitarlo.

—No lo haré —responde Leo en voz baja—. Será mejor que te quites ese trapo mojado.

Antes de que pueda reaccionar, desliza la mano bajo la chaqueta y me quita la toalla de un tirón. Luego me cubre de nuevo. Menos mal que aún llevo puesto el bañador.

—Se llevaron tu ropa y tus zapatos a algún lugar, pero dejaron tu teléfono.

Stender me levanta en brazos y me saca del vestuario, mientras la señora de la limpieza murmura disculpas. Mi cerebro se niega a procesar lo que está ocurriendo, así que solo entierro la cabeza en su pecho y siento que me desmayo casi al instante.



Capítulo 7: Leo

Ariana, soy Stender. Necesito tu ayuda.

Silencio. Luego, la voz cautelosa de Ariana:

—¿Por qué llamas desde su teléfono? ¿Dónde está Alexa?

—Durmiendo en el coche.

—¿Qué ha pasado?

—Necesita ropa: pantalones, un jersey y unas zapatillas o botas.

—¿Está desnuda?

—No, lleva mi chaqueta.

—¿Qué le has hecho, maldito, pervertido?

Aparto el teléfono de mi oído para no quedar sordo por sus gritos frenéticos.

—Cállate, Zanahoria, y escucha —alzó la voz, perdiendo la paciencia—. Vas a peinarte su cabello precioso y vas a venir hasta la esquina de tu casa decrépita. ¿Entendido?

"Idiota", escucho a lo lejos, antes de que cortase la llamada. Zanahoria es lista; hará lo que le digo. Algún día tendré que enseñarle a hablar con la gente. Alexa se desmayó antes de que la metiera en el coche. Estaba congelada en esa maldita ducha.

Estoy seguro de que fue cosa de Carol y no puedo dejarlo pasar. No se trata solo de que sea mi hermanastra. Le dije que no la tocara y Carol desobedeció. Es la segunda vez.

—¿Dónde está Alexa?

Zanahoria dobla la esquina con una cara de furia, mirándome con esos ojos llenos de fuego. Ni siquiera se ha peinado; solo se han enroscado las trenzas en un bulto extraño, con estilo africano.

—En el coche —arrojo el cigarrillo y me vuelvo hacia ella—. ¿Trajiste la ropa?

—¿Qué le has hecho?

—¡No le he hecho nada! ¿Por quién me tomas?

—Por salud —dice con sarcasmo.

¡Qué zorra, no la aguanto!

—Las chicas del equipo de natación la encerraron en los vestuarios y le robaron la ropa.

—¡Joder! —Los ojos de Zanahoria se abren de sorpresa—. ¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

—El suficiente para ponerse rígida y desmayarse. Dale la ropa. No podemos llevarla a casa así.

Me mira, dudando, y decide llevarle la ropa ella misma a Alexa, como si quisiera asegurarse de que no le he hecho nada al "pobre cordero inocente". ¡Qué guardería de infancia!

—¿Estás seguro?

Ariana vuelve al coche y deja que Alexa se cambie. Ya no tiene ese aire de furia justiciera; parece más tranquila.

—Y no eres tan gilipollas como aparentes, Stender.

—¿Qué te hace pensar eso, Zanahoria? —Se me escapa una risa involuntaria.

—Cómo tratas a la familia. Pero al final, lo que importa es lo que hay dentro, no por fuera.

—Ajá.

Ella frunce la nariz, se da la vuelta y se aleja hacia su casa en silencio. Es más lista que la mayoría. Busco otro cigarrillo, pero cambio de opinión. Últimamente, fumo demasiado, especialmente después de los entrenamientos. Es hora de dejarlo. Este vicio no me va a hacer ningún bien.

No quiero que Alexa vuelva a desmayarse. No quiero ver esos ojos de cervatillo asustado que me miran fijamente mientras me perforan cuando intento mantener la vista en la carretera. Y lo peor es que no me gusta cómo me siento cuando esos ojos me miran. No hay nada por lo que sentir pena.

¿No se da cuenta de lo que hace? ¿O cree que con su mirada triste puede derrumbar la gran ciudad a sus pies?

Que te jodan, expósito. Así no funciona el mundo.



Capítulo 8: Alexa

Cambiarme en el coche es incómodo. Mi cuerpo, que pasó tanto tiempo en la ducha fría y luego se relajó con el calor del coche. Me cuesta doblarme para meterme en los vaqueros de Ariana, que me quedan ajustados. Aunque son de otra talla, me sorprende que casi me queden bien, excepto por la longitud.

—¿Estás segura de que todo va bien? —pregunta Ariana por tercera vez, asomando la nariz por la ventana entreabierta.

—¿Quieres que te acompañe? Llamo a un taxi después.

—No, Ari, es tarde para eso. Estoy bien.

Ariana aprieta los labios, murmurando, algo que no alcanzo a entender, pero es obvio que se refiere a Stender.

—Ariana, ¿está bien? ¿Está enfadado? Solo por curiosidad.

—No va a hacer nada. Tiene cosas en las que pensar. Anda, Nieve, llámame cuando llegues a casa.

—Lo haré.

Le dice algo más a Leo en la calle y entra en su casa. Yo espero en el coche.

Leo no tiene prisa. Termina su cigarrillo, lanza una mirada sombría a la entrada por donde desapareció Ariana y solo entonces vuelve al coche. Arranca el motor y nos ponemos en marcha. Ni siquiera me mira.

Quiero darle las gracias por sacarme de esa situación, pero ¿qué se supone que debo decir? ¿Gracias por buscarme? ¿Y si no me estaba buscando? ¿Y si fue casualidad? ¿Gracias por encontrarme?

No quiero decir nada. Nunca sé cómo va a reaccionar. Podría decirme que todo fue culpa mía. No quiero escuchar eso, así que guardo silencio, mirando por la ventana, envuelta en su

chaqueta.

Recuerdo mi primer día en el nuevo colegio, cuando Stender me llevó en coche por orden de su padre. No podía identificar de dónde venía el olor en el coche: si de alguna fragancia o del perfume de Leo.

Ahora, con la nariz en el cuello de la chaqueta, lo reconozco. Es una extraña mezcla de motivos náuticos, frescura oceánica y el aroma dulce-amargo del pomelo. Pero hay algo más que no logro identificar.

Tengo buen olfato para reconocer notas de almendra, aromas florales, lavanda… Pero el perfume de Stender me genera dudas.

Me giro, intentando identificar ese algo detrás de la frescura y los cítricos. No me doy cuenta de que hemos llegado a una gasolinera hasta que Stender detiene el coche. Sin decir palabra, sale y entra en la tienda. Regresa unos minutos después con un vaso de café en la mano.

—Toma, bebe —me ofrece.

—Gracias.

Acepto el vaso y doy un sorbo. Está dulce y es sabroso, pero de repente me quema la garganta y empiezo a toser.

—¡Mierda! Es…

—Con ron —dice Leo, cerrando la puerta y arrancando el motor.

—¿Por qué?

No solo llegaré a casa con ropa prestada, sino que ahora también oleré a alcohol. Entonces ocurre algo increíble. Stender sonríe. O más bien esboza una sonrisa irónica, pero igualmente es una sonrisa.

—Bebe y no seas estúpida. Estabas helada.

—Bébetelo tú. No bebo alcohol. Además, ¿qué estupidez es esa de que se ayuda a no resfriarse? Un hígado ocupado filtrando alcohol no es mejor para combatir un virus. Y, en cualquier caso, no existe una dosis saludable de alcohol. Es malo para ti.

—Muy bien, doctorcita.

Dejo de fingir indignación y le arrebato el vaso cuando intenta llevarme el café a la boca.

—¡Tú estás conduciendo! Dame eso.

—Por eso te lo vas a beber tú.

Y así termina la tregua entre nosotros, porque Leo vuelve a ser él mismo. Me lanza una mirada mordaz y frunce los labios.

—Bebe.

No sé por qué, pero hago lo que me dice. No quiero discutir más. Me llevo el vaso a los labios y tomo un pequeño sorbo. Leo no se mueve, me observa.

—¡Que te den!

Bebo unos cuantos tragos grandes, hasta que mi garganta, casi entumecida, me obliga a detenerme.

—Solo había una cucharadita de ron —dice sonriendo de nuevo y pone el coche en marcha.

El coche avanza y yo sigo tomando ese maldito café. Ahora mis mejillas se me calientan demasiado y hasta me siento algo sofocada, así que me quito la chaqueta.

—¿Por qué decidiste buscarme? —pregunta de repente, aunque no planeaba decirlo.

Leo sigue atento al camino, pero responde, aunque tarda un poco.

—Porque no habías vuelto a casa.

—No es tan tarde. Hoy iba a ver al tutor.

—Tu profesor llamó. Dijo que cancelaba la próxima sesión también.

—Ya veo —murmuré, sabiendo que el alcohol me estaba soltando la lengua.

Una cucharadita parece suficiente para hacerme hablar de más.

—¿Por qué decidiste ayudarme?

—Porque papá tiene una firma importante mañana y no quiero que haya un drama si no apareces.

—O sea, si…

—Demasiadas preguntas, Nieve.

Ahí está. Me pregunto si esto se consideraría un progreso en nuestra comunicación.

¡Me llamó Nieve por primera vez, ni tonta, ni idiota! Nieve. Aunque todavía recuerdo la promesa de romperme los brazos y las piernas.

En ese momento, suena el teléfono de Stender. O más bien, estalla con una melodía espeluznante. Leo acaba de pasárselo, así que me lo lanza al regazo.

—Mira quién llama y contesta.

Me sobresalto, pero accedo.

—Es el Dr. Wolff —le digo. Intento seguir las instrucciones de Leo, pero el coche se desvía hacia un lado de la carretera y se detiene. Stender toma el teléfono y responde él mismo.

—Adelante.

No escucho lo que dicen al otro lado de la línea, pero veo cómo Leo se pone tenso.

—Voy para allá —dice brevemente, colgando la llamada.

—Vamos a dar un rodeo de un par de horas. Si quieres, puedes ir atrás y dormir.

—Estoy bien aquí.

Veo que algo va mal, pero no pregunto. Leo gira bruscamente el coche, acelera y toma la dirección contraria.



Capítulo 9: Alexa

Conduce demasiado rápido. Tengo miedo de mirar el salpicadero que brilla en la oscuridad, tengo miedo de preguntar qué ha pasado. Sé que Stender no me lo dirá. Después de un rato, salimos de la ciudad.

La carretera está iluminada y corre paralela a la vía principal que atraviesa la ciudad. Probablemente, sea una circunvalación, porque atravesar la ciudad a esta hora es imposible; todos están desesperados por llegar a casa.

Pero aquí también hay mucho tráfico. Leo sigue callado, pero noto cómo aprieta el volante con fuerza. Su rostro pálido, concentrado, parece esculpido en piedra.

Treinta minutos después, llegamos a un edificio rodeado por una valla alta. Stender dice algo al guardia por la ventanilla abierta y este levanta la barrera. Estoy ansiosa, agotada, y los escalofríos me vuelven. Pero sé que no obtendré nada si pregunto, así que guardo silencio.

—Puedes quedarte en el coche o esperar en el vestíbulo. Hay sofás y máquinas de café.

—Prefiero quedarme aquí. ¿Cuánto tiempo vas a estar?

—No lo sé.

Leo no insiste. Está claro que tiene prisa.

—Leo, ¿no necesitas tu chaqueta?

Lo detengo cuando está a punto de cerrar la puerta de golpe.

Él solo me hace un gesto con la mano y desaparece por la puerta principal. Al fijarme en el cartel junto a la entrada, leo “Clínica privada”. Un escalofrío recorre mi espalda.

¿Estará enfermo algún familiar de Stender? ¿Por eso se puso tan pálido cuando recibió esa llamada? Busco en Internet y descubro que la clínica del doctor Wolff es para enfermos mentales. Ese descubrimiento me inquieta.

La espera se hace interminable. Después de casi una hora, desearía haber hecho caso a Leo y haber ido a la sala de espera. Justo cuando lo pienso, Leo regresa.

Entra en el coche en silencio, apoyando las manos en el volante. Veo cómo intenta ocultar sus emociones. Pasan minutos largos en un silencio que parece ensordecedor. Es como si Stender se hubiera olvidado de mí.

—¿Es tan grave? —me atrevo a preguntar.

—No, no es peor de lo habitual —responde con firmeza, aunque noto el esfuerzo que le cuesta.

El silencio otra vez. Quizás sea una tonta por entrometerme, pero tampoco me parece bien quedarme callada. Por muy complicado que sea, sigue siendo humano. Y ahora mismo, no está bien.

—¿Alguien cercano?

Silencio.

—Mi madre.

Siento una opresión en el pecho. Empiezo a respirar con dificultad. Sabía que era alguien importante, pero ¿su madre? Ahora todo tiene sentido. Su madre está enferma y su padre tiene otra mujer. Por eso nos trata así a mi madre y a mí.

—¿Cómo está?

Leo tarda en contestar. Me mira como si decidiera si hablar o no.

—Está enferma desde hace mucho. Lleva aquí diez años. Hoy ha tenido unas ventanas de lucidez y el médico me llama cuando eso pasa. Alzheimer y Parkinson.

Diez años. Creció sin su madre. Y el médico llama a Leo, no a su padre.

—¿Y ahora? ¿Está mejor?

Stender asiente.

—No me ha reconocido en diez años, así que no le importó. A veces está lúcida durante un rato y podemos hablar. Pero últimamente esos momentos son más breves. Hoy duró veinte minutos. Y no llegué a tiempo.

En su última palabra, su voz tiembla, apenas perceptible, pero yo lo noto. Leo también lo nota, y se enfurece. Gira bruscamente la llave de contacto y arranca el coche.

—Leo, escucha —siento que debo decir algo—. Eres un buen hijo. No es culpa tuya que hoy…

Ni siquiera me doy cuenta de que le toco el hombro. Stender se estremece como si le hubiera dado una descarga eléctrica, y yo retiro la mano.

—Lo siento.

—No sientas pena por mí, idiota. No creas que por ver un par de programas tontos ya eres una gran psicóloga.

¡Es tan difícil! Intento ser comprensiva, y lo único que recibo a cambio son groserías e insultos.

—¿Siempre tienes que ser así con la gente?

—Idiota, te lo advierto.

—¡Deja de llamarme así! Leo, no quise entrometerme en tu vida, no lo planeé. ¿No lo entiendes? Yo también quiero estar cerca de mi madre, como tú.

Su mandíbula apretada y la tensión en su rostro me dicen que he ido demasiado lejos. Está furioso. Pero, tras un segundo, se queda inmóvil, se vuelve hacia la ventanilla y acelera. Nunca había sentido tanto miedo.

Leo conduce por la carretera a una velocidad increíble. El coche se desliza suavemente, pero las luces parpadeantes fuera de la ventana me indican que vamos demasiado rápido.

Mis nervios, ya destrozados ese día, están a punto de romperse. Cuando Stender se adelanta de manera peligrosa, le suplico, olvidando mi orgullo:

—¡Leo, por favor, más despacio! ¡Nos vamos… a estrellar!

No hay respuesta. Solo obtengo su mirada fija en la carretera, dura como una roca. Veo unos cuantos coches detenidos en el arcén antes de la entrada al puente. Parece que ha habido un accidente.

—¡Stender!

El coche derrapa hasta detenerse, y Leo me mira con furia en sus ojos. Quiero encogerme hasta desaparecer, pero lo único que consigo es replegarme en el asiento.

Hay miradas que calman, que te hacen sentir seguro y ligero. Y luego está la mirada de Leo, una que presiona como una losa de hormigón, que te aplasta, que te deja paralizada e indefensa. Es la oscuridad que te engulle, que te arrastra sin piedad.

No tengo tiempo de reaccionar cuando Leo me agarra por el cuello de la chaqueta y me atrae hacia él. En el siguiente instante, sus labios están sobre los míos, duros, dolorosos. Mi mente se derrite, incapaz de controlar mi cuerpo.

Solo pasan unos segundos, pero me quedo inmóvil, rígida, mientras su lengua invade mi boca. El calor surge en mi interior, devolviéndome el control. Con todas mis fuerzas, lo aparto, tomando al fin una bocanada de aire.

—¿Por qué has hecho eso?

—Esperaba que eso te hiciera callar.

Las emociones se agolpan en mi interior. Resentimiento, humillación, indignación, rabia… En un arranque de furia, mi mano se estrella contra su mejilla. No me importa si me golpea de vuelta. Incluso si me echa del coche aquí mismo, dejándome sola en la carretera en plena noche.

Mi paciencia se ha roto y todo a mi alrededor se ha visto afectado. Tras unos segundos de silencio absoluto, Stender arranca el coche y se incorpora a la autopista como si yo no existiera.

Y eso solo puede significar una cosa: la venganza viene en camino. Leo siempre tiene la última palabra.



Capítulo 10: Alexa

Me despierto con dolor de garganta. Al principio, pienso que es solo una molestia, pero cuando intento tragar, siento como si me hubiera tragado un erizo. Los ojos me arden y tengo sed. Cuando el termómetro marca 37,7 °C, respiro frustrada.

Sé lo que significa: fiebre baja por la mañana, fiebre alta por la tarde. Así empiezan siempre mis resfriados. Me pongo una sudadera y unos pantalones y bajo al salón. Mamá, en su traje de estar en casa, arregla las flores del alféizar. No sabía que le gustaran tanto.

—Buenos días —gruño con la voz ronca como una puerta oxidada.

—¡Gatita! —Mamá se gira sonriendo, pero enseguida su expresión cambia a preocupación—. Hija, ¿estás enferma?

—No, solo me estoy preparando para una competencia de canto —intento bromear.

Mamá no se ríe. Se acerca y me pone la mano en la frente.

—¿Te tomaste la temperatura?

—Sí —suspiré—. Treinta y siete con siete.

—¿Cómo te has puesto así?

Sacude la cabeza y me abraza. Lo siguiente es predecible: té con limón, hierbas, paracetamol y un arsenal de pastillas para la garganta y la inmunidad. Luego, una llamada al entrenador. Por mucho que le rogué, incluso con lágrimas, mamá no cedió.

Prometí hacer gárgaras cada diez minutos y guardar reposo en cama, pero mamá fue inflexible. Me describió, con todo lujo de detalles, las terribles consecuencias de tener gripe “en los pies”. No quiso escuchar mis argumentos. Así que solo me queda encerrarme en mi habitación, meterme bajo las sábanas y sufrir, lamentándome de lo injusto que es el mundo. Por más que me preocupe, en realidad, no me importa.

Me duele la cabeza y ni siquiera tengo ganas de ver la televisión. Debí de quedarme dormida, aunque oía sonidos a mi alrededor, incluso algunos que no deberían estar ahí: pájaros y el ruido de coches. No era un sueño, sino una especie de letargo doloroso.

Un sonido me saca de mi ensueño. Es el móvil. Un número desconocido.

—Dime. Mi voz apenas logra salir de mi garganta irritada.

—Alexa, hola, soy Vita.

—Hola.

Vita es una chica del grupo paralelo, miembro del equipo de "Delfines". Fue una de las que ayer me jugó esa "broma" tan desafortunada.

—Alexa, ¿cómo estás?

—Mal. ¿Te pesa la conciencia?

Duda antes de responder. Debe de haberle supuesto un gran esfuerzo llamarme. Pero estoy demasiado enfadada para apreciarlo.

—Es que… el año pasado me hicieron lo mismo.

—¿Y eso debería hacerme sentir mejor?

Quiero decirle un par de cosas más, aunque no suelo ser venenosa. Pero un ataque de tos me interrumpe.

—Alexa, lo siento mucho. Ya conoces a Carol, es una zorra. Especialmente contigo. Sabes cómo es: o acosas o te acosan.

Es la maldita ley de la selva.

—Espera, me doy cuenta de lo que dice. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Bueno —Vita duda de nuevo—. Ya sabes.

—No, no lo sé.

—Carol ha estado detrás de Leo desde hace tiempo. Y luego llegas tú.

Mi paciencia se agota.

—¿Qué insinúas?

—Vives en la misma casa. Y Carol está celosa. ¿No lo ves? Encima, estás en su equipo y eres buena.

—¡Qué estupidez! —garganta irritada; mi voz emite un chillido mientras me levanto indignada de la cama—. Stender es mi hermano y me odia. No es ningún secreto ni para Carol.

—Hermanastro. Es tu hermanastro.

Esta conversación es ridícula. Apenas nos conocemos.

—De acuerdo, Alexa. Carol también quería recuperar a su amiga. El entrenador la echó por faltar a los entrenamientos y ser maleducada. No lo tolera. No le guardes rencor, si puedes.

—Lo intentaré.

Cuelgo la llamada y me dejo caer en la cama.

¿Carol está celosa de Stender?

Es una tontería. Una completa tontería. Pero, sin darme cuenta, llevo mi mano a los labios.

El beso de anoche, si es que se puede llamar así, fue incomprensible. ¿Por qué lo hizo? Ah, sí, para hacerme callar. Y funcionó.

No solo me hizo callar, sino que me humilló, me asustó y me mostró que puede hacer lo que quiera. A Stender no le importa nada. Yo no le importo. Apenas pienso en él cuando tocan y abren la puerta sin invitación. Mi hermanastro entra con su habitual actitud de superioridad.

—¡Leo! —¿Y si estuviera…?

—¿En ropa interior? Una mirada rápida recorre mi pelo revuelto, mi cara somnolienta y mi pijama holgado. —No te preocupes, idiota, ya he tenido oportunidad de verlo.

Leo lanza una bolsa en la silla junto a la puerta y se va. En la bolsa está mi ropa, la que las chicas escondieron ayer. Así que a eso se refería: mis bragas blancas y mi sujetador también están dentro.

El sudor aparece en mi frente y los labios me tiemblan.

¿No lo decía en serio, verdad? Leo no llegaría al punto de mirar mi ropa interior. Cualquier otra chica estaría encantada de mostrársela. A Stender solo le gusta jugar conmigo. Es algo nuevo para él.

Odiarme e ignorarme ya no es suficiente. Ahora puede burlarse de la idiota. Tiro la bolsa a un lado y me meto bajo las sábanas.

Una palabra “gracias” habría sido lo apropiada. No quería que Carol colgara mis cosas por todo el colegio, pero, claro, Leo no puede hacer nada de manera normal. ¿Por qué debería? Mucha gente tiene problemas graves en la vida, pero no se convierte en imbéciles amargados.

El teléfono vuelve a sonar, interrumpiendo mi ira contenida.

—Alexa, soy yo.

—Hola —la llamada de la entrenadora me emociona, pero también me pone triste.

—Alexa, ¿te encuentras mal? Tenemos un problema. “Delfines” podrían tener que retirarse de la competición y todo esfuerzo fuera. La voz de la entrenadora tiembla, como si estuviera muy preocupada. También hemos perdido a la capitana. Carol tiene gripe. ¿De verdad no puedes competir? ¿Tienes fiebre?

Es como un golpe en la frente. ¿Carol no participará en la competición? Estaba desesperada por participar en su gran noche. Pero parece que la gripe no perdona a nadie.

—No lo sé. La fiebre no es tan alta: treinta y siete ahora mismo. Necesita hablar con mi madre. Espera, le paso el teléfono.

Inspirada por la esperanza, salto de la cama casi alegremente y corro a la habitación de mi madre. Tienen una larga conversación.

Mamá frunce el ceño; molesta porque en una epidemia se celebren eventos multitudinarios. Pero al final cede, con la condición de que pase la noche sin fiebre alta.

Cuando cuelga, me lanzo a su cuello con un grito ronco:

—¡Gracias, mami! ¡Voy a comer un tarro entero de miel y a beber un litro de té de lima!

—No necesitas un tarro —sonríe mamá—. Te convertirás en una nadadora de peso pesado.

Después de besarla, voy a hacerme gárgaras y a tomarme una montaña de pastillas, esperando que la enfermedad no empeore durante la noche y pueda competir mañana.



Capítulo 11: Alexa

Por la mañana me siento mejor. Parece que mi cuerpo ha vencido la infección. Aunque me duele un poco la garganta, tengo temperatura normal. Para tranquilizar a mi madre, le escribo a la entrenadora y luego hago la bolsa.

Mi madre me lleva al colegio. El equipo se reúne dos horas antes, así que ella se va al centro comercial, pero promete volver a las once. No quiero ver a las chicas del equipo, pero el hecho de que Carol no esté me produce cierto alivio.

—Hola, Alexa, me alegra que hayas venido —me saluda Vita la primera, y el resto de las chicas murmuran sus saludos, evitando mirarme.

Todas menos una. Es la amiga de Carol. Me mira fijamente hasta que me voy detrás del biombo para cambiarme el bañador.

La piscina está llena de gente. Mi madre me saluda desde el extremo derecho y veo a Ariana sentada a su lado. Parece que ya se conocen. Hablan y se ríen.

Las chicas de los otros equipos están alineadas alrededor de la piscina. Somos un total de ocho equipos. Nosotras, como anfitrionas, nos colocamos al final de los bloques principales.

El director de la asociación deportiva de la ciudad pronuncia un discurso, luego todos se ponen de pie para escuchar el himno y, por último, los organizadores nos recuerdan las reglas y anuncian los resultados de la competición el año pasado.

Nadaremos en tercera posición contra el equipo Marisco de una escuela de un distrito vecino. Se anuncia la salida y los dos primeros equipos suben a los bloques. Cuatro nadadoras, dos de cada equipo, se preparan para lanzarse al agua.

El ambiente está cargado de gritos y silbidos de los aficionados. Miro hacia la fuente del ruido más fuerte. Por supuesto, es Bonito, rodeado de un grupo de chicos. Ronald abraza a una chica, Bonito saluda a los nadadores y Stender me mira.

Siento que mis músculos se tensan, anticipando el esfuerzo. El dolor en la parte baja de la espalda me desestabiliza y me acelera la respiración.

—Carol está pensando mal —me llega una voz desde mi derecha. Es Helen, la amiga de Carol, que habla en voz baja, pero puedo escucharla claramente—. ¿Cómo alguien podría tener celos de una polilla como tú? Seguro que nunca has tenido nada entre las piernas, salvo sus bragas. Y a Leo eso no le interesa.

Me quedo petrificada. Parpadeo, sin girarme hacia ella.

¿De verdad acaba de decirme eso? Así, sin más.

Una amarga sensación de injusticia me inunda. Se desvanece de golpe el entusiasmo por participar en la competición. Greta siempre me ha dicho que hay personas que intentarán envenenar nuestros momentos importantes y que no debemos prestarles atención.

Me imagino dentro de una burbuja de cristal, donde las palabras y las miradas malintencionadas rebotan sin dañarme. No es la primera vez que Helen insinúa algo sobre Stender, pero ¿no se dan cuenta de lo estúpido que es?

Nuestros padres están casados y Leo no solo no me ve como una chica, sino que me odia con toda su alma. Nunca olvidaré su mirada fría la primera vez que fui a su casa. Estas especulaciones me hieren.

—Equipo “Los Delfines” y equipo “Las Serenas”.

El anuncio de nuestro equipo me saca de mis pensamientos. Respiro hondo, intentando calmar mis sentimientos. Helen apenas me roza con su hombro, pero me golpeo el pie contra el bloque de salida. El dolor es intenso y tengo que apretar los dientes para no mostrarlo.

Estoy segura de que Helen lo hizo a propósito. Vita y Sara son las primeras de nuestro equipo en lanzarse al agua. Entran con facilidad, salen en el ángulo correcto y nadan con fuerza. La puntuación se basa en el tiempo total y en el tiempo individual. Después de nadar cuatro vueltas, las chicas se acercan a la barandilla.

Me pongo junto a Helen, lista para el salto. Parece que competimos entre nosotras, no contra los otros equipos. La mirada confiada y burlona de Helen me desconcierta. Finalmente, suena el silbato y nos lanzamos. El dolor en mi pie magullado se intensifica, pero lo ignoro.

Ahora no es el momento. Me sumerjo e intento relajarme y dejar que el agua me envuelva. Tomo aire y nado. El primer giro en el otro extremo no sale bien.

No se me da bien eso y, ahora, el dolor en el pie me distrae. Pero en el segundo intento lo hago mejor. Llego un segundo después que Helen, pero ella me lanza una mirada triunfante. A mí no me importa.

La adrenalina corre por mi sangre, obligándome a respirar hondo. Mi madre y Ariana me saludan desde las gradas, sonriendo ampliamente. Asiento levemente y les devuelvo la sonrisa. Entonces me sorprendo a mí misma buscando a alguien más entre el público.

¿Por qué?

No sé qué responderme. Pero lo encuentro. Su rostro es tan inexpresivo como siempre, salvo cuando se enfada. Stender se da la vuelta sin apenas mirarme, diciéndole algo a Bonito.

Pero Woods me hace un gesto con ambas manos y me lanza una sonrisa enorme. Fingir que no lo he visto o que estoy mirando hacia otro lado sería incómodo.

Asiento y me giro, prometiéndome no volver a mirar en esa dirección. Los últimos equipos terminan de nadar y nos ponemos en fila para el anuncio de los resultados. Mientras calculan las puntuaciones, la pantalla gigante muestra primeros planos de las nadadoras. Mi segundo empujón contra la tabla aparece en pantalla. Son solo unos segundos, pero me alegra haberlo hecho bien.

Nuestro equipo queda en segundo lugar. El primer puesto es para nuestras rivales, “Las Sirenas”. La diferencia es mínima. Mis compañeras están desanimadas, pero yo estoy bastante satisfecha. Ser segundo entre ocho equipos no está mal.

—Si hubiera sido Carol en vez de tú, habríamos ganado —sisea Helen con maldad.

—¡Helena! —Vita, nuestra capitana, la interrumpe.

Se anuncia una celebración con motivo del concurso. Se invita a los participantes y a los aficionados a un concierto de una banda local en el salón de actos. De repente, me siento increíblemente débil. Le escribo a mi madre que no iré al concierto y que la espere en la salida.

—¡Estás ardiendo! —dice, poniendo sus labios en mi frente.

—Vamos a casa y a la cama.

No sé por qué acepto tan fácilmente.

Intento demostrarle a mi madre que estoy bien, pero no lo estoy. Empiezo a tener frío y la arena se me mete en los ojos. Mi cuerpo parece resentirse por no haberle permitido recuperarse antes de lanzarlo al agua.



Capítulo 12: Leo

Me despierto y estiro el cuerpo hasta que me crujen los huesos. Cuarentena para una semana. El colegio está cerrado, pero ya nos han enviado todas las tareas por correo. Al menos así podré dormir un poco más después de un domingo tan ajetreado.

"Los Delfines" no ganaron, pero lo hicieron bien. Incluso la idiota lo hizo decentemente. Es verdad que le falta experiencia: no respira bien y su primer giro fue un desastre. Pero no estuvo mal.

Me levanto y me meto en la ducha. Miro el reloj digital que está en la cómoda: casi la una. He dormido bien.

El agua me despierta. Incluso decido afeitarme. Es hora de desayunar. Al volver al dormitorio, el teléfono suena en la mesa. Bonito ya está despierto. Me envía una foto de anoche, en la que una de las chicas de "Las Serenas" aparece sentada en mi regazo. Me divertí mucho con ellas. Uf, como críos.

Bonito pregunta: "¿lo subo?".

Leo: "Como quieras".

Bonito: "¿Y Carol?".

Leo: "Que se joda".

Qué tontería. Ya le dije que no tocara a la chica. Solo yo puedo hacerlo. Pero Carol empezó a comportarse de forma estúpida. Odio a las chicas estúpidas.

Tampoco soporto las histéricas. Ayer tuve que recordarle que tengo unos vídeos comprometedores suyos que no dudaré en subir en Internet si se pasa de la raya. Tiene que saber cuál es su lugar.

Bajo a la cocina y me encuentro a mi padre y a su mujer sentados a la mesa. Están sentados, discutiendo algo en voz baja.

—Buenas tardes, Leonardo —me dice Whitney.

Mi padre solo asiente. Joder, le he dicho mil veces que no me llame Leonardo. ¡Qué horror!

—Bien. ¿Qué pasa?

—Alexa no se encuentra bien —responde mi padre.

Whitney suspira y se cruza de brazos. Hay algo que me incomoda en su tono. Algo que me raspa por dentro. ¡Mierda!

—¿Qué quieres decir?

—No debería haberla dejado ir a la competencia ayer. ¿Qué clase de madre soy?

Whitney deja caer la cabeza entre las manos y casi aplaudo por dentro. ¿Una epifanía?

—Ayer volvieron de la competición y por la noche Alexa tenía 40 de fiebre. Aún la tiene, solo baja un rato. Y hoy tengo que entregar un informe. No puedo hacerlo sin Whitney. María no puede; canceló el trabajo; su niño también está enfermo.

Mi padre se cruje los dedos y sorbe su café.

—No es una niña pequeña. ¿No puede tomar las medicinas sola?

—Cuando Alexa tiene fiebre alta, delira. A veces hay que despertarla para que beba agua.

—Leo —dice mi padre, animado de repente—, ¿podrías cuidar de tu hermana?

Me atraganto con el café al imaginarme limpiándole los mocos a la idiota.

—No, papá, no soy una niñera. No sé qué hacer.

Whitney, para mi horror, se levanta y me mira suplicante.

—Leo, solo tienes que recordarle que tome las pastillas que le recetó el médico.

—No tardaremos más de un par de horas, hijo. Estarás bien.

¿Un par de horas para un informe? No nací ayer.

Una hora más tarde, me entregan una caja de plástico con pastillas e instrucciones sobre qué y cuándo dárselas a la idiota. Me agradecen de todo corazón y me dejan al cargo.

¡Una guardería, qué mierda! Faltan casi dos horas para la hora de la medicación, así que subo a mi habitación y enciendo el ordenador.

Damon ya me ha enviado dos mensajes para quedar, pero no estoy seguro de que mi padre y su mujer vuelvan antes de la noche.

Tengo que vigilar a la idiota para que no se le vaya la cabeza. Mientras navego por YouTube, no me doy cuenta de que ya son casi la hora de despertar a mi hermana para que tome sus medicinas.

No responde cuando llamo a la puerta. Debe estar dormida. Al entrar, lo primero que noto es su respiración entrecortada. No está respirando bien, es pesada y agitada. Su pequeña figura está

acurrucada bajo las mantas, temblando. Su trenza está deshecha, su pelo está desordenado sobre la almohada y sus labios secos están entreabiertos. Parece que está jodida.

—Oye —le toqué el hombro—, mamá dijo que te tomes las pastillas.

Solo gime suavemente en respuesta. Lo intento de nuevo, pero nada.

¡Joder! ¿Qué hago ahora?

Le toco en la frente y me quedo helado. Arde en llamas.

—Oye, ¿puedes al menos tomarte la temperatura? Le sacudo el hombro de nuevo, pero solo gime más.

¡Mierda!

Rebusco en la caja que me dio mi madre, saco el termómetro y lo enciendo. ¿Cómo se lo pongo? No voy a meterle la mano debajo del pijama. Consigo despertarla un poco.

Abre los ojos vidriosos, me mira sin comprender y sigue mis instrucciones. Un minuto después, el termómetro pita e indica que ya está. Lo saco yo mismo y silbo al ver los números: treinta y nueve con siete. Es hora de hacer algo.

El prospecto dice que hay que darle paracetamol para la fiebre alta. Busco las cápsulas, lleno un vaso de agua, sintiéndome como la maldita Mary Poppins, e intento que se lo tome. Pero solo obtengo gruñidos.

—Vale, idiota, basta de bromas —la levanto bajo los brazos y la siento—. Vamos, abre la boca.

La presión sobre sus mejillas hace que se retuerza, pero abre la boca. Se traga la pastilla con agua. Pero, cuando ya estoy satisfecho, de repente se despierta del todo y se levanta tambaleándose.

—Eh, ¿qué haces?

—No me siento bien —susurra temblorosa mientras se dirige al baño, apenas en pie.

Desde allí, escucho cómo vomita. Adiós a la pastilla. Mierda, ¿y ahora qué? Cuando regresa, se mete bajo las sábanas y me susurra, agotada:

—Leo, vete. Por favor.

El teléfono de Whitney está apagado, igual que el de mi padre.

¡Genial! Por mucho que la idiota me cabree, es humana. Decido llamar a una ambulancia.

—Emergencias —responde la mujer al otro lado de la línea.

—Hola, ¿pueden ayudarme? Mi hermana no se encuentra bien.

—Joven, sé concreto. ¿Cómo de mal está? ¿Tomó alcohol?

—No, tiene casi 40 de fiebre.

—¿Tomaste alcohol tú?

¿Qué coño pasa?

—¡Qué alcohol ni qué mierdas! La chica tiene fiebre alta y está muy enferma.

Un suspiro lento y pesado al otro lado me da ganas de apretar el cuello de esta mujer.

—Dame la dirección.

Se la doy y espero. La ansiedad me quema por dentro. No sé por qué me siento así. La chica está enferma.

¡Qué se joda! La próxima vez se lo pensará dos veces antes de meterse en el agua enferma.

No logro concentrarme en nada, así que bajo a la cocina. Se acaba la paciencia y la ambulancia no llega. Me asomo a la habitación de Montana junior. Aunque está a oscuras, puedo ver el extraño rubor en sus mejillas. Ha pasado más de una hora y los médicos aún no han llegado. Vuelvo a llamar, pero esta vez la mujer decide gritarme:

—¡Jovencito! ¡Es una epidemia! Las ambulancias están ocupadas. Tenemos casos más graves que una fiebre. ¡Espera! —O llama a un médico privado.

No se me había ocurrido llamar a un médico privado. Nunca me había enfrentado a nada de esto.

Al final, hablo con un tipo que parece joven.

—No podré llegar en la próxima hora. Dime qué está pasando, chico —dice con calma.

Se lo explico todo.

—Dale una pastilla para la fiebre.

—Lo hice, pero la vomitó.

—No me sorprende con esta fiebre. Busca en tu botiquín.

Por fin algo de acción. Vale. En el baño encuentro una caja grande.

—Ya la tengo.

—Busca algo en viales y una jeringa.

—¿Estás diciendo que debería darle una inyección?

—¿No puedes hacerlo?

¡Mierda! Ninguna ambulancia va a venir. Con un médico al teléfono, mejor hago lo que dice.

—Lo intentaré.

Hago una lista de los viales que encuentro. Me dice cuáles usar y cómo llenar la jeringa. Normalmente, me gusta jugar a ser médico, pero esto es otra cosa. Entro en la habitación de la hermanita y enciendo la luz. Ella frunce el ceño y se esconde bajo las sábanas.

—Eso no es bueno, fuera.

Le quito la manta y le subo la manga del pijama. Mierda, mis manos tiemblan. La idiota abre los ojos, me mira y se da cuenta de la aguja. Sus ojos se abren de par en par, horrorizada, y trata de apartarse.

—Cállate. La ambulancia no viene y el médico dijo que lo hiciera.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —su voz suena ronca.

—No, pero no tienes opción.

La idiota se desploma boca abajo sobre la almohada y se queda quieta.

¡Bien! Limpio la zona con un pañuelo, inserto la aguja e inyecto el medicamento lentamente. Parece que está funcionando.

Alexa se mete bajo la manta y me pide que apague la luz. Cumplo y me desplomo en la silla.

—¿Por qué no te vas? —su voz sale de debajo de la manta.

—Voy a esperar a ver cómo te va.

Bonito intenta contactar conmigo, pero no estoy de humor, así que ignoro su mensaje y sigo navegando por Internet.

Después de unos treinta minutos de silencio, la idiota se estira y se recuesta sobre la almohada. A la luz de la lámpara y de la pantalla de mi teléfono inteligente, veo su pelo húmedo pegado a la frente y al cuello. Está empapada.

¿No se supone que eso es algo bueno?

—¿Estás viva?

—Leo, ¿sigues ahí? —Su voz suena más normal. Y, por alguna razón, se me pone la piel de gallina.

—Ajá.

—Tengo sed.

Qué descaro.

—La jarra está en la mesa.

La idiota se arrastra fuera de la cama, se sirve un vaso de agua y bebe con avidez.

—Leo, gracias. Pero necesito cambiarme.

Sí, lo noto. Su pijama está empapado y pegajoso en algunos lugares. Justo los lugares donde mi mirada siempre trata de escapar. Me levanto en silencio, molesto conmigo mismo. Estoy atrapado cuidando a una maldita idiota que hace una hora casi se moría.

—Las pastillas tienen un horario. La caja está en la mesa. Me voy.

He terminado de ser una buena persona. Misión cumplida. Damon envía cinco mensajes más. Luego, mi padre llama y dice que llegarán pronto. Tendré que contarles lo de la inyección.



Capítulo 13: Alexa

Sorprendentemente, esta noche he dormido casi lo suficiente. He pasado toda la noche sin despertarme más que un par de veces por la tos. En las últimas tres semanas, esa maldita tos me ha torturado a mí y a todos en casa. La neumonía no es ninguna broma.

El colegio reabrió hace dos semanas, pero mi fiebre no bajó hasta el sexto día. Dar vueltas en la cama era una tortura; mi cuerpo estaba dolorido de tanto estar tumbada.

Mamá estuvo conmigo todo el tiempo, lo cual me hacía sentir un poco incómoda. Tengo dieciocho años, pero ahí estaba ella, tomándose una semana de baja para prepararme caldo y darme jarabe a cada rato. George le dijo que podía arreglárselas sin su asistente por una semana, ya que su hija la necesitaba más.

En cuanto me sentí un poco mejor, me puse al día con el colegio. La enfermedad es la enfermedad, pero los exámenes no esperan. Después de desayunar, pasé cuatro horas luchando con la geometría, hasta que me dio vueltas la cabeza. Entonces sonó el teléfono.

Ariana me saludó con su entusiasmo habitual:

”¡Hola, convaleciente! ¿Cómo estás?”

“Cuatro horas de geometría no favorecen la recuperación”.

Ariana: “Cuatro horas de geometría te matan aunque estés sano”.

“¡Exacto! Ja, ja, ja”.

Charlamos durante cuarenta minutos más. Ariana me contó que las clases se habían acortado hoy por una especie de concentración patriótica en el colegio y que ni siquiera habían invitado a los grupos mayores. Menos mal, ya estamos en la recta final y no necesitamos distracciones.

Ariana volvió a quejarse del imbécil. Con mayúsculas. Sabía perfectamente a quién se refería: Bonito la estaba acosando como de costumbre. No sé qué le había hecho esta vez, pero Ari, que no suele quejarse, estaba al límite.

También mencionó de pasada que Stender y Carol parecían haber roto. Todo el mundo los vio discutir a gritos fuera del estadio y Carol acabó llorando sola junto a la pista de tenis. Aún se comenta en todo el colegio.

En estas últimas tres semanas, apenas he visto a Leo durante las cenas. Y cuando coincidimos en la escalera, solo nos saludamos con la cabeza. Después de que cuidara de mí cuando estaba enferma, si es que se puede llamar así, me sentía incómoda y prefería evitarlo.

Según mis padres, luego se fue a un campo de entrenamiento con su club y creo que volvió ayer. Me preparé un bocadillo, suspiré y abrí "El viejo y el mar" de Hemingway. No me gustaba. Quería leer sobre amor, no sobre la filosofía de la vida. Pero un programa es un programa; no hay escapatoria.

Justo cuando empezaba a sumergirme en la melancolía literaria, mi teléfono vibró con un mensaje de Messenger. Me sorprendió ver un mensaje de Michael Green, mi antiguo compañero de clase y el objeto de un afecto no correspondido.

Michael: "Hola, Panda".

¡Gracias a Nica y su Enano! Ahora Michael también me llamaba así.

"Hola, Michael."

Michael: "¿Estás bien?"

"Ya estoy mejor. ¿Y tú?"

Michael: "Sal en quince minutos, te enterarás".

Me quedé helada. ¿Se ha vuelto loco? ¿Qué se supone que significa eso?

"¿Qué quieres decir?".

Michael: "Voy a visitar a la tía con mi madre; vive cerca de ti. Voy de camino a tu casa; Nica me dio la dirección".

Me puse de pie de un salto, olvidándome por completo de Hemingway.

¡Michael viene aquí!

Me lavé el pelo anteayer. Saqué un jersey decente del armario, me lavé los dientes rápidamente, y me trencé el pelo. Incluso me puse un poco de rímel. Quince minutos después, bajé corriendo las escaleras, me puse la chaqueta y la capucha, y salí a la calle.

Cuando abrí la puerta, me mordí el labio, ansiosa. ¿Qué pensará Michael de esta casa? ¿Le parecerá que soy arrogante?

Michael Green es mi sueño no cumplido. Cuando me mudé aquí, pensé que lo había olvidado.



Capítulo 14: Leo

No dormí lo suficiente después de la competición. No me resultó tan fácil rehacer el examen de matemática, así que tuve que ir a la primera clase, aunque llegué a casa casi a medianoche. Estoy harto de este colegio. No veo la hora de que termine.

Los chicos del club aprendieron hace tiempo que estar en el colegio no me impide partirles la cara.

El entrenador no me incluyó en las competiciones durante mucho tiempo, pero en cuanto cumplí dieciocho, me puso en el equipo principal.

Hoy, Carol volvió a dar la lata. No entiendo qué les pasa a las mujeres. No sé cómo Ronald maneja más de una a la vez. Algún día se van a enterar unas de otras, se juntarán y lo matarán. Y él, tan tranquilo, divirtiéndose.

—Pareces algo cabizbajo, hermano. ¿Por qué no tomas lo que es tuyo y te relajas? Tu cara de amargado, ya cansa.

—¿De qué hablas?

—Nada, nada.

—Ronald, ¿pero qué?

—Ya está, tengo que irme al ensayo. Tengo una nueva compañera. Ronald se rio, el demonio.

—¿Y Nadia? ¿Otra vez con medicación?

—Sí, parece que va para tres meses. Para entonces estará en forma. No sé, ya veremos qué pasa.

Nadia ha sido la compañera de baile de Ronald desde que eran niños. Empezaron juntos en la danza moderna, cuando los bailes de salón estaban en su mejor momento.

Su madre casi no lo superó en su momento; soñaba con que su hijo brillara en alguna competición prestigiosa, pero justo antes de las eliminatorias de hace cuatro años, Ronald y

Nadia mandaron todo al diablo y se pasaron al hip-hop.

Desde entonces, han sido inseparables, pero Nadia nunca le dio una oportunidad a Ronald. Él lo intentó durante mucho tiempo, pero al final lo aceptó, pensando que era mejor ser amigos.

Además, Nadia siempre tenía problemas con la comida. Se creía gorda todo el tiempo, así que vivía a dieta y, de vez en cuando, sus padres la llevaban a centros para tratarla.

Nos despedimos en la esquina; me dirigí a la parada del autobús. Odio el transporte público, pero hoy el chófer de mi padre llevó el coche a la gasolinera para un cambio de aceite, así que no tuve más remedio que tomar el taxi.

Dejé taxi en cinco minutos desde casa y me di cuenta de que caminar no está tan mal cuando uno está de humor. Pero ese buen humor no duró mucho.

A lo lejos, vi a dos personas cerca de la puerta. Reconocí a la idiota por su chaqueta blanca y a un tipo que la rodeaba con el brazo. Mis puños se cerraron instintivamente. Sentí una ola de calor en el pecho al darme cuenta de algo: no quiero que ese capullo la toque. No quiero que nadie la toque, en realidad.

¿Por qué?

No me hago esa pregunta porque no me gustarán las respuestas.

—¿Quién demonios eres tú? —me acerqué por detrás.

La idiota se estremeció al oír mi voz, dio un paso atrás y se quedó quieta.

—Leo… —Hola… —murmuró, titubeante.

—Hola…

El tipo se dio la vuelta y me miró fijamente. Quizá, si no lo hubiera visto con ella, me habría parecido normal. ¿O no?

Demasiado dulce para mi gusto. Supongo que mamá es profesora, papá es ingeniero y el abuelo es académico. La familia perfecta, el novio perfecto. Para ella.

—Michael —dijo el tipo, tendiéndole la mano—. Excompañero de clase de Alexa.

Miré su mano, luego volví a mirar sus ojos. No respondí, y él lo entendió. Bajó la mano y se la metió en el bolsillo.

—¿Qué quieres? —pregunté, sin ningún esfuerzo, por ser amable.

—Este es mi hermanastro Leo —intervino la idiota.

¿Alguna vez le han dicho que mantenga la boca cerrada cuando hablan los mayores?

Me cabrea tanto. ¿Tiene miedo de lo que pueda pasar?

—Así que, hermano —dijo el tipo, estirándose como si tratara de imponer respeto.

Y yo estaba ahí, sintiendo cómo mi corazón empezaba a bombear sangre más rápido, llenándome de adrenalina.

—Entonces…

Si alguien encendiera una cerilla entre nosotros, todo explotaría.

Ella lo notó y comenzó a ponerse nerviosa. Sus mejillas, pálidas por la enfermedad, se sonrojaron. Se mordió el labio y me miró a mí y luego al dulce bastardo.

—Leo, María dejó la comida lista. Se enfriará.

¿Qué demonios? ¿Ahora me dice qué hacer?

—Así que vete tú a comer —le dije sin mirarla—. Y el compañero se va a su casa, porque el último autobús sale en cuatro minutos. Hoy no hay otra manera de salir de aquí.

El color desapareció de su rostro y quiso decir algo, pero se dio cuenta de que estaba enfadado. Entendió la indirecta.

Sin embargo, el orgullo le hizo daño. Abrió la boca cuando la idiota volvió a mirar al tipo. Se dio cuenta de que estaba caminando sobre una navaja.

—Michael, en serio —le tembló la voz—. Greta debe estar llamándome ahora mismo. Y me estoy congelando.

El tal Michael levantó una ceja, sorprendido, pero aceptó la derrota.

—Está bien. ¡Hasta pronto!

La abrazó, acercándola más a él. Incluso noté cómo su nariz rozaba el cuello de ella.

¡Maldito compañero de clase! Deberías haberte ido mientras aún podías. Me di la vuelta, aún enfadado conmigo mismo.



Capítulo 15: Alexa

Me dieron el alta y volví a la escuela. El primer día fue como si empezara de nuevo. Ari estaba feliz de volver a verme, y William también.

No puedo decir lo mismo de Carol. Ella y su amiga me lanzaron una mirada llena de odio y pensé que mi ropa iba a arder. Woods, por otro lado, estaba como siempre, sin complejos.

—¡Eh, Nieve! —gritó a mitad de la clase, como si fuéramos los mejores amigos.

Luego me pasó el brazo por el cuello y me revolvió el pelo, arruinando lo que quedaba de mi peinado.

Stender, como siempre, se apartó en silencio, mientras Bonito, con su descaro habitual, se volvió hacia Ariana.

—Oh, Zanahoria, ahora no tendrás que soportar la soledad —sonrió con esa expresión arrogante—. Pero si necesitas compañía esta noche, avísame.

Algunos chicos de la clase se rieron como caballos, y vi a Ari enrojecer de rabia.

—Imbécil. Seguro que eres tú quien pasa las noches condimentando su soledad —le soltó, mordaz, mientras las risas se volvían hacia Bonito.

Ariana se alejó con dignidad hacia el último pupitre.

—Puedo compartir mi experiencia contigo, Babe [1]. Créeme, es tan entretenida como la física —replicó Bonito con una sonrisa.

Para diversión de todos, Ari puso los ojos en blanco y me susurró:

—¿Quién dice “babe” hoy en día?

El profesor entró en clase justo cuando sonaba la campana y las risas se apagaron. Me dio pena ver a Ari así. Últimamente, Bonito no tenía límites y la ridiculizaba abiertamente, llegando incluso a hacerla llorar.

Anoche, mi Ari, que normalmente estaba segura de sí misma, me llamó sollozando. Bonito la había avergonzado en la clase de física, burlándose de ella delante de todo el grupo.

Estaba congelada en la sala y él, riéndose, le dijo que se le veía todo a través de la camiseta mientras la sujetaba por detrás para que no pudiera cubrirse sus tetas. Ariana lo odiaba, pero no sabía cómo pararlo.

Las clases continuaron como de costumbre, y me sorprendí al ver cuánto me había atrasado. Aunque estudié todo lo que pude mientras estuve enferma, seguía muy por detrás. Ari y William me ayudaron, pero, aun así, tuve que sumergirme por completo en el estudio.

Solo dormía, comía y hacía lecciones, una tras otra. Apenas veía a mi madre, que entendía mi situación y a veces me traía té y tortitas a la habitación. Se sentaba conmigo un rato mientras yo intentaba descifrar el álgebra o trataba de entender algún texto en español.

No quería ni mirar a Leo. Todavía me avergonzaba al recordar cómo me había humillado delante de Michael y cómo me había gritado en casa. Cuando le pregunté por qué había actuado así, me lanzó una mirada furiosa, estampó la mano contra el marco de la puerta, justo en mi cara, y siseó que no era mi hermano y que no quería ver a un “imbécil” en su casa.

Me hizo llorar.

¿Qué le había hecho Michael?

Ni siquiera lo invité a entrar, solo estuvimos fuera. Después de eso, le escribí disculpándome, pero no respondió. Vio el mensaje, pero no contestó.

Ahora que el trimestre estaba por terminar, tenía que entregar mi proyecto de biología antes de las vacaciones.

Ariana y yo habíamos tomado un tema interesante, pero debido a mi enfermedad, avanzamos muy poco. El proyecto trataba sobre “Estrés y tolerancia al estrés en el cuerpo humano”. Ya teníamos la mayor parte del material, pero aún quedaba mucho por hacer.

Hoy era sábado, así que acordamos dedicar todo el día al proyecto. Después de desayunar y hacer las tareas básicas para el lunes, me vestí y salí corriendo para coger el autobús. Tardé dos transbordos en llegar al barrio donde vivía Ariana.

—Hola —me sonrió Ari mientras encendía la tetera para preparar cacao.

El té caliente llegó justo a tiempo. A pesar de estar en primavera, hacía un frío inusual. Ari aprovechó que sus padres no estaban en casa para poner música de fondo. Nos sentamos frente al ordenador y empezamos a trabajar, acompañadas del aroma del cacao y de música pop de fondo.

—¡Bingo! —exclamó Ari, alegre, cuando terminamos el proyecto—. Me estiré, sintiendo cómo crujía mi espalda dolorida, y me froté los ojos, agotada.

—¿Qué hora es? ¡Dios mío! Me perdí completamente en el tiempo y el espacio. Eran casi las seis y no había forma de llegar a casa en transporte público.

Llamé a mi madre para preguntarle si podía ir a recogerme. Ella me dijo que George y ella trabajarían hasta tarde, pero que no quería que tomara un taxi.

Dijo que no confiaba en los taxis y que no era seguro para una chica joven viajar sola por la noche. Le pedí que esperara hasta las ocho y media para que el chófer, José, estuviera libre. Al final, aceptó.

—Vamos a celebrar la finalización de nuestro proyecto —sugirió Ari con una sonrisa traviesa —. Es sábado y somos chicas adultas.

Ari sacó dos vasos y una botella de vino casero.

—¿Qué es eso?

—Vino del abuelo —respondió Ari, sorprendida.

—¿Vino del abuelo?

Es suave, como compota, pero con muchas vitaminas. Vamos a probarlo.

Dudé un momento, pero luego acepté. ¿Qué daño podían hacer un par de sorbos? Pero el vino del abuelo resultó ser más fuerte de lo que pensábamos. Nos reímos tonta y estúpidamente con chistes de YouTube, discutimos sobre lo idiota que era Bonito y soñamos con cómo sería estudiar en la universidad.

Mi madre volvió a llamar. José no podía venir, así que George le pidió a Leo que me recogiera.

—Mamá, ¿puedo tomar un taxi? —No quería ver a Leo en ese momento.

—Alexa, ¡ni hablar! Ya te dije que no confío en los taxis.

Suspiré y guardé el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Ari.

—El chófer de George no puede venir, así que Leo viene a buscarme. Tendré que aguantar su actitud de siempre.

Le conté a Ari lo que pasó con Michael, pero no me atreví a contarle lo del viaje al hospital y cómo Leo me calló. Me daba vergüenza admitir que, mientras hablábamos, mis ojos se aferraban a sus labios rígidos.

—Siéntate y relájate, Alexa —dijo Ari con seriedad—. Te pones tensa solo con escuchar su nombre. ¿Te hizo algo?

Ari estaba claramente preocupada, con la justa indignación brillando en sus ojos.

—Ari —la abracé para calmarla—. Es Stender. Solo es un imbécil. No hay más que eso.

Después de un rato, sonó el timbre.

—Ese debe de ser el abuelo —dijo Ari, y fue a abrir la puerta.

Desde la cocina, vi que no era su abuelo.

—¿Dónde está? —preguntó Leo al cruzar el umbral sin ser invitado.

—Hola, también para ti, Mister Grey —respondió Ari con sarcasmo.

—Voy para allá —dije, saliendo al pasillo con la chaqueta en la mano.

—¿No oíste el teléfono? —preguntó Leo, visiblemente molesto.

Revisé mi bolso y encontré ocho llamadas perdidas.

—Lo siento. Estaba en mi bolso.

—¿Has estado bebiendo? —preguntó Leo con tono sordo.

—¿Qué? —pestañeé, sorprendida—. ¿Y si lo hice?

Pero no lo dije en voz alta, solo me quedé callada.

—Idiota, ¿estás sorda? —insistió, furioso.

Me sentí avergonzada de Ari por no poder defenderme de los insultos de Leo. Por todas las cosas por las que me avergonzaba de mí misma.

—Escucha, listillo —dijo Ari, con un tono firme, pero Leo la miró con dureza.

—Zanahoria, te están esperando. Y tú —me dijo—, sube al coche.

Suspiré; pasé junto a Leo, rozándolo con el hombro. Aunque intenté mantenerme indiferente, él lo interpretó de otra manera. Creo que incluso apretó los dientes.

Stender me siguió hasta la salida. Al salir, me sorprendió ver a Bonito apoyado en la barandilla. Me guiñó un ojo, pero no nos siguió. ¿Qué hacía ahí? ¿Estaba esperando a Ari? No tuve tiempo de preguntarle; Leo me llevó rápidamente al coche.

—Rápido. No tengo todo el tiempo para ti.

Miré por encima del hombro y vi a Ari entrar en la escalera con los labios apretados y los brazos cruzados. Me hizo un gesto con la cabeza, mostrándome que podía soportarlo.

Ella puede manejarlo, ¿verdad?

1. La palabra «babe» [beɪb], en inglés, puede traducirse al español como «cariño» o «mi amor» cuando se usa en un contexto afectuoso y cariñoso.



Capítulo 16: Alexa

¿Y Santana? ¿Por qué no le esperamos? —pregunto, sorprendida, mientras Leo arranca el coche y sale del aparcamiento.

—¡Demasiadas preguntas!

—¡Lo digo en serio! ¡Ese imbécil podría hacerle daño!

Stender se ríe por lo bajo, sin apartar la vista de la carretera. ¿Le parece gracioso? ¿Es así como maneja las cosas?

—No te preocupes por Zanahoria: no es fácil de masticar, ni siquiera para Bonito. Así que cálmate y abróchate el cinturón.

Sigo su consejo y me abrocho el cinturón, pero calmarme no es tan fácil. El vino casero de Ari aún me hace sentir un poco mareada, y ese mareo aviva algo dentro de mí, un impulso de decir todo lo que llevo acumulado, todas las veces que me ha lastimado con sus miradas y palabras frías. Pero sé que no es el momento. Sé que enfurecer a Leo mientras conduce no me llevará a nada bueno.

Antes de que abra la boca y diga algo de lo que me arrepienta, saco los auriculares de mi bolso, los conecto a mi móvil y pongo música. Me concentro en las luces de la ciudad que pasan rápido por la ventana.

Es de noche, pero la ciudad sigue viva, vibrante, llena de colores y luces que invitan a disfrutarla. Quiero ser parte de todo eso, sentir que pertenezco aquí, pero siempre hay algo que me hace sentir fuera de lugar. Y, casi siempre, ese algo es Leo.

La música me distrae un poco y, cuando suena una canción de “Imagine Dragons”, recuerdo la vez que Leo puso una versión en la fiesta. En ese momento, parecía diferente, casi… humano. Pero luego vuelvo a la realidad: me ha dado más golpes que sonrisas.

Giro la cabeza involuntariamente hacia él; observo su perfil serio, la mandíbula apretada, concentrado en la carretera. Por alguna razón, me siento sonrojada y bajo la vista, como si me hubieran pillado haciendo algo indebido.

El teléfono de Leo suena y eso me saca de mis pensamientos. No puedo escuchar lo que dice a través de los auriculares, pero noto cómo reduce la velocidad y, de repente, da la vuelta al coche.

—¿Qué pasa? —Me quito un auricular, confundida.

—Ronald nos pidió que fuésemos al club.

No hay más explicaciones. Leo nunca siente la necesidad de darme detalles. Al cabo de quince minutos, llegamos a un club que conozco bien, aunque no me trae buenos recuerdos. Leo coge mi bolso del asiento del copiloto y sale del coche. Me quedo dentro, escuchando música, pero siento el frío que se cuela por la puerta. De pronto, me saca un auricular de la oreja.

—¿Cuánto tiempo piensa esperar su majestad? —me dice con su tono sarcástico.

Salgo del coche, torpemente, resbalando en el hielo, pero sin llegar a caer. Leo camina rápidamente hacia el club, sin esperar ni saludar a nadie. Lo sigo en silencio. No planeaba venir aquí esta noche, y mucho menos vestida así.

Llevo un jersey claro, unos vaqueros y el pelo recogido en una coleta improvisada. Me siento fuera de lugar. Pero no estoy aquí para divertirme, solo para acompañar a Leo.

Entramos en la sala, que está llena de gente. En el escenario, un grupo de bailarines se prepara para actuar. Las luces parpadean y crean un ambiente de expectación. La música cambia y los bailarines comienzan su actuación.

Ronald está en el centro, dirigiéndose a los demás como si fueran marionetas. El público aplaude y vitorea, y yo, aunque no me esperaba esto, me encuentro fascinada por el espectáculo. Ronald es impresionante y la coreografía es hipnótica.

Al final del número, los bailarines reciben una ovación. Ronald baja del escenario y se acerca a nosotros, todavía con su atuendo de baile.

—Hola, Nieve —me dice con una sonrisa.

—Hola, Ronald. Ha sido un baile increíble—, respondo, todavía impresionada por lo que acabo de ver.

—Gracias, Bon-Bon. ¿Te gustaría aprender algunos movimientos?

—No, gracias —sacudo la cabeza, sintiendo un ligero mareo solo de imaginarme en el lugar de su compañera de baile.

Leo me ignora, concentrado en pedir algo en la barra. Ronald me lanza una mirada divertida.

—Leo, ¿te importa si te robo a tu Nieve para un baile y tú pides a ella algo para tragar? —pregunta Ronald con una sonrisa traviesa.

—Ya ha tenido suficiente —responde Leo sin mirarme—. Ya han olido bastante el corcho.

Ronald se ríe, pero yo estoy molesta. ¿Quiénes se creen para decidir si he tenido suficiente o no? Decido no dejar que me molesten y me dirijo al camarero.

—Quiero algo dulce y suave, por favor, con nata.

Tendrías que haber visto las caras de los dos. Al principio se dibujaron, y unos instantes después Ronald se rio, pero no ofensivamente, sino que Stender, a juzgar por su expresión, estaba dispuesto a matarme. Claro que lo estaba; el idiota había desobedecido una orden.

—Nieve, ten cuidado. Solo con tu tono ya me aprieta el pantalón.

Fruncí el ceño ante la vulgar broma de mi compañero y bajé los ojos hacia el oportuno cóctel que tenía delante. De repente, Woods recibió un codazo de Leo en el costado. No le gusta que alguien se meta conmigo.

Este batido está muy bueno. Dulce, con sabor a mango. Y la capa aireada de nata de la parte superior también es agradable. Pero no he notado nada de alcohol. Al principio pensé que estaba cuidadosamente disimulado, pero luego vi que el camarero y Leo se miraban. Vaya. Pero he decidido rendirme. Es inútil.

Los chicos no me prestaron más atención, hablando de sus propias cosas. Coches, llantas de aleación, dirección hidráulica y alguna otra cosa de la que no tenía ni idea. Woods se despidió de Leo, me dio un golpecito en la nariz y se perdió entre la multitud, corriendo tras la rubia, que ha llamado a él.

Estaba ansiosa por ver el siguiente baile, pero sentí que unos dedos fuertes me agarraban el codo.

—Vámonos.

Sin más, me arrastra fuera del club. Apenas me da tiempo de terminar mi bebida antes de que me tire casi literalmente hacia la salida.

—¡Me duele! —me quejo, intentando soltarme.

—Puedes decir a tu amiguito del pueblo —escupe Leo, con un tono cargado de desprecio.

Frunzo el ceño al recordar nuestra última discusión sobre Michael Green.

¿Por qué siempre tiene que ser así? ¿Qué clase de persona es?

Me entrega mi chaqueta, no con amabilidad, sino más bien como si fuera una carga. Me la pongo y salimos a la calle, donde el aire frío me golpea en la cara, calmando un poco mi confusión interna.

De repente, Leo me rodea la cintura con sus brazos y me acerca a él. Me quedo congelada; con el corazón latiendo a mil por hora.

—¿Corres rápido? —susurra cerca de mi oído, con voz baja y urgente.

—¿Qué? —estoy aturdida.

—Escucha bien. Si no salimos de aquí sin problemas, corre lo más rápido que puedas hacia el coche y enciérrate. Llama a Santana o a Damon. ¿Entendido?

Asiento, pero estoy aterrorizada. Al mirar hacia donde íbamos, veo a varios tipos acercándose. Hay algo en ellos que me pone los pelos de punta.

—Leo, son seis. Volvamos al club.

—No —me corta, agarrando mi mano con fuerza y avanzando hacia ellos con determinación.

Mi corazón late con fuerza y siento que se me cierra la garganta por el miedo.

¿Por qué siempre me encuentro en peligro cuando estoy con Leo? Y, lo peor de todo, ¿por qué me aterra más lo que pueda pasarle a él que a mí misma?

Los tipos se acercan, y uno de ellos, un hombre alto y rubio, nos mira con una sonrisa cruel. Leo se detiene y yo me quedo paralizada, incapaz de moverme.

—Hola, Leo. Qué coincidencia tan desafortunada —dice el tipo con sarcasmo.

—Sí, una verdadera lástima —responde Leo con frialdad, mientras me aprieta la mano y me insta a correr.

Pero no puedo. Estoy completamente petrificada. El miedo me ha dejado sin capacidad de reacción.



Capítulo 17: Leo

Tengo prisa y no quiero perder el tiempo con esos idiotas, así que intento zafarme rápido.

—Rían, tengo prisa. ¿Podemos dejarlo para otro momento?

—No te llevará mucho tiempo —responde, metiendo las manos en los bolsillos y mirándome con ese aire de superioridad que tanto me molesta.

Lo miro, evaluando la situación. No está solo, claro. Tiene a sus cinco amigos detrás, y eso lo hace sentirse invencible. Me pregunto si sería tan valiente si estuviera solo conmigo.

—¿Cómo está tu hermana, Rían? —le lanzo, con una calma que sé, que lo va a poner nervioso.

Veo cómo se tensa al instante. Luego menciono a su hermana, la rubia a la que lastimé. Este tipo viene a vengarla, eso está claro.

—Gracias a ti, cabrón, está destrozada —me dice, escupiendo las palabras con odio.

—Me alegra oírlo —le respondo, inclinando la cabeza con una sonrisa que sé que lo saca de quicio.

—He oído que ahora tienes una hermana, también, Stender.

Rían avanza un paso y puedo ver la rabia ardiendo en sus ojos mientras me responde con una voz cargada de insinuaciones.

Siento el desprecio en su tono. Ya no sonrío. La situación se está poniendo fea, y lo sé.

—Podríamos dejarlo aquí y acabar con esto, ¿no crees, Leo? —me dice con una sonrisa torcida.

Mis dedos se tensan. El ambiente está cargado, pero mantengo la calma.

—Podría ser —le respondo, dejando que crea que tiene el control.

—La única diferencia, Rían, es que tu hermana quiso. La mía preferiría cortarse las venas antes que tú tocaras a ella.

Lo veo perder el control. Su rostro se deforma de rabia y sé que la pelea es inevitable. Me lanzo hacia el tipo más cercano, empujando a Alexa hacia atrás para darle una oportunidad de escapar. Esto va a ser feo y ella no debería estar aquí.

—¡Atrapa a la perra! —grita uno de ellos, pero yo ya estoy en plena pelea, golpeando a los que puedo mientras ella corre.

Los golpes vienen de todas partes. Siento el dolor, pero sigo adelante. No puedo permitirme caer aquí. De repente, escucho un grito de dolor. No sé quién es, pero aprovecho la oportunidad para salir de la presión. Necesito llegar al coche y encontrar a Alexa.

Al llegar al coche, golpeó el cristal con fuerza. Estoy furioso y herido.

—¡Abre la puerta! —le grito—, y cuando finalmente lo hace, me meto dentro, sangrando, pero aun de pie.

—Dame un pañuelo —le digo, sin perder tiempo. Necesito controlar la hemorragia antes de que se me nuble la vista.

Ella me lo da, y lo presiono contra mi nariz mientras arranco el coche. Salimos del aparcamiento y el silencio en el coche es tan pesado que parece asfixiarme.

—¿Lograste escapar? —me pregunta Alexa, con voz temblorosa.

—Más o menos —le respondo, sin ganas de entrar en detalles.

Siento su mirada fija en mí y eso solo me irrita más.

—Deja de mirarme así —le gruñe. No necesito su compasión ahora.

Suena el teléfono, pero no puedo prestarle atención. Alexa lo atiende.

—Estamos en el coche —escucho que dice con voz temblorosa—. Más o menos —responde ella, y yo solo pienso en lo cerca que estuve de no poder decir lo mismo.

Reduzco la velocidad y me desvío a un lado de la carretera. Apoyo la cabeza en el volante y respiro con dificultad.

—Es Damon. Leo… —la escucho susurrar, y puedo sentir su miedo.

—Estoy mareado —admito, porque sé que necesito un momento para no desmayarme—. Esos cabrones me golpearon en la cabeza.

Las lágrimas empiezan a correr por su rostro. No quiero preocuparla más, pero el dolor es intenso.

—Necesitamos ir al hospital —insiste, pero la idea me parece ridícula.

—Al diablo —le respondo, intentando sonreír—. Puedes con esto, hermana.

Es la primera vez que la llamo así y, aunque no es el mejor momento, me siento extrañamente reconfortado al decirlo.

—Sería genial que supieras conducir. ¿Puedes?

—No.

—Eso es una mierda.

Me enderezo ignorando el dolor y vuelvo a arrancar el coche. No es el momento de mostrar debilidad.

—Vamos, ¡al infierno!

Conduzco en silencio, concentrado en llegar a un lugar seguro. La tensión entre nosotros es palpable.

—¿Podemos parar? ¿Tienes un botiquín? —me preguntó, visiblemente preocupada.

—Más adelante. Hay una parada de camiones.

Entro en un aparcamiento y detengo el coche. Alexa sale rápidamente en busca de agua. Tengo un poco de tiempo para intentar recomponerme.

Ella regresa con una bolsa llena de hielo.

—Aquí tienes —me la entrega, y la coloco en mis costillas, tratando de aliviar el dolor.

Busco el botiquín en la guantera y enseño a ella.

—¿Hay analgésicos? —pregunto, sabiendo que lo necesito.

—Solo hay torniquetes y vendas.

—Al diablo, lo resolveré en casa.

Empapo un algodón con agua oxigenada y me lo aplico en la cara. Siento un ardor inmediato, pero estoy acostumbrado al dolor.

—¿Por qué estás tan peleado con ese tipo? —me pregunta intentando romper el silencio.

—Me acosté con su hermana —le respondo sin rodeos. No hay nada que adornar.

—¿Y no le gustó?

—Le encantó. Era su forma de celebrar su cumpleaños, 18 años. Pero le dijo a su hermano otra cosa.

El silencio vuelve, pero en esta ocasión es más pesado. Estos juegos son brutales y ella lo sabe.

—Escucha… —le agarro la muñeca con más fuerza de la necesaria, pero al ver su miedo, la suelto de inmediato. No quiero asustarla más de lo que ya está.

Salgo del coche y me lavo los nudillos en la fuente. El agua fría me ayuda a despejarme un poco. Cuando regreso, me limpio con una toallita y me siento al volante. Ambos estamos exhaustos, pero seguimos en pie.

Arranco de nuevo y el silencio se mantiene. La carretera se despliega ante nosotros y solo el zumbido del motor nos acompaña hasta que finalmente llegamos a casa.



Capítulo 18: Alexa

No hay luces encendidas en la casa, lo que significa que mis padres aún no han vuelto. Desde la cocina llega un agradable olor a repostería. Los findes, así que María ha estado horneando pasteles, dulces con bayas y requesón.

Leo entra rápidamente, quitándose los zapatos y la chaqueta rota. Yo me dirijo a mi habitación, pero los ruidos y las maldiciones que salen de la cocina me detienen. Mis pies me llevan allí casi sin pensarlo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto al ver el botiquín esparcido por el suelo.

Leo está de pie, limpiándose la sangre de los labios, frustrado.

—Vuelve a sangrar —digo, acercándome—. ¿Y si es por el golpe en la cabeza? Deberíamos llamar a una ambulancia.

—No, solo es la nariz rota —responde, buscando unas toallitas de papel para cubrirse la nariz mientras echa la cabeza hacia atrás—. Busca analgésicos.

Recojo los medicamentos del suelo y los vuelvo a meter en la caja. Encuentro los analgésicos y exprimo dos pastillas, sirviendo un vaso de agua.

—Aquí tienes.

El silencio en la casa es abrumador y se produce una extraña tregua entre Leo y yo. Sería todo más sencillo si fuéramos amigos de verdad.

¿No le cansa esta guerra constante?

Leo toma las pastillas y el agua, y después de beber, deja el vaso a un lado. Cuando intento marcharme, me sujeta del codo.

—Siento haber sido grosero en el coche.

Me quedo en silencio, esperando que venga alguna acusación; pero no dice nada más.

—Sigues sangrando aquí —digo, señalando su barbilla.

Leo se limpia con el dorso de la mano, pero no lo consigue.

—No, aquí —repito, y extiendo la mano para tocarle.

Es un movimiento espontáneo, sin pensarlo, pero de repente siento una sacudida en el estómago, como un latigazo. Quiero retroceder, y lo hago, pero mi espalda choca con el fuerte brazo que me rodea la cintura.

Mi aliento entrecortado se encuentra con los labios de Leo y puedo saborear la sangre en los míos. El mundo a mi alrededor parece desmoronarse, pero, al mismo tiempo, un escalofrío extraño recorre mi cuerpo, deseando que vuelva a ocurrir. Y no se detiene.

Mi cuerpo se calienta y mi cabeza se siente ligera, como si estuviera llena de burbujas que estallan.

Mis piernas flaquean cuando su lengua toca la mía, apenas rozándola al principio, pero luego se adueña de mi boca por completo, obligándome a echar la cabeza hacia atrás. Siento su cálida palma en mi espalda y su duro pecho contra el mío.

Mi mente se desvanece, y solo la fuerza de su mano me mantiene en pie.

—¿Nunca te han besado? —su voz grave y burlona resuena en mis labios.

—¿Qué? —respondo débilmente, apenas recuperando la conciencia y dándome cuenta de que Leo se está burlando de mí.

Donde antes había dulzura, ahora hay amargura.

¡Es Leo! ¿Qué estoy haciendo?

—¡Suéltame! —intenté empujarlo, luchando por hablar.

Pero él no me suelta. Sonríe suavemente y me atrae más hacia él. ¡Su sonrisa tan hermosa!

—Cállate, pequeña —susurra casi en mis labios.

Y entonces, vuelve a besarme. Mi resistencia se disuelve en un segundo y me pierdo en ese beso, uno que se vuelve demasiado intenso para mi propio bien. Siento sus dedos en mi espalda, apretando la tela de mi camiseta, y eso me quema más que el propio beso.

De repente, me levanta y me sienta en la encimera de la cocina, sin romper el contacto. Mi espalda arde donde me toca su mano firme.

Todo mi sentido de la lógica se desvanece. Solo siento un alivio abrumador. Dios, ¿esto es lo que realmente quiero?

¿No era miedo lo que me hacía temblar cada vez que me miraba? ¿O soy una completa idiota?

—¿Están en casa, chicos? —dice la voz de mi madre, rompiendo el silencio de la casa, haciendo que Leo y yo nos separemos bruscamente.

No escuchamos la puerta abrirse. Mamá y George entran justo cuando salto de la encimera y me acomodo la camiseta.

—¡Dios mío, Leo! ¿Qué te ha pasado? Alexa, ¿estás bien? Mi madre se acerca preocupada.

Me mira fijamente y mi corazón se acelera. Asiento, incapaz de hablar. Mamá se vuelve hacia Leo y le toca la herida del labio, un labio que no solo está hinchado por el golpe.

—¿Qué ha pasado? —pregunta George, frunciendo el ceño mientras se acerca a Leo.

—Me encontré con unos idiotas —responde Leo con un encogimiento de hombros.

—¿Deberíamos llamar a la policía? —George también parece preocupado—. Y un médico, también.

—Papá, ¿qué policía? —Leo responde con irritación—. Me encargaré de esto yo solo.

George lo mira con seriedad, pero, para mi sorpresa, cede.

—Está bien, pero irás al médico por la mañana. José te llevará.

Leo no discute. Así se acaba todo, la comprensión y la confianza familiares.

—Me voy a mi habitación —digo, aprovechando la oportunidad para retirarme.

Con suerte, si notan mi agitación, pensarán que se debe a lo ocurrido. Subo las escaleras lo más rápido posible y me escondo en mi habitación. Me tumbo en la cama con la ropa puesta y miro el techo. Todo mi cuerpo tiembla por dentro.

¿Qué nos acaba de pasar? ¿Por qué ocurrió? ¿Qué hago ahora? ¿Qué quiero realmente?

Cierro los ojos y me lamo los labios. Este beso no se parecía en nada al que Leo me dio para callarme aquella vez. Entonces fue agresivo, pero esta vez…

Nunca pensé que Leo pudiera ser tan suave. ¡Nunca imaginé que mi cuerpo pudiera reaccionar así! De repente, me quedo congelada al escuchar un suave golpe en la puerta.

—¿Mamá?

No, sé quién es.

—Vete, por favor —susurré contra la almohada, deseando que Leo no me escuchara.

Pero vuelve a llamar.

Me arrastro hasta el suelo y me siento junto a la puerta. Puedo sentir su presencia al otro lado. Le tengo miedo. Pero también le espero.

¿Qué me ha hecho? ¿Por qué? ¿Es esta su nueva forma de torturarme?

—No abras la puerta, idiota —susurra Leo al otro lado—. No la abras, porque si lo haces, no me iré.

Me quedo rígida, tragando saliva. Hay tanto ruido en mi cabeza, y sé que Leo escucha mis dudas, mis vacilaciones. Y mi locura. Porque, sin poder evitarlo, me levanto y abro la puerta.



Capítulo 19: Alexa

Pareció una eternidad antes de que me atreviera a abrir la puerta. Contuve la respiración mientras escuchaba el ritmo acelerado de mi corazón. Tenía miedo de mirarlo, de enfrentarme a lo que acababa de hacer. Sentía que estaba a punto de cruzar una línea que no tendría vuelta atrás.

Cuando finalmente abrí la puerta, fue como si me dieran una patada en el estómago. La mirada de Leo no era lo que esperaba. No quedaba ni rastro de la conexión que sentí antes.

En su rostro, vi ira, una rabia oscura que ardía en sus ojos y me hacía sentir pequeña e insignificante.

Parpadeé, confundida, esperando su reacción.

¿Tal vez era una mala interpretación? ¿Podría ser que la pasión nos estuviera jugando con una mala suerte?

—Te dije que no lo abres —dijo Leo con dificultad, como si le costara pronunciar esas palabras, pero estaban cargadas de rabia y desprecio.

El cambio era tan drástico, que me pregunté si todo lo anterior había sido solo un sueño, una ilusión.

—Yo me equivoqué. No eres más que una tonta que casi se mete en un lío.

Sus palabras fueron como bofetadas. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Hazme un favor, idiota: olvídalo. No vuelvas a pensar en esto.

Leo se dio la vuelta y cerró la puerta de su habitación de un portazo. Me quedé paralizada, envuelta en una mezcla de conmoción y dolor que me arrastraba hacia un abismo de desesperación. Sentía como si una parte de mí hubiera sido arrancada de golpe.

Me dejé caer sobre la cama, enterrando el rostro en la almohada mientras los sollozos me sacudían. La vergüenza, el horror y la incomprensión me aplastaban.

¿Por qué? No había soñado con él, ni siquiera había pensado en él de esa manera, pero ¿cómo podía ser tan cruel? ¿Cómo podía hacerme sentir como si volara para luego dejarme caer sin red?

Me golpeé la cabeza contra la almohada, cada impacto acompañado de la palabra “idiota”.

Lo dejé entrar, me dejé llevar. ¡Qué idiota fui!

***

Esta mañana me he levantado destrozada. Pensé que estaba enferma de nuevo, pero no, era el shock de ayer, que estaba drenando cada gota de energía.

¿Cómo voy a mirar a Leo a los ojos ahora? ¿Cómo puedo estar cerca de él sin recordar sus labios sobre los míos?

No fue solo un beso. Fue un torbellino que me retorció el alma y me hizo creer que me había enamorado del hombre que convirtió mi vida en un infierno. Pero no podía quedarme encerrada en mi habitación para siempre. A la hora de comer, tenía que salir. Mamá estaba en la cocina; parecía que María tenía el día libre.

—Hola, gatita. ¿Cómo has dormido?

—Estoy bien —le respondí.

—Han llevado a Leo al hospital. George fue a verlo y el médico dijo que estaba más grave de lo que pensaban. ¿Por qué no me cuentas qué pasó?

—Mamá, no lo sé bien. Unos chicos se acercaron y discutieron con Leo; luego empezó la pelea. Fueron groseros y violentos.

—Está bien —suspira mamá—, lo resolveremos luego. Toma unos gofres para merendar.

A Leo le habían dado un golpe en la cabeza y tenía dos costillas rotas. Lo mantuvieron en el hospital más de una semana. Luego, su padre, siguiendo el consejo de un entrenador, lo envió a un centro de rehabilitación.

Mamá dijo que Leo estuviera en forma para las competiciones de mayo.

***

Llegaron las vacaciones y fui a casa de Greta. Durante todo ese tiempo, me prohibí pensar en Leo y me concentré solo en mis estudios. Pero en el autobús de vuelta, todos esos pensamientos volvieron a mi cabeza.

Ver a mis viejos amigos fue un alivio. Paseábamos hasta medianoche, embriagados por el aroma de la primavera. Durante el día, nos preparábamos para los exámenes y, por la noche, nos reuníamos en un banco del parque.

Los chicos trajeron un altavoz portátil, pusieron música, alguien bebió limonada y todos nos divertimos.

Estaba disfrutando, pasando tiempo con mis amigos. Pero la tercera noche, Michael apareció. Estaba avergonzado por nuestro último encuentro, cuando se enfrentó a Leo.

Intenté disculparme, pero Michael solo dijo: “Olvídalo”.

La noche continuó y, en un momento dado, me puso el brazo alrededor de los hombros. Hace seis meses, eso me habría hecho la persona más feliz del mundo. Pero ahora me resultó tan repulsivo que un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Me solté suavemente y vi la confusión en los ojos de Michael.

—¿Qué te pasa? —preguntó sorprendido, como si fuera natural, que me derritiera en sus brazos.

—Nada, es que…

No eres él.

Esa verdad retumbó en mi cabeza. Quería que me abrazara otra persona. Quería las manos de Leo, no las de Mich.

Y no solo sus manos… Quería gritar de frustración. Pensé que era solo orgullo herido y que me atraía físicamente, pero ahora me doy cuenta de que estoy enamorada de mi hermanastro. El que me odia y desprecia. Volví a casa tres días después, pero los últimos encuentros con mis amigos fueron diferentes.

Nicole intentó averiguar qué me pasaba, pero no pude abrirme. Me daba vergüenza. Me daba vergüenza admitir que me había enamorado de Leo, de quien me había besado dos veces.

Cuando crucé el umbral de casa, supe que Leo había vuelto. Oí su voz en la cocina y me quedé congelada. Pero no podía esconderme en mi habitación; tenía que saludar a George. Es mi padrastro maravilloso: amable, considerado, que ama a mamá.

—Hola —saludé a todos a la vez, intentando sonar amable, pero un nudo comenzó a formarse en mi estómago.

—Hola, Alexa —George me sonrió con calidez—. Me alegra verte. Por fin todos en casa.

Mi padrastro me abrazó y me dio un beso en la cabeza con un gesto cariñoso. Leo, en cambio, me miró fríamente y asintió con la cabeza. George nos sentó a mi madre y a mí en la mesa, sirvió tazas de cacao caliente y nos acercó un plato de pasteles.

Debería haberle preguntado a Leo cómo se sentía, pero las palabras se me atragantaron. Ni siquiera pude levantar la vista y solo miré sus fuertes muñecas, una de ellas con una cuerda roja atada.

Sus dedos largos sostenían la taza con descuido y mi mente recordó cómo se aferraron a mi espalda, tirando de mi ropa.

Mis mejillas comenzaron a arder al recordar esos breves momentos, y sentí un abismo abrirse en el pecho.

¿Por qué? ¿Por qué tuve que enamorarme de alguien tan insensible?

Perfecto por fuera, incomprensible por dentro.

Preguntas sin respuesta. Quiero huir, escapar, no verlo más. Solo queda un trimestre. Podría haberme ido, tratando de sacarlo de mi mente. Pero tres meses es mucho tiempo. No creía que fuera posible sufrir tanto por sentimientos no correspondidos.

Michael Green ahora parecía una tontería, un sueño sin importancia. No era un sueño, solo una ilusión.

***

En casa apenas veía a Leo, pero en el colegio, cada vez que lo cruzaba, un temblor me recorría el cuerpo, esperando su mirada desdeñosa o esa sonrisa que nunca era para mí.

A veces, lo atrapaba observándome y, en ese instante, el mundo se volvía borroso, mis oídos se llenaban de un zumbido y se me cerraba la garganta. Y si me tocaba estar en la pizarra, peor aún. Lo más triste es que no podía compartirlo con nadie.

La única que podría entenderme era Ari, pero estaba completamente absorbida por los exámenes y los trámites para la universidad. Además, tenía sus propios problemas familiares.

Me sentía como una amiga terrible por no preguntarle nada; tan perdida estaba en mis propios pensamientos. Sabía que debería preocuparme por los exámenes, pero mi corazón tenía su propia agenda, distrayéndome constantemente.

Abril pasó en un suspiro y mayo también se esfumó. Sonó el último timbre, que marcaba el final de nuestro periodo escolar, y comenzaron los exámenes. Mi madre intentaba mejorar mi concentración con vitaminas y suplementos, achacando mi apatía al estrés, pero no era eso.

Luego llegaron los preparativos para la graduación, que consumían casi todos mis días, excepto cuando tenía exámenes obligatorios. Ensayábamos canciones, discursos emotivos y, sobre todo, el baile-vals. Ese fue el mayor desafío.

El supervisor asignó las parejas como mejor le pareció. A mí me tocó Ronald Woods, lo cual fue un alivio. No solo no tenía que guiar el baile como otros, sino que cualquier error sería menos evidente con un compañero tan seguro como Ronald. Siempre me sostenía en el momento justo.

Pero la verdadera prueba eran los pasos en los que cambiábamos de pareja. Ahí es cuando me tocaba con Stender. Era emocionante y aterrador al mismo tiempo.

Mis piernas se agarrotaban y sentía la espalda rígida como una tabla. Las palmas de mis manos sudaban, y eso me avergonzaba. Intentaba no mirarlo, pero en ciertos pasos debía apoyarme en sus hombros y no podía girar la cabeza para evitarlo. En uno de los ensayos, incluso escuché un comentario ofensivo:

—Mierda, hermanita, mañana deja las aletas en casa y usa los pies.

Contuve las lágrimas con esfuerzo, enfadada conmigo misma. ¿Cómo podía ser tan débil? ¿Por qué no podía responder con algo sarcástico? Seguramente él odiaba bailar conmigo; apretaba la mandíbula con disgusto cada vez que me tocaba.

Pero yo sabía por qué me tragaba las palabras cada vez, por qué me quedaba muda. Porque es mi hermanastro. Y si no estuviera enamorada de él, no me importaría.

* * *

Y ahora ha llegado el día X. Los exámenes han quedado atrás y se han superado con éxito. Mamá está radiante de felicidad, parloteando mientras acomoda con entusiasmo los pliegues de mi vestido color champán, que le costó un dineral.

¿Y yo? Me observo en el espejo, buscando algún rastro de alegría en el reflejo de una chica que, a simple vista, parece estar lista para cualquier cosa.

Ayer, en el grupo de redes sociales del colegio, se esparció el rumor de que Stender y Carol han vuelto a estar juntos. Y hoy tendré que asistir a la fiesta de graduación y fingir que todo está bien, mientras por dentro siento que me consumo lentamente.

Una y otra vez.



Capítulo 20: Leo

El día más largo y jodido de todos: la graduación. No puedo esperar a que acabe esta tontería de jardín de infancia. Me muero de ganas de salir de aquí.

Tengo que aguantar toda esta dulzura en la gala. Y después, comienza la verdadera diversión: la subasta va a estar la noche.

Mientras me abrocho la pajarita, echo un vistazo al espejo. El peluquero hizo un buen trabajo, aunque tuve que aguantar su charla mientras me arreglaba el flequillo. Pero bueno, hoy puedo jugar a ser el chico bueno. Al menos hasta que llegue la subasta.

Son las cinco. Es hora de salir. Me meto el móvil en el bolsillo.

Al salir, me topo con la pequeña idiota. Mierda.

Vislumbro un vestido de un color tan delicado que ni siquiera sé cómo llamarlo. No es beige. Pero lo que realmente me impacta es cómo le queda. Sus hombros desnudos brillan ligeramente y sus uñas cuidadas destacan en sus manos pequeñas y suaves. Una pulsera adorna su muñeca.

Levanto la vista. Lleva muy poco maquillaje y el pelo rubio le cae sobre los hombros. La maldita se ve tan suave e inocente que se me tensan los hombros de las ganas que tengo de tocarla. La odio. Odio a esta bruja con cara de ángel. Me dan ganas de aplastarla hasta que grite y suplique.

Desde la noche en que Rían intentó ser más listo que yo, pero he lidiado con él. Pero con ella…

No sé cómo logré no perder el control. No esperaba que se abriera la puerta, pero lo hizo. Y esos grandes y brillantes ojos me miraron, esperando un cuento de hadas.

Pero yo no soy un príncipe y lo que quiero no es un maldito cuento de hadas. Sin embargo, me di cuenta de algo. No quiero hacerle daño. No quiero destrozar su psique.

Probablemente, aún sea inocente y yo no podría darle el sueño romántico de la primera vez. Lo haría como sé hacerlo, como me gusta. Y eso no es para ella. Pero desde entonces no puedo

sacármela de la cabeza.

Se ha instalado tan profundamente en mi mente que a veces quiero arrancarme el pelo. Carol intenta consolarme, pero la rechazo. Y ahora, la idiota está ahí parada, mirándome con tanta tristeza en los ojos que mis fusibles empiezan a fallar.

Aprieto los puños en los bolsillos mientras paso junto a ella, inhalando su embriagador aroma. No es solo el perfume, es ella. Su olor me persigue desde aquel día en la cocina, cuando intenté disculparme. Me vuelve loco, me hace desearla más y más, como un adicto. Como un puto vampiro, quiero devorarla, ahogarme en su olor, en su piel, en su cabello. Pero ya tomé una decisión.

Ella no pertenece a mi mundo y yo no pertenezco al suyo. Que se quede en el lado bueno de la vida. Por suerte, no tengo que viajar en el mismo coche que ella. El carruaje de Bonito está esperando en la puerta, y él me saluda desde la limusina.

—¡León, mueve el culo! Tengo que recoger a otra persona.

Me subo a la limusina, aceptando la mano extendida de mi amigo. Nadie se despide de mí. Papá llegará a la gala más tarde y Whitney está ocupada con idiota. No necesito despedirme de ella.

—¿Dónde está la hermana pequeña?

Hace un par de semanas, les conté a los chicos sobre ella que me tiene hecho un nudo por dentro. Ronald se quedó callado y Bonito no entendía por qué no, simplemente, la probaba y me calmaba.

Pero esta mierda no se va, aunque esperaba que lo hiciera. Es Bonito, siempre tonteando con las chicas. Tienes que apostar por quién se rompe primero.

El salón de actos del colegio está decorado con globos y carteles. Los de pre graduación hicieron carteles graciosos sobre nosotros, los graduados. Bonito dentro de la nube con los corazones, Ronald con el cuerpo de bailarín. Es divertido, pero me importa una mierda. Encuentro mi foto. Me han comparado con Statham. ¡Genial!

Diez minutos después, aparece Carol. Es guapa, lo admito, pero a sus dieciocho años ya está más depravada que nunca. Su vestido rojo se ciñe a su figura, y ella camina como una gata, pasando las uñas por mi cuello y acercándome a ella.

No quería hacerlo, pero la besé justo cuando la pequeña idiota apareció. Se quedó inmóvil en el umbral, mirándonos a Carol y mí. Así que la atraje aún más y profundicé en el beso.

Sí, hermanita, ya veo cómo me miras. Pero ya te dije que no me necesitabas.

Pronto llegó el momento de la parte ceremonial. Los profesores y los padres dijeron palabras emotivas. Hasta el jefe del departamento académico soltó una lágrima.

Nuestro supervisor estaba emocionado y sonrojado. Me sorprendería si no hubiera tomado una copa antes de la gala. Mi padre insistió en que le diera flores a la idiota cuando subió al escenario a recibir su diploma.

Vi cómo se le abrían los ojos cuando me acerqué con el ramo. La decencia exigía una sonrisa y un beso en la mejilla, pero mis dientes rechinaban solo con la idea de volver a oler su aroma.

—Enhorabuena, felicidades —dije en voz baja, rozando sus labios con la mejilla, que se sonrojó de inmediato.

—Gracias —murmuró la idiota.

Mi padre la ayudó a bajar del escenario. Quise arrancarle la mano por tocar sus delicados dedos. ¡Mierda! Quizá debería irme directamente a casa de Damon. Pero los chicos me convencieron para quedarme. Tantos años juntos no podrían terminar así.

Ahora todos los invitados se han trasladado al salón, decorado para la ocasión. Es hora de que los graduados pronuncien sus discursos y luego el vals. Otra tontería que me importa como una bola de caca.

Nos colocamos en nuestras posiciones para el vals. Carol pisó dos veces el dobladillo de su vestido, pero no me importó.

Atrapé a la pequeña con la mirada. Está completamente controlada por Woods, obedeciendo cada uno de sus movimientos. Así es como debería ser un baile.

—Leo —susurró Carol—. Ahora viene lo que siempre olvidas.

No lo olvido. Es el cambio de pareja. Dos pasos, un giro. Y entonces su mano fría está en la mía. Sus dedos tiemblan; tiene la mirada fija en el suelo. La rodeo con los brazos y la acerco más de la cuenta. No puedo evitarlo. Levanta la cabeza, sorprendida, y me encuentra con la mirada.

—Conmigo, pequeña, bailarás igual de obediente.

Damos unos pasos y hacemos un giro. Siento que se tensa, anticipando el apoyo. Está nerviosa.

—Relájate —le susurro al oído, agarrándola con firmeza y levantándola más alto de lo habitual.

Veo el pánico en sus ojos y la bajo al suelo, pasándola de nuevo a Ronald. No quería soltarla.

¡Maldita sea! No quería soltarla.

El vals terminó y luego empezó la parte del bufé.

Un maestro de ceremonias aburrido, concursos estúpidos, pero Bonito hizo que todo fuera algo más entretenido. De repente, sonó una canción lenta. Bonito se llevó a Ada a bailar, con su

característica sonrisa de gato. Carol desapareció, y a mí no me importó.

Vi a la pequeña bailando con Fischer, el desvalido del otro grupo. En realidad, no quería bailar con él, pero lo hizo de todas formas.

Mi paciencia se había agotado.

—Eh, necrófago, apártate —empujé al tipo y lo alejé de ella.

Cojo su mano y la atraigo hacia mí, inhalando su olor tan profundamente que me quema bajo las costillas. No puedo ver sus ojos, pero oigo un suspiro de sorpresa. Las luces se atenúan, suena una canción lenta y las parejas se acercan más.

—Leo —susurra la pequeña.

No quiero hablar. Si digo algo, tendré que actuar. Y no quiero hacerlo.

—Cállate.

Apoyo mi barbilla en su cabeza y siento su respiración acelerada. Solo necesito medio minuto más. Su cercanía me quema. Mi mente va a mil.

No puedo romperla. No puedo arrastrarla a mi mierda. El dinero de mi padre y la falta de cariño de mi madre me convirtieron en un monstruo. No puedo arrastrarla a este pantano. Que siga brillando con su pureza e ingenuidad, mientras yo me hundo en mi sombra húmeda.

No espero a que termine la canción. Me voy sin mirar atrás. El colegio ha terminado, este capítulo de mi vida ha concluido, y es hora de ir a mi verdadero entretenimiento. Son las doce y media. Se acerca la subasta.



Capítulo 21: Alexa

Desaparece en la oscuridad y me invade un frío que no tiene nada que ver con la noche. Me siento vacía, sola, como si algo importante se hubiera roto en mi interior. Juega conmigo como un gato con un ratón, y, aunque me duele admitirlo, sé que en esos momentos él también era real.

¿Qué lo retiene? ¿Qué no lo deja irse de una vez por todas?

Sé la historia de su madre, pero tal vez no conozco todos los detalles. Un niño pequeño que veía, una y otra vez, cómo su propia madre no lo reconocía. No es algo que suceda de repente; estas enfermedades van consumiendo poco a poco, envenenando la vida de quienes las padecen y de quienes los rodean.

O quizás todo es más sencillo. Quizá simplemente es así; alguien que disfruta destruyendo a las personas, tanto emocional como físicamente. En cualquier caso, para mí no hay mucha diferencia. Estoy sola de nuevo, destrozada y rota, otra vez.

Las luces vuelven a encenderse y la animadora intenta que los graduados, cansados y sudorosos por el baile, participen en los concursos.

Estoy tan harta de todo que siento que no puedo respirar en esta sala, entre los cuerpos perfumados y sudorosos por el baile. El olor a comida de las mesas me repugna.

Así que me dirijo lo más rápido que puedo hacia la salida. Bonito me intercepta al salir y me pregunta algo, pero yo solo tiro de mi brazo y prácticamente corro hacia la puerta. Finalmente, el aire fresco de la noche de verano llena mis pulmones.

Es una suerte que junio no haya sido tan caluroso este año. Afuera hay gente dispersa. Unos cuantos padres charlan y ríen alegremente. Una pareja se esconde en las sombras, alejándose de la luz de las farolas. Me alejo. Necesito estar sola. Detrás del salón de banquetes hay una pequeña zona. Me dirijo hacia allí, esperando no encontrarme con nadie.

Justo cuando llego, me engancho el dobladillo en una rama de un arbusto. No quiero romperlo, es un vestido caro que podría venderse por mucho dinero. Entonces, escucho un sollozo ahogado. Parece que no soy la única que ha venido aquí a derramar su dolor en silencio.

—¿Quién está ahí? —pregunto intentando sonar tranquila.

—Una perdedora —responde una voz conocida. Es Ariana, sentada en el suelo.

¿Qué clase de amiga soy si no me di cuenta de que algo iba mal con Ariana, algo tan grave que la hizo salir a llorar entre los arbustos? Aparto las ramas y me acerco a ella, levantando con cuidado el dobladillo de mi vestido.

—¿Qué te pasa? —le pregunto mientras busco un lugar para sentarme junto a ella.

Me fijo en sus ojos hinchados y su nariz roja.

—Soy una idiota, Ale —Ariana se seca las lágrimas con el dobladillo de su vestido y apoya la cabeza en mi hombro, sollozando.

—Bienvenida al club —respondo con amargura.

Quiero contarle lo que me pasa, pero ella necesita hablar primero.

—¿Me lo cuentas?

—¿Puedes creerlo? —ríe amargamente—. Me enamoré de Bonito.

No puedo decir que me sorprenda. No esperaba que Ariana se sintiera tan afectada, pero ahora que lo dice, tiene sentido.

—¿Estás bien con él? —pregunto con cautela, sin querer herir sus sentimientos.

—No lo sé. Cuando Leo vino a buscarte, él se quedó para molestarme. Me pidió que le diera clases de física, ya que es una de las materias en las que se especializa en la universidad.

—¿Y aceptaste?

—Al principio dije que no, pero luego pensé: ¿por qué no? El dinero extra me vendría bien.

Ari se apoya contra la pared detrás de nosotras y respira hondo.

—¿Empezó a coquetear contigo?

—No, en realidad no. Estudió mucho. Me pagaba las clases y me traía regalos. Decía que entendía la física mejor conmigo que con cualquier otro profesor. Después de los exámenes, vino muy contento, me abrazó e incluso me trajo un regalo. Mira.

Ari abre la palma de la mano y muestra una pulsera preciosa con piedras verdes en forma de pétalos.

—Me pidió salir, Alexa. Y yo, como una tonta, pensé que no estoy peor que las demás chicas.

Ari vuelve a sollozar, aferrándose al regalo con fuerza.

—¿Te hizo daño, Ari? —le acomodó un rizo rojo detrás de la oreja.

Sabía lo que le estaba preguntando. Pero es Bonito.

—No. Ni siquiera se insinuó. Simplemente salíamos. Fuimos al paseo marítimo; comimos helado. Luego, Santana me pidió que fuera con él al baile de graduación. Hoy ha venido en su coche de lujo, para mí, una chica normal. Pero luego lo perdí de vista en la fiesta. Quería sacarlo a bailar, pero lo escuché hablando con unos chicos. Le preguntaron cómo había aprobado física tan bien, y él dijo que se había esforzado tanto que aún tenía pesadillas con mi cabello rojo…

Al decir estas últimas palabras, la voz de Ari se quiebra y vuelve a llorar.

—¿Puedes creerlo, Ale? ¡Él lo dijo! Y yo, estúpida, pensé que le importaba.

Nos quedamos en silencio, cada una atrapada en sus pensamientos.

¿Cómo nos enamoramos de chicos así?

—¿Y tú? —pregunta Ari—. No viniste aquí por nada. Hace meses que no eres la misma. ¿Vas a contármelo?

Y lo hago. Le cuento todo: cómo mi alma se ha convertido en un nido de serpientes. Le cuento cómo me siento, con lágrimas en las mejillas y los labios ardientes.

Así que nos quedamos sentadas en medio de la noche, escondidas entre los arbustos, manchando nuestras caras hinchadas con maquillaje corrido. Pero antes o después, tenemos que regresar. Nuestros padres ya se han ido, pero los profesores podrían preocuparse si nos ven desaparecidas.

Nos arreglamos a la luz de las linternas de nuestros teléfonos, retocamos el maquillaje y el peinado, alisamos nuestros vestidos y salimos de los arbustos.

Al acercarnos al porche iluminado del colegio, vemos a un chico. No es de nuestro colegio y parece mayor. Lleva vaqueros oscuros y una camisa negra, y está claro que busca a alguien.

—Chicas —dice, acercándose con una sonrisa—. ¿Conocéis a Alexa?

—Soy yo —digo, tomando a Ariana del brazo con cuidado—. ¿Qué quieres?

—Cariño —su sonrisa se ensancha—. Solo me has oído por teléfono. Soy Damon, el amigo de tu hermano.

—Hola —respondo, sintiendo un mal presentimiento.

El tipo se acerca, pero al notar que Ariana se tensa, se mete las manos en los bolsillos.

—Cariño, tienes que venir conmigo. Leo te está esperando.

—No va a ir a ninguna parte —interviene Ariana. Apareces aquí de la nada en mitad de la noche y ahora ella tiene que ir contigo. Lárgate y dile a Leo que se vaya al diablo.

Ariana me arrastra hacia el interior del edificio, pero Damon me detiene suavemente, cogiéndome de la mano.

—Alexa, hablo en serio. Sabes que soy su amigo. Te me has llamado el otro día, cuando Leo estuvo con lío con otros chicos. Esta noche hay una fiesta privada en el gimnasio donde entrenamos. Leo está allí y te necesita.

—Entonces, ¿por qué no vino él mismo?

—¿No conoces a tu hermanastro? Preferiría morderse el brazo antes que admitir que necesita a alguien. Pero está al límite y sé que es por ti.

Parece una tontería, pero me vuelvo hacia Ariana, le beso la mejilla y le susurro:

—No te preocupes, todo va a salir bien.

—Vamos —le digo a Damon.

Salimos por la puerta y, aunque Bonito se acercó a Ariana y le dijo algo, no me importa. Los amigos se cubren las espaldas, pero agradezco que Damon sea el tipo de persona que no tiene miedo de ir en contra de Leo si es necesario.

¿Y si realmente me necesita?



Capítulo 22: Alexa

Conducimos hasta un edificio bajo de dos plantas con paneles de cristal. El letrero sobre la entrada, de neón azul, indica “Club León” junto con una imagen que parece un león rugiendo.

Es igual al tatuaje que vi en el hombro de Leo. De repente, empiezo a sentir una incomodidad creciente. Siento que este no es el lugar adecuado para mí, y algo dentro de mí me dice que nada bueno puede salir de esto.

—¿Qué tipo de club es este? —le preguntó al tipo que conducía.

—El club deportivo, donde entrenamos —responde Damon con naturalidad.

—¿En qué está especializado? —insisto.

—MMA —Las artes marciales mixtas.

Damon aparca el coche cerca de la entrada. El lugar tiene una atmósfera extraña, inquietante. Los cristales oscuros reflejan las luces de las farolas con un brillo amenazador. Hay bancos, una fuente, césped bien cuidado… Pero todo eso solo resalta lo peligroso que parece este sitio.

—¿Entramos? —me pregunta, pero no nos dirigimos a la entrada principal. En lugar de eso, nos dirigimos hacia una puerta lateral que da al sótano. Al entrar, las luces brillantes y la música fuerte me golpean, contrastando brutalmente con el silencio de la noche afuera. Cerca del torniquete, un guardia nos mira con desconfianza.

—Llegan tarde —dice Damon con una sonrisa mientras nos hacen sellar la muñeca.

—Firma un documento y entrega sus teléfonos.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a Damon, nerviosa.

—Es solo un acuerdo de confidencialidad, nena. Es una fiesta privada para ricos, nada con otro mundo.

Quizá para él sea normal, pero algo en todo esto me pone tensa. Siento que estoy en un lugar oscuro, sin saber lo que hago ni por qué lo hago.

—Ahí está Leo, —Damon señala más allá del pasillo.

Y, efectivamente, lo veo. Está de espaldas, apoyado contra la pared, mirando hacia una sala amplia y brillantemente iluminada de donde provienen las voces y la música. Firmo el contrato rápidamente y el torniquete se pone en verde.

Me acerco a Leo en silencio y le toco el hombro. Este se gira, sorprendido, y al ver el sello en mi muñeca, su expresión cambia por completo y se vuelve de ira.

—¿Qué demonios hace ella aquí? —le pregunta a Damon, que palidece bajo la furiosa mirada de Leo.

—Enzo dijo que te alegrarías… Quería hacer una sorpresa para ti. Regalo de graduación.

Leo palidece al oír eso. Sigo su mirada y veo a Enzo saludándonos desde el otro lado de la sala, acompañado de varios tipos.

—No entiendo nada, Leo —digo, agarrando su brazo con nerviosismo.

—¿Qué no entiendes, idiota? —me espeta—. ¿Por qué no deberías subirte a un coche con desconocidos en mitad de la noche?

—Pero él dijo…

Vacilo, dándome cuenta de que estoy diciendo tonterías. Leo tiene razón. Me he metido en un lío.

—¿Qué es este lugar? —pregunto con la voz temblorosa.

—Es una fiesta para adultos con preferencias especiales.

Lo miro a los ojos, buscando alguna señal de que está bromeando, pero lo único que encuentro es miedo. Un miedo que también se empieza a apoderar de mí.

Hay más de veinte personas en la sala, en su mayoría jóvenes. Algunos son hombres con elegantes camisas y otras son chicas con vestidos de cóctel. A simple vista, no parece un evento tan extraño, pero la reacción de Leo me dice otra cosa.

—El dinero compra muchas cosas, Alexa. Cosas que la mayoría de la gente ni siquiera se atreve a soñar —dice sin apartar la vista de mí—. Te advertí que te alejaras de mí. Mi mundo no es de arcoíris y unicornios.

—Leo, por favor, salgamos de aquí —susurro desesperada, aferrándome a su camisa.

—No podemos. ¿Firmaste algo en la entrada?

—Sí, Damon dijo que era un acuerdo de confidencialidad.

—Maldito sea… Voy a arrancarle la cabeza. Pero primero las pelotas.

Veo cómo se tensa la mandíbula de Leo, cómo la ira oscurece sus ojos.

—Escúchame bien, Alexa. Necesito que te mantengas callada y que no hables con nadie. Si alguien se te acerca, baja la mirada. ¿Entendido?

No entiendo nada, pero asiento. Solo quiero que esto se acabe pronto. Leo se marcha, perdiéndose entre la multitud, desapareciendo detrás de unas pesadas cortinas rojas.

Minutos después, un hombre de mediana edad vestido con un traje sube a un pequeño escenario. Sonríe, y la música se detiene mientras se dirige al público.

—¡Señoras y señores! Ha llegado la hora.

Parpadeo, sintiendo que todo esto es como una película surrealista. ¿Qué va a pasar ahora?

—Esta noche tenemos los lotes preciosos. Un recordatorio de las normas de la subasta…

¿Subasta? Intento entender qué tiene que ver una subasta con esta fiesta, pero entonces me doy cuenta de algo. Esto no es una fiesta normal. De repente, una de las chicas del escenario me llama.

—Cariño, es tu turno. Ven al escenario.

—¿Qué?

Todos me miran. Siento que el suelo se hunde bajo mis pies.

¿Van a subastarme?

Mi mente entra en pánico, pero mis ojos encuentran la mirada de Leo. Está al otro lado de la sala, con el cuerpo en tensión y los labios apretados. Me saluda con una lenta inclinación de cabeza.

¿Qué se supone que debo hacer?

Apenas puedo moverme, pero doy un paso hacia el escenario. Mi cuerpo parece negarse a avanzar, pero sigo luchando contra la parálisis que me invade.

—El precio inicial es…

Ni siquiera escucho la cantidad. La sala está en completo silencio y el locutor continúa hablando. Los asistentes empiezan a pujar, pero Leo permanece en silencio. Entonces, una voz ofrece una cantidad que me parece absurda. Es Enzo, y de inmediato entiendo que esto es un juego entre él y Leo.

Leo ofrece otra cantidad. Las cifras siguen subiendo. La tensión es insoportable.

¿Y si Leo no puede pagar? ¿Qué me va a pasar entonces?

Finalmente, el martillo del subastador golpea.

—Vendido al postor número veinticinco.

Levanto la vista y veo a Leo acercándose al escenario. Lleva el número veinticinco en el pecho. Exhalo aliviada y casi me desplomo en sus brazos.

—Gracias —susurro, apretando sus dedos.

Pero Leo no reacciona. Me lleva a un lado y observa en silencio cómo continúa la subasta. Mi corazón sigue latiendo con fuerza, el miedo apenas contenido.

—¿Qué va a pasar ahora? —le pregunto en un susurro.

—Tenemos que quedarnos hasta que termine todo. Luego, podemos irnos a la habitación.

Las luces se atenúan, la música vuelve a sonar y la fiesta se vuelve más oscura. Algunas parejas desaparecen detrás de las cortinas, que seguramente conducen a habitaciones privadas.

Leo sostiene una copa de champán y habla con otros, pero no bebe. Yo no quiero estar aquí, quiero irme a casa, deshacerme de este vestido pesado y dormir.

—¿Cuándo podemos irnos? —me vuelve a preguntar.

—Cuando vas a terminar de pagar lo que ofrecí por ti.

El pánico me consume, pero antes de que pueda decir algo, Leo me arrastra hacia un pasillo oscuro, detrás de las cortinas. Nos detenemos frente a una puerta marcada con el número cinco.

—Aquí es lote número cinco —dice Leo en voz alta, como si alguien estuviera escuchando.

No quiero entrar, pero Leo me empuja adentro. La habitación es sombría, dominada por una cama enorme con postes altos, y encima de ella, una estructura que sostiene todo tipo de cosas que no quiero imaginar para qué sirven.

—Así que, ¿así es como te gusta pasar el tiempo libre? —mi voz tiembla mientras intento procesar lo que veo.

—¿Te sorprende? —responde Leo, apoyado casualmente contra la pared.

El silencio es sofocante, el miedo paralizante.

—Ese vestido es precioso —dice Leo, interrumpiendo el silencio.

—Gracias…

El ambiente se siente cada vez más opresivo. Me siento atrapada en una jaula con una bestia, y la ira en los ojos de Leo solo aumenta mi terror.

—¿Cuándo podemos irnos? —pregunto, casi suplicando.

—Pronto.

De repente, se oyen unos pasos al otro lado de la puerta. Leo se acerca rápidamente, me agarra de la muñeca y me empuja contra la pared, sujetándome las manos por encima de la cabeza. Sus labios calientes rozan mi cuello y estoy a punto de gritar cuando la puerta se abre de golpe.

Enzo y dos guardias entran, observándonos fijamente.

—No vamos a tomar un tercio, Enzo —dice Leo con frialdad, sin soltarme.

Los guardias miran a Enzo, quien finalmente se marcha, maldiciendo entre dientes.

Leo me suelta, da un paso atrás y yo me dejo caer al suelo, agotada. Ya ni siquiera puedo estar nerviosa. Estoy completamente exhausta, con ganas de que todo esto termine pronto.



Capítulo 23: León

Pensé que iba a matarlo, aplastarle la estúpida cabeza contra el lavabo.

—¡Leo, basta! ¡Soy un idiota, lo sé! ¿Cómo iba a saber que tú y Enzo se llevaban mal? ¡Nunca me dijiste nada!

—¡Tú, estúpido de mierda, vas a sacarnos de aquí!

—Sabes que eso es imposible.

—¡Pues invéntate algo!

Di un paso hacia él y el muy cobarde se encogió como una gallina. Ahí me di cuenta de mi error. Ronald y Bonito tenían razón; Damon solo me estaba utilizando, haciéndole la pelota a Enzo por dinero.

—Ella firmó el contrato, Leo.

—¿Sabes que es menor de edad, imbécil? ¿Sabes lo que te hará Chino, si descubre que metiste a una menor en esto?

Damon se puso pálido y se dejó caer en el suelo de baldosas.

—¡Mierda! ¡Pensé que teníais la misma edad!

—Te dije que éramos compañeros de clase. Más te vale sacarnos de aquí y rápido. Y consígueme dinero, porque Enzo no me va a soltar a la chica sin más.

Salí del baño y fui al vestíbulo. La subasta ya había comenzado.

Hace un año…

—¿Qué opinas de la chica? —Damon exhala humo y da otra calada al cigarro.

—Perfecta en todos los sentidos.

Nos reímos. La chica que trajo Damon era fuego puro. Tenía algo especial y, además, estaba buenísima.

—¿Cuándo cumples dieciocho, Leo?

—Ya lo hice, ¿por qué?

—Hay algo que tienes que saber. ¿Has oído hablar de las fiestas que organiza Chino, el hermano del dueño de León?

—¿El hermano del dueño de León?

—Sí, ese mismo.

Me encogí de hombros y me dejé caer en la silla. Había oído rumores en los entrenamientos. Decían que invitaban a los ganadores de las peleas a fiestas privadas.

—¿Y qué pasa con eso?

—De ahí viene la chica. Hay más, pero no son gratis.

La vida se me hacía aburrida.

—Te escucho.

***

Así fue como me metí en este lío. Y por un tiempo, me gustó. Hasta que apareció esa idiota. Su pureza me hizo perder la cabeza.

Y ahora está aquí, en esta cloaca lujuriosa, rodeada de trajes y vestidos caros. Pero por más que adorne un montón de mierda con rosas, el hedor sigue siendo el mismo.

Tuve que enfrentarme a Enzo. Qué asco. Intenté no mirarla. Estaba a punto de desmayarse.

Damon consiguió nuestros teléfonos y esperaba la señal para salir de aquí. No debería haberlo puesto en esta situación, pero sabe que lo mataría si nos traiciona. Aún no hemos terminado con Enzo, pero sabía que él haría un movimiento.

La idiota está sentada en el suelo de esa habitación de pesadilla que antes creía un templo de pasión y placer. Ahora parece una nube pálida, agotada. Las tenues luces resaltan las sombras que sus pestañas proyectan sobre sus mejillas. Tiene el maquillaje corrido y el pelo revuelto.

¿Me seguiría queriendo si supiera en la mierda en la que estoy metido? No lo creo.

El teléfono emitió un pitido. Damon asintió con la cabeza. Si logramos salir sin problemas, lo dejaré vivir. Llamo rápidamente a Bonito, que responde al instante.

—Hermano, estamos aquí, detrás del club —oigo la voz de mi verdadero amigo.

—Vamos —le digo a la hermanita mientras la ayudo a ponerse de pie.

Abre los ojos, asustada, y tiene razón en estarlo. Salimos de la habitación y caminamos por el pasillo hacia el baño. Damon necesitaba desactivar las cámaras alrededor del edificio. No sé cómo lo hará, pero más le vale tener al guardia contento.

Hay una ventana en el baño que llega casi hasta el techo. Podemos salir por ahí. Me subo a la barra de empuje y abro la ventana. La idiota está nerviosa, pero no dice nada. Buena chica.

No tengo tiempo para hablar. La empujo primero y luego salgo yo, llevando sus zapatos en la mano. Que corra descalza hasta el coche o se le romperán las piernas. Veo un coche al otro lado, pero no es el de Bonito. Me tenso de inmediato.

—Enzo es un gilipollas —digo, mientras el juego se vuelve más peligroso.

Pero entonces reconozco una cara familiar a través de la puerta entreabierta. Oh, gracias a Dios. Nos amontonamos en el coche. Bonito va en la parte de atrás, claramente borracho; Ronald en el asiento del copiloto y conduciendo… ¡Joder! ¡Zanahoria! ¡Está al volante!

La pelirroja arranca y nos largamos de este agujero infernal. Ya nos ocuparemos de los demás, pero primero tenemos que sacar a la idiota de aquí.

—¿De quién es este coche? —pregunto, pasándole la chaqueta a mi hermanita, que no para de temblar.

—Es de Thor —responde Ronald.

—¿Y dónde está Thor?

—Descansando en el suelo de la sala de álgebra —murmura Bonito.

Yo también necesito una copa ahora mismo. Todo esto me supera. Hablaré con la idiota más tarde sobre confiar en la gente equivocada. Siento que podría volver a usar el cinturón, pero ahora solo la abrazo mientras seguimos conduciendo en silencio, agotados.

***

La idiota sube a su habitación después de hablar con su madre. Whitney Montana, con los ojos rojos, nos recibe en la puerta casi a las cinco de la mañana. El responsable del evento llamó diciendo que habíamos desaparecido después de la una de la madrugada y que, como no contestábamos al teléfono, se había puesto nervioso. Papá, el padre de Bonito y el padre de Ronald estuvieron buscándonos por las discotecas y por el paseo marítimo, y aún no habían regresado.

—Todo es culpa tuya —me escupe la mujer de mi padre, mirándome con odio.

Por fin, Whitney Montana, te has quitado las máscaras de buena mujer.

—Estás enfermo, Leo. Y tú, jugando a ser mayor.

Sus ojos brillan de rabia, pero no me asustan.

—¿Crees que no sé en qué andas metido? Y si has metido a mi hija…

Se acerca con los puños apretados. Yo también estoy furioso.

—¿Y tú? Tú fuiste quien la trajo aquí y me la puso en las manos. ¿Quieres ver al malo?

Pues lo verás. Seré yo mismo, ya que estamos sin máscaras.

—¿Qué clase de madre eres si sabías lo que podía hacerle y ni siquiera pusiste una cerradura nueva en su habitación? ¿Recuerdas que yo vivía allí?

—Cállate.

—¿O qué? ¿Estás enfadada porque no me atraes?

Me abofeteó y me reí. Ya no me importa.

—Es obvio que no te han educado, mocoso.

—¿Cuidas tu hija?

Eso la dejó callada. Un golpe mental para esta zorra. Vamos, dime que me equivoco.

—De acuerdo. Sobre la mesa del salón está tu contrato.

—Sabes bien lo que haces.

Whitney Montana sonríe. Sin maquillaje, tiene un aspecto un poco desaliñado, pero entiendo por qué mi padre cayó en sus manos.

—Tú eliges: te vas con un contrato militar, dejando a mi hija la oportunidad de tener una vida tranquila…

—¿O qué?

Sonrío, esperando la respuesta.

—Le contaré a tu padre lo de las fiestas en “León”.

No sé cómo demonios se enteró, pero no quiero que mi padre lo sepa. Aunque eso me deja sin opción. Sé que mi hermanita no le contó nada. La historia es que hemos estado en el disco.

—Eso da miedo —chasqueo la lengua.

—Y luego te recortará los pagados, cabrón. Y si me esfuerzo lo suficiente, no solo la tuya… También quiero que Alexa tenga una vida tranquila.

Perra. Eso sí que duele. Mamá está en un hospital de primeras, y aunque es caro y no ayuda, no puedo permitir que papá la cambie de lugar. No puedo perderla.

—¿Qué pasa? No eres tan valiente. Decídete, Leo. Solo un año y tu madre seguirá recibiendo el tratamiento que necesita.

Ahora quiero aplastarle la cara contra la pared. Ha encontrado mi punto débil y me está presionando con fuerza. No puedo perder a mi madre para siempre. Y ella tiene razón: la hermanita tiene que tener la vida buena, sin mí.

Señora Montana tenía todo preparado; ella sabía de alguna forma. Pero ahora ya no importa, lo he decidido, también. ¡Estoy harto de esa vida!

—Voy de aquí y no por ti, a por mi decisión. Y cuida tú, tu hija ahora.

—Tienes cuatro horas antes del punto de encuentro. Dormirás en el autobús que te llevará al centro de distribución.

—¿Y mi padre? —pregunto, apretando los dientes.

—Digámosle que finalmente has decidido convertirte en un hombre de verdad. ¡De sorpresa - a todos!



Capítulo 24: Alexa

Qué fácil sería cerrar los ojos y borrar esta noche de mi memoria. Arrancar de mi piel las repugnantes miradas de esos bastardos.

Me quité el vestido y lo arrojé a la esquina más alejada de la habitación. Después, fui directa a la ducha. Me froté la piel hasta enrojecerla, tratando de borrar todo rastro de lo ocurrido.

Lavé mi cabello por tercera vez, deseando que el olor de ese lugar desapareciera. No quería pensar en mañana. Ni en hoy ni en el futuro. Solo quería silencio y dormir.

Aun después de un baño de quince minutos en agua casi hirviendo, seguía temblando. Mi piel ardía y tenía las manos heladas. Me envolví en una bata caliente y volví a mi habitación.

Fuera, el amanecer comenzaba a asomar, pero las cortinas apenas dejaban pasar la luz. Suficiente para ver a Leo sentado en mi cama, aun con la misma ropa que la noche.

¿Qué hace aquí?

Me detuve, mirándolo en silencio. Stender se levantó y se acercó lentamente. Me abrazó con fuerza, tirando de mí hacia él.

Quería llorar, pero me quedé helada. Lo odio. Pero, al mismo tiempo, temía el momento en que me soltara, en que sus brazos se abrieran. Pero Leo no lo hizo.

Seguimos en silencio. Un minuto. Cinco. Diez… Sentí cómo su camisa se empapaba en la zona donde había apoyado el rostro. Al final, sí, estaba llorando.

—Perdóname si puedes, pequeña —susurró contra mi cabello.

Y entonces me besó. Con fuerza, con avidez, como si quisiera robarme todo el aliento. Ya me lo había robado tiempo atrás. Stender rompió el beso, apoyó su frente contra la mía por un instante, se dio la vuelta y se alejó.

Un minuto después, oí cómo arrancaba un coche fuera de la casa. Corrí hacia la ventana y no podía creer lo que veía. José metía una bolsa de viaje en el maletero y luego abría la puerta

trasera, invitando a Leo a entrar.

¿Y yo qué? ¿Qué se supone que debo hacer?

Capté su mirada de despedida y entendí que no lo volvería a ver. Lo sentí en las entrañas, como si fuera el sonido de cristales rotos. Era mi corazón haciéndose añicos.

Adiós, mi hermano mayor, mi pesadilla, suave y mortal como un cuchillo envuelto en seda.



Parte III.

Seis años después.



Capítulo 1: Alexa

¡Levántate!

Esa voz me congela por dentro.

—Ponte de rodillas.

Mi corazón late descontrolado, como un pájaro atrapado. Otra vez en esa habitación oscura, con el aire tan escaso que apenas puedo respirar. Las lámparas rojas, tan familiares, lanzan su tenue luz.

Me incorporo en la cama, respirando de manera errática. Otra vez ese maldito sueño. Después de casi un año, ha vuelto. Me pasé la mano por la cara intentando disipar la sensación de terror. Es más que una visión; es un sentimiento que me invade.

Las órdenes cambian, la voz es distinta, pero el miedo es el mismo. Mi cuerpo se queda inmóvil, congelado por el pánico.

"Traumas de la pubertad, Alexa", me digo en voz baja, como si esas tonterías científicas pudieran calmarme.

Ya pasará. ¡Está bien, para! ¿Qué hora es? Alcanzo el móvil de la mesilla y observo, atónita, cómo los números cambian de 6:43 a 6:44.

¡Maldita sea! ¡Me he quedado dormida!

Salgo de la cama de un salto, enredándome con la manta, y corro al baño.

—¡Andrea, levántate!

Desde la habitación contigua, un gemido somnoliento responde, y pronto aparece en el umbral la esbelta figura de mi compañera de piso y de clases, Andrea Masetti. Su cabello natural es negro, pero gracias al sol, casi pelirrojo, cae en cascada sobre sus hombros, recordándome a una flor y Ariana.

—Nos hemos quedado dormidas, ¡date prisa!

Nos apresuramos hacia el lavabo y nos cepillamos los dientes al mismo tiempo. Mientras Andrea se aplica sus cremas y espumas, yo me encargo del café y los bocadillos. Después, una ducha rápida y a las 7:55 estamos corriendo hacia la alta verja de hierro, con nuestros pases listos.

Tocamos nuestras tarjetas en el torniquete y nos dejan entrar al hospital. Por suerte, este año agosto no ha sido caluroso; de lo contrario, necesitaríamos otra ducha. Después de un suave golpeteo, entramos en la sala del residente.

—Hola, chicas —nos saluda el jefe del departamento de terapia general, un médico que prefiere estar en cercanía con la gente con que trabaja con él. Nunca está encerrado en su despacho.

—Hola —responde Andrea, hinchando el pecho y suavizando su voz.

Andrea es mona con las raíces italianas. Es joven, guapa y talentosa; claro, coquetea con el jefe. Pero él coquetea con todo el mundo sin preferir a nadie en particular. Hoy es un día crucial. La junta del hospital decidirá si renueva o no nuestro contrato de prácticas o no.

Me encantaría quedarme. El apartamento que comparto con Andrea está a quince minutos a pie, y el hospital es increíble.

Con mi especialidad, aquí tengo mucho que aprender. Durante los primeros cuatro años, Andrea y yo estuvimos en el mismo grupo de medicina general.

Hace dos años, elegimos nuestras especialidades: ella se fue por la oftalmología, su sueño desde el primer año, y yo me convertí en neuropsicología. Tuve suerte de encontrar una vacante en el hospital militar.

Este mes me he esforzado al máximo y hoy sabré si el hospital quiere seguir trabajando conmigo o si tendré que buscar en otro lugar.

Sí, he pasado seis años enterrada en los libros, y ahora es momento de salir al campo, por así decirlo, y seguir aprendiendo.

Me pongo la bata, recojo mi cabello y me ajusto la placa en el pecho. Entonces, oigo el zumbido en mi bolso.

Es Michael, otra vez. Sabe que estoy ocupada.

¿Por qué tanto control? Con un fuerte suspiro, rechazo la llamada y apago el teléfono.

—Alexa, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? —Andrea pregunta mientras—. No esperará eternamente. Ten piedad de él.

—Basta —le corto. No me gusta esta conversación—. Vamos a la reunión.

Andrea no se ofende, simplemente pone los ojos en blanco, se desabrocha el primer botón de su bata y me sigue al pasillo.

En la información, primero hablan los jefes de departamento. Luego toma la palabra la jefa de enfermería, una mujer alta con ojos marrones inteligentes. Tiemblo de tensión.

Mi padrastro se había ofrecido a ayudarme, pero lo rechacé. Quiero lograrlo por mí misma. Ya pasé un verano en una oficina polvorienta en “M-Brothers”. Por qué el primer año con medicina no estuve fácil para mí.

Mis padres pensaban que cambiaría de opinión sobre la medicina, que sería útil para su empresa. Pero fue en vano. Me di cuenta de que las finanzas no eran lo mío. Al menos, gané algo de dinero e hice unos amigos, como Megan [1].

—Ya hemos enviado a la academia médica la lista de los seleccionados para el contrato de prácticas. Espero que podamos tener una colaboración fructífera y que progresen en sus carreras.

Respiro aliviada cuando escucho mi nombre en la lista que lee la enfermera jefe. Solo aceptaron a seis de los diez practicantes.

¡Perfecto! Andrea y yo estamos dentro. Aunque trabajaremos en plantas diferentes, eso no importa. Ahora soy una interna a tiempo completo en las áreas quirúrgica y terapéutica. Me presentan a mi mentora y me indican que la siga con ella.

—Así que, Alexa, vamos a conocernos —dice la pequeña y sonriente morena, sentándose en un mullido sillón junto a su escritorio en la sala de residentes, indicándome que me siente frente a ella.

—Me llamo Señora Carte, pero prefiero que me llames Mónica.

—Encantada —respondí, sonriendo.

Me agrada esta mujer; ya conocía su nombre desde hace tiempo. También conozco su experiencia; he leído todos sus artículos sobre el trastorno de estrés postraumático. Nunca imaginé que se convertiría en mi mentora. Mónica me pone los días, me explica las áreas de trabajo en terapia y cirugía, y me recuerda la importancia de llevar un historial médico completo.

—Los cirujanos nos ven como charlatanes, no te sorprendas si te miran con condescendencia. Pero nuestra labor consiste en ayudar al paciente a liberarse de la basura que trae del infierno. Depende de nosotras que los soldados regresen a casa con la mente intacta. En este momento, la tasa de suicidios entre exmilitares supera el 30 % por cada cien mil.

Parpadeo, sorprendida por esas cifras tan altas. Es una enorme responsabilidad.

—Así que ellos libran su batalla en el quirófano y nosotras la nuestra. Y la mayoría de las veces dura más que unas pocas horas, Alexa. ¿Puedo llamarte así, colega?

Durante el día, me instalo en mi lugar de trabajo, conozco al personal y recibo el horario de guardias. Luego, hago rondas con Mónica.

Permanezco en silencio, escuchando y observando atentamente su trabajo. Alrededor de las cuatro de la tarde, el teléfono de Mónica suena. Ella responde brevemente y luego me lo tiende:

—Vamos, Srta. Montana, conozcamos a los heridos de Siria. Son tres.

Me levanto rápidamente y sigo a la jefa por el pasillo. Llegamos a la sala de espera, donde ya están otros médicos. También está Andrea, emocionada.

—No tenemos por qué estar aquí, pero será una experiencia invaluable para ti —me explica Mónica.

Esperamos unos minutos, hasta que escucho un ruido. Andrea y yo cruzamos nuestras miradas.

—Son de helicóptero —susurra Mónica.

Me preparo mentalmente. Sé que no necesitarán mi ayuda; habrá los primeros cirujanos, pero estamos todos en el mismo barco. Y en algún momento tendré que intervenir.

Se abren las puertas de la sala de espera y se empujan tres camillas hasta el vestíbulo. El auxiliar informa a la enfermera jefe y al cirujano sobre los cuidados recibidos y los diagnósticos preliminares.

Mis pies se sienten pegados al suelo. Los libros de texto son una cosa, pero esto… No puedo abstraerme; el nudo en la garganta no me deja pensar.

En la primera camilla, veo a un hombre de unos cuarenta años con la cabeza y el pecho vendados. Está consciente e intenta sonreírle a Andrea. Ah, claro. El segundo paciente también está consciente, tiene el cuello y el brazo derecho vendados y su mirada perdida en el techo. Pero el tercero…

Una fuerza inexplicable me empuja hacia él. Es un joven corpulento, con los ojos cerrados, respirando con dificultad.

Tiene la cabeza vendada y el ojo izquierdo cubierto. Dos placas de identificación cuelgan de su pecho. Un cúmulo de emociones me invade y el sonido de mi propia sangre me ensordece.

Reconozco ese perfil. Esos labios blancos y apretados.

¡Madre mía! Reconozco a mi hermanastro.

1. Megan apareció como personaje adicional en el libro Deseos prohibidos - 2, donde se revela la relación amorosa entre Juliet y Brian.



Capítulo 2: Alexa

Hola, señorita Montana. —Mónica me toca el brazo mientras suben a los pacientes al ascensor—. ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? ¿Qué tal un poco de valeriana o ron para el primer día? Aunque no deberíamos hacer eso aquí…

—¿Qué? —Regreso al pasillo del hospital —sobresaltada—. No, no es nada.

—Es como si hubieras visto un fantasma.

—El tercer herido es mi hermano.

—¿Qué?

La celadora me gira para mirarme a los ojos y buscar alguna reacción.

—Hace tiempo que no nos vemos.

—Entonces, ¡corre hacia él! Ricardo te lo permite.

Una ola de energía me impulsa a correr. El ascensor cierra las puertas justo cuando llego, pero no me importa, subo las escaleras. Andrea me alcanza en la cuarta planta.

—¡Alexa, para! Espera —mi amiga me agarra del brazo mientras me lanzo hacia la sala de reconocimiento.

—¿Dónde están los nuevos?

—¿Qué?

La miro desenfocada.

—¡Tengo que ir allí! Mi hermano.

—¿Hermano? ¿Tienes uno…?

—Sí, es él —respondo antes de que termine la frase.

Tiro de mi brazo, me libero y entro en la sala. Claro que le conté a Andrea sobre Leo, pero no al principio; y no todo. Fue en “M-Brothers” donde comencé a salir de mi depresión.

Era un ambiente diferente, un espacio empresarial que me ofreció un escape. Allí conocí a Megan, quien me sacó del pozo sin fondo en el que me estaba ahogando, cuando Stender se alistó en el ejército.

Recuerdo cómo sollozaba por las noches, acurrucada contra la almohada, y cómo casi dejé de comer, cuando mi madre me dijo que Leo había firmado un contrato de tres años para misiones de mantenimiento de la paz. Y luego, otros tres años más.

Si no hubiera sido por Megan, no habría superado mi primer semestre. Ahora, en la sala blanca de reconocimiento, dos enfermeras y un médico trabajan sobre un hombre herido.

—Leo Stender. Sargento de la Guardia. Contusión craneal, heridas de metralla en el ojo izquierdo. La enfermera lee el historial médico y cada palabra retumba en mi cabeza como un tambor.

—Señorita Montana, ¿quiere unirse a nosotros?

El tono burlón del médico se filtra incluso a través de su máscara.

—¿Desde cuándo los psiquiatras se interesan por la atención primaria?

—Es mi hermano —repito mientras me acerco.

—Ponte una mascarilla —me empuja suavemente con la barbilla y señala una caja.

Hago lo que me pide y me acerco de nuevo. Está vivo. Respira. Inconsciente o anestesiado. Las enfermeras preparan los cuerpos, dejando al descubierto su torso cubierto de tatuajes que, en un principio, confundí con abrasiones y moretones.

El médico evalúa el daño y comprueba su pupila en el ojo no vendado. Cuando empiezan a cortar la venda del ojo izquierdo, me estremezco.

—Fuera —ordena el cirujano con calma, sin apartar la vista de su trabajo.

—Richard —le digo, entrelazando los dedos, intentando mantener la calma.

—He dicho que te largues —repite el cirujano con la misma serenidad.

—Masetti, acompáñala y vuelve. Te vendrá bien como oftalmóloga —añade sin mirarnos.

No discuto y dejo que Andrea me saque al pasillo. Me empuja suavemente contra la pared.

—Ahora Richard no te dejará acercarte a tu hermano, ¡idiota! Contrólate. Llama a tus padres.

Idiota… Ese insulto que Leo solía lanzarme resuena en mi mente. Marco el número de George con manos temblorosas. Contesta al tercer timbrazo.

—Hola, pequeña. Te has acordado de mí, ¿verdad? —puedo oír la sonrisa en su voz.

—George… —Vale —su tono se vuelve serio—. No te han ofrecido el contrato, ¿verdad?

—No es eso…

—Entonces, ¿qué ocurre?

La preocupación en su voz es palpable.

—Leo está aquí —finalmente logro decirlo—. Está herido.

La respuesta es un silencio ensordecedor. Acabo de decirle a mi padrastro que su único hijo ha resultado herido en una misión de paz.

—¿Puedes dar más detalles? Su voz suena apagada y contenida—. Alexa, no te quedes callada.

—No lo sé aún. Tiene una contusión craneal y metralla en el ojo. Está inconsciente y lo están preparando para operarlo.

Digo todo esto casi sin emoción, como si estuviera dando un informe médico.

—Voy para allá.

George cuelga y yo meto el teléfono en el bolsillo, actuando por inercia. Necesito un café. Y que esté caliente. Estoy helada.

Unos veinte minutos después, Andrea entra en la habitación de residentes con Mónica, quien me entrega un café antes de marcharse.

—¿Estás bien? —Mi amiga se sienta a mi lado y me quita la taza vacía que aún sostengo.

—¿Qué ha dicho Richard?

—Ha dicho que tu hermano se pondrá bien. Vivirá.

—¿Y el ojo?

—Aún no está claro. Intentarán salvarlo, pero ya lo sabes.

—Ajá.

—¿Llamaste a tus padres?

—Ya deberían estar aquí.

George y mi madre llegan después de una hora. Mamá me mira con recelo y a George se le marcan más las arrugas en la frente.

La operación está en marcha y esperamos en el pasillo. Me siento como una estatua de piedra, sin emociones, sin reacciones.

Bloqueé mis sentimientos cuando vi a Leo, por miedo a que me abrumaran. Pero soy psiquiatra y sé que no tardarán en filtrarse, haciendo estallar las frágiles barreras de mi autocontrol. La operación dura más de cuatro horas. Cuando Richard sale, exhausto, no puedo moverme; él y George se apartan para hablar en voz baja. Veo alivio en el rostro de mi padrastro.

—Alexa —mamá me toca la mano—, te llevaremos a casa.

—Esta noche estoy de guardia —miento sin saber por qué.

No quiero salir del hospital.

—Seguro que el superior te dejará ir.

—Mamá —me enfado—, es mi primer día, no me voy a tomar el día libre.

Se me despertaron el resentimiento y los celos hacia mi madre. No sé qué ocurrió entre ellos, pero fue después de hablar con ella cuando Leo decidió irse.

Puede que no hubiéramos funcionado, pero habría sido nuestra decisión, no de nadie más. Con el tiempo, el rencor se había disipado, pero ahora vuelve a agitarse, como el polvo levantado por el viento.

Después de un rato, George y mi madre se van. De todos modos, no podrán entrar en cuidados intensivos en las próximas 24 horas. Ricardo me ordena dormir bajo la amenaza de inyectarme un somnífero. A las cinco de la mañana, me despierta un toque en el hombro. Una enfermera de cirugía me sacude suavemente.

—Alexa, Richard te deja ver a tu hermano, cuando despierta.

Me incorporo bruscamente, tratando de despejarme.

—¿Cómo está? —mi voz aún somnolienta.

—Está estable. Salió bien de la anestesia; luego lo sedaron. Creo que se despertará pronto.

—Gracias.

La enfermera se va y yo me acerco al espejo. No hay nadie más en la habitación. El oficial de guardia debe de estar en otra planta, y las enfermeras están ocupadas.

Fuera está amaneciendo. Me miro la bata arrugada y el cabello despeinado. Tengo la cara marcada por las horas de sueño mal dormidas.

Al salir al pasillo, dudo un instante. Una cosa es preocuparse por tu hermanastro mientras está en la mesa de operaciones y otra es enfrentarte a él cara a cara.

¿Qué le voy a decir? ¿Cómo reaccionará? ¿Estoy preparada para este encuentro?

Apreté los puños, a punto de cambiar de opinión, pero me decidí. No puedo esconderme de él toda la vida, ¿verdad? Han pasado seis años. Tal vez podríamos saludarnos como viejos conocidos y ya está.

Ahora somos adultos. Nuestros padres se han casado y volveremos a vernos, sí o no. Las heridas…

Las heridas ya sanaron hace tiempo y se cubrieron con las cenizas del primer amor. Un amor tonto y falso.

Stender está en una habitación privada. Sigue dormido. Me siento en la silla junto a la cama y lo observo.

Leo ha cambiado mucho. Parece un hombre hecho y derecho.

Tiene los músculos abultados y duros como una roca, cubiertos de tatuajes que se extienden desde las muñecas hasta la sábana que le cubre parte del pecho. Reconozco uno de los tatuajes: un león que se abalanza desde su hombro.

Siento que la amarga sensación del recuerdo sube por mi garganta. Su rostro también ha cambiado. Incluso ahora, dormido y agotado, Leo parece peligroso. El pliegue entre sus cejas y la barba oscura son más marcados.

—¿Has observado todo eso, idiota? —su voz me sobresalta, despertándome de mis pensamientos.

Dios, ¿realmente creía que seis años podían cambiarlo? Empezar con un insulto es tan propio de él.

—Bonita bata. Hoy estás en tu punto —su voz sigue siendo ronca, pero la entonación me golpea, haciéndome sentir como una niña asustada.

—Hola, Leo —respondo, enderezándome.

De repente, su mirada cambia. Stender entrecierra los ojos y alarga la mano cubierta de tubos. Me toca ligeramente la rodilla con un dedo y, tras exhalar conmocionado, pregunta:

—¿Eres real?



Capítulo 3: Alexa

¿De qué año es? —pregunto, fijando la mirada en Stender.

Él me mira, perplejo.

—¿Qué quieres decir?

—El año, los apellidos completos, el nombre…

—Año de nacimiento, número de servicio del arma —me interrumpe, molesto—. Ya lo sé.

Yo levanto una ceja, esperando la respuesta, y le mantengo la mirada.

—Dos mil veinte —dice Leo, con un tono irritado—. Stender, Leo. 1994. Sargento de la Guardia. Arma número 20/28. ¿Contenta?

—Bastante —cruzo los brazos sobre el pecho.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Siento un poco de culpa. Acaba de salir de una anestesia fuerte y aquí estoy yo, intentando imponerme.

—Lo siento —bajo la guardia—. Es que me preguntaste si era real. Tenía que comprobarlo.

Leo no dice nada, solo desvía la mirada hacia el techo.

—He soñado contigo —susurra con voz baja, apenas lo oigo—, después de cada maldita pelea. Por eso pensé que no eras real.

Esa confesión inesperada me sacude el suelo bajo los pies, haciendo que mi corazón, congelado durante tanto tiempo, se acelere. O tal vez sea la anestesia la que está hablando. Pero me quedo pegada al asiento, sin poder responder.

—Así que eres médico —dice Leo tras un largo silencio.

—Sí, soy novata. Hoy es mi segundo día de trabajo.

—¿Especialidad?

—Psiquiatra-neuróloga.

—Genial —sonríe con ironía—. ¿Ya necesito un psiquiatra?

—Todos necesitamos uno.

—Es cierto —responde con voz ronca mientras intenta incorporarse en la cama.

—¡Para! —Me levanto de un salto y le pongo las manos en los hombros—. ¡No puedes levantarte! Es muy pronto.

Con los dientes apretados, Leo se deja caer de nuevo y yo retiro las manos, como si me hubiera quemado. Esto no va a funcionar, Doctora Montana. Tenemos que salir de esta red de emociones complicadas.

Todos mis sentidos me dicen que es peligroso y debo hacerles caso. Después de todo el estrés que ha pasado, Stender no necesita más problemas. Ni siquiera ha preguntado cómo estoy. Quizás piense que soy mala en mi trabajo.

—Tengo que irme —me levanto, metiendo las manos en los bolsillos de la bata—. Intenta dormir un poco.

Leo no responde, solo parpadea con cansancio. Me apresuro hacia la sala de residentes, donde mi mentora, Mónica, se prepara para un nuevo día. Me quedan unos quince minutos. Necesito despejarme, o me será difícil concentrarme.

***

Será la primera y la última vez, chica. Te vas a casa.

—Mónica, estoy bien. Puedo seguir trabajando.

—Ya me has oído.

La morena se recoge el pelo en una coleta y revisa que tiene todos los papeles para la ronda.

—Y mañana estarás como nueva. Quédate con Stender y el otro paciente. El que aún no ha despertado es mío.

Parpadeo, sorprendida. Pensé que por ahora solo sería una interna de recados, pero resulta que ya tengo que ocuparme de los pacientes. También estoy…

—Mónica, Stender es mi hermano. Según las normas…

—No están emparentados legalmente —responde con una mirada seria—. Y, de todos modos, Alexa, recuerda dónde trabajas. Esto es un hospital militar, no una guardería de niños. Así que mantente firme. Tu firma en el formulario de alta es lo más importante y los soldados estarán ansiosos por irse a casa, así que estarán nerviosos. Y, por cierto, no vuelvas a discutir conmigo. Ahora, vete a casa.

Me recuerda algo importante: aquí no decido nada. El hospital es definitivamente un hospital militar y mi jefa tiene una actitud de mando. Pero es un genio en su campo, así que vale la pena callar y aprender. Y no discutir, por supuesto.

Veo a Andrea cuando salgo del hospital. Se pelea con su pase en el torniquete y llega tarde.

—Alexa, ¿adónde vas?

—Mónica me ha ordenado que me vaya a casa a descansar —respondo.

Masetti aprieta los labios.

—De acuerdo, lo hablamos en casa, ¿vale?

—Mm-hmm.

Andrea se marcha corriendo y yo camino tranquilamente por el callejón hacia casa. El otoño se acerca y ya empieza a refrescar. Las palmeras de los callejones reverdecen y los obreros retiran las ramas secas.

Necesito espacio, un poco de libertad para respirar y asimilar mis sentimientos. Debo aprender a vivir con ellos, porque son parte de mí. Dejar que salgan para poder pasar página y seguir adelante.

Seis años. Es mucho tiempo para que la gente cambie. Puede que Leo haya cambiado, pero ¿en qué dirección? Antes tenía un ancla: su madre. Pero murió hace tres años.

¿Y si ni siquiera lo sabe?

No lo creo. Debe de haber mantenido el contacto con su padre. Yo he vivido y sentido plenamente mi primer amor infeliz. Y me he perdonado a mí misma por mi debilidad y falta de carácter. Cuántas veces imaginé nuestro reencuentro, cuántos escenarios repetí en mi cabeza. Y cada vez me veía fuerte y valiente.

¿Hoy lo he sido? Pasar la página… No es fácil. Y tengo que asumir una relación médico-paciente. Sí, es lo correcto. Está en el pasado. Solo somos viejos conocidos: médico y paciente. Eso es lo correcto.



Capítulo 4: Alexa

Después de pasear por el parque, alimentar a los patos y comerme dos helados, logré calmarme un poco. Pero al llegar a casa, mi ánimo se desplomó.

Últimamente, la compañía de Michael me deprime. Sus constantes quejas porque no quiero irme a vivir con él y sus llamadas cargadas de reproches. Ni siquiera le gusta el largo de mi falda o el brillo de mis labios.

Y ahora está ahí, sentado en un banco frente a la entrada, con su típico aire de disgusto.

—Hola —lo saludo sin mucho entusiasmo.

—Hola —responde con gesto serio.

—¿Llevas mucho esperando?

Me siento a su lado.

—Si contestaras el teléfono, lo sabrías. ¿Dónde estuviste anoche?

—De servicio —respondo, cansada de este interrogatorio.

—¿El primer día?

—Exacto —lo miro fijamente.

No creo que podamos seguir así.

—Llegaron heridos de Siria y faltaban manos.

—¿Y tus manos de psiquiatra fueron útiles? A diferencia de las de Masetti, claro.

Siento cómo la ira y el resentimiento se acumulan dentro de mí. Me levanto bruscamente.

—También soy neuróloga. Así que sí, se necesitaban mis manos —le corto, girándome hacia la entrada.

Pero Michael me agarra la muñeca y me tira de mí hacia él, no hacia el banco, sino sobre su regazo.

Siento sus labios en mi cuello, en mis labios…

—Michael, basta —me zafo de su abrazo—. Estamos en la calle.

—Vamos a tu casa. Andrea ya se ha ido.

¿Cuánto tiempo has estado esperando? Y Masetti ni se fijó en él, estoy segura.

—Solo si es para tomar café —digo, marcando el límite y caminando hacia la puerta.

Michael me sigue, suspirando.

Entro y dejo caer mis zapatos, colgando el bolso en el gancho. Michael vuelve a atraparme, empujándome suavemente contra la pared.

—Alexa —susurra al oído y su aliento me hace estremecer.

—Mich… Déjame, estoy cansada. Necesito ducharme e irme a la cama. Si no quieres café, nos vemos mañana.

—¿Me estás echando? —me mira con rabia, alejándose un poco.

—No, solo… Han sido veinticuatro horas sin parar.

Dios, estoy agotada.

—Ha pasado casi un año —su voz sube de volumen y yo solo quiero taparme los oídos—. Has dicho… ¿Cuánto más necesitas?

—Basta.

—Alexa, ¡no soy de hierro!

—¡Ya basta! ¡Demasiado!

—Sigues repitiendo lo mismo.

—Michael, ¡fuera!

Michael abre la puerta de un tirón y se va, dando un portazo que resuena en el silencio. Me desplomo en el suelo.

¿Cuántas veces más podré soportar esto? ¿Cómo hago para que entienda que sigo luchando por superar esta pesadilla?

Y ahora ha aparecido Stender…

¿Cómo se supone que voy a manejar todo esto?

Solo quiero que Andrea vuelva esta noche y poder acurrucarme en su regazo, relajarme y tranquilizarme. Como siempre, cuando tengo el pánico.

***

Me despierto a las cuatro de la mañana porque mi teléfono zumba bajo la almohada. Es algún tipo de spam. Anoche me quedé dormida en el sofá de la sala común y alguien me tapó con una manta.

No puedo volver a dormirme. Me meto en la cama con Andrea. Mi amiga se revuelve y me echa un trozo de manta encima.

—¿Cómo estás? —murmura, medio dormida.

—Ya estoy bien. Vuelve a dormirte.

Andrea se da la vuelta y yo me quedo mirando al techo.

La información me inunda de alivio. Se me escapan algunas lágrimas, pero estoy contenta de que recupere la vista.

Tengo que recordar cómo tratarlo de manera profesional, como paciente. Con Stender no será fácil, pero no necesito meterme en su cabeza. Mi trabajo es asegurarme de que sus funciones cognitivas estén intactas tras el trauma.

Eso es todo.

Sin poder dormir, salgo de la cama de Andrea en silencio para no despertarla. Me dirijo a la cocina y preparo el desayuno: tortillas. A Andrea le encantan las tortillas con leche condensada, pero solo para el desayuno, nada de dulces durante el día.

Cuando suena el despertador, Masetti se levanta, sonriente al ver el resultado de mi insomnio.

Desayunamos, nos vestimos y salimos pitando hacia el hospital. Hoy llueve, algo poco habitual en esta época del año, pero trae un soplo de otoño que tanto me gusta.

En la oficina de residentes, Mónica me saluda con un vaso de café. La habitación huele delicioso.

—Hola —dice, mientras muerde un cruasán—. ¿Lista para el trabajo y la defensa?

—Lista —respondo, sacando una bata del armario.

—Tienes una pila de expedientes en la mesa. Llevamos un expediente diferente para cada paciente y, tras el alta, lo archivamos con el expediente general. Empieza a rellenarlos y luego haz las rondas. Haces la entrevista inicial, sacas conclusiones y, si es necesario, preparas las indicaciones. Después de comer, discutimos y aprobamos. ¿Entendido?

—Ajá.

—Pues vamos.

Mónica tira el vaso desechable a la papelera, se asegura de que el martillo esté en su bolsillo y, con un guiño, se marcha. Su energía me impresiona; siento que me contagia, llenándome de fuerza para el trabajo. Esta mujer menuda y hermosa es increíble. Puede ser brusca, pero me estoy acostumbrando.

Preparo los historiales de los recién llegados y estudio a los que llevan más de un día en el hospital. Mónica me ha asignado ocho pacientes, mientras que ella tiene más de veinte

expedientes activos sobre su mesa, además de otros tantos en monitorización remota. Tengo que hacerlo perfecto.

Es hora de las rondas. Siguiendo el ejemplo de Mónica, tiro mi vaso vacío, compruebo que el martillo sigue en su sitio y sonrío al darme cuenta de que he copiado a mi jefa. Visitamos primero a los recién llegados. Disimulo mi emoción lo mejor que puedo.

¡Confía en ti misma, Alexa! Entro en la habitación del hombre quien ayer sonrió a Andrea.

—Hola —digo con confianza desde la puerta.

Las presentaciones y las conversaciones con los pacientes fluyen sin problemas. Se me da bien. Tomo notas detalladas de lo que quiero consultarle a Mónica más tarde. En unos diez minutos, hemos terminado.

Es hora de seguir adelante. Camino, pero mis pasos se ralentizan al llegar a la puerta de la habitación. Siento los dedos temblorosos y las palmas sudorosas. Inhalo. Inhalo. Y giro el pomo.

La habitación de Stender huele bien, nada hospitalaria. Hay un toque de medicina, claro, pero también un rastro de “L'Imperatrice” de Dolce & Gabbana. Y veo el porqué.

La enfermera de planta está cambiando el goteo a Stender, pero parece más concentrada en mantener la espalda recta y reírse coquetamente. Leo está recostado con un brazo sobre la cabeza y sonriendo. Se venda un ojo. En el otro, una arruga de sonrisa se dibuja en el rabillo del ojo. Claro.

La enfermera se inclina para ajustarle la sábana, pero parece más interesada en estrangularlo con los pechos. Qué asco. Me siento como si estuviera viendo una película porno barata. Es nauseabundo. Además, debería estar trabajando; hay otros pacientes que también necesitan atención, y ella está perdiendo el tiempo.

—Gracias, ya puedes irte. —No reconozco mi propia voz, nunca había sido tan tajante—. Los demás pacientes te esperan.

La chica se endereza y me mira, sorprendida, con los labios apretados, evidentemente pintados con poca luz, porque de otro modo no habría fallado tanto el contorno.

—Buenos días, doctora Montana, pero aún no le he puesto la vía intravenosa a Leo.

—Yo me encargo. Sigue con los otros pacientes.

Con una mueca la enfermera se marcha. Me vuelvo hacia Stender, que apenas contiene una sonrisa.

—Buenos días, Leo.

—Hola —responde, observándome atentamente sin cambiar su pose relajada.

Cuelgo la botella de solución, retiro el relleno y conecto el sistema. En realidad, esto debería hacerlo una enfermera, pero nuestros profesores insistían en que un doctor también debe saber realizar estas manipulaciones. Mi trabajo a tiempo parcial en el servicio de ambulancias me enseñó bastante.

—Mano —le ordeno, preparando la medicina.

En silencio, extiende el brazo, doblando el codo hacia afuera. Veo las lenguas negras de un tatuaje que suben desde su muñeca, enredándose por toda su piel, dificultando la tarea de encontrar la vena correcta. Y lo logro: clavo la aguja a la primera. Leo me observa en silencio todo el tiempo. Parece estar disfrutando, como si supiera, que lo que sigue es aún más difícil: la conversación.

Me enderezo, coloco un mechón suelto detrás de la oreja y saco la tableta con su expediente.

—¿También me cambiarás el pato? —pregunta con una mirada burlona.

Burlón. Muy gracioso, hermanito…

—No necesitas un pato —respondo, recobrando la compostura—. Puedes caminar.

—No puedo. Tengo las piernas destrozadas —dice, con un brillo divertido en los ojos.

—Bueno, Stender, ya verás…

—Puedo pedirle a Luka, nuestra enfermera, que te ponga un catéter más grueso, si es que tienes las piernas tan mal.

¿Por qué demonios me molesta tanto? Y ese estúpido mechón sigue cayendo en mis ojos.

—Te has cortado el pelo —dice Stender en voz baja, y de repente, el cambio de tono me incomoda.

—Necesito hacerte unas preguntas —siento mi voz traicioneramente ronca y tengo que aclararme la garganta.

—Vamos, doctora trivial, haz tus preguntas.



Capítulo 5. Alexa

En los cuatro días que Masetti y yo hemos estado en la academia con el resto de internos, no ha pasado nada importante. Mónica ha dado el alta a dos de mis pacientes, pero, por supuesto, me dejó a mí la tarea de organizar sus historiales. Decido hacerlo ahora. Ha habido una confusión con las rondas.

No pude hablar con Stender porque, según la enfermera, estaba reunido con el cirujano. La verdad es que me alegré, pues sé que ese encuentro es inevitable, pero prefiero posponerlo. Al menos puedo trabajar en paz, sin los nervios que me provoca verlo.

—¡Hola, adicta al trabajo! —exclama Andrea mientras entra flotando en la sala de residentes con un recipiente en la mano—. Quizá podamos comer aquí, porque no tenemos tiempo para nada. ¡Qué injusto!

—Sí, pasa —le respondo—. Estoy aquí terminando unos historiales.

Masetti se deja caer en el sofá y abre sus provisiones.

Hoy mi almuerzo es escaso: una manzana y un huevo cocido. No tuve tiempo de preparar algo más contundente. Andrea mastica una zanahoria mientras habla de sus pacientes y, por supuesto, del jefe.

—Me invitó a tomar un café.

—¿Y tú? —pregunto, mientras muerdo la manzana y sigo tomando notas.

—Acepté, por supuesto, —sonríe Andrea, deslumbrante—. Bueno, no de inmediato…

Un golpe fuerte en la puerta nos sobresalta. Sin esperar permiso, la puerta se abre de golpe. Mi hermanastro aparece en el umbral.

—Hola —me dice mientras camina con determinación hacia mí—. Fírmalo.

Deja un formulario uniforme en la mesa frente a mí.

—¡Oye! —Masetti es la primera en reaccionar—. Esta es la oficina de residentes, y…

Con una expresión completamente impasible, Leo se acerca a Andrea, la toma del codo y la empuja hacia la puerta, murmurando algo a modo de despedida. Me quedo con la boca abierta, sin saber cómo reaccionar.

—Fírmalo —Stender vuelve a dirigirse a mí.

Miro el formulario que ha puesto sobre mi mesa, cubriendo todo mi papeleo.

—¿Esto es el alta? —pregunto, sorprendida—. Pero llevas menos de una semana en el hospital. No puedo firmarlo.

—Claro que puedes.

—Además, tu médico principal es cirujano. Richard nunca daría el alta tan rápido.

—Ya lo hizo.

Leo señala la firma y el sello de Richard, y no puedo creer lo que veo.

No sé cómo convenció al cirujano para que lo diera de alta tan pronto, pero la firma y el sello son indiscutibles.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque tiene que ser así.

—¿Eso es todo? —Cruzo los brazos sobre el pecho, mostrando que no me dejaré manipular—. ¿Tiene que ser así? Aún te estás recuperando. No puedo darte el alta.

Mi postura profesional parece exasperar a Leo. Con una sonrisa burlona, me empuja de la silla, abre un cajón del escritorio y saca mi sello.

—¡Leo!

Gira la tapa y estampa el sello en su formulario. Luego me jala hacia atrás y se inclina sobre la mesa, apoyando las manos a ambos lados de mí. Tengo que inclinarme un poco para evitar que nuestras cabezas choquen.

—Fírmalo —dice en voz baja, pero la amenaza es clara.

Solo un idiota no la notaría. O una idiota. Como yo.

—Sabes… —Podría llamar a los paramédicos ahora mismo. Te retorcerían y te atarían a la cama. Y luego te sedarían.

—¿Sabes? —Stender se inclina cerca de mi oído; su voz me pone la piel de gallina—. Yo también podría retorcerte, pequeña, y atarte a la cama. Pero no te llenaría de sedantes.

La amenaza me paraliza, incapaz de responder. Me doy cuenta de que Stender no ha cambiado; es peor y más peligroso. Antes era un chico voluntarioso y cínico, pero ahora es un hombre que solo reconoce sus propios límites.

Y no tengo ni idea de dónde están esos límites. Está jugando conmigo, como un gato con un ratón, listo para golpear en cualquier momento.

—Fírmalo —gruñe de nuevo.

Con las manos temblorosas, agarro el bolígrafo y firmo rápidamente junto al sello. Solo quiero que me suelte, que se vaya y me deje respirar en paz. La niña que llevo dentro quiere correr a su habitación, cerrar la puerta y esconderse bajo las mantas.

—Gracias, hermanita —Stender toma el papel y sonríe como si nada hubiera pasado, aunque con esa malicia habitual.

—Tendrás que volver en una semana para una evaluación psiquiátrica.

Dios, ¿por qué tiembla tanto mi voz? ¿Por qué soy tan débil?

—Lo haré —dice Stender antes de desaparecer por la puerta.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre la mesa. Esto es un desastre total. He dejado que un paciente me manipule. Ni siquiera un paciente. He dejado que mi hermanastro vuelva a controlarme, a decidir por mí.

Hice lo que me dijo.

¿Cómo voy a sentirme fuerte y segura en la vida, como decía mi psicólogo?

Masetti entra sigilosamente, con el rostro pálido y la zanahoria sin terminar.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta asombrada.

—Mi pesadilla adolescente —gimió, agachando la cabeza.

—¿Y es de él de quien estabas enamorada?

Mi corazón late con un dolor enterrado. Sí, de él. Malvado, cruel, voluntarioso y decidido. Y sigue siendo igual.

—Lo siento, estaba confundida —Andrea se acerca y me pone la mano en la espalda—. Fue tan repentino. Me empujó y dijo que me rompería la cabeza si yo entraría. Luego cerró la puerta de un portazo. Quizá debería haber llamado a alguien…

—¡No! —La miro asustada, recordando la amenaza—. Déjalo ir.



Capítulo 6: Leo

¡Muerde, Cabrones!

Grito mientras derribo el trípode del lanzagranadas y lo recojo rápidamente. Tenemos que largarnos de aquí lo antes posible y de la forma más discreta.

—¡Stender, ¿te has vuelto loco?! —grita el comandante mientras subo al coche—. ¡Te han tendido una trampa y estás fuera de nuestro campo de tiro!

—Es un accidente.

—¡No jodas! La próxima vez te desarmarán, no es un consejo de guerra.

—Sí, claro. Da mucho miedo.

Es un buen comandante, pero le encanta la palabra “consejo de guerra”. Y se acabó. No es que alguien le desobedezca, es solo un metro dentro o un metro fuera.

—¡Podrían haberte atrapado desde allí!

Ignoro sus gritos y me remango. Hace un calor de mil demonios. Bueno, estamos en el infierno. Cuando el helicóptero estaba cerca de nuestro punto, hubo una explosión.

Lo único que recuerdo es que la pantalla se puso roja y todo se volvió sospechosamente silencioso. Muy silencioso. No, había sonidos, los sentía vibrar, pero no podía oírlos. Luego vino el dolor y la oscuridad. Y, en ese momento, pensé que había fallado.

***

La idiota vestida de blanco se siente frente a mí y me mira. Al principio, creí que estaba muerto y que un ángel se había equivocado de dirección. Luego me di cuenta de que estaba vivo y de que volvía a ver a la hermanita, la dueña de mis sueños.

Pero lo más sorprendente era que era real.

Esa conciencia fue abrumadora. De acuerdo, estoy vivo. Sé que estoy en Los Ángeles y que estoy en un hospital.

Pero… ¿Ella? Después de todos estos años y tras tantos intentos de sacarla de mi cabeza. Cuando había sellado mi corazón, borrando el recuerdo de su olor y su sabor. Cuando odiaba los sueños que me atormentaban y, al mismo tiempo, los disfrutaba, deformaba a hermanita en mi mente.

Me repetí tantas veces que ya no me importaba, que hasta me lo creí… Y ahora ella está aquí, en su pequeña bata, hecha un ovillo. Apretada como una cuerda, como si hubiera visto un fantasma. Y tal vez lo soy: el fantasma de su pasado.

Entonces, empieza a decir tonterías. Quiero levantarme y cerrarle la boca. Y luego está ese tipo. Lo reconocí enseguida. Se puso furiosa al verme. Intentó marcar su territorio de inmediato, extendiendo sus garras sobre ella. Que se joda. Y que se joda ella también.

El amor es una mierda. Estoy despertando de mi letargo, pero no es un despertar suave. Es algo viscoso y denso. Estoy congestionado y sediento.

—¿Qué coño?

El pegajoso cuerpo femenino de una mujer me halaga, echándome una pierna por encima.

¿Quién es y por qué está en mi cama?

—Mmmm… Vamos a dormir un poco más —murmura una voz ronca que no reconozco.

—No, nena, ya es tarde.

La chica se estira y se sienta. Veo cómo se le curvan los labios en la penumbra.

—León, eres un capullo, ¿lo sabías?

—Ya ha pasado tiempo. Vamos, tengo sueño.

Igual que siempre. Me río por lo bajo. Es la primera vez que la veo y ya me llama por mi apodo.

—¿Me has mirado mientras me hacías una mamada?

Su cara se tensa, sorprendida.

—¿De verdad no te acuerdas de mí? Soy Ada, de la clase mixta. Nos cruzamos tú y yo justo antes de la graduación.

Bueno, eso lo explica todo. Ada, la del grupo paralelo.

—Por cierto, ¿por qué te alistaste en el ejército?

Ada se pone los vaqueros, moviendo las caderas. Su trasero encaja del todo bien.

—Pensaba que habías sido el mejor en tus exámenes. Cualquier universidad te habría aceptado. Corría el rumor de que tú y tu hermanastra os habéis peleado.

—No es asunto tuyo. Vamos, vete, antes de que te deje en la calle semidesnuda.

La chica suspira, pero no discute. Se pone el sujetador y una blusa translúcida, se calza los zapatos y, antes de irse, deja un papel en la cómoda del pasillo.

Al principio, quiero tirar su número de móvil, pero luego cambio de opinión. Déjalo estar; Ada sabe cómo hacer una buena mamada.

Son casi las tres. No tengo ganas de dormir. El idiota me preguntó cómo duermo. Variando. A veces como un muerto y a veces quiero arrancarme los ojos para no ver más.

Bebí demasiado anoche. Ahora me duele la cabeza. Saco las pastillas que me recetó el médico y me tomo dos de golpe. Por la mañana tengo que ir al departamento a resolver el contrato. Está a punto de expirar y ahora tengo la opción de no continuar.

Basta de luchar; es hora de construir una vida real en casa. Porque en la guerra no encontré lo que buscaba.

El agujero en mi pecho sigue ahí, pero ahora es más grande. Hoy mi padre me invitó a su empresa para ayudarme a encontrar trabajo en la ciudad. Acepté su ayuda solo por esta vez. Tengo lo suficiente para el alquiler y lo que gané en el ejército, pero para el coche, bueno, gracias, papá. Quería negarme y comprar uno de segunda mano, pero mi padre ni siquiera me escuchó. Dijo que quería regalarle algo a su único hijo por su regreso.

Al menos en eso acertó. Por analogía con mi primer amor, decidí optar por una belleza japonesa.

—Mira, hijo, elige.

La belleza negra con su mirada depredadora me eligió a mí. Ni siquiera necesito una maldita prueba de conducción. Le devolveré el dinero a mi padre en cuanto pueda. Acordamos reunirnos con Ronald y Bonito pasado mañana. Pero, uno está en una reunión en México y el otro de gira en un estado vecino.

Sigo al margen de la vida y es hora de hacer algo al respecto. Pero primero, necesito relajarme un poco. Y mañana, ocuparé la única deuda que me queda.

***

Me fumo el segundo cigarrillo seguido. Estoy esperando. No fue difícil encontrarlo. Solo tuve que esperar al final de la jornada. A las cinco y diez, mi viejo conocido baja al aparcamiento.

Disfruto viendo cómo sus ojos se abren de par en par al verme y cómo su cara se tensa. Vaya, hasta se ha puesto un traje. ¿Dónde coño está su chaqueta de cuero?

—Leo… —exhala, sorprendido, el que solía ser mi amigo—. No te había reconocido.

—Hola, Damon —me aparto del coche y doy un par de pasos hacia él—. La última vez no pudimos terminar la conversación.

El rostro de Damon se pone gris y su chaqueta cuelga de sus hombros. Sus ojos van de mí a la esquina del aparcamiento.

¿Va a salir corriendo?

De repente, una pequeña pelirroja sale corriendo de la esquina y grita salvajemente.

—¡Papi! —La niña se lanza a los brazos de Damon y lo abraza con fuerza—. Papá, ¡hola! —Luego frunce el ceño al verme—. ¿Quién eres?

Mierda. El maldito bastardo me mira con lástima mientras sostiene a su hija.

—Hola, pequeña —me acerco—. Soy un viejo amigo de tu padre. ¿Cómo te llamas?

—Kati. Tienes tatuajes, pero son negros, y a mí me gusta el rojo.

La chica mira mis manos con admiración. Su espontaneidad me desarma por un segundo.

—¡Damon!

Una mujer alta, con el mismo cabello rojo, aparece doblando la esquina. Kati se escapó otra vez. Le dije que tuviera cuidado con los coches, pero…

La mujer se detiene, volviendo su atención hacia mí.

—Hola —dice, y mira luego a Damon.

—Vanni, este es Leo. Un viejo amigo mío.

A quien jodiste con mucho dinero.

—Mucho gusto.

—Vanni —me tiende la mano, que estrecho ligeramente.

Veo cómo Damon se tensa. Sabe que no soy de los que perdonan. Y mucho menos olvido.

—Veo que hace tiempo que no se ven —sonríe Vanni—. ¿Te gustaría unirte a nosotros, Leo? Hoy hice un pato, y no puedo con todo. ¿Te gusta la carne?

—Me encantaría. Gracias, un placer.

Damon deja a su hija en el suelo. Veo cómo se ahoga con la corbata y el cuello de la camisa. Sus dedos tiemblan ligeramente.

Te estás meando, cabrón.

Los sigo con mi Lexus hasta su nido de amor.

El piso es luminoso y acogedor, con un toque africano. Jarrones de mimbre, cortinas ligeras… Todo muy tranquilo. Excepto Damon, que está sentado frente a mí en el otro lado de la mesa. El pato está delicioso y también lo está la ensalada.

Después, Vanni coloca jarrones con galletas y malvaviscos. Sirve café. La niña vuelve corriendo y se sube al regazo de su padre. No puede dejar de tocar mis tatuajes y saca un rotulador rosa de su bolsillo.

—Vamos a colorearte. Quedará genial.

—Kati —dice Damon suavemente—. Deja en paz a nuestro invitado. No le gusta el rosa.

La niña me mira con el ceño fruncido, agarra unas galletas y sale corriendo.

—¿Cuántos años tiene? —pregunto, tomando una galleta.

—Casi cuatro —responde Vanni desde la cocina—. Ustedes dos, charlen. Voy a entretener a Kati antes de que decida pintar las paredes.

Cierra la puerta de la cocina y Damon se pone serio al instante.

—Leo, por favor.

—Así que, ¿Enzo te alimenta bien, veo?

—Solo trabajo para su padre. Nada importante, solo un oficinista más.

—¿Un oficinista? —me reclino en la silla—. No seas ridículo, Damon.

—Es en serio.

Miro a mi antiguo camarada y disfruto del momento. ¿Cómo pude confiar en él? Se le nota en la cara que es un hombre de negocios. Es hora de acabar con esto.

—¿Y qué vamos a hacer, colega? —digo, acercándome a la mesa—, ¿lo vas a arreglar tú o le pedimos ayuda a la encantadora Vanni?

—Leo… Su voz tiembla y el pánico asoma en sus ojos. —Lo siento, no sabía que tú y Enzo estaban enfrentados. O que te tomares en serio a la chica.

—No pensaste en nada. Solo en el dinero. ¿Verdad, Damon?

Suspira, baja la mirada hacia sus manos entrelazadas y se queda en silencio. No importa, tengo todo el tiempo del mundo.

—Tengo una idea para ti, Leo.

—¿Buena? ¿Hablas en serio? —No puedo creer que este cabrón intente meterme de nuevo en el mismo lío.

—Escúchame primero —Damon me mira—. Don cerró ese lugar hace tiempo. Ahora el club está limpio y entrenan a futuras estrellas. Pero, por lo que he oído, Chino está arruinando la organización. Necesitan a alguien que pueda tomar las riendas del club.

Eso me pica la curiosidad. Podría estar vivo el asunto.

—Te escucho.



Capítulo 7: Alexa

Stender no apareció a la cita de seguimiento, ni una semana después ni dos. No esperaba mucho, pero en el fondo tenía la esperanza de que se preocupara por su salud. Compartí mis preocupaciones con Mónica.

—Como te digo, Alexa —Mónica ajusta sus gafas—, el paciente es tu responsabilidad. Desde el punto de vista legal, puedes pedir la intervención de los agentes judiciales y llevarlo a un hospital para que lo evalúen, ya que no es solo un civil. Pero, ¿quieres eso?

—¿A qué te refieres?

No entiendo del todo su punto de vista.

—Me refiero a que es tu hermano. No querrás manchar su reputación profesional.

Intenta llevar la conversación por el lado familiar.

Pienso en lo que dice. No tengo ni idea de dónde encontrarlo. Tal vez Leo se haya ido a otra ciudad o esté perdido en algún rincón de esta o vuelto en ejército.

Por supuesto, no involucraré a agentes judiciales; eso sería una pesadilla, y un examen psiquiátrico obligatorio es como una marca que te cierra todas las puertas en el futuro. No quiero arruinarle la vida a Stender. Pero también debo hacer mi trabajo para evitar problemas.

Decido llamar a George.

—Hola.

—Hola, gatita, ¿me has extrañado? Hace tiempo que no nos visitas a tu madre y a mí.

—Bueno… claro que sí, pero esto es otra cosa.

—Te escucho.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Leo? Tenía una cita y no se ha presentado.

Mi padrastro suspira y guarda silencio un momento.

—Era de esperar. Es Leonardo —dice George, cansado—. Puedo darte su número o su dirección. En realidad, lo encontrarás más rápido en el “Club León”.

Los recuerdos me golpean como un rayo. El “Club León”… Ese lugar oscuro que lo cambió todo y que estuvo a punto de hacerme quebrar.

—Alexa, ¿por qué estás tan callada? —George interrumpe mis pensamientos—. Te enviaré la dirección. Leo dice que necesita tiempo para acostumbrarse a la vida civil. Está entrenando a chicos en el club. Pero quizás tú, hija mía, puedas convencerlo para que venga a trabajar conmigo.

Me parece bien, aunque sé que no tengo ninguna autoridad sobre él. Nuestros padres nunca supieron lo profundo de nuestra enemistad. Se dieron cuenta de que no nos llevábamos bien, pero no imaginaron hasta qué punto.

—Lo intentaré —le prometo a George, aunque sé que es una mentira piadosa.

Pero tengo que hacer mi trabajo, al menos intentarlo. Mientras George y yo nos despedimos, pienso en la situación. Aunque encuentre a Leo, ¿qué le diré? ¿Cómo será el encuentro?

Si hay gente alrededor, ¿qué pensarán? Si estamos solos, será aún peor. No puedo creer que mi vida profesional empiece de esta manera. Mónica seguramente sabía de mi confusión con Leo y me asignó esto a propósito, dejándome a la deriva.

Al final de la jornada laboral, llamo a un taxi y doy la dirección del club. Simplemente lo hago. Dejo mis emociones de lado y actúo como una profesional.

Olvido con quién estoy tratando. Además, tengo planes para esta noche. Michael dijo que terminarían pronto y que podríamos salir. Al cine o a un restaurante. Me encantaría pasear por el paseo marítimo. Agosto fue sofocante, pero septiembre es un poco mejor.

¿Qué puede ser mejor que pasear por la orilla de un lago en el parque, respirando el aire fresco, con el resplandor de las luces sobre el agua oscura?

***

Decidida, salgo del taxi, pago al conductor y me dirijo a la entrada. El diseño del edificio es el mismo que recuerdo de la noche de graduación. Los cristales son oscuros y hay un enorme león estampado en la puerta principal. Igual que el tatuaje que Stender tiene en el hombro.

Al llegar al umbral, mi determinación se desmorona como una pompa de jabón. Una oleada de pánico me recorre, haciéndome temblar las rodillas. No puedes, Alexa. No puedes tener tanto miedo de las sombras del pasado.

—Hola —una chica amable en la recepción me sonríe—. Bienvenida al Club León. ¿En qué puedo ayudarte?

—Buenas tardes. Busco a Leo Stender.

—¿Puedo saber por qué?

La sonrisa se vuelve más tensa, casi forzada.

—Claro que sí. Y explico sobre el asunto familiar.

—El señor Stender está ocupado en este momento. Está teniendo una sesión de entrenamiento personal.

—No importa, esperaré.

La chica se encoge de hombros y se concentra en su monitor. Estoy aquí, tartamudeando, sin saber qué hacer. No puedo ir a buscarlo yo sola.

Pero, ¿por qué no?

—Eh, ¿adónde vas? —grita la recepcionista mientras camino por el pasillo.

Entro en una enorme sala dividida en sectores, inundada de luz artificial. La música y los sonidos de entrenamiento resuenan desde diferentes partes. Cerca de los cristales tintados, hay varias filas de máquinas de ejercicio. Varias personas se entrenan, pero no veo a Stender entre ellos.

Creo que la recepcionista dijo que estaba en un entrenamiento individual. Debe estar trabajando con alguien en pareja. Hay dos chicos en el ring grande del centro; el más pequeño, al lado, está vacío. Sigo caminando y veo otro ring. Aquí hay dos hombres entrenándose y reconozco a Stender de inmediato.

Dudo si interrumpirlos. Su oponente es un poco más bajo y delgado que él. Lleva casco y guantes. Stender lleva pantalones de chándal negros, camiseta y guantes, y una máscara respiratoria. Trato de mantenerme profesional, pero no puedo evitar sentir miedo.

Y algo más, una sensación extraña que sube por mi columna, dejándome los nervios de punta. Miro el combate con la boca entreabierta. Cada movimiento, cada golpe, es preciso.

Al acercarme, noto una vena de tensión en la frente de Stender. De repente, su mirada se cruza con la mía, pero enseguida vuelve a su oponente. Hace un agarre y luego detiene el ejercicio.

Chocan los guantes y se dispersan. Stender se quita la máscara y salta fuera del ring deslizando las correas. Instintivamente, doy un paso atrás, pero me obligo a mantenerme firme. Estoy aquí por una razón.

—Hola —digo con toda la confianza que puedo reunir—. Necesito hablar contigo.

—Habla —dice Leo, mientras trata de normalizar su respiración.

Se limpia el sudor de la sien y se revuelve el pelo empapado. Mis ojos se quedan pegados a esos movimientos. Dios, va a pensar que soy rara.

—No te presentaste a la cita.

—¿Y?

—No puedes hacer eso, Leo. Fue una herida grave.

—No seas pesada. Sé concreta.

Grosero y desagradable. ¿Esperaba algo diferente? Trago saliva. Cuanto antes termine, antes seré libre. Cine, restaurante, paseo marítimo… Saco mi cuaderno del bolso, lista para tomar notas.

—Dios mío —Stender mira al techo—. Vamos.

Funcionó. Stender me lleva a una pequeña oficina. Echo un vistazo. Es acogedora. Hay sofás de cuero, un par de sillones, un plasma en la pared y dos escritorios con ordenadores. En las paredes hay estantes con copas y premios, carteles de Muhammad Ali, Mike Tyson y otros campeones que no reconozco.

Leo se sienta en una silla junto a uno de los escritorios, estirando las piernas cruzadas. Cruza los brazos sobre el pecho y señala una de las sillas.

—Habla —repite.

Me coloco el bolso en el respaldo de la silla y me siento.

—Déjame echarte un vistazo.

—¿Por qué?

—Porque es lo correcto.

—No.

—¡Leo!

—No.

La conversación ha terminado. Stender se levanta, dándome a entender que yo debo hacer lo mismo.

—¿Con qué frecuencia tienes dolores de cabeza?

—¿Qué te hace pensar eso? Stender se detiene y me mira, desconfiado.

—Hay un paquete de analgésicos en tu mesa. Está casi vacío.

Leo vacila, me mira pensativo y luego se sienta de nuevo. Suspira, irritado, como si tomar una decisión le costara un mundo.

—De acuerdo.



Capítulo 8: Leo

Jack está trabajando bien hoy. Un poco más y estará listo. Yo, en cambio, me he vuelto a levantar hecho polvo. Llevaba media noche con la cabeza a punto de estallar. Damon tenía razón: el club está bien para empezar, pero lleno de problemas.

El padre de Chino, el creador y dueño, perdió el interés y el control hace mucho tiempo. Y su hermano, después de lo de las subastas, desapareció. Y Chino solo está en el papel oficial.

Con un poco de cabeza y persistencia, podríamos pedir un préstamo y comprar el club. Al viejo le encantaría jubilarse. Pero primero tengo que ver quién más está interesado.

El mundo ha cambiado en estos seis años. Ahora, antes de entrenar en serio, los tipos no olvidan colgar fotos de sus bíceps en Instagram. Llevamos rato entrenando.

El respirador me roba el aliento, pero me obliga a trabajar más duro. Mis músculos arden, derritiendo la rabia que finalmente puedo canalizar. Hago una finta hacia atrás al notar una figura esbelta junto al ring.

Pelo rubio, ojos enormes y asustados.

“Idiota —pensé—. ¿Qué hace aquí?”.

Rápidamente, rodeo a Jack y le hago un suave agarre en el cuello para indicarle que el entrenamiento ha terminado. Jack da las gracias y se va a estirar. Yo me acerco a mi hermana. Se sobresalta un poco, pero luego levanta la barbilla y empieza con su charla médica.

No necesito discutir con ella en el gimnasio sobre mis glóbulos rojos y blancos. Mejor vayamos a la oficina de entrenadores. Me haré el examen. Tiene razón. He estado lento desde la lesión. Sin resistencia, sin velocidad. Y esos malditos dolores de cabeza…

Sé que puede llevarme meses recuperarme de la anestesia, pero no tengo tiempo para esperar. Mientras saca sus cosas del bolso, la observo. Sigue siendo una ovejita un poco estirada.

Ha adelgazado. No lleva bata blanca, solo vaqueros negros y una blusa clara. Normalmente, las chicas engordan un poco después de salir del colegio, pero ella está delgada. Incluso sus pechos son más pequeños.

Parpadeo. No le mires las tetas. Es ridículo. Pero no puedo evitarlo. No me suelta del todo. He cambiado de perfume, pero su olor sigue excitándome, como la mañana después de la fiesta de Enzo, en la cocina, cuando me ha encendido por primera vez.

Hay algo en su falta de atrevimiento que me emociona. De repente, la imagino bajo el idiota de su compañero de clase, corriéndose.

Joder, Stender, ¿por qué esa toxicidad?

Tal vez sea hora de buscar el número de Ada del paralelo.

—Dame la mano —dice, tirando del manguito de la tensión arterial por encima de mi hombro.

El manguito cruje y se ajusta cuando empieza a bombear.

—Relaja, por favor, los músculos —murmura, haciendo otro intento.

Anota los datos en su cuaderno y asiente, satisfecha. Supongo que no voy a morir hoy.

—Ahora sigue el martillo solo con los ojos. Mantén la cabeza quieta —se coloca justo frente a mí.

Obedezco, sintiéndome como un niño de primaria ante el profesor. Sigo su mano arriba y abajo, en ambas direcciones, en círculo.

—Bien. —Ahora, endereza el cuerpo —se pone detrás de mí y, instintivamente, me tenso.

No me gusta que alguien se ponga detrás de mí. Un resorte se enrosca en mi interior cuando sus finos dedos tocan mi cuello.

Joder, pequeña, estás caminando sobre hielo muy fino. Y justo al borde.

Me pasan las manos por las vértebras cervicales. Empiezo a contar gatitos muertos en mi mente para distraerme. Rodea todo mi cuello y la garganta con las palmas de las manos, dejando los pulgares en la base del cráneo, y me obliga a inclinar la cabeza hacia delante.

—¿Sientes algo como una descarga eléctrica en la columna?

—No —respondo con voz ronca.

Joder. Deberías saber dónde me divierto.

—Ahora relájate. Voy a tirar a ti, hacía a mí. No intentes sujetarte. Necesito medir tu reacción. Te cogeré, no te preocupes.

—¿De verdad? —No tengo miedo—. No puedes sujetarlo.

—Lo haré —dice con seguridad.

De acuerdo. Intento relajarme. Resulta que no es tan fácil. Sobre todo cuando tengo a la pequeña detrás y me agarra de los hombros. Puedo sentir su impulso antes de que tire. Siento la tensión en mi piel.

Y, por supuesto, no puede sujetarme.

—¿Has comprobado lo que querías?

Vuelvo a sentarme.

—Sí —anota algo más—. ¿No estás mareado?

—No.

La señorita Montana escribe durante unos minutos y luego me mira.

—Por ahora todo va bien. Los dolores de cabeza deberían desaparecer pronto. Si empeoran, llama o ve al hospital.

Me entrega una tarjeta con su número de teléfono y guarda sus cosas en el bolso. Se muestra una seriedad, pero se muerde el labio. De repente, su estómago ruge con fuerza.

—Lo siento —dice, avergonzada, mientras clava sus ojos azules en los míos y se ruboriza—. Me salté el almuerzo.

—¿Otra vez manzana y huevo para desayunar? —Recuerdo su comida cuando vine a darme de alta—. ¿O solo café sin azúcar?

No sabe qué decir, está perdida.

—Has adelgazado. ¿Estás comiendo?

—No —contesta, sorprendida por la pregunta.

Pero me molesta que me sermoneen. Y ella está aquí para sermonearme.

—Siéntate —me levanto y saco una tapa de comida de la pequeña nevera.

—Leo, no, estoy a punto de… —intenta protestar, pero ante mi mirada se sienta en el borde de la silla.

Me doy cuenta de que nada ha cambiado. Me mira como si no le estuviera ofreciendo comida, sino como si fuera yo quien la fuera a devorar. Caliento el recipiente en el microondas, sintiendo sus ojos clavados en mí. Me sorprende darme cuenta de que no me molesta como solía hacerlo.

—Come —pongo las patatas guisadas y la carne caliente en la mesa, junto a un par de tomates.

Me mira como si llevara un disfraz de conejo de Pascua. Pero obedece, toma el tenedor, arranca un trozo y lo mastica con cautela.

—No te envenenarás —digo más tranquilo, aunque verla comer así me da ganas de hacer cincuenta flexiones.

En lugar de eso, tomo otro tenedor y me uno a ella.

—Está bueno. ¿Lo hiciste tú?

—Es fácil.

—No sabía que se podía hacer eso.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. Pero lo que sabes es suficiente. Así que come y no hables demasiado.

—Gracias —dice, limpiándose los labios con una servilleta y levantándose—. Estaba muy bueno, pero tengo que irme.

—No has comido nada. Siéntate.

La agarro de la muñeca con la intención de hacerla sentarse de nuevo. La manga de su sudadera se desliza un poco, dejando al descubierto una larga y ancha cicatriz morada que va desde la muñeca hasta el codo.

¿Qué demonios es eso?

Parece una cicatriz profunda, no muy antigua.

—¿Qué es eso? —pregunto, frunciendo el ceño.

La hermana vuelve a convertirse en un ratón asustado e intenta zafarse. No, querida. La sujeto con firmeza, esperando una respuesta.

—Leo, suéltame —no levanta la vista y empieza a sacudirse, temblando.

—¿Qué te pasó? —repito, enfatizando cada palabra y tirando de ella hacia mí—, ¡cariño, te hice una pregunta!

Me mira con ojos llenos de lágrimas, asustada.

Y me golpeo en la cabeza con un zapato.

Yo hice esto. No le dejé esa cicatriz, pero la herí de otra manera. La rompí hace seis años con mis propias manos.

Llegó a nuestra casa como una chica despreocupada, llena de sueños. Y yo, con mi odio y rabia, con mi enfermiza atracción, la convertí en esto: una polilla pálida e intimidada.

Creo que nunca se recuperó.

—Te escucho.



Capítulo 9: Alexa

Suelto un suspiro desgarrador.

—Déjame ir, por favor. No me hagas recordar.

—Te escucho —dice Leo con su voz cortante como el acero.

—Leo, me duele, suéltame.

Él afloja lentamente los dedos, pero su mirada sigue exigiendo una respuesta.

—Es una marca de cuchillo —digo con voz temblorosa mientras el aire araña mi garganta al salir.

—Entiendo. No me digas que intentaste cortarte las venas.

—No, claro que no —me sorprende su suposición—. Fui… Me atacaron. Hace poco más de un año.

La mirada de Stender se oscurece y en él veo emociones que no quiero ni imaginar. Mis manos se cierran en puños y mi mandíbula se tensa.

—¿Quién?

Me abrazo a mí misma y desvío la mirada.

¿Por qué me obliga a hablar de esto?

¿No ve que no quiero?

¿O es que hacerme daño sigue siendo su pasatiempo favorito?

—Idiota, no me hagas pedírtelo dos veces.

Oigo su respiración cerca, erizándome el vello de la nuca y entumeciéndome la piel del cuello.

¿Por qué necesita saberlo?

¿Por qué?

—No los conozco. Trabajaba a tiempo parcial en una ambulancia y, cuando volvía caminando por la plaza, me siguieron tres tipos.

Me quitaron el bolso; me obligaron a quitarme los pendientes y el reloj. Pero no pude quitarme la pulsera que me había regalado tu padre por mi cumpleaños, la de las esmeraldas, porque tenía miedo en las manos —mi voz suena extraña, apagada—. Y me la cortaron con un cuchillo.

Vuelvo a esa tarde de verano en el jardín público. Recuerdo que ni siquiera noté cuando los tres tipos se levantaron del banco y me siguieron. Se movían en silencio, sin hablar ni reír, y eso me pareció extraño. La luz amarilla de las farolas alargaba las sombras de los árboles en manchas largas y dentadas. Di media vuelta y fui hacia el sendero cuando uno de ellos me llamó.

"Para", fue todo lo que dijo.

Yo no corrí, no intenté escapar. Me quedé allí, viendo cómo se acercaban lentamente. Al principio, ni siquiera hablaron. Cogieron mi bolso y revisaron lo que había dentro.

Recuerdo cómo se me cayó el móvil y se rompió, y uno de los atracadores me insultó con palabras repugnantes. Luego me ordenaron que me quitara los pendientes, el reloj y la pulsera.

Lo hice, pero el cierre de la pulsera se atascó. Entonces, el más grande y asqueroso de ellos me agarró del brazo. Recuerdo el brillo opaco del cuchillo bajo la luz amarilla de las farolas y, luego, el ardor en mi mano y el dolor insoportable. La sangre caliente goteaba sobre mis sandalias.

—¿Te golpearon? —su voz es casi un susurro, y su respiración suena pesada y entrecortada.

¿Me golpearon? Sí, recuerdo el dolor. En el hospital dijeron después que había salido bien: una leve conmoción cerebral y el labio partido. Pero yo ya había dicho adiós a mi vida. Y si no hubiera sido por ese perro enorme que saltó de los arbustos…

—Me golpearon unas cuantas veces —respondo en voz baja, sintiendo que las lágrimas se agolpan en mis ojos.

¿Por qué me hace revivir esa noche horrible?

He trabajado mucho conmigo misma y con los especialistas para volver a la normalidad.

¿Por qué me hace recordar?

—¿Hicieron…? —La voz de Leo se quiebra, traicionando su tensión—. ¿Hicieron algo más?

De repente, me agarra de los hombros y me hace girar para mirarme de frente.

—Alexa —su voz se vuelve firme y sus ojos me miran directamente—, ¿hicieron algo más?

Sé lo que quiere decir.

—No, solo esto —respondo, tratando de sonar segura.

No puedo contártelo todo.

—Nada más.

Stender me suelta y se aleja hacia la ventana. Apoya las manos en el alféizar y se queda en silencio.

—¿Fuiste a la policía? ¿Los encontraron?

—Lo hice —me encojo de hombros, intentando recuperar la compostura—. Pero dijeron que era poco probable que los encontraran. No recuerdo sus caras.

Stender sigue mirando por la ventana, con una expresión impenetrable. Es como si llevara puesta una máscara que oculta cualquier emoción.

—Vamos, te llevaré a casa.

—Puedo ir sola, Leo.

—Joder, niña, ¿cuándo vas a dejar de discutir conmigo? Vámonos.

* * *

Espero junto a la puerta, dándome la vuelta cuando Leo se quita la camiseta empapada para cambiarse. Ahí estoy otra vez, como un perro obediente, acatando sus órdenes. No tengo energía para discutir. El resultado es siempre el mismo.

Stender me sigue por el estrecho pasillo hasta la salida. La recepcionista, sonriente, se levanta al verlo e ignora por completo mi presencia.

—¿Ha terminado por hoy, Sr. Stender?

Parece dispuesta a caer de rodillas, mirándolo como un cachorro fiel.

—Sí. Adiós —responde Leo con voz grave.

Salimos al aparcamiento y Leo desactiva la alarma del coche. Un Lexus negro aparcado justo en la entrada responde al clic. Es el único coche que podría complementar a su dueño, una bestia de presa con sus faros peligrosamente entrecerrados.

Leo me abre la puerta delantera del pasajero. Vaya, antes solo me dejaba ir atrás. Excepto un par de veces.

—Gracias —digo, sentándome en el asiento firme y suave y poniendo los pies en el salón.

Es tan bonito y limpio por dentro que casi dan ganas de quitarse los zapatos. Stender no dice nada, y siento un déjà vu.

Estoy otra vez en el coche con él, viéndolo apoyarse en el respaldo del asiento, sus fuertes manos sujetando el volante, sus dedos apretando la llave de botón, arrancando el motor.

Cierro los ojos y me doy la vuelta, sintiendo los latidos en el pecho.

No puedo.

No puedo caer de nuevo en ese abismo.

No puedo dejar que mi hermanastro vuelva a entrar en mis pensamientos, en mi corazón.

Lo encerré y juré que nunca dejaría entrar a alguien como él.

Necesito a Michael. Es amable, paciente y me apoyó tras el ataque. Me hace sentir tranquila. Michael es mi refugio seguro y lo necesito. Me quiere. No quiero volver a quemarme. Aún recuerdo cuánto dolió.

Así que no.

No voy a mirar sus brazos fuertes, su rostro apuesto, su mirada obstinada ni sus labios apretados. No lo haré.

—¿Me han salido cuernos? —su voz burlona me saca del trance.

—¿Qué?

—Me miras como si me hubieran salido cuernos. O colmillos —Stender arquea una ceja, me echa un vistazo y vuelve a mirar la carretera—. ¿O es otra de tus pruebas psiquiátricas?

—No… —Atrapada por el momento, me sonrojo y siento cómo me arden las mejillas.

—Solo… —intento responder, pero mi voz queda ahogada por el chirrido de los neumáticos y los juramentos de Stender cuando un tipo en un coche plateado decide adelantarnos justo antes del cruce.

Es una situación tensa, pero me salva de responder estúpidamente. Fuera, ya está oscuro. El cielo encapotado se cierne sobre nosotros a través del parabrisas. Un zumbido monótono y opresivo se apodera de mi cabeza. El silencio que nos separa aumenta la tensión y me pone nerviosa. Siento cómo la ira empieza a crecer dentro de mí. Primero me arrastró al infierno y luego desapareció.

Y cuando lo olvidé, reapareció. Herido, apenas vivo. De repente, decide que puede cambiar mi vida y remover heridas que apenas empezaban a cicatrizar.

¿Quién demonios se cree que es?

—Déjame en la parada del autobús —digo bruscamente, incluso para mí misma, desabrochándome el cinturón.

Stender no reacciona, lo que me enfurece aún más. Solo sigue mirando la carretera, pero noto que el coche empieza a ir más rápido. Nos saltamos una parada, pero viene otra, a veinte minutos de casa en autobús y tres a pie.

—¡Leo!

—Supongo —dice con voz fría— que me perdí el momento en que te pusiste histérica. Cállate y abróchate el cinturón.

—¿Sabes qué?

Su rostro sigue impasible, pero la aguja del velocímetro empieza a moverse inexorablemente hacia la derecha. La comodidad del coche no me deja sentir del todo la velocidad, pero a través

de la ventanilla veo cómo las luces de las farolas se convierten en líneas borrosas.

Empiezo a sentir cómo se me hiela la sangre en las venas. Dios, no he olvidado ese miedo pegajoso que siento cuando Stender se enfada al volante. Y creo que esta vez es culpa mía. Debería haberle pedido que se calmara.

La rendición hiere mi ego mientras intento, temblorosamente, volver a abrocharme el cinturón de seguridad. Luego me hundo en el asiento, casi sin pestañear, y veo cómo el capó negro devora la carretera.

—¿Cuál es el número de la casa? —pregunta Leo cuando entramos en el barrio.

—Décima. Segunda entrada. Pero puedes parar en la esquina. —De repente, pienso en la posibilidad de que Stender se cruce con Michael.

Es algo obvio y le expliqué a Michael que Leo es mi hermano. Pero… sí, solo un hermano. Así que no pasa nada, aunque se conozcan.

Dios mío, ¿a quién estoy engañando?

Nada está bien. Y ni siquiera se trata realmente de Michael. Temo la reacción de Stender. A nadie le va a gustar. El coche se detiene suavemente frente a mi entrada. Miro hacia arriba y veo las ventanas del séptimo piso iluminadas. Eso significa que Andrea está en casa.

—Gracias —digo mientras salgo, avergonzada por mi impulso de independencia—. Si sigues con dolor de cabeza, llámame.

Sin esperar respuesta, abro la puerta y me bajo, dirigiéndome a la entrada. En lugar del ruido de los neumáticos, oigo un portazo. Me doy la vuelta, sorprendida, y veo a Stender siguiéndome.

—Necesito saber dónde vives —dice, interrumpiéndome, antes de entrar el ascensor.

Abro la boca, atónita, y lo sigo.

—¿Qué piso? —pregunta desde arriba.

—Siete —respondo, sintiéndome como si estuviera caminando sola por el camino de entrada.

Los pasos de Stender son tan silenciosos que ni siquiera oigo las suelas de sus zapatos crujir en los escalones. Supongo que el ejército les enseña a moverse así, como bestias de presa. En la penumbra de la entrada, los tatuajes de sus brazos parecen manchas borrosas, como ramas que lo envuelven. Me asusta.

Camino detrás de él, sin saber qué hacer.

¿Debo invitarlo por un café, ya que me acompañó hasta mi piso? ¿O simplemente darle las gracias en la puerta y despedirme?

Pero, como siempre, no tengo opción. En cuanto abro la puerta con mi llave, él entra tras de mí.

—¿Dónde te has metido, Srta. Montana? —Masetti sale de la cocina al pasillo en pantalones cortos y camiseta deportiva, y se queda paralizado con una rodaja de tomate en la mano.

—Hola, Andrea —digo, quitándome las zapatillas.

Por alguna razón, me siento mal delante de mi amiga.

—Buenas noches —saluda Stender, sin interés.

—Qué amable —responde Andrea, cruzando los brazos—. ¿El hermano viene a tomar el té?

Me siento terriblemente incómoda. La antipatía mutua entre ellos estalla al instante, electrizando el aire.

—Andrea —digo en voz baja, mirando de reojo a mi amiga.

—¿Dónde encuentras compañeras tan… interesantes? —dice Leo con una sonrisa burlona, lanzando una mirada despectiva a Masetti.

Andrea ya está tomando aire para responderle, y yo me quedo helada, esperando el Apocalipsis, cuando suena el timbre.



Capítulo 10: Leo

Alexa se tensa y lanza una mirada nerviosa a su flaca amiga italiana. Puede que sea de aquí, pero todo en ella grita: soy italiana y tengo carácter.

Alexa intenta escabullirse hacia la puerta, apartándome de su camino. Se echa el pelo hacia atrás y uno de sus mechones blancos mi hombro. Está demasiado cerca y no puedo evitar murmurarle al oído:

—¿Esperando a alguien, hermanita?

La chica se estremece y sube el pestillo de la puerta con titubeo. Los golpes impacientes vuelven a sonar. Ella aprieta los labios y abre la puerta con decisión.

—¿Ya has preparada?

Oigo una voz dulce y molesta al otro lado. Uno. Dos. Tres. Mantén la calma.

—¿A dónde vas? —mi autocontrol se tambalea.

Me prometí mantenerme al margen de su vida. Las cenizas y las explosiones habían borrado a la pequeña de mi mente, del dolor en mi pecho… Decidí que estaría mejor sin mí, aunque la lava hirviera en mis venas cada vez que imaginaba sus ojos y sus labios.

Y fallé. Él no la protegía, maldito ciervo.

—Ya sabes, hermano mayor —responde el sujeto—, la chica ya es mayor y no necesita tu permiso.

Estoy listo para quemarlo con una sola mirada, pero entonces Alexa se cuela por el hueco y me mira suplicante.

¿Qué quieres, chica?

¿Qué deje en paz a tu dulce príncipe?

¿Qué le permito meterse en tus pantalones sin consecuencias?

—Hola —dice el tipo, frío, sin ofrecer la mano.

Bien hecho, has aprendido. Siento que mis nervios se tensan hasta romperse. Una niebla roja cubre mis ojos y quiero estrellarlo contra la pared. Quiero destrozar su cara.

¿Qué demonios me pasa?

Es como si los últimos seis años no hubieran pasado. Ella no me necesita. Yo a ella tampoco. He pasado años convenciéndome de esa verdad.

—Tengo que irme —ignoro su saludo.

El querido príncipe se aparta para dejarme espacio, y Alexa no parece respirar hasta que salgo por la puerta. Afuera, el aire fresco de la noche me golpea la cara, despejándome.

Necesito poner en orden mis pensamientos y, para eso, necesito desahogarme. Mi nuevo y fiel Lexus me ayudará a fusionarme con la carrera y Ada del paralelo hará el resto.

Busco su número en la agenda y pulso el botón verde. El teléfono suena cinco veces antes de que ella conteste.

—¿Sí? —dice la chica, con ruido de fondo.

—Hola, Ada del paralelo.

—¿Leo? Su voz se eleva con sorpresa y un toque de satisfacción.

—Así es. ¿Estás ocupada?

—No para ti —responde con una nota juguetona.

—Voy a recogerte. ¿Dónde estás?

—En el centro comercial Ralphs.

Genial, ni siquiera tengo que irme muy lejos.

—Te esperaré en la salida.

—Escucha, Stender, ¿por qué no me recoges de una calle atrás aquí o más cerca de la parada?

—De acuerdo. Manda la ubicación exacta.

Suelto el freno de mano y salgo a la carretera. Al salir del aparcamiento, veo a ese sujeto caminando junto a Alexa, con su cabeza rubia asomando a su lado.

***

Ada sube al coche como una reina, ignorando las miradas de admiración de varias chicas. Se inclina para besarme, pero mi mirada la detiene y se echa para atrás, avergonzada.

—Cierra la puerta —le ordeno—. ¿Qué clase de espectáculo es este?

—¿Vamos a mi casa o directo a la tuya? —pregunta, mostrando una sonrisa perfecta.

Es guapa, pero de plástico. El apartamento nos recibe con penumbra y silencio. Es un buen lugar, un estudio amplio con reformas recientes y ventanas altas tintadas. No es barato, pero el aparcamiento es seguro y el barrio decente.

—Voy al baño —dice, acercándose con movimientos suaves y tentadores.

—Adelante.

Yo sirvo una copa.

¿Por qué no puede ser siempre así de sencillo?

¿Por qué sigo viendo la imagen de ese sujeto tocando a Alexa?

Estoy enfermo.

—Nene —Ada ronronea, rodeándome con sus brazos delgados—, ¿te has vuelto loco?

Me deshago de su abrazo. ¿Qué, demonios, soy, "nene"? La aparto y la agarro por el cuello.

Ella se sobresalta, pero luego su mirada se vuelve peligrosa. Estará bien. No necesito juegos preliminares.

No soy su caramelito.

La empujo hacia la cama y giro su cara hacia abajo. También es rubia. Da igual.

Me revuelvo mientras paso los dedos por su cabello. Ada arquea la espalda, empujando su cuerpo hacia mí. Me siento bien. Suave y apretado. Sabe lo que hace. Aumento la presión en su nuca, tirando de su cabello, y ella grita, pero no me importa. Todo se me vuelve rojo ante los ojos.

¿Y si Alexa también se escabulle así? Gime igual que ella cuando otro la toma, igual que él la empuja y la hace gemir.

Siento náuseas. Me corro sin placer y aparto a Ada.

Todo es una mierda. Yo soy una mierda. Siempre me han gustado los juegos violentos, pero nunca he sido masoca. ¿Qué, demonios, me está pasando?

Vuelvo hasta la ventana y enciendo un cigarrillo. Ada no me toca. Sabe que no debe.

"Admítelo", recuerdo las palabras de mi amigo Woods: "admítelo, al menos ante ti mismo, Leo: la deseas. A tu tonta hermanita".

Claro que sí. La deseaba entonces y la deseo ahora, como un loco. Y eso hace que mi alma negra arda, esparciendo cenizas sofocantes a mi alrededor.

—Háblame de Stoner's Park —le digo a Ada, que sigue en la cama—. Dijiste que era un lugar problemático. ¿Qué pasa allí?



Capítulo 11: Leo

¡Hola, Leo!

—¿Qué pasa, Wei?

—Todo bien, aunque a veces tengo unos dolores de cabeza de esos que te quiebran —responde, mostrando una sonrisa blanca a través de su barba de moda.

Nos reímos como en los viejos tiempos mientras entramos en su despacho. Wei me señala la silla frente a su escritorio y se sienta en la suya.

Conocí a este grandullón en el colegio. Tres años seguidos nos dimos de hostias en las competiciones. Después, coincidimos en la distribuidora y acabamos en la misma escuela de formación. Yo me fui seis meses después, mientras que Wei también decidió cumplir con el servicio militar. Ahora es el gerente de un club deportivo rival. Pero la competencia es entre los dueños, no entre nosotros. Aún no somos dueños de nada.

Hoy necesito un consejo. Estamos inscribiendo a nuestros luchadores en competiciones comerciales y no queremos quedarnos fuera. Cada evento tiene sus trucos. Wei sabe de lo que hablo, así que sé que no me mentirá. No me equivoco.

Wei me ha contado que, en estos actos, siempre hay patrocinadores ricos que se dejan ver y ha confirmado mis sospechas sobre el sorteo no oficial, que está en casi todos los eventos.

Hablamos un rato más sobre la vida; recordamos el tiempo de militar. Llegamos a la conclusión de que sería bueno recordar estas cosas con algo más fuerte que la coca-cola. Quizás lo hagamos pronto.

—He oído que quieres quedarte con el club. ¿Has hablado con Chino? —pregunta Wei, recostándose en su silla.

—Lo he hecho. El viejo se está haciendo el gracioso, aunque sabe que no puede mantener el club a flote por mucho tiempo. El préstamo no será un problema y él mismo dice que está

cansado, pero no sé qué pretende.

—"Club León" está en un mal momento. Tienes luchadores de primera, tanto adultos como jóvenes, pero hay algo turbio. No sé… exacto que es. He oído que los inversores están recelosos últimamente.

—Lo estoy investigando. A mí tampoco me gusta lo que veo. Ya vamos por el tercer contable en cuatro meses, según los otros entrenadores.

Cuando Chino me dio poderes administrativos hace una semana, fue como pisar un pantano. Claramente, no sé una mierda.

Echo un vistazo al despacho de Wei. Es bonito, acogedor, incluso tiene una cama. Es práctico, por si tienes que trabajar hasta tarde. Hay una nevera y un microondas en una zona separada.

Dos pantallas situadas encima de la mesa emiten en tiempo real las grabaciones de las cámaras del gimnasio. Entonces, veo una figura familiar en los monitores. Una italiana delgada que intenta ejercitar su trasero.

Planeaba hablar con ella más tarde, pero si surge la oportunidad…

Pero para asegurarme, pregunto:

—Oye —me giro hacia Wei—, ¿cómo se llama esa chica? ¿Desde cuándo viene por aquí?

Wei frunce el ceño y mueve las cejas, enfadado. Recuerdo esa expresión que ponía cuando molestaban los demás. Pronto aprendieron que no debían enfadar al Oso.

—Leo, eres un buen tipo, pero no toques a esa chica. Búscate otra, conozco a ti, eres mi amigo.

Levanto una ceja, sorprendido.

—¿Caminas por una flacucha?

Con una mirada a esa chica, queda claro que le gusta.

—Me gusta —dice Wei, como si ya hubiera guardado el anillo en su bolsillo—. Mucho. Llevo más de un año intentando acercarme, pero me acobardo.

El gran oso Wei parece ahora un chaval de doce años, lleno de granos e inseguro. Me cuesta contenerme, pero no puedo evitarlo.

—Leo, deja de reírte.

Wei me da una palmada en el hombro, resentido, mientras se levanta de la silla.

—Wei, eres increíble —digo entre risas—. ¿Un año y no has podido acostarte con ella? Deberías afeitarte la barba; cree que eres un león.

—Ella es diferente, ¿sabes? —replica Wei, serio.

—Lo entiendo —la alegría se desvanece—. Solo necesito hablar con ella. Sobre mi hermana. Es importante, y tu chica es una cobra-serpiente. Así que tendré que esforzarme un poco más.

Pero no te preocupes, no es para tanto. Te lo prometo.

—Tienes razón sobre la cobra —Wei parece incrédulo, pero luego se relaja—. ¿Tienes una hermana?

—Sí, una hermanastra. Son amigas y viven juntas.

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?

—No nos llevamos bien.

Wei se encoge de hombros, mirando a la pantalla. Wei sabe que a la chica podría no gustarle la observación.

—Y no le diré que la espías mientras resopla en el gimnasio, babeando…

—¡Leo, joder!

Me vuelvo a reír. ¿Cómo puede un tipo tan brutal convertirse en una flor barbuda con corazones en los ojos solo por ver a una chica?

—Bien, hora de terminar —digo—. ¿A qué hora suele irse?

—A las seis y cuarto. Tiene un autobús a las ocho y media —responde Wei, mirándome con desdicha—. ¡Y cuidado, Leo! Sin…

—Sí, lo tengo, no te preocupes. No haré daño a tu serpientita.

* * *

Le cortó el paso a una chica que caminaba rápido por la acera rumbo a la parada de autobús.

—Sube. Vamos a dar una vuelta —le digo, bajando la ventanilla.

La chica se sobresalta y da un paso atrás. Luego me reconoce y entrecierra los ojos con maldad.

—¿Estás loco? ¡Lárgate de aquí, perro salvaje! —escupe veneno, acelerando el paso.

Suspiro, conteniendo la rabia, y conduzco despacio junto a ella.

—Andrea —digo, tratando de mantener la calma—. Quiero hablar. Por favor.

—Sí, claro —gruñe, sin detenerse—. Y la pupila también es un esfínter, lo sé.

Se acabó, cabrona. Intenté ser amable. Wei, lo siento.

—Dile a Alexa que se ha olvidado esto en el club —digo, abriendo la puerta del pasajero y mostrándole mi reloj.

Andrea se detiene, desconfiada, pero luego se inclina para cogerlo. Te tengo. La agarro de la muñeca y la tiro al interior del coche. Antes de que pueda reaccionar, cierro la puerta de golpe y echo el pestillo.

—¡Cabrón loco! —grita, tan fuerte que casi me revienta los tímpanos—, ¿qué coño te pasa? ¡Esto es un secuestro! ¡Déjame salir!

—Escúchame —le susurro, acercándome hasta que nuestras narices casi se tocan—. Si no te callas, te haré lo que piensas que voy a hacerte y te dejaré en el bosque más cercano. Y créeme, no te va a gustar volver a casa sola por la autopista de noche.

La serpiente se calma, pero respira con dificultad. Está asustada, mucho. Su comportamiento y miedo me recuerdan a Zanahoria, Ariana.

Quizá me pasé, pero ya se le pasará. Suelto su muñeca y agarro el volante. Ella se acurruca contra el asiento, temblando.

—Estás loco —susurra.

—Lo sé. No es la nueva información.

Conduzco sin rumbo por la autopista, dejando que se calme un poco, y luego tomo la circunvalación.

—¿Adónde me llevas? —pregunta con menos altanería.

—Solo a dar una vuelta. Si te portas bien, luego te llevo a casa.

—¿Qué quieres?

—Hablar. Sobre el idiota.

—¿Qué idiota? —Me mira confundida—. Sobre tu hermanastra.

—No te hagas la tonta.

Pasamos por una gasolinera y Andrea mira la máquina de café con luces brillantes.

—Háblame del ataque en el parque.

—¿No puedes preguntárselo a ella?

—No te hagas la lista. Intento ayudar.

—¿Ayudar? —se ríe con desprecio— y me enfurezco con Wei por no haberle bajado los humos a esta chica. Tiene mucho que aprender.

—Alexa me contó lo del ataque, pero sospecho que no me dijo todo. ¿Qué ocurrió exacto en Stoner Park, cerca de su casa?

—Vale.

—Sigue.

Andrea suspira, finalmente cediendo.

—Alexa trabajaba a tiempo parcial en la estación de ambulancias; volvía tarde al parque público. Tres matones la atacaron, le robaron y la golpearon.

—¿Cuánto la golpearon? Dijo que solo fue un par de veces.

—Leve conmoción cerebral, un brazo roto, labio y ceja partidos.

Mierda. El silencio nos envuelve, y siento cómo la rabia empieza a carcomerme. Voy a encontrar a esos hijos de puta y les arrancaré los dientes uno a uno, hasta que suplican por sus miserables vidas.

—Andrea, dime —mi voz es firme, controlada, pero peligrosa—, ¿la violaron?

—No, pero…

Mi mente se llena de una furia negra y espesa. Ni siquiera el desmembramiento más lento podría aplacar este deseo de castigar, de aniquilar. Aprieto los nudillos en el volante, y el coche parece gemir bajo la tensión. Los malditos cabrones están muertos.

—¿Por qué la dejaron ir?

Mi voz suena como una maldición.

—Alexa dijo que un perro enorme salió de los arbustos y los atacó. Le mordió la cara a uno, creo. Mientras salvaban a su compañero, Alexa escapó y llegó a la parada de taxis.

Tiene una mejilla mordida. Eso es buena señal. Eso es bueno.

—¿Y la policía? ¿Encontraron al perro?

—No creo que lo intentaran mucho. El parque siempre ha tenido mala reputación, pero nadie hace nada. Tú sabes.

—Entonces, ¿por qué, demonios, estaba allí sola?

—Michael no pudo acompañarla —Andrea se encoge de hombros, y el nombre de ese imbécil resuena como un tambor en mi cabeza—. Alexa pensó que podía pasear sola.

Ya averigüé lo que quería. Es hora de llevar a la oftalmóloga a casa. Le advertí que mantuviera la boca cerrada sobre nuestra charla. Andrea hizo una mueca, pero accedió.

—Si algo pasa, llámame —digo mientras detengo el coche en la esquina de su casa.

—De acuerdo. Aunque ahora me siento como una traidora. Las amigas no hacen esto, ¿verdad, Stender? A ti te da igual, ¿no?

—Exacto. Ahora, sal.

—Vete al infierno, cabrón.

—Y una cosa más —le digo antes de que salga—. Si quieres mejorar tu trasero, haz los ejercicios más despacio. Es la diferencia entre el entrenamiento de hombres y mujeres.

Andrea me lanza una mirada furiosa antes de salir del coche apresuradamente.

Ahora necesito ir a casa, calmarme y pensar en toda esta mierda.



Capítulo 12: Alexa

Las últimas dos semanas han sido un caos. Trabajo, trabajo y más trabajo. Los turnos de día y de noche se mezclan en un torbellino de estrés por culpa de que Mónica se fue a un simposio en el norte y me tocó cubrirla.

Pero finalmente ha vuelto y ahora estoy contando los minutos para disfrutar de mis dos días libres.

—Alexa —la cabeza de Masetti aparece en la puerta de la oficina de residentes—. Hay un paciente de nuestro pabellón que te espera. Dice que le prometiste una charla.

Levanto los ojos al techo, exasperada. Ese imbécil es un viejo pegajoso e insoportable.

—Dile que el psiquiatra no tiene preguntas para él. Que entregue el formulario de alta a la enfermera para que lo firme y selle.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—¡No! Bajo la voz, suplicante: Andrea, por favor, deshazte de él.

—Tendrás que hacerlo tú —sonríe mi amiga, con ese brillo travieso en los ojos—. ¿Te vas a casa? ¿Tienes planes para esta noche?

—Sí, claro —respondo con una sonrisa soñadora—. Yo, cerveza de limón y pizza.

—¡Qué aburrido, Srta. Montana! —Andrea se burla, sacándome la lengua—. Prometiste un descanso con una amiga.

Lo acepto. Andrea me advierte que llegará tarde porque su jefe, un cabrón, se ha ido a la cafetería con otra enfermera, dejándole todo el papeleo.

Después de ordenar las historias clínicas y firmar el alta del paciente quisquilloso, me dispongo a irme a casa. Lavo mi taza y la guardo en el armario, porque alguien ha estado usándola para tomar café.

Me quito la bata y apago el ordenador. Justo cuando salgo de la sala, suena mi móvil desde el bolso. Al ver que es George quien llama, me alegro. Últimamente otra vez hablo más con él que con mi madre.

—Sí, te escucho —sujeto el teléfono con el hombro mientras trato de ponerme la chaqueta. Quiero llegar a la panadería antes de que cierre.

—Hola, gatita, ¿sigues trabajando todo el tiempo?

—No. Estoy agotada, pero ya salgo.

—Alexa, paso por ti ahora. Estoy cerca.

—De acuerdo.

Cuelgo y me dirijo al ascensor. La voz tranquila de George me transmite tranquilidad. El aire fresco me despeja cuando salgo al exterior. Después de tantas horas en el hospital, es un alivio estar al aire libre.

El coche de George se detiene frente a la entrada. Abre la puerta trasera y me sonríe.

—Hola, José. Hola, George —subo al coche y saludo al conductor y a George.

El marido de mi madre, que se ha convertido en más padre para mí que ella misma, me abraza y me besa en la cabeza.

—Hola, pequeñita —sonríe con cariño—. ¿Ya curaste a todos los locos?

—¡Qué grosero! Además, es un hospital militar, no un psiquiátrico.

—Está bien, está bien —levanta las manos en señal de paz—. Lo siento, protectora.

Mientras conducimos, hablamos del último viaje que hicimos en un pequeño pueblo en las montañas.

—Alexa, tengo un favor que pedirte —George se frota la ceja, como si estuviera incómodo.

Lo miro, algo nerviosa.

—Whitney y yo volamos hoy a Las Vegas para unas negociaciones importantes. El avión sale en una hora y media.

—Entendido.

—Pasé por el club donde trabaja Leo y también fui a su casa, pero no lo encontré. Su teléfono está apagado.

—Seguro que está bien. Quizá se le ha acabado la batería.

Me encojo de hombros, preguntándome dónde estará Leo.

—No me preocupa eso, pero necesito darle unos documentos importantes —dice George, y saca una carpeta de cuero con una bolsa amarilla—. ¿Podrías guardarlos y dárselos a las manos cuando lo veas? Trataré de llamarlo antes del vuelo.

No puedo negarle algo tan sencillo a George, ¿verdad? Después de todo, Leo y yo somos familia, aunque a veces sea complicado.

—Claro —acepto, sonriendo.

Como no llegué a la panadería, decido hacer tortitas cuando llegue a casa. Andrea llegará en un par de horas, así que tengo tiempo de sobra para preparar el postre y pedir una pizza.

Esta cena de viernes por la noche no sumará demasiados kilos. Aún no he recibido ninguna llamada de Leo ni de George. Miro la pantalla del móvil con frecuencia y cada vez me siento más impaciente. No debería importarme tanto, pero George dijo que los documentos eran muy importantes.

Intento llamar a Leo varias veces, pero el contestador me dice que no hay señal. Andrea me envía un mensaje diciendo que llegará más tarde.

Son casi las cinco. Decido llevarle yo misma los documentos a Leo. Llamé al club, pero la recepcionista me dice que hoy están haciendo inventario y que no hay nadie. Probablemente, sea la misma recepcionista que me miró con desprecio la última vez.

Encuentro en mi cuaderno la dirección de Leo. George me la dio cuando lo busqué la última vez. Es un viaje largo, pero nada que no pueda manejar. Tomo un autobús hasta el centro y luego un taxi hasta su casa.

Entregaré los documentos y me voy. Así estaré libre para disfrutar de la noche con Andrea y de las telenovelas.

El taxi se detiene frente a un edificio de cinco pisos en un nuevo complejo residencial. Los edificios forman un círculo alrededor de un parque infantil, un pequeño parque con callejones, pabellones y un estadio deportivo. Aprieto la bolsa de documentos contra mi pecho y entro en la amplia entrada, que parece más el vestíbulo de un hotel. El conserje me mira con curiosidad.

—Hola, vengo a ver a Stender. Tengo que entregarle unos documentos a mano.

El conserje asiente y anota mis datos en el registro de visitas. No sabía que eran tan estrictos en esas casas. Mientras subo en el ascensor, me siento un poco tonta.

¿Qué hago aquí, en la casa de Leo, sin haber sido llamada ni invitada? ¿Y si no está solo?

Me regaño a mí misma. Solo le estoy haciendo un favor. Le entrego los documentos y me voy.

El ascensor se detiene y piso un suelo de baldosas tan limpio y brillante que me asombra. Debe de ser caro vivir aquí. Pero, ¿qué esperaba del hijo de George Stender? En realidad, podría haber vivido en un lugar así si se lo hubiera pedido a George. De todas formas, estoy bien en el piso que comparto con Andrea.

La escalera se divide en dos direcciones, con tres puertas a cada lado. Mientras me acercaba a una, una mujer rubia y alta salió de un departamento y casi me derribó. Su cara me resulta familiar, pero no recuerdo de dónde. Me mira como si también me reconociera, pero luego me lanza una mirada desdeñosa y se dirige al ascensor.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, me acerco a la puerta número 507.

De repente, dudo. Esa chica vino de aquí. Asusto, cuando la puerta de enfrente se abre y una mujer bajita, vestida con una bata rosa de organza y satén, asoma la cabeza.

—Maldita sea. Será mejor que visites a mi hijo —sisea.

Un segundo después, un tipo bajo, sin afeitar y con un mechón pelirrojo, sale detrás de ella.

—¡Mamá! Métete adentro —le gruñe, avergonzado—. Esto no es asunto tuyo.

—Lo siento, mi madre no está bien de cabeza —murmura el chico, cerrando la puerta de golpe.

Siento cómo arden mis mejillas. El incómodo encuentro desata la vergüenza que he estado tratando de reprimir. Y, por alguna razón, también siento amargura.

—¿Te vas a quedar en la puerta?

Me giro hacia la voz y veo a Leo apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Hola —digo, tratando de mirarlo a los ojos, no a su torso tatuado.

No puedo evitar fijarme en lo mucho que ha cambiado en estos seis años. Siempre fue un chico impresionante, pero ahora es una montaña de músculos.

Quiero tocar esos tatuajes, sentir su textura. Mis mejillas se sonrojan al imaginar a Leo y a esa rubia que salió hace un momento.

¿Qué me pasa?

Solo he venido a dejar estos documentos. No debería importarme. Pero lo hace. Sobre todo después de notar su olor a gel cítrico fresco.

—George no ha podido encontrarte —digo, recordando mi propósito—. Dijo que era importante. Toma.

Le tiendo los documentos, pero parece más interesado en mirarme.

—Gracias —dice finalmente, tomando el paquete—. Pasa.

Leo se aparta de la puerta, invitándome a entrar en el pasillo en penumbra.

—No, ya me voy… —empiezo a decir, pero antes de que pueda terminar, Leo me agarra de la muñeca y me arrastra adentro.



Capítulo 13: Alexa

Mientras estoy en la puerta, confundida, Leo se dirige a la cocina.

—¿Cuándo has comido? —pregunta mientras abre la nevera.

Sé que discutir con él es inútil, así que le respondo:

—Gracias, pero no tengo hambre. Un café está bien.

—No te pregunté si tenías hambre. Te pregunté cuándo habías comido.

—A la hora de comer —respondo con sinceridad, mientras me quito los zapatos.

Todo está impecable.

El apartamento de Leo es exactamente como lo imaginaba: moderno, elegante, con un aire sofisticado. La combinación de acero frío y terciopelo rojo en las cortinas, los sillones y la alfombra crea una atmósfera acogedora.

Todo está perfectamente limpio y ordenado, pero no parece deshabitado. En el zapatero hay zapatos de hombre, en el perchero varias chaquetas y sobre la mesa un libro abierto.

Siento una curiosidad punzante por saber qué está leyendo: ¿detectives? ¿Ficción? ¿Clásicos? ¿O algo más inusual?

El pitido del microondas me saca de mis pensamientos y entro rápidamente en la cocina. Leo saca un plato caliente y lo coloca delante de mí, junto con los cubiertos.

—Por favor.

Ni siquiera hace un comentario sobre si está envenenado, como la última vez.

—¿Lo has hecho tú? —pregunto mientras cojo un tenedor y como un trozo.

—Cocino todo yo.

Sí, lo veo. Y antes no ocurría llevar los platos de la mesa. Has cambiado, pero no sé por cuál lado. Leo se sienta frente a mí y se sirve un vaso de agua. La cazuela de arroz y carne está deliciosa, con un sabor delicado que no esperaba. Es sorprendente ver a Stender en la cocina.

—¿Por qué no comes? —pregunto, sintiéndome incómoda bajo su mirada fija.

—Ya cené.

Claro, ha tenido compañía. Probablemente, fue a una cena romántica. Aunque no me imagino a Leo como un tipo romántico, quizás esa rubia que vi al entrar logró despertar algo en él. Pensar en ella hace que pierda un poco el apetito, aunque la comida sigue siendo deliciosa.

—Voy a poner la tetera —dice, levantándose de nuevo.

Mis ojos se posan en su espalda mientras se mueve. Sus anchos hombros, la línea recta de su columna, sus músculos definidos… Y ese extraño tatuaje en su omóplato. Como hombre, Leo es impecable y es evidente que la chica salió de su apartamento.

Vuelve con dos tazas de café y las coloca sobre la mesa. Se reclina en su silla, me observa. Siento una mezcla de rabia y nerviosismo.

¿Por qué me siento así? ¿Por qué quiero prolongar este momento?

—Deberías vestirte —digo, tratando de ocultar mi incomodidad.

—No tengo frío— responde con un encogimiento de hombros, sin apartar los ojos de mí.

¿Se está burlando de mí o realmente no ve el problema?

—Como quieras.

Bajo la mirada, fingiendo interés en el café. Es extraño querer irte y quedarte al mismo tiempo. Quiero irme para dejar de sentir su mirada sobre mí, pero también quiero quedarme para ver si podemos construir alguna relación, aunque sea a distancia.

—Por cierto —digo, recordando que tengo algo más que entregarle—, tengo otro sobre para ti. Aquí lo tienes.

Saco un sobre pequeño de mi bolso con la inscripción: “Para mi L” en una letra hermosa.

Leo lo toma y acaricia la letra “L” con los dedos temblosos, mientras su expresión se endurece.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta con voz ronca.

—Tu madre lo dejó dos semanas antes de morir. El médico dijo que fue uno de sus últimos momentos de lucidez.

—¿Qué hacías en el hospital de mi madre?

La pregunta me golpea con dureza y no sé cómo responder.

¿Qué hacía yo allí?

Quizás buscaba alguna conexión con Leo, algún puente que me recordara que él no era solo un monstruo.

—Te fuiste y pensé…

—A veces piensas demasiado.

Leo se levanta bruscamente y se dirige a la ventana, sosteniendo el sobre con fuerza. Veo cómo se lleva la mano a la sien, presionándola, un gesto que me indica que sus dolores de cabeza no han desaparecido. Es preocupante.

—Leo, ¿cómo te encuentras? ¿Por qué no me dijiste nada del dolor de cabeza? —pregunto, acercándome.

—¿Por qué no dijiste nada de la carta durante semanas?

—Yo solo.

—Verifiqué si había perdido la cabeza y una carta de mi madre no me mataría, ¿verdad, doctora?

El tono condescendiente me duele, pero Leo tiene razón. Dudé en darle la carta por temor a su estabilidad emocional y ahora me siento asqueada de mí misma por haber dudado de él.

Sí, yo visité a su madre muchas veces y una vez le he concedido ese momento de lucidez. Me presenté como amiga de Leo y prometí que cuidaré de él siempre. Era momento emocional. Pero no me atrevo a decir todo eso a Leo. El silencio crece incómodamente.

—Te duele la cabeza, necesitas ayuda —digo con firmeza, ignorando nuestro silencio y su tono de hostilidad—. Leo…

—Entonces recétame algo, si quieres ayudarme. Lo que se vende sin receta ya no me sirve —me dice con enfado.

Su energía es tan intensa que hace que mi corazón lata más rápido.

—Deja de gritarme —intento mantener la calma—. No es tan simple. No puedo recetarte medicamentos fuertes así.

—¿Qué puedes hacer entonces? —sisea, y noto la tensión en su cuerpo.

—Te lo repito: deja de gritarme e intentaré ayudarte.

Me atrevo y acerco; colocando mis manos sobre sus sienes, presionando suavemente y masajeando. Al principio, Leo parece sorprendido, pero luego se relaja y cierra los ojos.

—Relájate con respiración —susurro—. Esto te ayudará. Mejor siéntate.

Leo obedece y se sienta en un sillón cerca de la ventana. Me coloco detrás de él y continúo con el masaje, notando cómo su tensión comienza a disiparse. Suspiro cuando oigo su exhalación profunda.

Mis pensamientos empiezan a divagar mientras lo toco. Me siento extraña, pero bien.

¿A quién quiero engañar? Me gusta tocarlo, pero es difícil mantener la profesionalidad. Quiero alejarme, pero también quiero acercarme más, sentir el calor de su piel.

—Baja la cabeza —le ordeno, y aprovecho para masajear los músculos de su cuello.

Están tan tensos que parecen de piedra.

—Tienes mucha tensión —digo, tratando de distraerme—. No es de extrañar que te duela la cabeza. Intenta bajar los hombros al exhalar.

Cuando presiono con fuerza en un punto sensible, Leo, de repente, toma mis manos y me detiene.

—Ya basta —dice en voz baja. Estoy mejor. Y… gracias.

Nos quedamos en silencio, él sosteniendo mis manos entre las suyas. De repente, oí un susurro y una respiración agitada. No estamos solos.

Me doy la vuelta y veo un enorme perro negro que me mira con sus inteligentes y amarillos ojos.

—León, ven aquí —ordena Leo, y el perro se acerca obedientemente, lamiendo la mano de su amo antes de tumbarse a sus pies.

—¿Te dan miedo los perros? —me pregunta Leo al ver mi reacción.

—Sí —admito, sin atreverme a moverme—, no sé qué esperar de ellos.

Recuerdo al perro que me asusto, cuando era niña. Pero también recuerdo el otro perro que salvó hace un año en el parque. Se parecía a este, y también me aterraba al principio.

—No tengas miedo —me dice. Ven aquí —Leo se pone en cuclillas y acaricia al perro, que parece poderoso pero a la vez dócil.

Dudo por un momento, pero decido acercarme. El perro me olisquea y luego apoya su enorme cabeza en mis pies, dejándome asombrada.

—Le caíste bien —sonríe Leo, frotando al perro detrás de la oreja.

No puedo evitar devolverle la sonrisa. Es raro verlo tan sincero, tan abierto.

—¿De dónde lo sacaste?

—León es una raza Tosa Inu [1]. Lo encontraron después de que lo usaran en las peleas. Estaba herido y abandonado en la calle, hasta que lo llevaron a un refugio. Lo adopté allí.

Su historia me conmueve. Leo tiene alma, después de todo, y encontró consuelo en este perro solitario y maltratado, como él.

El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de emociones no dichas. Siento un nudo en la garganta, pero Leo se aleja de repente, pasándose la mano por el cabello.

—Vamos, Alexa, te llevaré a casa. Y ni se te ocurra decir que tomarás el autobús.

Siento una extraña tristeza al dejar su apartamento, como si estuviera dejando algo importante atrás.

—De acuerdo —respondo en un susurro, sintiéndome vulnerable.

Unos minutos después, estoy en la puerta, lista para irme. Leo se pone la cazadora de cuero, se calza las zapatillas y me acompaña fuera. En el coche, el olor a cuero y cítricos me envuelve.

—¿Tienes frío? —pregunta, ajustando la calefacción.

—No, solamente, estoy cansada.

Y es verdad. Ha sido un día, una semana, un mes agotador. Solo quiero dormir y que todo esto pase. Pero hay algo que me inquieta, una sensación de ansiedad que no me abandona.

—¿Te importa si te doy una vuelta? Tengo que pasarme por el club a recoger algo importante.

—Claro.

Al llegar al "Club León", el lugar me da escalofríos otra vez. Leo entra y me sugiere esperar en el coche, pero prefiero acompañarlo. La noche y la oscuridad me dan más miedo de lo que quiero admitir.

Dentro del club, la penumbra y el silencio me recuerdan a mi vieja escuela, donde solía sentirme atrapada en los pasillos oscuros después de clases.

Mientras Leo va a su oficina, me quedo en el pequeño ring de entrenamiento, mirando el saco de boxeo que cuelga en el centro. Sin saber bien por qué, me quito las zapatillas y subo al ring. Toco el saco con la mano, imaginando cómo sería golpearlo con toda mi fuerza.

—¿Qué haces? —le digo a Leo, cuya voz me sobresalta.

Me giro y lo veo allí, observándome con atención.

—Voy a bajar, lo siento —digo, sintiéndome como una ladrona descubierta.

—Quédate ahí —ordena, saltando al ring después de quitarse las zapatillas.

No tengo tiempo de reaccionar. Leo se pone unos guantes y me tiende otro par.

—No, gracias —me río, tratando de disimular mi nerviosismo.

—Póntelos.

—Leo, de verdad, no es necesario.

De repente, su expresión cambia. Ya no es el hombre relajado que cocina cenas deliciosas. Es el Leo que me hace temblar, el que no acepta un NO por respuesta.

—He dicho que te los pongas.

Sin darme opción, me coloca los guantes.

—Ahora, prueba a dar un puñetazo.

1. Tosa Inu — es una raza de perro grande originaria de Japón, conocida por sus cualidades de perro de combate y su naturaleza tranquila y decidida.



Capítulo 14: Alexa

Esto es ridículo. —No lo haré.

Intento quitarme el guante, pero su tono burlón me detiene.

—Vamos, pequeña. Quizá sea hora de que aprendas a defenderte. ¿O vas a pasarte el resto de tu vida tragando mocos?

No puedo creer lo que oigo. Hace apenas media hora, vi a Stender desde otra perspectiva. Ahora está frente a mí, riéndose abiertamente, burlándose, lanzándome palabras tan hirientes que me atraviesan como cuchillos.

—¿Vas a esconderte en los rincones y despertarte por la noche con pesadillas? —Su tono es mordaz, y su mirada, desdeñosa.

Leo empieza a moverse lentamente, rodeándome, mareándome. Cada palabra suya es una puñalada, despertando un monstruo que creía haber dejado atrás.

—¿Nunca has tenido ganas de defenderte? ¿De intentar pelear? Estás llena de miedo, pequeña.

Cierro los ojos. No quiero escucharlo, no quiero caer de nuevo en la oscuridad de la desesperación. Recuerdo cuando el miedo era todo lo que sentía, cuando mis manos temblaban y mis noches eran interminables.

—Basta ya.

—¿Por qué? Porque eres tú quien necesita tratamiento. ¿Verdad, Doctora Montana?

Stender se detiene detrás de mí, tan cerca que puedo sentir su respiración. Mi cuerpo se queda inmóvil, incapaz de reaccionar. Apenas rozándome, me recoge el pelo y lo coloca sobre mi hombro. Siento que dejo de respirar.

—Yo te rompí el alma. Te hice así hace seis años. ¿No quieres vengarte?

—Te perdono —susurro apenas audible.

Lo intento de verdad. No le culpo por mi debilidad. Al final, somos responsables de nuestras propias vidas.

—¿Perdonas? —se ríe, una risa fría y burlona—. ¿También los perdonas a ellos?

Sus palabras son un golpe en el estómago, dejándome sin aire. Mis labios se llenan de sal y humedad, reteniendo un sollozo.

—Sé lo que te hicieron.

Mi cuerpo se tensa, incapaz de soportar el peso de sus palabras. Siento cómo me arrastra de nuevo hacia la desesperación, una desesperación familiar y oscura.

—¡Cállate! —grité, llevándome las manos a la cabeza, apretando los guantes contra las orejas —. ¡Cállate, por favor!

El pánico se apodera de mí; el sudor frío cubre mi frente.

¿Por qué está haciendo esto?

¿Por qué me atormenta de esta manera?

De repente, Stender me estrecha contra su pecho y siento el alivio que me produce su firmeza, su fuerza. Sujeta mis hombros con una mano, mientras la otra se desliza hacia mi bajo vientre. Su pulso late con fuerza, agotando lo poco que queda de mi autocontrol. Su corazón late como un tambor en su garganta, duro e indestructible, como él.

Intento apartarme, pero él me sujeta con fuerza. Entonces lo siento, su erección presionando contra mí a través de la ropa.

—Debería haberte follado cuando te compré. Habría cambiado las cosas.

El frío me invade, congelando mis entrañas. No puedo creerlo, no quiero creerlo. Recuerdo su mirada de entonces. Leo no me haría daño, no de esta manera.

—¿Lo sientes? —gruñe, apretándome más fuerte—. Es solo una polla, pequeña. Solo es la polla de un hombre, ¿entiendes?

Me agarra de los hombros y me gira para que lo mire. Trato de evitar su mirada, pero me arrastra de vuelta a aquella horrible noche.

Hace un año.

El golpe es agudo y brutal. El dolor quema la mejilla y el sabor metálico de la sangre llena mi boca. Quiero escupirla, pero mis labios están cerrados por el miedo.

“Abre la boca, zorra”, me ordena uno de los atacantes de aquella noche, apestando a humo de cigarrillo.

Sus dedos ásperos presionan mis mejillas y sus uñas sucias se clavan en mi piel.

“No nos meteremos bajo tu falda, no queremos ensuciarnos. Pero te obligaremos a hacer una mamada, ¿entiendes?”.

Mis rodillas dolían por el roce contra el asfalto y la sangre goteaba de las heridas de mis palmas. Mi cabeza retumba, el odio y el miedo me envuelven. Van a matarme, lo sé, pero antes me humillarán, se burlarán de mí. El hombre se saca la polla y trata de forzármela en la boca. El otro se ríe, y me sujeta el pelo.

Estoy herida y asustada, y la única distracción es clavar las uñas en las heridas de mis manos. Aprieto los dientes y cierro los ojos, esperando el golpe.

“¡Maldita, obstinada!” —sisea el grandullón, agarrándome del cuello—. “Veremos si abres la boca cuando empieces a asfixiarte”. —sisea el grandullón, agarrándome del cuello.

Mi garganta se cierra, el aire se niega a entrar. Me agarro a su mano, rasguñando con las uñas, pero no cede. Las manchas rojas comienzan a invadir mi visión.

Y, de repente, todo acaba. Caigo al suelo, inhalando aire frío con desesperación. Oigo gruñidos y un alboroto cerca. El cuerpo enorme de un perro ha derribado a mi verdugo y le está desgarrando la cara, mientras los otros intentan salvarlo. El perro gruñe, enseñando los dientes, desgarrando la carne, dándome la oportunidad de escapar.

***

¡Sé lo que te hicieron esos monstruos! —Stender casi grita, sacudiéndome por los hombros—. ¡Desde entonces estás muerta! ¡Despierta! ¡Deja salir a tu bestia, Alexa!

El aire entra cortante en mis pulmones, trayéndome de vuelta a la realidad.

—Reconociste al perro. Es el que te salvó en el parque.

Lo miro y sé que tiene razón. El perro que hoy yace a los pies de Leo es mi salvador.

—Yo también los encontré. Les hice lo que a ti, tres veces. Les metí sus putas pollas en la garganta, uno a otro.

Un escalofrío recorre mi cuerpo porque le creo. Creo cada una de sus palabras. No está bromeando; sé que Leo hizo lo que dice que hizo. Por mí.

—Aún no he encontrado al tercero. Pero lo haré. Te doy mi palabra.

Trago saliva al sentir la intensidad de su mirada. Dolor, ira, odio, fuego… Todo arde en sus ojos.

—Pero eso solo me hace sentir mejor a mí, no a ti. Tú sigues atrapada en tu dolor. ¡Déjalo salir!

Leo me empuja en el hombro y yo retrocedo, sorprendida.

—¡Lucha! ¡Joder!

El siguiente empujón es más fuerte. Caigo al suelo golpeándome el hombro. El dolor me atraviesa, pero no puedo levantarme. Stender me sujeta la nuca y me empuja hacia abajo.

—Me duele…

—¿Te duele? ¿Y qué? Tienes que aprender a defenderte, a luchar.

Estoy dolida y avergonzada. Avergonzada hasta el punto de sentir amargura en la boca.

Aspiro; me han destrozado; me han convertido en un monstruo, igual que tú, Stender.

No sé cómo, pero consigo apartarme. Tal vez me deje hacerlo. Me pongo de pie y lo miro fijamente. El aire quema, la piel arde, mi interior es una masa de metal fundido. Aprieto los dientes y lo empujo con todas mis fuerzas.

Las cuerdas de mi alma se rompen con un sonido sordo, y lo golpeo de nuevo. Y otra vez. Y otra vez.

—Hazlo otra vez —dice Leo, moviéndose con cuidado, cubriéndose de mis golpes—. Estás golpeando a ciegas. No más rabia. Golpea con precisión. Respira de forma uniforme.

Tiene razón, golpeé a ciegas. No me importa cómo ni dónde, solo necesito liberar el dolor acumulado.

Por mi juventud envenenada.

Por enamorarme.

Por haberme enamorado.

¡Por revolver todo dentro de mí otra vez! El último golpe me deja sin fuerzas. Caigo de rodillas en medio del ring, incapaz de levantarme.

No puedo respirar. Mi pecho se cierra, dejando entrar el aire a duras penas. Siento a Stender a mi lado y su mano en mi espalda.

—No puedo… —exhalo con dificultad—. No puedo respirar.

—Ahora.

Leo me levanta en brazos, empapada de sudor y agotada, y me lleva fuera del ring.

Mi garganta arde y mi cuerpo tiembla. Leo me lleva a alguna parte, sosteniéndome firmemente contra su pecho, que también se agita con su respiración. Oigo el sonido del agua al caer y, cuando me pone de pie, me doy cuenta demasiado tarde de que estamos en la ducha. Antes de que pueda reaccionar, el agua comienza a caer sobre mí.

Esperaba que los chorros fueran fríos y me quemaran, pero el agua está a una temperatura cálida y reconfortante. Es tan suave y relajante que siento cómo la ropa se vuelve pesada sobre mi piel. Leo sigue abrazándome, acariciándome la cabeza y murmurando algo que no logro entender. El ruido del agua me aísla del mundo exterior.

Algo extraño está sucediendo. De repente, inhalo profundamente, llenando mis pulmones hasta el máximo. Me siento ligera, casi ingrávida.

¡Dios, cuánto tiempo ha pasado desde que me sentí tan libre!

El agua arrastra las lágrimas saladas de mis mejillas, pero siguen cayendo, como si no pudieran detenerse. Entierro la cara en su pecho cálido, mientras mis dedos arruguen la tela de mi camiseta empapada.

—¿Dónde has estado? —los sollozos salen desgarradores, pero me liberan de una carga inmensa—. ¡Tenía tanto miedo! Leo, ¿por qué no estabas allí? ¿Por qué?

No sé cuánto tiempo permanecemos así, bajo el agua. Solo sé que me siento segura en sus brazos, como si todo estuviera en su lugar. Debo estar irremediablemente rota si él es mi refugio después de todo.

—Bésame —susurró desesperada, deseándolo más que nada en el mundo en ese momento.

El silencio que sigue es ensordecedor. Espero, apoyando mi frente en su barbilla, esperando que sus labios busquen los míos.

Pero no lo hacen.

—Ahora no —responde él en un murmullo apenas audible, y luego cierra el grifo.

Me entrega una toalla y sale de la ducha, dejándome sola. Dios, ¡qué estúpida me siento! Me avergüenzo de mi impulso. Pero, al mismo tiempo, le estoy agradecida.

Fue duro y doloroso, y como médica, no puedo aceptar ese tipo de terapia, pero funcionó. Las ataduras que llevaba en el pecho, esas que se habían vuelto parte de mí y que ya no notaba, finalmente se soltaron. Por primera vez en mucho tiempo, puedo respirar libremente.

Estoy agotada, tan cansada que me cuesta quitarme la ropa mojada. Me seco con una toalla suave y me pongo la ropa que Leo me ha dejado, su chándal. Es demasiado grande, pero no podía irme con el cuerpo empapado.

—Toma esto —Leo me ofrece una taza de té caliente en su despacho, cuyo aroma a miel y hierbas resulta reconfortante.

La acepto en silencio y la bebo despacio. Sabe bien, pero no tengo ganas de hablar.

—Tu próximo entrenamiento es el sábado a las 6:00. Trabajarás con Blake.

—No creo que necesite esto, Leo.

—Tienes que hacerlo. Y lo sabes.

No me atrevo a preguntar por qué me ha asignado a otro entrenador. Quizá tenga razón y no me haga daño. O quizás simplemente no iré. Mientras me abrocho el cinturón en el coche, siento que el cansancio me arrastra.

No, he estado agotada antes, pero nunca al punto de no poder mantener la cabeza erguida. Justo antes de que mi mente se apague, un pensamiento me cruza como un relámpago.

—Leo, ¿qué había en el té?

—Duerme, mi hermanita. Durante las próximas veinte horas, tu cuerpo estará recuperándose activamente y no necesita pensar ahora.

Hay algo extraño en su tono, una mezcla de cariño y dureza que apenas reconozco.

El suave chasquido de la silla reclinable es lo último que oigo antes de que me envuelva una oscura y suave inconsciencia.



Capítulo 15: Leo

La italiana abre la puerta y se queda inmóvil, con los ojos como platos.

—¿Vas a quedarte ahí parado o te harás a un lado para dejarme pasar?

Alexa susurra suavemente contra mi hombro mientras entro. Su pelo rubio cae sobre su cara, moviéndose apenas con su respiración.

—¿Dónde está su dormitorio?

La pelirroja señala la puerta blanca sin dejar de mirarme. Llevo a la pequeña hasta la habitación y la coloco en la cama.

Inmediatamente, se acurruca, llevándose las rodillas al pecho. Incluso bajo el efecto de los somníferos, sigue a la defensiva.

Observo sus labios entreabiertos, exhalando el aire con un sonido apenas audible. Me pidió que la besara. No tengo ni idea de qué esperaba que pasara si lo hacía. Me la habría comido viva, y no dejando los calcetines puestos.

¿Y luego qué? Por la mañana se mordería las uñas hasta hacerse sangre, arrepintiéndose. Me odiaría y se odiaría aún más a sí misma.

Su amiga no me quita ojo mientras cubro los pies helados de la niña con la manta y salgo de la habitación.

—¿Qué le has hecho, maldito, pervertido? —Sisea, mirándome con furia cuando estamos en el pasillo.

Déjà vu. No entiendo cómo mi hermanastra siempre encuentra amigos dispuestos a morderle el cuello por ella, siendo tan descarada y pelirroja como Ariana.

—La drogué y luego la violé —respondo con una calma que no siento mientras me abro la puerta para salir.

—¿Eres idiota? —me lanza la chica, sin apartar su mirada asesina.

—Relájate, amiga —le advierto con seriedad. Me detuve al salir.

Las bromas son las bromas, pero su tono me tiene harto. Mierda, si no fuera por Wei, ya le habría explicado cómo se debe hablar con la gente. Y si él no lo hace pronto, lo haré yo.

—Hablo en serio, Stender. Salió del trabajo y desapareció, y luego la traes inconsciente y vestida de hombre. Y lo peor es que eres tú quien la trae.

—No sé qué te habrá contado mi hermanastra de mí —me cruzo de brazos.

Chicas… siempre metidas en la vida de los demás.

—Pero…

—No hace falta que lo hagas. Basta con mirarte para ver lo imbécil que eres.

—Acaso, ¿eres mortal?

Empiezo a hervir. Nunca una cabra no bien follada me había hablado así. Incluso mi bondadosa madrastra tuvo que medir sus palabras cuando decidió alejarme de su hija. Esta chica ha perdido el sentido de los límites.

Debe haberse dado cuenta por mi expresión, de lo que le esperaba si seguía por ese camino. Suspira y se calla.

—¿Qué le diste?

—Nada criminal.

—¿Ni té de menta y valeriana?

—No te preocupes. Está bien. Dormirá hasta la noche siguiente y más tarde te contará todo.

Me voy sin despedirme, sintiendo la mirada ardiente de la pelirroja clavada en mi espalda. Qué suerte que Montana tenga una amiga así, alguien que se preocupa de verdad por ella. Su madre no es ni la mitad que cuida de ella.

Fuera, inhalo el aire frío hasta que me duele el pecho. Sonrío ante mis propios pensamientos.

—Feliz cumpleaños, Stender. Tienes 26 años y sigues flotando en los márgenes de esta maldita vida. En los márgenes de las páginas de los periódicos. El ejército es una buena escuela, pero no enseña la vida real. Así que aquí estoy, como un gatito ciego, tratando de abrirme paso. Un gatito de veintiséis años.

Me siento al volante del coche que compró mi padre y siento una amargura en algún lugar entre el pecho y la garganta. No quiero hacer esto. Respeto a mi padre, lo quiero, pero necesito salir adelante por mí mismo. Hasta ahora, los caminos que he tomado parecen páramos infranqueables, llenos de callejones sin salida.

¿Por qué Chino es tan reacio a dejar el club, si esta barcaza se está hundiendo con su gestión? No responde a mis sugerencias.

Tenemos chicos con mucho potencial, pero sin financiación no pueden salir del nivel regional. Y hay gente dispuesta a ayudar. Pero Chino está estancado. La contabilidad también es turbia. Aún no entiendo una mierda.

Mi mente se vuelve hacia Alexa. En algún momento, creo que estoy exagerando. Pero no. Esto era necesario. Necesita sentir el dolor curativo de caer al suelo para poder levantarse. Eso lo aprendí en el ejército, y estoy agradecido por eso.

He visto a muchos tipos regresar del combate sin estar completamente recuperados. Pierden piernas y brazos, y también cabeza, pero sus mentes siguen incompletas.

Algunos se recuperan en una noche y otros simplemente sobreviven. Y nuestro jefe de escuadrón nos enseñó a recuperarlos. Necesitan sentir el dolor y la conmoción del presente para reconectarse con lo perdido. Funcionó con todos, incluso conmigo. Funcionará con ella.

Llegué a casa sobre las once. Solo quiero dormir. Necesito una ducha fría porque no puedo dejar de pensar en la ducha anterior.

"Bésame…" ¿Qué estás haciendo, chica?

Jugar con fuego lleva al diablo. Pero, joder, estaba tan caliente. Suave y temblorosa. Y cómo deseaba sujetar sus muñecas delgadas por encima de su cabeza, presionarlas contra la fría baldosa y borrar de su cabeza esos horribles recuerdos de los monstruos que abusaron de ella.

Seguramente ese dulce compañero de clase nunca lo logró. Es poco probable que la pequeña se haya dejado tocar este año. Borra también esa. En polvo.

Estúpido pájaro carpintero, ¿cómo pudiste dejarla así? ¿Por qué no la sacudió y la hizo olvidar lo ocurrido?

¡Maldito impotente su novio!

Cierro el grifo y oigo ladrar a León.

¿Qué está haciendo?

Luego me doy cuenta de que llaman a la puerta.

¿Quién será a estas horas?

Sobre todo, sin pasar por el conserje. Si es Ada otra vez, no se quedará mucho tiempo. Hoy le expliqué el propósito de nuestros encuentros y quién sería el iniciador.

Me pongo los pantalones y me deslizo descalzo hasta la puerta. La abro y me encuentro con una sorpresa.

—¡Malditos bíceps! ¿Has estado trabajando en una fábrica de esteroides?

¡Vaya entrada de un empujón y en el suelo! Y nos damos un fuerte abrazo.

—¡Me alegro verte, Santana!

—Tío, suéltame, estás medio desnudo. No me siento cómoda, —bromea Bonito con la última frase con voz de mujer.

Nos reímos dándonos golpecitos en el hombro. Bonito, no es un diente de león. Ha ganado mucha estatura desde el instituto y se le ve fuerte. Se nota que ha pasado mucho tiempo en el gimnasio.

—¿Llegaste directo del avión?

—Sí. No todos los días mi mejor amigo cumple pasando más de un cuarto de siglo.

Bonito se quita la chaqueta cara y la tira al sofá junto con el maletín de cuero. Se quita la corbata y se remanga la camisa—. Y si me dices que solo tienes proteínas y barritas energéticas, dejarás de ser mi hermano, Leo.

Nos vamos a la cocina y saco todo lo que tengo. Y, por supuesto, una botella de whisky. Bonito se despeina y se deja caer en una silla. Es un hombre de negocios, con traje y reloj de oro, pero sigue siendo el mismo granuja. No puede ocultar su esencia.

—Woods estará aquí en un minuto. Solo tiene que despedirse de su bailarina.

La alegría de ver a mis amigos me llena de calor. Los extrañaba mucho. Han pasado seis años y muchas cosas han cambiado. Cada uno tiene su propio camino, pero nuestra amistad sigue siendo sagrada e inquebrantable.

Woods llega poco antes de medianoche, tan contento como un gato después de una gran comida. Su sonrisa blanca resplandece y se une a nosotros rápidamente.

Pasamos la noche entre risas y conversaciones sinceras, recuerdos y nostalgia.

—Escucha, Leo —dice Bonito, poniéndose serio—, ¿qué pasa con tu hermanastra? ¿La has visto o el ejército borró todo rastro de interés?

—Nosotros cuidamos de Nieve los dos primeros años después de que te fuiste —añade Woods, también serio.

Les cuento brevemente lo que pasó con la pequeña. Omitimos los detalles más oscuros, pero ellos entienden.

El ambiente se vuelve tenso. Woods acaricia pensativo a León, que está a sus pies. Bonito fuma en silencio.

—¿Cómo los encontraste?

—No me fue difícil. El parque está lleno de escoria y los rumores corren. Y este pequeño —señaló a León— ha estado cazando a esos cabrones. Solo falta uno, el que le rompió el brazo y León mordió a él. Pero lo encontraré. Y lo haré pedazos.

—Ten cuidado —me advierte Woods—, no queremos verte detrás de las rejas.

—Soy más cuidadoso que una sombra. Ni las hojas se mueven.

—Woods está en una relación —dice Bonito, sin poder evitar sonreír—, y parece que todo es perfecto.

Ronald se ríe y le da una palmada a Bonito en el hombro.

—Sí, así es. Estoy en una nube. Es como vivir en un maldito cuento de hadas —dice Woods, esparciendo alegría por todo el lugar. Es el tipo de alegría que te hace sentir bien por él, aunque también un poco envidioso.

Bonito, por su parte, sigue viviendo la vida de un dandi, sin ataduras, coqueteando con secretarias y asistentes, tanto las suyas como las de su padre.

—¿No te interesa unirte al bufete de tu padre? —pregunta Woods, arqueando una ceja—. Al menos por un tiempo, ¿no?

—No —respondo con firmeza, sacudiendo la cabeza.

Entonces, les hablo de mis planes para el club, de cómo quiero que sea un lugar donde los chicos puedan alcanzar su máximo potencial. Pero, cuando termino, ambos me miran como si hubiera dicho algo extraño.

—Pensaba que tú y Enzo no se llevaban bien, sobre todo después de la graduación —dice Santana, un poco inseguro.

—¿Qué tiene que ver Enzo con esto? —preguntó, confundido.

—Se ha metido un poco en el negocio ilegal —añade Woods—. Las peleas ilegales son un negocio lucrativo, aunque arriesgado.

—¿Ilegal? —repito, sintiendo que algo no encaja.

Bonito se inclina hacia delante y su tono es serio.

—Leo, ¿quién te propuso este trabajo en León?

Mi mente empieza a atar cabos y la imagen de Damon aparece en mi cabeza. Mierda. Todo empieza a tener sentido ahora. Me siento como un gatito ciego, pero en lugar de leche, estoy cubierto de mierda.

Los chicos no necesitan decir nada más. Ya lo entiendo. Puede que no sea un genio, pero tampoco soy un idiota. Los agujeros en los libros, el dinero que desaparece, Chino poniendo excusas…

Todo apunta a que el club no es más que una tapadera para peleas clandestinas, una especie de subasta de carne en lugar de un trampolín para jóvenes atletas. Y Enzo está detrás de todo.

—¿Qué piensas hacer, León? —pregunta Woods con cautela, estudiando mi reacción.

—Estoy pensando —respondo, con la mente trabajando a mil por hora—. Estoy pensando en cómo gestionar toda esta mierda.

La pregunta ahora es si esto será una maldición para mí o una oportunidad para arrastrar a Enzo conmigo. Como se suele decir, todo pasa por una razón.



Capítulo 16: Alexa

Me despierto lentamente, como si saliera de un sueño profundo que me envolvía contra mi voluntad. Entre la neblina de la inconsciencia y la vigilia, siento un calor incómodo en la nuca. Me doy la vuelta con esfuerzo y el dolor en el hombro me recuerda su presencia. Me encuentro con la mirada fija y preocupada de Andrea.

—Hola —digo con una voz extraña, casi irreconocible.

—Hola —responde Andrea, tensa, sin dejar de observarme como si intentara descifrar un enigma.

No recuerdo nada de lo que sucedió después de subirme al coche de Stender. Sé que me puso algo en el té y luego me trajo a casa. Imagino el susto que se llevó Andrea, y su mirada inquisitiva no me sorprende.

—Dígame de una vez —suspiro, sintiendo el cuerpo entumecido por el sueño y la tensión que se acumula en el aire.

—Habla tú —replica Andrea, volviendo a ser la de siempre.

Sus ojos pierden la rigidez y se llenan de indignación.

—¿Qué te ha hecho ese imbécil? Alexa, has estado durmiendo casi 24 horas. Iba a llamar a Michael, pero decidí esperar. ¿O debería haberlo hecho? ¿Quieres que lo llame ahora?

—Andrea, tranquila —le digo, cubriéndome los ojos con la mano, incapaz de lidiar con tanta intensidad en mi estado medio adormilado—. No, no llames a Michael. No quiero verlo ahora.

—Te escucho —dice, cruzándose de brazos, esperando una explicación.

—Todavía no sé qué decirte.

Me incorporo con esfuerzo y me apoyo en la almohada.

—¿Qué quieres decir? —Andrea frunce el ceño, sorprendida.

—No sé qué me hizo mi hermanastro.

—¿Te drogó? ¡Claro que sí! —Andrea se levanta de un salto y empieza a pasearse por la habitación agitada—. Te trajo aquí inconsciente, sin llevar nada tuyo. ¡Debería haber llamado a la policía! ¡Tendrías que haber…!

—¡Andrea, cálmate! —Le interrumpo, alzando la voz para que me escuche—. No es tan grave. Él… Me hizo enfrentar algo o me destruyó por completo. Pronto lo sabré. La terapia de choque no es algo que yo haya pedido. Me había acomodado en la burbuja que construí durante el último año y no tenía intención de salir de ella. Pero Stender la rompió ayer. Me sacudió y ahora no sé si podré reconstruirla.

Comparto mis pensamientos con Andrea. Su expresión se vuelve pensativa, casi perdida.

—¿Te pegó? ¿O qué?

—Me hizo luchar con él en el ring de boxeo.

—¿Luchar? ¿Con él? —Andrea se queda boquiabierta—. ¿Se ha vuelto loco? Alexa, tu hermano, es un psicópata que ha pasado seis años matando gente en zonas de conflicto. Es un cabrón egocéntrico. ¿Y te obligó a luchar?

—Andrea.

—No, en serio, deberíamos reportarlo al hospital y recomendar un tratamiento obligatorio.

—Y luego hacemos las maletas y nos vamos a África —digo, sintiéndome absurda—. Porque tarde o temprano lo soltarán, y estaremos jodidas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Andrea… —suspiré, recordando mi estupidez de ayer. Me tapo los ojos, deseando poder esconderme de mí misma—. —Ayer le pedí que me besara.

El fervor de Andrea se disipa de inmediato. Se sienta de nuevo en la cama y me mira fijamente. Siento su mirada incluso con los ojos cerrados.

—¿Y él? —pregunta en voz baja, como un niño asustado.

—Me dijo que no. Y ahora estoy terriblemente avergonzada. —La miro y veo confusión en su rostro—. También me dijo que encontró a los tipos que me atacaron en el parque. A dos de ellos. Y al perro. Ahora él tiene ese perro; se llama León.

La cara de Andrea lo dice todo. La entiendo. Es increíble que, al recordar aquella pesadilla, pueda hablar de ello sin ponerme nerviosa. Sin que se me acelere el corazón. No hay magia en esto.

—¿Y qué les hizo? —Andrea apenas puede contenerse—. ¿Los entregó a la policía?

—No lo sé. Creo que no. Y, sabes qué, Andrea… —digo, sintiendo un escalofrío, por lo que estoy a punto de confesar—. No me importa lo que les haya hecho.

No estoy sedada, no necesito respirar profundamente ni contar para calmarme. Me levanto de la cama y mis piernas son sólidas y firmes. No tiemblan. No siento ese frío en las venas que acompaña al trastorno depresivo. Simplemente, me levanto y Andrea me sigue hasta la cocina, donde comemos las tortitas que hice hace un día y medio.



Capítulo 17: Leo

Han pasado casi tres semanas y sigo sin dar con el tercer bastardo, ni con Chino ni con Enzo. Es como golpear una pared o intentar vaciar el océano con una cucharilla. He conseguido que los entrenadores hablen; ahora sé cuándo y cómo se organizan los combates, cómo eligen a los luchadores, pero es información superficial.

Nada concreto.

Necesito atrapar a Streisan Junior por el cuello, pero todavía no sé cómo hacerlo. No quiero involucrar a mi padre; él y el padre de Enzo tienen sus propios asuntos, y dudo que el viejo de Enzo esté al tanto de las tonterías de su hijo.

Mientras tanto, tengo a Alexa metida en la cabeza. No solo en la cabeza, sino en todo mi ser. Ni siquiera Ada puede sacármela.

Agarro su pelo teñido y de repente deseo que sea el rubio de mi hermanastra natural con tono de oro. Me cuesta respirar solo de pensar en ella.

Han pasado veinte días desde ring. No la he visto de cerca, solo de lejos, pero no puedo dejar de desearla.

¿Cuántas veces tengo que recordarme que ella no es para mí?

No quiero ensuciarla. Tengo tanta sangre sobre mí que dejé de contarla en mi tercer año en el ejército. Y aquí estoy, como un idiota, observando a Blake entrenar a Alexa en lugar de centrarme en el nuevo programa de entrenamiento por el cambio de cuerpo técnico.

Sí, vino a la primera sesión, luego a la segunda y a la tercera. Después de tres semanas de entrenamiento regular, ya se mueve mejor. Su postura es más firme y su golpe, más preciso.

Incluso se permite gritar cuando golpea el saco o gemir cuando está agotada. Es progreso. Se está permitiendo sentir y mostrarlo frente a otros.

Blake es un buen entrenador, un profesional. Sabe mantenerla a raya, sin permitir que se relaje, pero sin invadir su espacio.

Pero no puedo evitar querer arrancarle la cabeza cada vez que la toca para corregir un golpe o ayudarla a levantarse.

Dentro de quince minutos, ella terminará, y luego tengo una sesión con un cliente VIP. No tengo ni idea quién es, pero está pagando tres veces más honorarios habituales. Seguro que es algo especial. Me doy la vuelta al escuchar un crujido leve en la puerta.

Mierda, León se ha escapado en el gimnasio. Pasó la mañana lloriqueando, rogándome que lo trajera conmigo, y ahora se mete donde no debe. Tendré que trabajar con su adiestrador.

—Eh —lo llamo, pero ya ha saltado al ring y está apoyando sus patas en los hombros de Alexa, que está petrificada.

—Vuelve aquí.

—Hola —susurra ella, acariciando la cabeza de León mientras intenta esquivar su lengua babosa.

—Hola —respondo.

Le hago una señal a Blake para que se retire y salto al ring, palmeando mi muslo para llamar al perro. León mira a Alexa con lástima, pero al final se acerca, cabizbajo. Menudo cabrón.

—¿Cómo vas? —le pregunto a Alexa, que parece confundida.

—Bien —asiente, apartando un mechón de su cara.

Está nerviosa, lo noto. Hace bien en estarlo.

—Veamos —digo, sacando unos guantes de la pared y poniéndomelos.

¿Por qué hago esto? Soy un maldito masoquista. Alexa se pone en posición defensiva, levantando los brazos. Bastante bien, debo admitir.

—Piernas más abiertas. ¿Escuchaste a tu entrenador o como siempre discutes?

Frunce el ceño, pero se mantiene firme, observando mis movimientos. Ataco, ella retrocede y se cubre. Me lanzo de lado y ella esquiva.

Buena chica, pero quiero ver algo más de iniciativa. Hace un amago y luego lanza un golpe. Lo recibo sin esquivar. No está mal, ha aprendido a contraatacar. Pero se emociona y se relaja, así que la castigo. Giro y le doy una patada en el costado. Alexa pierde el equilibrio y cae al suelo gritando.

—Si la pelea no ha terminado, no te relajes.

Le ofrezco la mano, y ella la toma, pero con duda. La ayudo a levantarse y escucho un aplauso a mi espalda.

—¡Bravo! —dice Enzo, sonriendo—. Esto sí que es un combate digno de admirar.

—¿Qué hace aquí este gilipollas? —murmuro.

—Leo, el señor Stender —interviene la recepcionista—, Enzo Streisan es el cliente del que te hablé.

—Interesante.

Alexa está congelada detrás de mí, apenas respirando. Enzo, en cambio, se sorprende al verla y luego sonríe con esa sonrisa de mierda que yo tan bien conozco.

—Hola, Alexa —dice cortésmente—. Es un placer verte después de tanto tiempo.

Su sonrisa es educada, pero sus ojos son los de un depredador. Trago saliva, sintiendo cómo la antigua rabia se reaviva en mi interior.

—Enzo, ¿qué quieres?

Bajo del ring, pero no le doy la mano.

—Quería entrenar con el mejor entrenador de la ciudad y recordar viejos tiempos.

—¿Viejos tiempos? Te quedabas sin aliento en el tercer minuto.

—Bueno, las cosas cambian, ¿no? —Enzo se quita la chaqueta y se la da a su asistente—. Además, quería ver a un viejo amigo.

Esto se pone interesante. El idiota ha venido a mí, lo que significa que está preocupado. Eso es bueno.

—Vete —le digo a Alexa con la cabeza, y ella desaparece mientras vuelvo a subir al ring.

Enzo me sigue.

El autocontrol es crucial en un soldado, y siempre he tenido problemas con eso. Mi comandante me pateaba el trasero por no respetar la cadena de mando y hablar más de la cuenta. Y ahora estoy al borde de romperle la cara a este bastardo. Pero no puedo. Soy un maldito entrenador.

Enzo y yo entrenamos juntos en el “Club León” los años pasados. Al entrenador no le gustaba porque Enzo siempre jugaba sucio, pero eso no le restaba efectividad. Y parece que los años en el negocio de su padre no le han quitado la forma.

—¿Cómo te ha ido en el ejército, Leo?

—Como en el ejército. Mantengo mi guardia alta, para que este imbécil no intente un golpe bajo. —Vete tú a averiguarlo.

—No, valoro demasiado mi vida —Enzo lanza un golpe, que esquivo por poco.

El combate es intenso. Siento el sudor, empapándome la camiseta, y la respiración de Enzo se vuelve más pesada.

—¿Por qué estás aquí, Enzo? ¿No hay más entrenadores en la ciudad?

—Sí, pero necesito lo mejor.

Está probándolo. Lo intenta.

—Además, echaba de menos a un viejo amigo. No ha sido una ruptura bonita.

—Te confundes de persona, Enzo. Nunca fuimos amigos.

—Vamos, Leo —sonríe Enzo con sarcasmo y levanta la mano para indicar que paremos—. La situación con tu hermana no fue agradable. Veo que te importa.

—Es mi hermanastra —me encojo de hombros, fingiendo indiferencia.

Pero Enzo no es estúpido y sabe que quiero partirle la cara por lo que hizo en la subasta. El entrenamiento termina, pero no creo que haya dicho todo lo que quería. Ha venido por una razón.

Llevo semanas metiéndome en su negocio y parece que ha venido para evaluar hasta qué punto estoy involucrado. Está preocupado. Eso es bueno.

Me pongo la chaqueta y lo acompaño al aparcamiento. León me sigue, bajando de un salto del banco donde intentaba dormitar. Trota a mi lado, pero en cuanto salimos, su comportamiento cambia. Se pone en posición de ataque, con las orejas erguidas y gruñendo.

—¡León, quieto! —¡León, quieto!

Pero gruñe más fuerte, enseñando los dientes, y tengo que agarrarlo del collar. Un todoterreno negro está estacionado frente a la entrada y un tipo calvo y grande con un abrigo negro abre la puerta para Enzo. El chófer, supongo.

Y es a él a quien León está señalando. El tipo mira al perro con odio y, cuando se da la vuelta, siento un sudor frío en la espalda. Su cara está desfigurada por cicatrices moradas.

—Cálmate, perro —dice Enzo con un tono casi cariñoso—. Es Jack, mi chófer. Ya lo mordió una vez un chico como tú.

Hay demasiadas coincidencias. Pero siento que es él. El cabrón que intentó forzar a Alexa. El que le rompió el brazo y la golpeó. Es él. No sé cómo, pero lo sé.

—Muy bien, Leo, me alegro de verte. ¿Seguro que no quieres celebrarlo?

—Sabes, Enzo —digo lentamente, sintiendo cómo los pinchos del collar de León se clavan en mi palma—, ¿por qué no? Han pasado años. Quizá tengamos que trabajar juntos, como nuestros padres.

Odio a ese bastardo, pero necesito a su chófer.

—¿Por qué no te dejas a tu chófer y vamos conmigo para un rato?

Enzo mira su reloj, calculando algo. Está pensando en cómo joderme cuando obtenga lo que quiere. Maldito sea.

—Perfecto.

Le dice algo al chófer y me voy a cambiar y decir a Black que cuida León. Mi cabeza late con fuerza y la rabia hierve en mis venas. Ahora no, maldita sea. Me trago un par de pastillas y bebo agua del grifo.

Llegamos al bar casi a las ocho. No hablamos en el coche. Solo subí el volumen de la música. Esta noche no necesito hablar con Enzo; necesito información.

Pedimos un trago cada uno y nos sentamos en la barra. La música está alta en el vestíbulo, pero en el bar se escucha más suave.

La conversación es tensa. Enzo finge disculparse por el incidente con Alexa, como si eso fuera a arreglar algo. Pero decido aprovechar la oportunidad.

—Mira, Enzo, no voy a andarme con rodeos. Necesito a tu chófer.

—¿Jack? —Enzo levanta una ceja, sorprendido.

Parece sincero. En el ejército aprendes a detectar la verdad.

—El de la cicatriz en la cara. ¿Te dijo qué perro le hizo eso?

—Dijo que era un perro callejero que estaba en el parque. Luego tuvo que vacunarse contra la rabia.

Es él, sin duda.

—Fue mi perro, que lo vi ahora en el club.

—¿De verdad? Enzo da un sorbo a su whisky, intrigado.

—Por intentar meterle su pene en la boca a mi hermana. Sin su permiso. Y el perro no era mío antes, ahora sí.

Enzo deja de sonreír; se muerde el labio. Piensa.

—Sabes, Leo, no sé qué decirte. Entiendo tu resentimiento —dice con seriedad—. Pero Jack es leal. Eso no se encuentra fácilmente. Lleva menos de un año con nosotros, pero ha hecho mucho. Incluso me salvó la vida una vez.

No aceptará. Maldito sea.

—Lo siento, por tu hermana, pero no te daré a Jack.

Me fastidian, otra vez. Ahora Enzo conoce mi punto débil. Y lo hace, pero encontraré la manera de destripar a ese bastardo.

Lo encontraré.



Capítulo 18: Alexa

Paso las manos desde el pecho hasta la cintura, rozando las caderas, y sonrío al espejo. Es una sonrisa tímida, pero no me cabe duda de que me gusta lo que veo. El vestido corto, de color beige, se ajusta a mis curvas, ceñido por los lados y la espalda, pero suelto por delante. La tela cae desde los hombros, cruzándose debajo de los pechos y mostrando un escote atrevido. Un escalofrío me recorre al recordar lo que pasó hace seis años, pero…

Me gusta hoy todo.

Me gusta mi pelo rubio, ligeramente ondulado, que apenas toca mis hombros.

Me gusta el brillo de mis labios y el broche de perlas que recoge un mechón sobre mi oreja izquierda.

—¡Oh! —exclama Andrea, entrando en mi habitación—. Alexa, eres la persona más cruel que conozco.

—¿Por qué? —me giro hacia ella.

—Porque dejar a un chico cuando luces tan bien es lo más cruel que se puede hacer.

Un nudo se forma en mi estómago. Sí, he tomado una decisión, y aunque tengo miedo, estoy decidida a llevarla a cabo. Michael es maravilloso. Es amable, cariñoso, atento y comprensivo. Pero no lo amo.

No quiero seguir torturándome ni torturarle a él.

No quiero estremecerme cada vez que me toca, ni ver el dolor en sus ojos cada vez que digo “no”.

Se lo diré esta noche, en la fiesta. Es lo correcto.

—¿Estás segura? —Andrea se acerca y me toma las manos—. No es fácil encontrar a alguien como Michael. ¿Para quién… haces esto?

—Para mí y para Michael. Solo quiero estar sola.

Andrea me abraza con ternura y luego sonríe y me mira a los ojos.

—Tu hermano no es tan tonto, señorita Montana. Sabía lo que hacía cuando te puso al ring. Y tus pompis mucho más firmes.

Andrea es Andrea. El tacto no es su fuerte punto.

Suspiro, recordando aquella terrible noche que me llenó de lágrimas, vergüenza, dolor y alivio. Sí, la terapia de choque de Stender empieza a dar resultados. No es de inmediato, ni rápidamente, pero funciona.

***

La música alegre sale de la casa. Esperamos cuando Tressie abre la puerta. Le escucho cuando tararee pulsando el botón para abrir la puerta. Un par de minutos después, la cerradura automática se abre y entramos en el patio.

Unas chicas y chicos que conocemos están fumando cerca de los escalones. Nos saludan, pero no tenemos tiempo de acercarnos porque un huracán llamado Tressie sale disparado de la casa.

—¡Hola! —grita, radiante y riendo—. ¡Mis médicos favoritos!

Tressie nos besa las mejillas y nos abraza con fuerza.

—Vengan, vamos dentro. Todos los demás ya están aquí, así que es hora de empezar.

Andrea y yo estamos felices de ver a nuestra amiga, tan vibrante como siempre. Su corte de pelo en platino brilla y sus cejas perfectamente arqueadas están a la moda, mientras nos cuenta lo mucho que echa de menos a nosotros en su pedante Inglaterra.

Entramos en pasillo. El atrevimiento que sentía con este vestido frente al espejo empieza a desvanecerse y quiero subirme el dobladillo para cubrir un poco más mis piernas. Pero la mirada de advertencia de Andrea me hace enderezar la espalda.

La casa de los padres de Tressie es pequeña: solo tiene una cocina, un salón en la planta baja y tres dormitorios en el primer piso. Está bien amueblada y acogedora, y ha sido el escenario de muchas de nuestras reuniones.

Hay unas diez o doce personas, casi todas ellas conocidas, antiguos compañeros de clase. No es un grupo grande, así que me siento bastante cómoda. Andrea se une a las chicas de la universidad, y Tressie me arrastra al salón.

—Alexa, ven, quiero presentarte a Larry. ¿Recuerdas lo que te conté?

—Bueno, algo.

Sonrío, algo nerviosa.

—Es mi primo, volvió de un contrato militar hace un año; sirvió tres años.

—Sí, ahora lo recuerdo.

—Vino con un amigo del servicio. Pero él…

No escucho el resto porque ya lo veo. Es una coincidencia increíble. Me paralizo y siento un hormigueo en las yemas de los dedos. Una reacción que solo Stender provoca en mí.

Leo está de pie junto a un tipo alto y rubio, hablando con tranquilidad. Sonríe, y su sonrisa es nueva para mí. Está relajado, casi feliz. Lleva una camisa clara y unos vaqueros oscuros, sencillos pero elegantes. Esa sonrisa le queda bien, muy bien.

Tressie no nota mi desconcierto y sigue tirando de mí hacia ellos.

—Chicos, esta es mi amiga Alexa.

Los dos se giran y la mirada de Leo se detiene en mí. Su sonrisa se desvanece, su expresión se congela. Siento su mirada recorrerme, fría y calculadora.

—Alexa, este es Larry, el primo del que te hablé.

Larry sonríe y me extiende su gran mano, que estrecho con suavidad.

—Encantada.

—Y él es…

—Leo. Ya nos conocemos —le interrumpí a Tressie—. Es mi hermano. Hermanastro.

—¡No me digas! ¿Tu hermano?

Tressie parece sorprendida.

Dios, ella no es como si hubiera cumplido 14 años, sino 25. Pero aquí estamos.

Va a ser interesante, pienso, anticipando la noche. Estoy poniéndome nerviosa. Reencuentro a mis compañeras de Uni e intento relajarme. Pero antes de todo… Michael… Y como de magia, el aparecido, no quiero esperar ni un minuto más su presencia a lado de mí…

Le ha dicho.

Él escucha.

Le pido perdón.

Él escucha.

Silencio.

Él se fue.

***

¡Por favor, por favor, por favor! —¡Por favor, por favor, por favor! —Tressie aplaude con entusiasmo y luego grita de alegría.

Entro en el salón y veo a Leo sentarse en una silla en el centro, con una guitarra en el regazo. Pasa suavemente la mano por el diapasón, acariciando las cuerdas antes de rasguearlas suavemente.

Los recuerdos me invaden. Mi cuerpo está llenado de calor. Estoy perdida en las emociones del pasado.

—Leo, toca esa que te sale tan bien —pide Larry.

—Mezclo los versos en esa —dice Leo, mientras ajusta las cuerdas con cuidado—. Larry, ¿quién te enseñó a afinar así una guitarra?

Larry se encoge de hombros y todos guardan silencio. Leo se aclara la garganta y empieza a tocar. Un suave arpegio anuncia una melodía que reconozco.

Me gusta esta canción, aunque no soy fanática del grupo. No puedo imaginar cómo sonará en una versión acústica, pero Leo sabe cómo sorprenderme. Comienza a cantar en voz baja, pero su voz va ganando fuerza poco a poco. No es aguda, pero es clara y potente.

Los oyentes apenas respiran, atrapados por la expectación.

“With or Without You” de U2.

La guitarra de Leo repica la canción y el rasgueo de sus cuerdas se vuelve más seguro, más agresivo. Me doy cuenta de que estoy parada en la puerta, congelada, y finalmente decido entrar, pero no quiero romper el hechizo con mi presencia.

Me quedo en un rincón del salón, pensando en la letra, y me doy cuenta de que Leo, a pesar de su valentía e independencia, está terriblemente solo. Yo tengo a Greta y a mi madre. ¿A quién tiene él?

Un padre distante y recuerdos de una madre que lo abandonó sin querer. Lo miro mientras observa las cuerdas, pero de repente levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan.

Me estremezco, se me cierra la garganta y me cuesta respirar. Canta el estribillo y mis ojos arden. Alguien atenúa las luces del salón y lo agradezco.

No estoy preparada para mostrar mis lágrimas. Son solo emociones pasadas. Fantasmas de arrepentimiento. Y su mirada penetrante…

Mientras escucho su voz, mi temblor interno aumenta. Es solo una canción, no tiene nada que ver conmigo ni con Stender, pero…

Ese maldito “pero” hace que mi alma sangre, mientras miro los ojos oscuros de mi hermanastro. No me mires así.

Es el alcohol, seguro. Solo lo estoy imaginando, mezclando la fantasía con el alcohol en mis venas. Y quiero más.

El sonido de su voz, ese que tanto temía y luego ansiaba en mis noches solitarias, oprime mis tímpanos. Leo termina la canción y Tressie corre hacia él, encantada, mientras yo me escabullo.

Huye, escóndete. Eso es lo que hago. Me cuelo en la cocina y saco una botella de la nevera.

“Ron”, dice la etiqueta. Perfecto. Destapo la botella y bebo directamente de la garganta. El ardiente fuego desciende por mi garganta y me obliga a toser. Me cuesta respirar, pero lo consigo. Quiero más.

—Alexa, ahí estás.

Tressie irrumpe en la cocina y yo me llevo una sorpresa.

—¡Oh, lo has encontrado! Vamos. Siento su mano en mi muñeca y me arrastra de vuelta.

—¡Tu hermano es genial! —grita mi amiga con la alegría del alcohol—. ¡Él es increíble! Dana lo mira con adoración. Está prácticamente colgada de Leo.

Al escuchar y ver eso, la sangre me sube a la cabeza, embotando mis sentidos. No más dolor, no más sufrimiento. No más dejar que juegue conmigo.

¿Cuántas veces puedes romperme el corazón? Hay ruido en el salón; la música vuelve a sonar. Busco a Larry, pero parece que no quiere notar mi presencia. No importa. Puedo hacerlo sola.

Un tipo sirve varios chupitos de whisky a la vez y yo tomo uno con valentía, pero antes de levantarlo, una mano fuerte agarra mi muñeca y aprieta el vaso junto con ella.

—Creo que ya has tenido suficiente —oigo una voz tranquila cerca de mi oreja, y se me eriza la piel.

—¿Y si no? ¿Me vas a azotar otra vez? —El alcohol me da valor.

Me giro y lo miro desafiante, encontrando la oscuridad peligrosa en sus ojos.

—¿Quieres eso? —Leo se inclina, su voz es un susurro en mi oído, y su aliento me eriza el vello—. Solo que esta vez dolerá más. Llevas un vestido, te lo subiré hasta el cuello y luego te azotaré.

Un hormigueo me recorre de pies a cabeza y una extraña sensación se instala en mi pecho. En la universidad me enseñaron que esto podría ser un signo de disección aórtica, pero estoy segura de que mi aorta está bien. A diferencia de mis nervios.

—El cinturón deja marcas moradas en la piel desnuda y no desaparecerán en días. Tampoco podrás sentarte —continúa Leo—. Así que piénsalo bien antes de beber. No existe una dosis saludable de alcohol; es un cuento de hadas. Es no saludable.

Recuerdo esa frase; recuerdo la situación en la que fue pronunciada. Observo, hipnotizada, cómo Stender toma el chupito de mis dedos y lo lleva a sus labios. Luego bebe un sorbo como si fuera agua, lamiéndose los labios. Siento que me falta el aire.

Respiro con dificultad, como si hubiera corrido una maratón. Alguien cambia la música y empieza a sonar una canción popular.

No eres el único que sabe jugar, Stender. Parpadeo, alejándome de su hipnótica mirada, y camino hacia la improvisada pista de baile.

La cantante entona maravillosamente sobre lágrimas y violetas, y me dejo llevar por la melodía, moviendo mis caderas al ritmo. Estoy borracha.

Demasiado alcohol, demasiado Stender. Quiero olvidar, cerrar los ojos y dejarme llevar por la suave marea de la música. Apenas entiendo lo que canta la artista, pero siento el mismo ardor en la sangre.

Y creo que las lágrimas también arden en mi rostro. Siento unas manos cálidas en mis muslos y un pecho firme que presiona mi espalda casi desnuda. No necesito girarme para saber quién es. En la penumbra de la sala, lo sé. Mis sentidos se intensifican y mi estómago se contrae en un nudo. Alivio, anticipación, deseo.

¿Cómo? ¿A él? Es hora de admitir que deseo a mi hermanastro tanto como hace seis años, cuando abrí la puerta de mi habitación. Tal vez sea estúpida, pero no tengo miedo, aunque la última vez solo encontré dolor y vergüenza.

Leo se mueve conmigo. Pasa un dedo por mi cabello y me roza el cuello suavemente. Se revela. Es solo pelo, pero siento que estoy desnuda frente a él. Bajo la mirada y veo la expresión de Dana, perpleja y furiosa. ¿Y Andrea?

No me importa. ¿Va a estar sorprendida? ¿Y qué? Ya les dije que es mi hermanastro.

Veo una sonrisa en los labios de Andrea en la penumbra. Gracias, Andrea, por no juzgarme.

Pero luego encuentro la mirada de Michael, llena de desprecio y asco. Está de pie en el pasillo, mirándome fijamente en el salón. Probablemente, piensa que soy la peor persona del mundo. Le dije que no quería estar con nadie.

Estoy tensa. Esto tiene que resolverse, o no podré seguir adelante.

—Solo será un minuto —susurro, pero Leo no me suelta.

—Lo haré yo.

—Leo, por favor. Déjame decidir, solo esta vez. Como una adulta. Seré rápida.

Siento que dudo. La canción termina y Leo me suelta.

—Gracias.

De verdad, lo agradezco, sabiendo lo difícil que es para él ceder el control.

Entro en la cocina y Michael me sigue. Debo de ser una persona horrible, porque no siento culpa.

—Eres una zorra mentirosa, Alexa —dice Michael en voz baja, pero me hiere como un grito.

No esperaba que reaccionara así. Duele. Además, Michael está borracho, cosa que nunca había visto antes.

—Michael, no planeé esto, te lo juro…

—¿Ya se lo has dado? ¿Ya le has abierto las piernas? Su risa es asquerosa; nunca lo había visto así—. Siempre quisiste esto. Guardaste tu virginidad para tu hermano hasta ahora.

—¡Basta!

Su tono, esas palabras horribles, me enferman.

El alcohol empieza a exigir ser devuelto.

—Quizá yo también debería habértelo hecho —el tipo se tambalea, pero de repente me agarra firmemente del codo—. ¿Debería haberte follado sin pedir permiso? ¿Es eso lo que te gusta?

Su palma se estrella contra mi cara, haciéndome gritar de dolor. Mi mejilla arde, pero Michael ha cruzado la línea. Esto tiene que terminar. Me libero y salgo rápidamente de la cocina, mientras él me lanza insultos.

Me topo con Leo en el pasillo, pero él me aparta y se dirige a la cocina. No, no, otra vez no. Por mucho que ahora Michael me repugne, no quiero que Leo lo pegue.

—¡Leo!

Emociones, nervios, alcohol. Todo se mezcla en mi mente y me ahoga. Creo que fue Andrea quien me rodeó los hombros con su brazo y me llevó al salón. Sonidos, voces, luces parpadeantes, música… Todo se mezcla y, entonces, caigo en una oscuridad pegajosa.

* * *

No estoy segura de qué hora es, pero el sol me ciega a través de los párpados. Debe de ser de día, tal vez temprano en la mañana. Mi cuerpo me dice que de la noche voy a pagar las consecuencias.

Una resaca inminente se cierne sobre mí, acompañada de un olor extraño. Es vagamente familiar, pero definitivamente no es mío.

Mi almohada no huele a cítricos.

Abro los ojos y me incorporo de golpe, provocando que mi cabeza y mi estómago se pongan de acuerdo para darme una lección. La cama es ancha, mucho más firme que la mía. La ropa de cama es blanca, impecable. Y ese aroma… el gel de ducha que él usa.

Los tonos rojo-grisáceos del elegante estudio me confirman lo que ya sospechaba: estoy en casa de Stender. Por la mañana. En su cama. Y no llevo vestido.

¡Dios mío!



Capítulo 19: Leo

Cuando era niño, odiaba el requesón. Solo con verlo me daba náuseas, pero mi madre siempre insistía en que tenía muchas proteínas y era esencial para mantener fuertes los dientes y los huesos. Como siempre, tenía razón.

Mientras veo a León moverse emocionado y mover la cola como un cachorro ansioso, volteo la tarta de queso en la sartén. Es ella.

Me giro y ahí está ella, congelada, con los ojos bien abiertos. Está envuelta en una sábana, con los pequeños puños apretados contra su pecho. En sus ojos se mezclan el miedo, la vergüenza y algo más que no alcanzo a descifrar. Me mira y traga saliva. Huele a pánico y no puedo evitar sentirme… interesado.

—Buenos días, nena —le lanzo una mirada descarada, enfatizando la palabra “nena”.

Alexa se sonroja y empieza a temblar. Sigue mirándome en silencio, como una estatua de sal. Probablemente, está aturdida por la resaca, pero incluso así, con el pelo revuelto y los labios temblorosos, sigue siendo hermosa. Asustada, confundida, pero hermosa.

—¡A desayunar!

Pero no se mueve. Aprieta más fuerte la sábana contra su cuerpo.

—Leo… —Su voz se quiebra— Leo…

—No —le corto, después de unos segundos de silencio teatral, y me vuelvo hacia la cocina—. Ya has tenido bastante por ahora.

—¿No qué? —pregunta con una mezcla de incomprensión y esperanza.

—No, como respuesta a tu pregunta silenciosa sobre mi supuesta fascinación nocturna por la necrofilia.

—Dios… Dios…

Se cubre la cara con las manos, exhalando largamente.

Es una lástima. Nunca había visto a una chica tan aliviada por no haber tenido sexo conmigo.

—¿Dónde está mi vestido? —pregunta con más firmeza, aunque aún temblorosa.

—En el baño —respondo sin mirarla—. Búscate algo mío, hay camisetas y pantalones en el armario.

—¿Y el vestido?

—Está mojado.

—¿Por qué? —Sus pálidos labios tiemblan—. ¿Me sentí mal anoche?

Entiendo lo que quiere decir. Cree que la ayudé a vomitar en el baño. Podría burlarme de ella, pero su piel empieza a ponerse verdosa y prefiero no tener que sostenerle el pelo en este momento.

—Te lo pasaste bien ayer y tu vestido quedó empapado cuando León, emocionado, decidió marcar su territorio.

—Alexa exhala aliviada. Al menos no la ofendí.

—Cámbiate y ven a comer.

—También me gustaría ducharme.

—Tienes cinco minutos antes de que se enfríe.

Ella recoge la sábana y se va al baño, y yo vuelvo a las tartas de queso. Todo esto está mal.

Ayer estaba borracha y vulnerable, tratando de aferrarse a la vida a través de las sensaciones, y hoy ha vuelto a su caparazón de autocompasión y arrepentimiento.

¿O tal vez no?

¿Es posible que sea solo timidez femenina?

No estoy acostumbrado a esto. No sé cómo manejarlo. Siempre ha sido sencillo: si ambos nos queremos, ¿qué problema hay? Pero con ella todo es diferente.

Tengo que avanzar a ciegas, cuestionando cada paso: ¿realmente vale la pena?



Capítulo 20: Alexa

Abro el armario con una ligera incomodidad. El armario de otro hombre es como espiar su vida, pero Stender me dijo que tomara lo que necesitara. La ropa está perfectamente ordenada, con un aroma a detergente y un leve rastro de perfume.

No es lo que esperaba de un hombre como él. Saco una camiseta blanca larga y unos pantalones deportivos negros. Stender debería variar un poco su estilo; esos pantalones grises de tiro bajo son peligrosos, sobre todo si cocina sin camiseta.

Cierro los ojos, sorprendida por mis propios pensamientos, y cuento hasta tres. Necesito calmar mi respiración. Me vendría bien una ducha. En el baño, no hay bañera, solo una cabina de ducha transparente y un lavabo.

Encuentro una toalla limpia y un cepillo de dientes nuevo. Supongo que Leo no se molestará si lo uso, aunque seguramente luego lo tirará.

Intento cerrar la puerta, pero la cerradura no funciona.

—Leo, asomo la cabeza por la puerta —le digo—, tu cerradura no funciona.

—No la necesito, no hay nada que temer aquí —responde desde la cocina.

No hay mucho que hacer, necesito una ducha urgente. Dudo que Leo se atreva a molestarme. El agua me revitaliza. Froto con fuerza el gel de cítricos sobre mi piel, inhalando su aroma fresco.

Respiro profundamente, nerviosa. Leo actúa como si nada hubiera pasado, pero todo ha cambiado. ¿O quizás no?

Estoy confundida, probablemente todavía estoy borracha. Hace solo un momento estaba frente a él, desnuda y mareada.

¿Y si lo hubiera estado realmente?

¿Qué habría pasado después?

¿Cómo podría mirarlo a los ojos ahora?

Pero Leo me calmó, y ahora siento aún más vergüenza por estar aquí, en su casa y en su ducha. Me seco y me pongo la ropa de Stender. Es hora de salir, no puedo esconderme en el baño todo el día.

Mis cinco minutos se terminaron hace rato. No quiero que me haga hacer flexiones ni que cumpla su amenaza de usar el cinturón.

Las mejillas me arden al recordar sus susurros y su promesa de castigarme si seguía bebiendo.

Apenas salgo del baño cuando León se abalanza sobre mí, moviendo su cola con entusiasmo. Este perro enorme y musculoso, que podría ser una máquina de matar, gime como un cachorro y me mira con total confianza.

Me siento a la mesa que Stender ha preparado. Coloca un plato de tartas de queso y un tarro de mermelada. Quién lo diría, este hombre, tan peligroso e imprevisible, es también un excelente cocinero. Él y el perro parecen hechos el uno para el otro. Pero yo sé cómo es Leo, cómo una sola mirada suya puede hacer que te estremezcas.

—Esto es tuyo —dice, tendiéndome la mano.

En su palma está mi pulsera de oro, con pequeños racimos dorados de uvas y bayas esmeraldas. Mi pulsera. Instintivamente, toco la cicatriz de mi muñeca, tratando de detener el torrente de recuerdos dolorosos.

Él no solo la encontró, la recuperó para mí.

—Vamos, dame la mano. Esto te pertenece. Es un regalo, así que… que se jodan esos cabrones —dice, como si leyera mis pensamientos—. Nunca la vendieron, había una orden de búsqueda.

Intento controlar el temblor de mis dedos y le extiendo la muñeca. Él cierra el broche y luego levanta la vista, frunciendo el ceño. Sigo su mirada hasta ver las manchas oscuras en mi brazo, justo encima del codo. Michael me agarró anoche con demasiada fuerza.

—¿Qué demonios es esto?

Intento retirar el brazo, pero él lo sujeta firmemente. No aprieta como lo haría Michael, pero tampoco me suelta.

—Fue un accidente, Leo. Michael no estaba en su mejor momento y… Tengo las venas sanguíneas cerca de la piel.

—¿De qué diablos estás hablando? —Stender suelta mi mano y se levanta de la mesa. —No importa cómo sean tus venas, esos moratones no deberían estar ahí.

—No creo que quisiera hacerme daño, solo que…

—¿Solo qué? ¿Te agarró la mano con cariño? Debería haberle roto sus costillas anoche en lugar de dejar que tú manejaras.

Stender se dirige rápido hacia el armario y saca un suéter.

—¿Adónde vas? —pregunto, levantándome de la silla.

Leo se pone la chaqueta y se dirige hacia la puerta. Está furioso. “Lo siento” en el aire que vibra a su alrededor. Si Michael tuvo suerte ayer, hoy Leo no le dejará pasar.

—¡Leo, para! ¡Por favor! ¿Adónde vas?

Pero lo único que obtengo es el sonido de la puerta cerrándose con fuerza y el chasquido de la cerradura. Y un agudo y frustrado

—¡Stender! —se le escapa de mis labios.

¡Maldito Stender! ¿Cuántas veces más decidirá por mí?

¿Quién le dio ese derecho?

Golpeo la puerta con rabia y frustración. Tiro de la manilla, pero es inútil, como temía. Entonces oigo un gruñido bajo detrás de mí.

El perro, que antes me parecía simpático, ahora parece más serio, con un tono de advertencia.

—¡Que os jodan a los dos! —grito, y me dirijo furiosa hacia la cama, pero León está sentado bajo la puerta, mirándome con tristeza y algo de recelo.



Capítulo 21: Leo

Llegué tarde a casa. Tuve que conducir un buen rato para calmarme después de encontrarme con ese dulce espantapájaros. Hoy, al menos, la conversación tuvo más sentido.

León me espera en la puerta con una mirada crítica. El piso está oscuro y Alexa no aparece por ningún lado. Dudo que haya saltado por la ventana, estamos en el piso demasiado alto.

Enciendo la luz de la cocina y la veo dormida, acurrucada en la cama. La luz la despierta y se levanta sobresaltada, como si estuviera aturdida.

Me observa con recelo durante unos segundos, pero luego veo cómo la ira se enciende en sus ojos. Se quita las sábanas, se desliza fuera de la cama y camina hacia mí, decidida. Yo con sonrisa aparto a la cocina.

Su trenza rubia está despeinada, enmarcando su rostro con un delicado halo. Sus labios están apretados y su mirada arde de furia.

—¿Sabes qué, Stender? —su voz aún suena ronca por el sueño.

Me quedo allí, mirándola.

¿Qué va a decir? ¿Qué va a hacer?

Pero se detiene en mitad de la frase, traga saliva y respira hondo. Qué chica. Tan valiente, tan tierna.

Cierro los ojos. Siento cómo se rompen bajo la presión. Mi mandíbula está rígida, como todo mi cuerpo. Un deseo salvaje me consume: hacer la mía, marcarla, que todos sepan que es mía. Que huela a mí, que pertenece a mí.

A mí.

Tiro destrozado mis dudas.

Que todo se vaya al infierno.

Que todos se vayan al infierno.

La agarro por el cuello, la atraigo hacia mí y la beso sin previo aviso, sin darle tiempo para pensar o rechazarme.

No le doy opción a decir que no. No quiero sentir sus manos empujándome. Me aparto un momento para mirarla a los ojos.

Si no veo rechazo, no podré detenerme, no querré hacerlo. Su respiración es agitada, está nerviosa, pero no me rechaza.

Es una locura. Y yo estoy perdido.

Vuelvo a besarla y, esta vez, sus manos no me frenan. Alexa exhala y se relaja en mis brazos. Un escalofrío de anticipación recorre mi cuerpo.

Es deliciosa, dulce y suave. Quiero gemir al sentir su piel bajo mis labios. La marcaré. Que así sea. Mía.

Enredo mis dedos en su trenza desordenada y la inclino hacia atrás. Paso mi lengua por el punto donde su pulso late desbocado. Yo siento a ella.

—Leo… —susurra, con voz temblorosa, y ese gemido me excita aún más.

Debemos salir de la cocina antes de que la ponga sobre la encimera. Esto no puede empezar así. La levanto por debajo de la espalda y la llevo a la cama, pero la dejo de pie.

Necesito ir despacio. La he deseado durante demasiado tiempo como para apresurarme ahora. La luz tenue del estudio resalta el rubor en sus mejillas. Mi hermanastra, mi dolor y mi deseo.

¿Quién decidió escribir nuestra historia? ¿Cómo terminará todo esto?

Me pongo en cuclillas frente a ella, miro hacia arriba y agarro la pretina de sus pantalones. Alexa no se mueve, solo traga saliva.

Recuerda este momento, nena, porque has ganado. Te prohibí siquiera hablarme, y ahora estoy de rodillas ante ti.

Deslizo los pantalones deportivos por sus esbeltas piernas. Alexa levanta un pie, luego el otro, para ayudarme a quitárselos.

No toco su piel, solo la observo. Quiero verlo todo primero. Tiro de su camiseta y descubro el sujetador blanco de encaje que oculta lo que muero por tocar.

Le deshago, la trenza, dejando que los rizos caigan sobre sus hombros. Su cabello rubio y la lencería blanca crean una imagen inocente y sexy al mismo tiempo. El silencio en la habitación es tan profundo que puedo escuchar el latido de su corazón.

Cuando le desabrocho el sujetador, Alexa parpadea asustada y creo que está a punto de pedirme que pare. No sé si podré hacerlo. Sus pechos son redondos, firmes, con pezones puntiagudos y areolas suaves. Mi mirada se clava en su piel, aun sin atreverme a tocarla.

Mis dedos llegan a la cintura de sus bragas y ella suspira, cerrando las manos en puños. Espero a que se relaje y, luego, bajo suavemente su ropa interior, revelando su cuerpo desnudo ante mis ojos. Su piel es lisa, sin un solo pelo. Es delgada, pero eso se corregirá con el tiempo, con entrenamiento y una dieta adecuada.

El impulso de poseerla en este mismo instante me consume. Estoy al borde del abismo, mi polla está dura, a punto de romper los pantalones. Me quito la camiseta, quedándome solo en vaqueros.

Quiero sentir su calor, no solo con las manos, sino con todo mi cuerpo. Quiero abrazarla, pegarla a mí, coserla a mí con hilos tan gruesos que nunca podamos separarnos.

La envuelvo alrededor de mi cintura y vuelvo a besarla. Siento sus pezones tensos contra mi pecho.

¿Cómo me contengo? ¿Cómo evito asustarla con mi intensidad? ¿Cómo mantengo la bestia dentro de mí?

Le pongo la mano en el hombro y la hago sentarse en la cama. Sus ojos se abren, pero obedece, no dice nada, me deja guiarla. Yo también me arrodillo frente a la cama. Noto sus temblores, su respiración agitada. La empujo suavemente para que se recueste y le separo las rodillas.

Su humedad es suave y dulce. Alexa reacciona con demasiada fuerza al contacto, gimiendo, intentando cerrarse. Pero no se lo permito. La detengo con firmeza. Necesitas abrirte para mí, pequeña, deja de lado la timidez. Sus dedos se aferran a las sábanas y un gemido se le escapa de los labios.

—Leo… —susurra de nuevo.

No puedo esperar más. He esperado tantos años. Es hora de hacer la mía. Me deshago de los pantalones y los boxeos, cubro su cuerpo con el mío. Abro más sus muslos con las rodillas, acerco mis labios a su cuello.

Su cuerpo tiembla, cierra los ojos, se encoge.

¿Qué demonios? ¿Me tienes miedo? Maldita sea, Stender, ¿qué esperabas?

La has dejado sola y casi matas a su novio, aunque sea un exnovio. Tal vez teme que le haga lo mismo que a otras.

—Alexa —susurro—, ¿qué pasa? ¿Me tienes miedo?

—No —responde en voz baja, negando con la cabeza—. No pasa nada, Leo. De verdad, no pasa nada.

Su suavidad me acepta, pero sé que miente. Siento su miedo. Así que entro despacio, para que se acostumbre, para no asustarla.

Pero de repente, algo me detiene. A la mierda. Esto no puede estar pasando.



Capítulo 22: Alexa

Leo se detiene, me sostiene en brazos y me mira, sorprendido. Quiero que la tierra me trague.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo siento —susurro, cubriéndome el rostro con las manos mientras nuestros cuerpos se separan.

Siento decepción, vergüenza, resentimiento.

¿Qué debería haber dicho? ¿Que fui virgen hasta los 24?

¿Qué, después del ataque, me daba miedo siquiera pensar en ello?

Probablemente debería habértelo dicho.

—No lo harías…

—¿De dónde sacas esas tonterías? —Stender se recuesta a mi lado y me doy cuenta de que la magia se ha desaparecido.

—Bueno… —ahora quiero cubrirme— ¿sería interesante para ti? Pensarías que es una pérdida de tiempo.

—¿Y creías que no lo adivinaría? —sonríe.

Genial, justo lo que temía: que me ridiculizara.

Intento incorporarme y escapar rápidamente de esta situación vergonzosa, pero fallo. Una mano fuerte se posa en mi cintura y me mantiene sobre la cama.

—¿Adónde vas?

Stender se inclina sobre mí, mirándome intensamente. Su mirada me provoca escalofríos.

—Será mejor que me vaya —digo, con menos seguridad.

—Lo harás —responde con sarcasmo—. Más tarde.

Su voz suena apagada y, de repente, me voltea boca abajo. Grito, sorprendida, pero siento el suave roce de sus labios en mi espalda. Una descarga eléctrica recorre mi columna y mi cuerpo se arquea.

Leo deja sus besos suaves, bajando cada vez más, y muerde suavemente mi piel. La excitación vuelve y me obliga a respirar profundamente. El simple hecho de que esté haciéndome esto y de que yo se lo permita me hace sentir vértigo.

Quiero arquear la espalda, pero Leo no me deja. Presiona mis hombros contra la cama y acaricia suavemente mis vértebras. Me aferro a la sábana, estirándome bajo el peso de su cuerpo. Sus besos y caricias en mi piel me hacen estremecer bajo él.

Es dulce y aterrador al mismo tiempo. Siempre es así con Leo, no solo en la cama. Entonces jadeo por las sensaciones. Son tan explícitas, tan indecentes. Aterradoras, pero irresistibles.

Mi cuerpo se convierte en un nervio expuesto, una masa de sensaciones cuando Leo introduce su mano en mi interior. Sus dedos me acarician, estoy tensa. Es un poco incómodo, pero me siento excitada. Las caricias son intensas, ardientes. No puedo moverme porque él no me deja. Lo único que puedo hacer es morder la almohada.

Luego volvemos a estar cara a cara. Besos, caricias, el peso de su cuerpo sobre el mío. Mis labios se entumecen con tantas sensaciones. Leo me abre a él y esta vez no hay reticencias entre nosotros.

Reflexionaré más tarde. Ahora no.

Me besa los pómulos, la punta de la nariz, la barbilla. Me mira a los ojos mientras entra suavemente y despacio.

Pienso que esas historias de dolor insoportable están exageradas, hasta que la presión se vuelve insoportable. Sin movimientos bruscos, Stender me estira suavemente, dejando que mis músculos se acostumbren.

De repente, una fuerte sacudida nos fusiona por completo. Todo mi interior arde con un fuego abrasador que quema cualquier resto de placer. Inconscientemente, empujo contra su pecho, intentando apartarlo. Pero Stender no se mueve.

—Leo… —susurro, dándome cuenta de que me está besando las mejillas húmedas.

—Alexa, mírame —su voz es suave, sorprendentemente tierna.

Dudo, pero abro los ojos y me encuentro con su mirada. El fuego se calma y ahora puedo respirar mejor.

—Rodea mi cintura con tus piernas. Respira.

Stender sigue sin moverse.

Inhalo profundamente varias veces. Leo me sujeta con fuerza por debajo de las nalgas y presiona su pecho contra el mío.

Comienza a moverse, primero suavemente, luego con más confianza. El fuego vuelve al principio, pero luego se amortigua.

Todos mis sentidos están expuestos, mis emociones revueltas.

Leo hunde su nariz en mi cuello, sus caderas rozan suavemente mis muslos, haciéndome gemir y luego gritar.

Por el dolor, por la cercanía, por el placer agudo. Por el retumbar en mis sienes y el temblor en mis rodillas. No puedo sostenerme más y grito poniendo en mi cuerpo el ritmo de Leo. Me perdí con en la tormenta de emociones.

Stender me ha hecho suya. Y todos los pensamientos vendrán después. Ahora solo existen nuestras miradas y nuestros cuerpos.

***

Miro por la ventana y observo cómo la nube azota todo a su paso. El viento parece querer arrancar los árboles de raíz. Aunque no es tarde, el cielo ya empieza a oscurecerse. El taxi llegará en unos diez minutos.

—¿Estás lista? —Andrea entra en la habitación con una taza humeante. En sus ojos se refleja una lástima que intenta ocultar. Es incómodo, molesto.

—Sí, ya estoy lista.

La gala está programada para las 17:00. No decimos nada, pero ambas sabemos de qué hablamos. Me compadece, y lo más extraño es que intenta justificarlo.

Ha pasado una semana desde aquella noche llena de magia y deseo. Leo me amó con suavidad y pasión, y yo me entregué sin reservas. Me perdí en él, dejando que me consumiera.

Me dijo que la próxima vez sería más fácil, pero esa próxima vez nunca llegó.

A la mañana siguiente, Stender me llevó a casa. Después, silencio. Ni una llamada ni un mensaje, excepto uno. Al tercer día, cuando la ansiedad y el resentimiento me estaban volviendo loca, reuní valor y lo mandé el mensaje y luego llamé.

No fue fácil. Lo nuestro nunca lo es. Rechazó la llamada y solo envió una palabra: “Ocupado”.

Pasaron más días y seguía “ocupado”. No volví a escribirle ni a llamarle. El resentimiento crecía y cada vez sentía más a menudo la sal en mis labios.

Pero, ¿cuál es el problema? No soy la primera ni la última. Quizá debería agradecer que la primera vez no le disgustó, que fue amable y cuidadoso, que pensó en mí, no solo en él.

Pero eso fue todo.

Lo curioso es que Andrea intentó justificarlo. No quiso decir, como de costumbre, que era un cabrón que merecía arder en el infierno.

—Alexa, quizá esté realmente ocupado. No parece a un cabrón. Bueno, sí lo es, pero no contigo. Lo sabes, perfectamente.

Creía haberlo entendido, pero ahora, mientras espero el taxi que me llevará a la fiesta de aniversario de mi padrastro, me siento nerviosa.

George no es de los que prefieren restaurantes, ni siquiera los caros que puede permitirse. Prefiere celebrar la ocasión en casa con personal contratado. La misma casa donde conocí a mi hermanastro. Donde temo volver a verlo hoy.

¿Qué se supone que debo decir? ¿Cómo actuar después de lo que hemos compartido y recibir solo un "ocupado" como respuesta?

Saco la chaqueta del armario y me miro en el espejo. El vestido negro no es lo más adecuado, pero quiero cubrirme. Hoy quiero esconder mi cuerpo, taparlo con tela hasta que solo se vean mis manos y mi rostro.

Unos vaqueros clásicos y una blusa cerrada de estampado beige. Elegante, pero discreto. George dijo que sería una reunión familiar, lo que, sinceramente, me asusta más.

El taxi tarda en llegar, y luego observo cómo las gotas de lluvia se deslizan por el parabrisas. Es fascinante. Parecen desafiar la gravedad, cayendo desde arriba mientras el viento las arrastra hacia arriba. Es antinatural, como mi relación con Leo.

Hermanastro y hermanastra entregados el uno al otro.

¿Es normal, es correcto? Nuestros padres están casados, la sociedad lo condena, aunque no seamos realmente parientes. Recuerdo la mirada de desprecio en los ojos de Dana en la fiesta y el asco de Michael. Pero ellos no lo entienden.

Mi corazón duele, sangra, como la lluvia en la ventana, cuando el taxi entra en la propiedad. Recuerdo cómo llegué aquí hace seis años, una desconocida tímida que se topó con la mirada penetrante de unos ojos oscuros.

Recuerdo el miedo que sentí la primera vez que oí su voz amenazante en su habitación. Ahora lo conozco de otra manera. Sé cómo me mira, cómo puede llenar mi alma de ternura o encender un fuego en mi estómago. O hacerme sentir un frío glacial.

A veces, ni siquiera necesita mirarme, con un simple "ocupado" es suficiente.

George me recibe en el porche con un cálido abrazo.

—Entra rápido, gatita, que ya están todos.

“Todos”. ¿Y él? Por supuesto que está - es su padre. Pero no me atrevo a preguntarle a George. El interior es cálido y acogedor, como siempre. La música suave acompaña las conversaciones tranquilas. No hay mucha gente, considerando el estatus de George Stender.

Mi madre se acerca y me besa suavemente en las mejillas. Luego veo a Enzo y su padre. Me molesta ver que Enzo está aquí.

Me saluda con un vaso en la mano, sentado junto a la ventana más alejada del salón. Está hablando con… Leo.

Su mirada se clava en mí. Las comisuras de sus labios se tensan. Stender deja su vaso en el alféizar y da un paso hacia mí, pero yo me aparto con desafío y me dirijo hacia otro grupo de invitados.

Ojalá mis dedos dejaran de temblar. Y no solo mis dedos.

Pensar en Stender y en su silencio es una cosa, pero verlo es muy distinto. Dios, está a seis metros de mí y siento su aliento caliente en el cuello. Y sus manos en mi cuerpo. Allí.

Engullo una copa de champán y capto las miradas sorprendidas de las amigas de mi madre.

Nos llaman a la mesa. El primo mayor de George golpea suavemente el tallo de una copa con un cuchillo, pidiendo atención y silencio. Me siento a la izquierda de George, después de mi madre, y Stender se sienta justo enfrente de mí. Intento no mirarlo, pero siento el peso de su mirada. Me aprieta, me quema.

Le lanzo una mirada fugaz, casi por reflejo. Tengo que tragar saliva; su mirada es como una cuchilla.

Está enfadado. ¿Por qué? ¿No le gustó que lo ignorara? Yo también estoy ocupada, Leo. Eso es todo. Giro la cabeza y veo a Enzo a mi izquierda.

¡Mierda! Menuda compañía. Va a ser una noche larga.



Capítulo 23: Alexa

El champán recorre mi cuerpo y me calienta las mejillas mientras las felicitaciones van y vienen.

—Estás preciosa, Alexa —susurra Enzo—. Estás más guapa que en la escuela.

Sé que solo intenta ser amable, pero su mirada depredadora me incomoda. Los recuerdos de aquella noche vuelven a mi mente y, aunque se dirige a mí con respeto, sus ojos cuentan otra historia.

Siento la mirada de Leo clavada en nosotros. Desde el otro lado de la mesa, Leo se remanga las mangas de su camisa negra, revelando tatuajes oscuros. Yo también empiezo a sentir calor y el cansancio se apodera de mí.

—Disculpa —me levanto antes de que termine uno de los brindis.

Subo apresuradamente al baño del primer piso, el de mi antigua habitación. Han pasado seis años desde que viví aquí, pero aún lo siento mío. A veces me quedo a dormir cuando George y mi madre insisten en que me quede a cenar.

Me remango y abro el grifo, dejando que el agua fría calme mi rostro. No me importa arruinar el maquillaje, puedo arreglarlo luego.

El murmullo del agua se ve interrumpido por un chasquido silencioso. Antes de que pueda reaccionar, unos brazos fuertes me rodean y un pecho firme se aprieta contra mi espalda. El aroma a cítricos y cuero es inconfundible.

—¡No puede ser así, Stender!

Me giro rápidamente y extiendo la mano en señal de advertencia.

—¡Quítame las manos de encima, Leo! —intento mantener la voz firme.

—Ven aquí —dice; su tono es bajo, casi amenazante.

—No. Vete.

—¡Alexa!

—No juegues conmigo, Leo. No soy una muñeca.

Le digo, pero mi voz no sale como yo esperaba. No grita, pero la fuerza en su voz hace que todo mi cuerpo se tense. Trago saliva. No quiero montar una escena. No soy su novia, después de todo.

Mis ojos empiezan a humedecerse y me invade una vergüenza insoportable por llorar frente a él.

—Ese es el problema, pequeña. Nunca he jugado contigo. Nunca —su tono es serio, casi dolido.

—Ha pasado una semana. Una semana, Leo. No quiero hacer esto, ¿vale?

—Te dije que estaba ocupado, y lo estaba. Llegué dos horas antes de la cena.

—Podrías haberme dicho algo, cualquier cosa…

No puedo más. No entiendo su manera de ver las cosas. Me rodeo con los brazos y me doy la vuelta, deseando estar sola.

Pero Leo no se mueve. Me vuelve a abrazar y sus labios rozan mi oreja, enviando una descarga eléctrica por mi columna.

—Te deseo tanto, joder —me susurra al oído, encendiendo un fuego en mi interior—. Casi pierdo la cabeza esta semana.

—No, Leo.

—Sí.

—¡No, suéltame!

—¡Por el amor de Dios! —su voz es un susurro afilado—. He intentado mantenerme alejado, Alexa, seis años. Pero no puedo.

Antes de darme cuenta, estoy presionada contra la fría baldosa. Leo sujeta mis muñecas con una mano mientras con la otra baja el cierre de mis vaqueros.

—¡Basta, Stender, no quiero!

—¿Sí? —Su mano se desliza bajo mi ropa interior, arrancándome un jadeo—. ¿Por eso estás tan mojada? ¿Por qué no quieres?

Su aliento caliente me eriza la piel. Me bloquea con el pie, dejándome indefensa, y me inclina ligeramente hacia atrás, sujetándome las muñecas contra la pared. Estoy atrapada, sin posibilidad de resistirme.

—¿Por eso te pasaste toda la cena sonriéndole a Enzo? Sus manos se mueven con destreza, haciéndome temblar.

Estoy en sus manos, atrapada como en un torno, y cada intento de liberarme solo aumenta la presión.

¡Maldito Stender!

Mis vaqueros aprietan demasiado y me esfuerzo por no gemir, pero un suspiro se escapa de mis labios.

—¿Todavía no quieres? —Su voz es suave, pero peligrosa, y su mano se detiene.

Me quedo congelada con él. Mi orgullo se resquebraja y luego se hace añicos.

—Quiero… —admití en un susurro avergonzado, cerrando los ojos.

Leo no dice nada, me suelta las muñecas y me coloca las palmas sobre las baldosas. Me baja los vaqueros y la ropa interior.

¿Qué me está haciendo?

—No te muevas.

Empuja lentamente, hasta entrar por completo. Es castigador, pero el dolor y el placer se mezclan y crean una sensación abrumadora. Se mueve con más fuerza, con un propósito que me desarma.

Stender me intercepta bajo el pecho y me endereza, apretándome contra la pared con todo su peso. Después, continúa. Me entierra la nariz en el cuello y susurra algo ininteligible. Me muerde el hombro con los dientes. Era como si se hubiera olvidado de mí.

Sigue moviéndose, empujando con fuerza, y su respiración caliente en mi cuello… Su mano se aferra a mi cuerpo, transmitiéndome su deseo primitivo, tan antiguo como el mundo.

Gruñe en mi oído y se retira bruscamente, corriéndose en el suelo. Mis piernas tiemblan, incapaces de sostenerme. Me subo los vaqueros, con el cuerpo ardiendo y la garganta seca de tanto respirar.

Stender sonríe.

—Te has portado mal, Alexa —su voz suena cortada—. Por eso no te has ganado los dulces.

¡Maldito seas, Stender!

Lucho contra el impulso de enseñarle el dedo corazón, pero temo imaginar lo que conseguiría con eso. En su lugar, me tapo los ojos.

—Si vuelves a desaparecer, aprenderás lo que es estar sin dulces —sonríe mientras me abrocha el cinturón y me ayuda a vestirme.



Capítulo 24: Leo

Respiro profundamente el aire, disfrutando del contraste entre el frescor exterior y el calor que se escapa desde el interior de la casa. Mis dedos aún huelen a ella y, a pesar del orgasmo que acabo de tener, la deseo de nuevo.

¿Qué diablos me pasa?

—Parece que esa chica te importa de verdad, Leo —la voz de Enzo me saca de mis pensamientos. Aparece de la nada, como siempre.

—¿Espiando, Enzo?

—Ni de coña —responde, encendiéndose un cigarrillo—. Ver tu culo desnudo podría dejarme traumatizado.

—Puedo organizarte otro tipo de lesión, si prefieres.

¿Qué hace aquí este imbécil arruinando el momento?

—Sabes, Leo, creo que me equivoqué. Jack es todo tuyo —dice Enzo, exhalando humo.

No respondo, solo espero las condiciones, porque sé que las habrá. Al fin y al cabo, es Enzo.

—Puedes hacer lo que quieras con él, pero en el ring.

¡Hijo de puta!

—De acuerdo.

Es astuto, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea por atrapar a ese bastardo y ya encontraré la manera de joder a Enzo en el proceso.

Me cuenta su plan: ganar dos peleas y, en la tercera, el idiota de Jack será mío.

—Leo, sabes que la caza por ti empezó hace un mes. Algunos aún recuerdan lo prometedor que eras en la escuela. Y un luchador de sambo, exmilitar y medallista, no pasa desapercibido.

—¿No te da miedo atragantarte, Enzo?

—Hay mucho dinero en este negocio, Leo. Y quiero llevarlo al siguiente nivel. Tú eres mi boleto de salida. ¿Recuerdas a Águila?

—Lo recuerdo.

—Compito con él en el mismo nicho. Hay un torneo dentro de tres semanas y necesito un luchador decente.

Voy a llorar de lo mucho que me aprecias, Enzo. Tal vez quieras chuparme la polla también.

—Hablo en serio, Leo. No es un mal trato. Gánate esos dos combates y Jack será tuyo.

—¿Y si lo encuentro sin ti? ¿Te das cuenta de que tu chófer podría desaparecer sin dejar rastro?

Lo veo dudar, procesando lo que dije.

—Si me metes en otro nivel, el club es tuyo, Leo —admite finalmente, con un tono arrogante ya desvanecido—. Es una buena apuesta. Si quieres, puedo ayudarte a entrar en el negocio. No necesitamos ser enemigos, Leo. Has estado fuera demasiado tiempo, pero tarde o temprano te recuperarás. Me gustaría ser tu amigo.

Amigo, mis cojones.

Pero tiene razón en algo. Para liberar a León de esta mierda, tendré que ensuciarme las manos. He estado investigando y eso es un camino más corto. Sin despedirse, Enzo desaparece.

—Leo —escucho una voz femenina a mis espaldas.

Whitney Montana. Otra conversación que no quiero tener.

Ella saca un cigarrillo largo y lo coloca entre sus labios pintados. Sigue siendo guapa, sigue siendo la misma zorra de siempre.

Intento alejarme, pero sus dedos largos y afilados me agarran el codo. Me detengo a regañadientes.

—Leo, lo siento —dice con una voz apagada.

¿Acabo de escucharla bien? ¿Whitney Montana pidiendo perdón?

—Fue algo terrible lo que pasó hace seis años. Lo siento mucho, de verdad. Necesitabas el cuidado de una madre, y yo te aparté. Fui repugnante.

—Han pasado seis años, Whitney. ¿Por qué hablamos de esto ahora?

Por fuera estoy tranquilo, pero por dentro quiero estrangularla.

—Puede que sea una mala madre, pero sigo siendo su madre. Tenía miedo de que rompieras a mi pequeña, Leo.

Su voz tiembla y se le llenan los ojos de lágrimas. Whitney agarra el dobladillo de su abrigito con tanta fuerza que se le ponen blancos los nudillos.

—Pensé que volverías en un año. Serías más sabio, más reservado. Y Alexa sería más madura. Quizá entonces.

—¿Y cómo resultó eso? —la interrumpo.

Whitney suelta una risa amarga.

—Mi hija se volvió más extraña para mí. Lo comprendió todo, sin palabras.

Saca otro cigarrillo y lo enciendo. Tengo que acercar la llama a su cara. La tensión entre nosotros es palpable.

—Tu madre…

—Cállate. No hables de mi madre —le advierto con frialdad.

Whitney se queda paralizada, casi susurrando.

—Leo, lo veo todo. Por favor, no le hagas daño. Alexa no sabe cómo sobrevivir como yo. Necesita un muro detrás del cual esconderse. Si confía en ti, mantenla a salvo. Sé que puedes hacerlo.

Por mucho que la deteste, sé que Whitney quiere a su hija, aunque de una forma extraña.

—Eres una zorra rara, Whitney —respondo, cansado de tanta mierda—. Pero esto no tiene nada que ver con tu hija. Ella está en salvo. Tienes mi palabra.

Whitney exhala justo cuando la puerta se abre y Alexa sale corriendo hacia nosotros con la chaqueta puesta.

La rodea a Whitney con los brazos y me mira.

—¿De verdad es hora de irte?

—Sí, mamá, el taxi está esperando. Adiós.

La agarro por el codo para detenerla.

—Suelta el coche.

—Leo, de verdad tengo que irme —dice, lanzando una mirada a su madre, que permanece inmóvil.

—Estoy de servicio mañana.

Puedo sentir su incomodidad, su deseo de no hablar delante de su madre. Pero yo sé lo que está pensando. La conozco demasiado bien.

—Voy a por mi chaqueta y las llaves. Quédate aquí.

Le lanzo una mirada que lo dice todo. Si intentas huir, estaré allí. Y no será bonito. Dejo a Whitney y a Alexa en el porche, entro en casa, me despido de mi padre y salgo.

Whitney sigue sola en el porche, pero cuando escucho el ruido de los neumáticos al otro lado de la verja, sé que Alexa ha huido.

¿Disfruta con la caza?

Estoy harto de este juego. Solo quería meterla en la cama, abrazarla y no soltarla.

—Alexa fue a soltar el coche; está esperando en la puerta —se apresura a decir Whitney.

No tiene derecho a prohibirme nada. Agarra mi codo otra vez mientras bajo las escaleras.

—Por favor…

—Te lo dije todo, Whitney.

Alexa me espera en la puerta, envuelta en su chaqueta.

El tiempo es horrible y solo quiero llegar a casa. El silencio en el coche es denso mientras conduzco. La lluvia golpea el parabrisas y los limpiaparabrisas se mueven frenéticamente. Pongo música suave.

Todo es un contraste: calor en el coche, tensión en el aire. Mi deseo por ella me consume. La quiero de todas las maneras posibles. La quiero suave, la quiero duro, la quiero mía.

Le pongo la mano en la rodilla, esperando su reacción. Alexa baja la mirada un segundo, luego se tensa.

—¿Adónde vamos? —me pregunta, al darse cuenta de que no la llevo a su casa.

—A la mía.

—Leo…

Aprieto su muslo y guío mi mano hacia arriba. Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de duda y miedo. No quiero que me tenga miedo otra vez.

—No te preocupes, Alexa. No te haré. Solo quiero que te acuestes conmigo.

Sus labios se entreabren y sus ojos se entrecierran.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

Estoy jodido. La deseo tanto que me duele, pero tiene que aprender a confiar en mí. Solo un poco.

—¿De verdad? —me pregunta una vez más.

Por favor, hazlo otra vez. Pero se queda en silencio, aprieta los labios y no me cree del todo.

—No voy a follarte, aunque me lo pidas —le aseguro.

Soy un maldito caballero. Le prometí a su madre que no le haría daño. Y es cierto, ya ha tenido suficiente por hoy. Lo que pasó en el baño fue intenso, pero no es momento de más.

Alexa pone su mano fría sobre la mía y seguimos en silencio hasta mi casa. Nos tomamos de la mano en el ascensor, pero ninguno de los dos se atreve a mirarse. Joder, Stender, eres un romántico.

Todo el encanto se desvanece cuando llegamos al piso y encontramos a Ada, sentada en el suelo, llorando con la cara manchada de rímel.

¿Qué, demonios, hace aquí?

La mano de Alexa tiembla en la mía, pero la sujeto con fuerza, alejando cualquier pensamiento de huida. Ada deja de llorar cuando nos ve; se tambalea sobre sus tacones. Está borracha.

—¿Qué haces aquí, Ada? —le pregunto con calma, sin soltar a Alexa.

—Leo… Yo. Recuerdo los términos, pero no puedo… No puedo…

—¿No puedes qué?

—¡Sin ti!

Genial, la zorra está fuera de control. Siento la tensión en Alexa. Quiero meterla en el piso y despedir a Ada, pero sucede algo inesperado.

—¿Te acostaste con ella? —pregunta Alexa, soltándome la mano y mirándome directamente a los ojos.

No voy a mentir.

—Sí.

—¿Usaste protección?

—Claro.

—Entonces —dice Alexa, dirigiéndose a Ada—, no tienes por qué preocuparte por enfermedades ni embarazos. Deberías irte.

Estoy tan sorprendido que no sé qué decir. Pero lo que pasa después es aún más inesperado.

—No te vayas con él, tonta —le susurra Ada, agarrándola de la manga—. Te usará y luego te echará. Te hará daño física y mentalmente. Y lo peor es que volverás a él arrastrándote.

Ada tira de la manga de Alexa, pero ella se libera rápido con un empujón. Es más un empujón que un golpe. Quiero intervenir, pero algo me lo impide.

Alexa necesita demostrar que puede defenderse sola. Intervendré si la situación se descontrolaba.

Ada se tambalea, sorprendida por la reacción de Alexa. Tiembla, está en shock.

—Ada, basta de este circo —decido intervenir—. Deberías irte. Y si vuelves, te explicaré por qué es una mala idea.

Soy el colmo de la moderación.

—Que te jodan, Leo —Ada recoge su bolso del suelo—. Tú y tu zorra os merecéis el uno al otro. Pero no me llames cuando ella descubra la mierda que eres.

La dejo ir. Que se vaya al diablo con su estupidez.



Capítulo 25: Alexa

Leo abre la puerta y me hace un gesto para que entre. Mis piernas están aturdidas y tiemblo de manos. Lo que pasó antes, la forma en que reaccioné, fue horrible. Salió de la nada. Actué sin pensar.

—Pasa.

Parpadeo, intentando despejarme. Estoy congelada en el umbral, perdida en mis pensamientos. Me quito los zapatos de una patada y Leo me ayuda a desvestirme antes de quitarse la chaqueta.

¿Qué hago aquí? ¿Por qué estoy aquí?

—Necesito una ducha —dice Stender, acercándose y mirándome a los ojos—. ¿Prometes no salir corriendo? ¿O mejor me llevo la llave?

No puedo entender lo que veo en sus ojos.

¿Está bromeando o habla en serio?

La oscuridad que hay en su mirada es impenetrable.

—No voy a huir.

Leo se marcha y me quedo sola, sin saber qué hacer. ¿Qué va a pasar? Prometió que no me folla, pero ¿mantendrá su promesa? Y lo peor es que yo no quiero que la mantenga.

Sigo enfadada por su silencio durante la última semana y por lo que me hizo en el baño. Camino a la cocina para mantenerme ocupada. Pongo la tetera al fuego, saco pan y queso de la nevera. Aunque había comido en la fiesta de aniversario de mi padrastro, de repente tengo hambre.

—Por favor, haz uno para mí también.

Me sobresalto. No me había dado cuenta de que el agua de la ducha se había parado, ni de que Leo estaba justo detrás de mí.

—Te pedí que no fueras a hacer eso: acercándose sigilosamente a mí en el silencio, —digo, intentando controlar mi respiración.

—Lo siento, es costumbre.

Stender se sienta en un taburete y me observa mientras preparo los bocadillos. Coloco los platos y las tazas en la mesa.

Él me mira en silencio. Fue mi primer hombre y todavía me avergüenza mirar su cuerpo. Su cabello mojado y despeinado le da un aspecto demoníaco bajo la tenue luz. Solo lleva puestos los pantalones después de la ducha, y por alguna razón no dejo de mirar sus pies descalzos.

Mis ojos se deslizan por los tatuajes de sus brazos. En su brazo derecho, una especie de abstracción que se extiende desde las muñecas hasta el cuello; en el izquierdo, un adorno en forma de plumas de ala, y sobre su pecho, el familiar león junto a la inscripción: “Entra en la oscuridad”. Como hipnotizada, me acerco y extiendo la mano hacia las letras que parecen arder en su piel.

—No es verdad —susurro suavemente, tocando la inscripción con la punta de los dedos.

—Lo hice hace mucho tiempo, hace más de cinco años —me mira Stender mientras trazo las letras con mis dedos fríos—. Y es verdad, tú lo sabes.

—¿Qué sigue, Leo? —dice la pregunta, que suena como un veredicto en el silencio.

—Sé específica, Nieve.

Definitivamente, me gusta más ese apodo, pero no cambia nada.

—No juegues conmigo. Ya te lo pedí una vez. No quiero acabar como Ada, así que…

Me alejo, abrazándome a mí misma, y siento un escalofrío repentino. Se me seca la boca de golpe; tengo miedo de su respuesta.

—Ada está en el pasado, Alexa. Y tú… no eres ella.

—No me importa el pasado. Quiero saber del presente —respondo, girándome para mirarlo a los ojos e intentar entenderle.

Tengo que arrancar la tirita de golpe. Me encuentro con sus ojos oscuros, a centímetros de mi cara. Hay tanta emoción en su mirada, en su expresión. La calma sepulcral que siempre tuvo ha desaparecido.

—No sé la respuesta correcta a tu pregunta, Alexa —me aprieta los antebrazos, mirándome fijamente—. Llevo seis años huyendo de ti. Y de mí mismo. Y estoy cansado. Mi presente eres tú. Estoy confundido, no sé qué hacer ni cómo actuar. Tú eres mi psiquiatra, ¡enséñame!

Su confesión me deja sin suelo bajo los pies. Esperaba frialdad, rudeza o, al menos, franqueza. Pero no esto. No sabe qué hacer. Yo tampoco.

—¿Cómo puedo ser tu psiquiatra si no tengo ni idea de cuál es el diagnóstico? —le susurro.

—Te ayudaré: obsesión.

Instintivamente, me inclino hacia él, deseando sentir sus labios, pero sus fuertes manos se tensan y me mantienen a distancia.

—Te lo prometí. No me provoques.

Stender se aparta y se esconde detrás del mostrador, y siento un vacío tirante en mi interior. Sí, le tengo miedo. Es impredecible e impulsivo. Gente como él es peligrosa; mejor huir antes de quemarse.

Pero ya estoy atrapada en su telaraña, enredada, atada de pies y manos, esperando a que me hunda sus colmillos. Y, lo admito, ansío sentir sus labios.

—Bébete el té, Nieve, y vete a la cama.

Más fácil cabe decir que hacerlo. Me pongo la camiseta larga de Leo y me meto bajo la manta. Stender se tumba a mi lado, se gira hacia mí y apoya la cabeza en mi codo.

Nos miramos a medio metro de distancia, pero me cuesta respirar. Le hice una promesa y ahora tengo una lucha interna.

No quiero que me haga lo que me hizo en el baño. Fue humillante y doloroso. Pero debo admitir que siento un aleteo en el pecho que me dice que no estoy siendo del todo sincera. Es demasiado para mí, pero… con Leo soy diferente. Hoy, en la puerta de su casa, esa parte de mí que está despertando empieza a gustarme.

Al cabo de unos minutos, Stender se recuesta y pronto se queda dormido. Su respiración es profunda y rítmica, pero yo no puedo dormir. Todo esto es demasiado increíble. Parece irreal, como si una trampa me esperara en alguna parte. Pero lo que dijo en la cocina fue casi una confesión.

¿Simpatía? ¿Pasión? ¿Obsesión? Él mismo lo diagnosticó. Llevamos mucho tiempo obsesionados el uno con el otro, y no hay nada que lo solucione. No hay cura. Estamos atrapados, y se trata de una atracción autodestructiva.

* * *

Me despierto sintiendo frío. Anoche, Stender me abrazó mientras dormíamos, con su nariz contra mi nuca. Al principio me tensé, pero luego me relajé al darme cuenta de que estaba dormido.

Me gustaba estar así, enredada en su cuerpo, dejándome llevar por el sueño profundo. Ahora, envuelta en una manta, me doy cuenta de que estoy sola en la cama.

El reloj que hay junto a la cama marca las 6:03 y aún está oscuro fuera. Mientras pienso en lo vacío y tranquilo que está el piso, oigo el clic de la cerradura. Stender entra en el pasillo, se quita la chaqueta y las zapatillas, y mira hacia la cama.

—¿Te desperté?

—No, me desperté sola. ¿Qué ocurrió?

—Nada. Acabo de volver de correr. Se acerca una gran competición y necesito recuperar la forma.

Dios mío, si así luce alguien que necesita ponerse en forma…

—¿No eres entrenador? ¿No deberían los socios ponerse en forma?

—¿Y qué clase de entrenador sería si no predicara con el ejemplo?

Me recuesto en las almohadas mientras Leo se esconde en la ducha. Debería levantarme. Necesito pasar por casa a recoger mis cosas y estar en el hospital a las ocho, pero tengo la sensación de que mis planes van a cambiar.

Leo vuelve a la zona de dormir… completamente desnudo. Grito de sorpresa y me cubro la cara con las manos.

—¿En serio? —Stender parece divertido mientras saca ropa interior del armario y se la pone—. Al menos podrías cubrirte con una toalla.

—¿Por qué?

—Bueno… En serio, ¿por qué?

Unas cálidas manos se posan sobre las mías y me las apartan de la cara. Leo me mira a los ojos y la chispa de diversión en su mirada se transforma en algo más intenso. Me levanta las manos, aferrando mis muñecas a la almohada por encima de mi cabeza. Su deseo se contagia al mío.

—Leo…

—Hoy es un nuevo día, y lo prometí ayer —su voz se vuelve ronca—. De todos modos, ya es hora de las recompensas, no de las hazañas.

Stender recorre mi cuello con sus labios, como si fuera un viajero sediento. Me retuerzo, indecisa, con el corazón latiendo tan fuerte, que casi me deja sorda. Mi piel comienza a arder cuando Leo me coloca debajo de él, cada célula de mi cuerpo vibra, embriagada por su cercanía.

—Relájate, Alexa, cada vez dolerá menos —susurra en mi cuello.

Intento hacer lo que me dice, cierro los ojos y me relajo en sus brazos de acero. El aroma fresco de su piel me hace respirar profundamente, embriagándome. Las caricias de Leo son atrevidas, demasiado atrevidas.

Sus labios, su lengua y sus dedos recorren cada rincón de mi cuerpo. Me penetra con un solo movimiento. Me tenso, pero me doy cuenta de que no hay dolor, solo una leve tensión. Comienza a moverse suavemente, rítmicamente. Pronto dejo de aferrarme a sus hombros, porque mi cuerpo clama por más cuando Stender disminuye la velocidad.

Con cada embestida, me hundo más en un calor que me envuelve, y dulces pulsaciones recorren mi espalda. Leo está tenso sobre mí, con las venas del cuello marcadas. Me doy cuenta de que ahora está entregado a mí, en un marcado contraste con lo que ocurrió ayer en el baño. Mis manos se deslizan por su cuello y casi puedo oír el rechinar de sus dientes.

La ligera vibración de sus músculos entrenados bajo mi piel y las gotas de sudor en su frente me indican que está al límite. Y lo está, porque de repente me suelta y me hace rodar, volviendo a apretarme contra él. Con unas cuantas embestidas fuertes y profundas, me lleva al borde del éxtasis. Una oleada de fuego se derrama en mi interior, inundando cada terminación nerviosa, cada célula, cada rincón de mi mente. Se desplaza hasta la punta de mis dedos y, después, se retira bruscamente, dejándome entumecida.

Un gemido largo y salvaje se le escapa de los labios. Stender se queda inmóvil un momento después, exhalando ruidosamente, y luego se desploma, apoyando la frente en mi espalda.

—¿Estás viva, Nieve? —pregunta con voz ronca, y se tumba a mi lado.

—No estoy segura —respondo, acurrucándome y acercando mis rodillas al pecho.

Mi cuerpo sigue ardiendo, desbordado por los ecos del orgasmo que acabo de experimentar. Tocamos en el silencio.

—¿Café?

Asiento, cubriéndome los ojos. El café suena perfecto ahora.



Capítulo 26: Leo

¡De pie! Manos a la espalda, ¡levanta peso muerto treinta veces!

Odio ese ejercicio, y el entrenador lo sabe. Es su manera de castigarme. Y la verdad es que funciona. Calma esa bestia que llevo dentro. Solo que ahora soy yo quien se da la orden.

Es mucha mierda, es mucho odio, pero tengo que estar tranquilo. La ira y una mente fría deben ir juntos. Las manos no pueden temblar. Si no controlas la ira, te ciega y entonces cometes errores graves.

¡Errores graves!

—Hola, Leo.

Enzo entra en el vestuario. Mal momento. Aún no he terminado de calmarme.

—¿Qué sentido tiene torturarte con algo que odias?

—Hago esto, Enzo, para no empezar a torturarte a ti. Dime qué quieres y lárgate.

—No seas grosero, León. Son negocios. ¿Estás bien? ¿Listo? Nadie sabe nada de ti y la competencia está al límite. Vamos a partirle el culo a ese capullo y a hacer una declaración.

Me acerco a Enzo. No es débil, pero lo noto tenso.

—Enzo, tú y yo no somos amigos, no lo olvides. Tenemos un trato, y por eso estoy aquí. Yo te daré la escalada estelar, y tú me das a León y al bastardo. Eso es todo.

—Claro, Leo, lo que digas —sonríe el imbécil—. Pero no estés tan seguro, aún podríamos sernos útiles en el futuro.

Faltan diez minutos. Me limpio la cara con una toalla húmeda, me vendo las manos y me pongo los guantes. Aunque los combates sean clandestinos, siguen las reglas. No sé qué clase de monstruo me espera, pero no tengo miedo. Se abre de nuevo la puerta del vestuario e irrumpe Wei. ¡Sorpresa!

—Leo, ¿te has vuelto loco?

—Wei, no te pongas histérico.

—¿Qué haces aquí? ¿Sabes en la mierda que te estás metiendo?

—Tengo mis razones —respondo, ajustándome los cierres de los guantes.

—¡Leo! ¿Pero qué, demonios…? —Wei está perdiendo la paciencia.

—Mira, Wei, tú también podrías haberme dicho qué estaba pasando, pero no dijiste nada mientras yo buscaba la información.

—Porque sabía que esto —señala mis guantes— tú acabas aquí, ¡y todo bajo el control de Enzo!

No me gustó esa última parte, pero así son las cosas.

—Tenemos un acuerdo.

—¿Cómo? —Wei está perplejo.

—Yo llevo su negocio de mierda a las grandes ligas y él me da lo que quiero.

Wei se pasa las manos por el pelo, frustrado. Qué bonito es que a alguien le importe un carajo.

—¿Tienes el segundo?

—No. Me importa una mierda a quién ponga Enzo a cargo de mi agua.

—¿Eres imbécil? Esto es una lucha clandestina. Echan algo en el agua.

—Vámonos, si quieres. Es la hora.

Suena el gong, me pongo la capucha, oculto la mitad inferior de mi cara bajo un pañuelo negro con una calavera, y salgo con Wei.

La misma sala de las subastas, pero reequipada. Hay asientos para ciento cincuenta personas en el perímetro de las tribunas, con un ring vallado en el centro. Pollitos casi desnudos se retuercen en frascos de cristal en las esquinas y hay un bar cerca de la salida.

Eso me faltaba en los papeles. Chino dijo que esta parte del complejo está en obra, y no me dejó la llave. Y lo vi un par de obreros y decidí no meterme con las obras. Y ahora, ¡mira eso, gran escenario!

Es muy atmosférico. Hay más de 200 personas en el público. Se guarda silencio absoluto cuando un tipo con traje y pajarita entra en el ring. Mi oponente aparece: un tipo grande, barbudo y musculoso. Pero no esperaba un maricón tan grande.

—Señoras y señores —dice el locutor, como en una película de cine negro—, hoy tenemos caras nuevas en el ring. Un exmilitar, múltiple campeón de competiciones de lucha a puño limpio. ¡Un aplauso para Leo León!

Los aplausos suenan tensos. El público no apuesta por mí. Tendré que sorprenderlos.

—¡No necesita más presentación “Rey de Lobos”!

Joder, el "Rey de los Lobos". Podrías haberle puesto cascabeles para intimidar más.

—Leo, deja de reírte —Wei me da un codazo al notar mi risa—. Este tipo ha derribado a siete hombres en una temporada: y uno de ellos nunca se levantó.

Me encojo de hombros. Cada uno tiene su propia tumba del cementerio. No es algo de lo que sentirse orgulloso. Mis pies golpean la suave superficie, mi corazón se acelera y mi pulso se acelera.

Aprieto las manos, dando impulso a los músculos. El tipo grandullón de enfrente sonríe de forma desagradable. Nos pide que choquemos guantes. Lo hacemos y una oleada de odio nos invade a ambos. Sabemos que esto no será fácil.

—¡Lucha! —grita el locutor.

La rabia me ciega mientras arremeto contra mi oponente. No quiero esta pelea, quiero otra. Pero este tipo se interpone. Es bueno, pero no siento dolor: solo un breve atisbo de sudor en mi frente destrozada mientras bloqueo el cuello del grandullón. Jadea y golpea tres veces el suelo del ring.

La señal del árbitro no me llega de inmediato. Me doy cuenta de que el "Rey de los Lobos" empieza a ponerse azul. Lo suelto y me levanto bruscamente. Se anuncia un descanso y me dejo caer en la silla que Wei ha preparado.

Enfrente, los lobos dan de beber a su rey. Escupo el contenido de la botella y miro a mi alrededor en la sala. Muchos no están contentos. Nadie quiere malgastar su dinero.

De repente, veo a Enzo, feliz como un elefante. Y a su lado, una chica pálida como una pared. Es Carol, mi exnovia. Qué irónico. Enzo siempre quería superarme en todo; incluso tomó a la mujer que usé.

Carol me mira, temblando. Suena la señal de nuevo y la pelea continúa. El grandullón se esfuerza más. Me tira al suelo varias veces. Las chispas empiezan a saltar de mis ojos. Sacudo la cabeza, borro el velo. Es hora de acabar con esta mierda. Golpeo el suelo con el puño para acallar ese trauma viejo.

Luego me tumbaré con una toalla en la sien. Ahora es el momento de actuar. Me acerco; lo agarro por el cuerpo. El "Rey de los Lobos" tensa la espalda, pero yo ya gruño, impotente. Le golpeo en el cuerpo, dejándolo sin aliento, y en ese momento lo tiro sobre mí. Cae, golpea el suelo con las palmas y se queda inmóvil, cubriéndose los ojos con el guante.

Enhorabuena, Enzo. Disfrútala. Salto del ring sin esperar aplausos. No los necesito, tengo otros objetivos. Necesito recuperar el aliento y apagar el fuego que llevo dentro.

Pero, en cuanto me quito los guantes y vierto agua sobre la cabeza, Carol entra corriendo al vestuario con los ojos desorbitados. Se queda parada en el umbral, mirándome fijamente.

—¡Leo! —grita, lanzándose a mi cuello.



Capítulo 27: Alexa

¡Andrea! —le agarro del brazo e intento arrastrarla lejos de esta boutique—. ¡Ni siquiera voy a probarme esto!

—Lo harás, lo harás —Masetti, con su agilidad habitual, se zafa y me agarra por la manga, arrastrándome hacia el interior de la tienda. Una dependienta simpática y sonriente se acerca enseguida.

—Hola, chicas —dice el chico guapo con una sonrisa—, ¿en qué puedo ayudaros?

—Nada, solo estábamos pasando —trato de convencer a mi amiga para que salgamos de ahí.

—Claro —le devuelve la sonrisa al dependiente—, pero he visto este pijama tan bonito. —Alexa, pruébatelo, por favor.

Los ojos de gato de Andrea suplican astutamente, y después de más persuasiones, incluida la del dependiente, que huele su presa, cedo y me arrastro hacia el probador con un vaporoso encaje negro en las manos.

—En realidad —dice Andrea desde detrás de la cortina, mientras yo intento descifrar dónde va cada tira—, deberías tener al menos tres: negro para la pasión fatal, rojo para la ardiente y blanco porque a veces los chicos quieren corromper a una chica inocente. O tal vez rosa, para sentirte como una princesa cuando duermes sola con un gran osito de peluche.

Sacudo la cabeza en silencio, quejándome con mis expresiones faciales ante mi reflejo en el espejo del probador. Desde el espejo, me devuelve la mirada… ¡Oh, Dios! Esto es pura lascivia, no un pijama. Es bonito, claro, pero nunca me atrevería a ponérmelo, ni siquiera cuando duermo sola.

Debería quitármelo tranquilamente y decirle que no me queda bien. Pero mi astuto plan fracasa cuando Andrea descorre la cortina descaradamente y me mira de arriba abajo.

—¡Guau!— sus labios se curvan en una sonrisa traviesa y quiero cubrirme.

—Andrea, no, guau, no —trato de cerrar la cortina—. Esto es un conjunto de mujerzuela para una chica sin moral. Además, es carísimo.

Andrea se ríe desde detrás del biombo mientras me cambio, pero está extrañamente callada. Cede demasiado rápido; pensé que sería más difícil. Todo se aclara cuando, al salir, ella se va detrás de mí y paga en la caja. Luego me entrega la bolsa con una mirada socarrona.

—¡Felices días, señorita Montana! Que tu novio se ponga como loco y te dé un montón de orgasmos alucinantes.

Me doy una palmada en la frente, avergonzada. No debería haber compartido esto con Andrea. Pero es Masetti; me habría torturado con sus horribles batidos de apio si no le hubiera contado algo.

—Vamos, Alexa —Andrea me abraza con conciliación—. Ese Stender tuyo me da miedo solo con su mirada depredadora, pero hace que te sonrojes, así que puedo perdonarle todas las intimidaciones y amenazas.

—¿Leo te ha amenazado? —me mira estupefacta— ¿Cuándo ha hecho eso?

—En el hospital, cuando fui a buscar tu firma. Me dijo que me arrancaría la cabeza si te molestaba, ¿recuerdas?

—Ah, claro.

Comemos en una cafetería y luego cogemos un taxi para volver a casa. Hablamos de que ya es hora de que aprendamos a conducir. Nuestros padres llevaban años insistiendo en que fuéramos a una autoescuela, pero siempre lo posponíamos. Así que pasamos los años de la academia viajando en minibuses.

Para calmar a mi amiga, le prometo que me pondré el pijama nuevo, aunque no tengo ni idea de cómo me atreveré a presentarme así ante Leo. La idea y el recuerdo de su mirada me provocan una oleada de calor que empieza en la nuca y baja hasta el estómago.

Las últimas tres semanas han sido como un cuento de hadas para mí. No con ponis rosas y unicornios, claro, pero Leo tampoco es un príncipe en un caballo blanco. Aun así, intenta serlo, y saber que lo hace por mí hace que me florezcan mariposas en el estómago.

Solo con oírle decir “Nieve” o “Pequeña”, con ese tono entre un gruñido y un susurro suave, se me doblan las rodillas. Nos vemos casi todos los días, excepto cuando estoy de servicio, y he pasado la noche con él tres veces. Esas noches me dormí al amanecer.

Leo me lleva a pasear por el paseo marítimo, donde nos envolvemos en mantas, bebemos café caliente en termos y contemplamos las estrellas sobre el agua. Y, aunque la brisa fresca debería

enfriarme las mejillas, Stender me susurra al oído lo que planea hacerme cuando lleguemos a su casa y ninguna brisa puede contrarrestar eso. Aun así, sigo temiéndole en el fondo.

Cuando Leo me mira fijamente sin decir nada, mis neuronas se ponen en alerta. Pero en cuanto me toca, toda la ansiedad se disipa. Lo que ocurrió en el baño de la casa de mis padres no se ha repetido. Leo es suave y cuidadoso.

A veces me siento como un jarrón delicado al que tienen miedo de tocar y, para mi vergüenza, deseo en secreto volver a estar en aquella bañera. Pero no se lo diré a Stender. Ni siquiera me torturarían lo suficiente para hacerme confesar.

Justo cuando estoy a punto de ponerme en un lío con este encaje, recibo un mensaje en el teléfono. Mi corazón da un brinco, pero luego se encoge de decepción.

“Nieve, esta noche dormirás con Zanahoria-II. Lo siento, estoy agotado por la competición de hoy”.

Se está volviendo sombrío.

Sé que no debería reaccionar así, porque Leo es humano y se cansa. Pero me siento tan mal que me dan ganas de llorar. Arrugo el estúpido trapo y me dejo caer de nuevo sobre la cama.

¿Qué pasa si Leo se está cansando de tratar con alguien tan torpe como yo? Conocemos bien su temperamento y carácter, y sus preferencias. ¿Y si no está cansado de la competición, sino de mí? Nunca hemos hablado sobre nuestra relación.

—Vaya, ¿de verdad está tan mal la cosa, señorita Montana? —Andrea se deja caer en mi cama y me mira.

Vaya diagnóstico, Alexa. Ni siquiera me había dado cuenta de que tenía lágrimas en las mejillas. Odio admitirlo, pero la ciencia dice que hay que expresar los miedos. Así que le cuento a Andrea mis temores. Me tenso aún más cuando ella no dice nada.

—Venga, Alexa, ponte la ropa nueva y ve a verle.

—¿Qué? —frunzo el ceño y la miro.

—No creo que tengas razón. Tal vez esté cansado, pero tienes que ser proactiva. Y si realmente está tan agotado que no puede levantarse del sofá, puedes darle un masaje y ayudarle a relajarse.

—Andrea, no puedo hacer eso. No quiero agobiarle. Es solo que… Hay una sensación estúpida en mi interior, no sé, de ansiedad.

***

Dios, aquí estoy, frente a la puerta de Stender, maldiciendo a Masetti y aún más a mí misma por haberla escuchado. Me puse este trapo íntimo, ridículo y me rizo el pelo.

¿Qué pasará si se burla de mí? ¿Pensará que soy solo otra chica celosa y pegajosa? ¿En qué me diferencio de Ada ahora?

La única diferencia es que estoy sobria… por ahora. Y eso solo es temporal, supongo. Porque, ¿qué pasa si no está solo? Mi corazón se hunde y se convierte en una costra de hielo al imaginar a Leo con alguien más al otro lado de esa puerta.

Tengo la boca seca y un nudo en el estómago. No estoy preparada para esto. Es mejor quedarse en la ignorancia, donde al menos hay algo que esperar.

Pero, justo cuando doy un paso para irme, la puerta se abre y escucho una voz contrariada:

—¿Ibas a tocar o únicamente planeabas quedarte ahí parada?

Me doy la vuelta, inmóvil, intentando controlar la mirada que se desliza por la entrada, buscando señales de otra persona. Pero lo único que veo es a Leo, con el cabello revuelto y una barba de dos días.

—Yo, eh… Leo, lo siento, dijiste que estabas cansado y yo… Bueno, mejor me voy, descansa.

Estoy a punto de correr, pero unos dedos firmes me agarran por el brazo, justo por encima del codo.

—Ni de broma —murmura Stender, tirando de mí hacia dentro.

Me siento ridícula. Como una tonta celosa, eso es lo que soy. Leo parece agotado. Hay un portátil en la mesa del salón y una manta arrugada en el sofá. Estaba descansando y yo irrumpí con mis sospechas absurdas.

Mientras él va al baño, trato de redimirme, arrastrándome hacia la cocina y poniendo el café a hervir.

—¿Oyes cómo piso fuerte el suelo para que no digas que vuelvo a caminar a escondidas? —Leo me rodea por la espalda, presionando sus labios contra la piel suave detrás de mi oreja, enviando una descarga eléctrica por mi columna vertebral.

—Leo —me giro en sus brazos y doy un paso atrás—. Siento haberte molestado. No sé… Es solo que… Quería verte.

Y no miento. Pero no menciono que, en realidad, estaba tan desesperada por verlo que me puse este trapo ridículo.

—¿Solo para verle?

Stender me atrae hacia él y me besa. No pide permiso, pero tampoco me fuerza. Su lengua se desliza en mi boca, dominándola, y me hace gemir contra sus labios.

—Creo que alguien tenía prisa por ver algo más que a mí.

Leo me levanta por las caderas y me sienta en la encimera. Entonces, a la luz de los focos, noto que tiene una tirita en la ceja.

—¿Qué te pasó? —pregunto, tocándolo suavemente.

—Nada que merezca tu atención, Nieve.

—¿Te peleaste?

La ansiedad vuelve a apoderarse de mí.

—Alexa —Leo se aparta un poco y me mira a los ojos—, pelear es mi trabajo. Tenía que darle un poco de emoción al luchador antes de la competición.

—¿Y dejaste que te golpeara? —Salto de la mesa y lo miro con incredulidad.

—Vamos, doctora Nieve, lo hecho, hecho está. No es nada grave.

Leo coge el café de la mesa y se sienta en el sofá. Y aquí estoy yo, con mi cháchara obsesiva, quitándole el ánimo a un hombre que normalmente se excita solo con mirarme. Aprieto la prenda sobre mi vestido, decidida a no quedarme callada.

¿Por qué la mujer que hay en mí se queda en silencio? ¿Cómo se seduce un hombre?

Me temo que soy un caso perdido y que Leo pronto buscará una nueva aventura.

—Hoy vi a Carol en la competición. Una compañera nuestra. ¿Te acuerdas de ella?

Mi corazón se detiene por un momento. Claro que la recuerdo.

—¿Tu exnovia? Es difícil olvidarla.

Leo da un sorbo a su café, sin mirarme, mientras revisa algo en su portátil.

—Ahora está con Enzo. Hacen una gran pareja, te lo aseguro.

—¿Estás enfadado?

Dios, ¿por qué dije eso? Stender se congela y levanta la mirada hacia mí; sus ojos negros me atraviesan.

—¿Celoso?

“Sé tú misma”, me dijo Andrea, “la misma de siempre, solo que con un envoltorio diferente”.

¿Qué significa ser yo misma? Supongo que significa ser honesta.

Me acerco y me siento a su lado, sintiendo la tensión en mi espalda. Tengo que hablar de mis miedos.

—Una vez los escuché. A ti y a Carol. Volví de casa de Greta unos días antes y los padres no estaban. Los oí… haciendo el amor.

Stender me mira fijamente y creo que veo la diversión en sus ojos, mezclada con sorpresa. Lo último que necesito ahora es que se burle de mí.

—Alexa, solo se la follé. No hubo amor. Y, de todas formas, lo he hecho contigo seis veces. Bueno, cinco, porque en el baño solo te follé.

Se me corta la respiración. No es la primera vez que me sorprende su franqueza. Leo no elige sus palabras. Dice lo que piensa, y no sé si podré acostumbrarme a eso. Empieza a reírse observando mi reacción, pero yo no me río.

—Leo, yo… —la risa se desvanece, y Leo vuelve a mirarme con seriedad—. En la cama… Las otras chicas probablemente eran más hábiles. Sabían cómo complacerte. Yo no tengo mucha experiencia, pero sé que las parejas deben darse placer mutuamente. Y siento que estamos jugando en un solo equipo.

Me callo abruptamente. Bueno, ya lo dije. Pensé qué Leo se burlaría de mí o me ignoraría, pero veo que sus ojos se iluminan con un extraño brillo.

—Alexa —dice Leo con seriedad—, no necesitas esforzarte por sorprenderme. Puedo vivir sin ciertas cosas hasta que estés lista. Si alguna vez lo estás. Tienes que quererlo, ¿sabes?

—Quiero hacerlo. ¿Me enseñas?

—¡Mierda, Alexa! Leo se pasa los dedos por el pelo y cierra los ojos—. Me vas a volver loco.

Me quedo inmóvil, esperando. ¿Qué dije mal? Al cabo de unos instantes, Leo vuelve a mirarme, con los ojos ardiendo con un brillo febril, y me estremezco. Cuando me mira así, todo lo que soy se disuelve.

Él lo dijo: obsesión. Y tenía razón.

—Te lo preguntaré de nuevo: ¿esto es realmente lo que quieres?

Asiento y doy unos pasos hacia atrás. Leo me sigue instintivamente. Solo un poco, pero me da la sensación de que también lo estoy afectando, de que tengo poder sobre este fuego desenfrenado llamado Leo Stender.

La atmósfera entre nosotros se vuelve espesa. Mi respiración se hace más pesada, elevando el pecho. Solo con mirarnos nos excita.

—Quítate el vestido —me ordena Leo con voz ronca.

Engancho los dedos en el dobladillo del ligero vestido y lo levanto sobre mi cabeza, dejándolo caer a un lado.

Oigo una exhalación ruidosa que sugiere a la lencería que me regaló Andrea. Le gusta a Stender.

—Joder… —Leo no se contiene, pero yo no me ofendo por su grosería.

El deleite en sus ojos lo compensa. Doy un paso adelante y me detengo. Espero instrucciones. Sé lo que debo hacer, al menos en términos generales, pero el juego ya ha comenzado. Él da las

órdenes, yo las sigo. Y me divierte.

—Ponte de rodillas.

Me estremezco. Aquí está. Lo que había soñado, lo que tanto miedo me daba. Pero ahora, con la voz de Leo, todo es diferente.

Es extraño e inexplicable, pero lo hago. Lo miro y me pierdo en la oscuridad de sus ojos. Chispas ardientes que me arrastran al vórtice.

—Toca.

Baje la mano hasta su bragueta abultada. Su dura erección confirma que mi elección de ropa fue acertada. Leo me ayuda a liberarlo y, por primera vez, lo toco. Es excitante. El miembro, duro como el acero, está cubierto de una piel suave. Lo rodeo con la palma de la mano y lo deslizo lentamente. Leo me guía con su mano y me encanta lo que siento.

—Abre la boca.

La sequedad desaparece de repente. Abro los labios y me inclino hacia él. No me obliga, lo deseo. Tiene un sabor inusual, agradable y delicado. Al principio actúo con timidez, a la espera de su reacción. Sus gemidos me confirman que voy por buen camino. Me da valor.

Pronto Leo me pasa los dedos por el pelo, me lo aprieta un poco y empieza a empujarse hacia mí. Así es más difícil, pero estoy dispuesta a aprender. Dispuesta a pagar con la misma ternura que él me da. Y lo que es más, mi ropa interior empapada es la prueba de que yo también estoy disfrutando.

—Eso es, joder —soltó Stender un gruñido gutural—, me estás volviendo loco, Nieve, me estoy volviendo loco contigo…

Me obliga a levantarme, me coge por las caderas y me lleva a la cama. Y luego me devuelve el ciento por uno por mi valor y mi voluntad de aprender cosas nuevas.



Capítulo 28: Leo

No sé en qué momento me quedé dormido, pero ahora me despierto lentamente, saliendo de esa dulzura ligera. Joder, pronto estaré soñando con unicornios y playas de malvavisco.

Siento los dedos finos Nieve recorriendo mi espalda.

Estiro los brazos para alargar los músculos de la espalda. Me duele, maldita sea. Ese cabrón barbudo me dio una buena paliza anoche.

—¿Estás despierta? —escucho su susurro suave.

Esa voz, esos sonidos… Mierda, aún tengo en la cabeza su tranquilo y desinhibido "¿Me enseñas?". No es la primera vez que me hacen una mamada y, desde luego, no es la más experta, pero ninguna me ha hecho sentir tan jodidamente vivo. Hay algo en ella, en cómo me hace sentir, que va más allá del simple placer físico. Es como si necesitara que fuera ella, y nadie más.

Ayer, cuando Carol irrumpió en mi vestuario con la adrenalina hirviendo en mi sangre, me sentí al borde de estallar. La agarré del cuello y la empujé contra la pared, sintiendo una erección inmediata. Pero algo hizo clic en mi cabeza, un ruido áspero.

¡No! No puedes hacer esto.

—¡Vete, Carol!

Apagar al demonio que se había despertado en mí fue difícil. El olor a sangre y batalla siempre lo despierta, pero tenía una razón, una pequeña razón rubia que no sospechaba nada y estaba tranquilamente de guardia en el hospital. Una razón pequeña, inocente y pura. Pero Carol insistió.

—¡Sé lo que quieres, Leo! Vamos, déjate llevar.

—Carol, retrocede. No es el momento.

Su rostro cambió, pero la expresión viciosa de sus ojos se desvaneció.

—Pensé que habías muerto, Stender, muerto en el ejército. Nunca me llamaste ni me enviaste un mensaje. —El viejo resentimiento chispeó en su voz.

¿Y dónde estás ahora, Carol?

—¿En serio? —me pongo una toalla en la ceja rota—. Carol, rompimos antes de la graduación. Y te lo repito: no eres bienvenida. Además, tengo novia. Así que… No arruines todo lo bueno que nos queda entre nosotros.

—Sí, Enzo me contó que estás con esa chica sencilla, tu hermanastra. Ella es la razón por la que nos separamos, ¿verdad?

Enzo entró en el vestuario y miró con furia a mi invitada.

—¿Qué haces aquí, Carol?

—Eso es lo que no entiendo, Enzo, ¿qué hace tu novia aquí? Llévatela de aquí, por favor.

Carol arrugó la nariz y salió furiosa, dejándonos solos. Mi corazón comenzó a latir con más normalidad y la tensión en mis músculos se transformó en un dolor sordo. Me sentía extraño.

—¿Por qué te ríes, Leo? —preguntó Enzo, más preocupado que contento, aunque debería estar celebrando.

La primera etapa había terminado.

—Enzo, siempre has querido lo mismo que yo. Incluso recogiste mis putas.

—Vete al diablo. Carol y yo no estamos saliendo.

—Claro que no. Solo follas. Me pregunto si sigue fantaseando conmigo cuando te chupa.

Enzo se enfadó mucho. Vamos, Enzo, dame una razón para partirte la cara. Pero no. Exhaló y retrocedió.

Esta mierda tiene que terminar.

Eso fue casi todo ayer.

Iba a dormir un poco para no parecer un desastre cuando Nieve me viera. Y entonces el conserje llamó para avisarme de una visita.

Alexa aparta su mano y noto la tensión en el aire.

—¿Qué te pasa? —me doy la vuelta y me encuentro con su mirada fija.

—¿Quieres probar algo nuevo?

Afuera aún está oscuro, pero incluso con la luz tenue, puedo ver cómo se sonroja. Se muerde el labio, pero luego me mira con seriedad.

—No te calles, Alexa.

—Tienes moretones en el cuerpo.

Claro, debería haber sabido que lo notaría.

—Ya te dije, es parte del trabajo. No te preocupes por eso.

La atraigo hacia mí y, aunque cede, sigue en silencio. No quiero soltarla. Solo el aroma de su piel hace que mis entrañas se activen de nuevo. Desde que decidió asegurarse de que yo estaba bien después del encontronazo con Enzo y su séquito, hace 6 años, no puedo quitármela de la cabeza.

Aunque estuviera borracho, su olor se me quedó tan profundamente impregnado que ni siquiera los años de distancia pudieron borrarlo. Su mero recuerdo embriagaba mis noches y me carcomía durante el día. Después de aquella noche, en la subasta, guardé su horquilla, una pequeña flor de tela que olía a ella durante mucho tiempo.

La perdí cuando nos trasladaron a otra unidad, pero seguí buscando esa horquilla en mi bolsillo por inercia. Me pregunto si algún día me cansaré de explorar su cuerpo, de intentar llegar a su corazón, de marcarla como mía.

Presiono su piel suave, sintiendo el temblor de su cuerpo, y un gemido se le escapa de los labios. Soy el primero en todo para ella. Nunca me interesaron mucho las aventureras sin experiencia y no la tuve. No me atraían las chicas buenas. Pero con Nieve es diferente. Es distinto.

Cuando pensaba en ese imbécil de nuestra clase que la miraba, quisiera arrancarle la cabeza. Y ese… su ex - gilipollas total… Quería ser el único en su vida, el único que la marque.

Alexa gime y me doy cuenta de que tal vez me he pasado. Le mordí el cuello con demasiada fuerza. Pero no me arrepiento. Dejaré mi marca. Que lo sepan. Que sepan que es mía toda ella. Toda ella.

Mis caricias en su brazo la hicieron estremecerse. No podía esperar más. No se resistió, ya que estaba relajada.

Quería agradecerle aquellas miradas tempestuosas y excitadas con las que llenaba todo mi ser. Mis células respondieron dolorosamente a su tacto, mi necesidad cada vez más aguda y sus ojos nublados de lujuria.

Me entregué a ella sin resistencia. Se sentó encima de mí y se frotó aún más contra mi carne, y sentí su calor, su temblor, su deseo.

—Dios —dije con voz ronca.

Y de un tirón, levanté mi cuerpo y, con un poderoso empujón de mis caderas, la penetré profundamente, tomando plena posesión de ella. Ella gritó de placer. Agarrándome por los hombros, me introdujo en ella y me instó a que la tomara entera. Lo deseaba con locura.

Nos fundimos en un solo movimiento, un solo impulso. Las respiraciones calientes, las súplicas silenciosas y apasionadas, y los sonidos roncos de un placer indescriptible.

Ella sucumbió por completo al movimiento, como si quisiera llegar al punto álgido rápidamente. Me deslizo dentro de su carne apretada, maravillándome de lo fuerte que aprieta mi polla.

—¡Es divina! —susurro.

Ella no responde y me aprieta aún más contra ella.

Otro orgasmo nos estremece y ella se echa hacia atrás para recuperar el aliento, exhausta.

***

Salgo al pasillo y siento el frío del suelo bajo mis pies descalzos. Mis dedos están entumecidos, no solo por el guante, sino también por la impaciencia. He esperado demasiado. El pasillo se congela; todas las miradas están puestas en mí, esperando a ver si caigo. Tranquilos, no va a pasar.

Doy un paso adelante y desato el cinturón de mi kimono. Wei me lo quita de los hombros. Todas esas miradas ansiosas. Hoy estoy dispuesto a ir hasta el final. Todo por ti, Enzo.

Veinte minutos antes.

—¿Estás listo? El vestuario apesta a rancio.

Ah, sí, Enzo está aquí.

—¿Qué más te da? Hoy es mi lucha y mi recompensa.

—Tengo todo el papeleo del club. Solo falta arreglar algunas cosas y tu firma, Leo.

Deja la carpeta sobre la mesa y retrocede, evaluándome con los ojos entrecerrados. Este zorro está tramando algo.

—No le dije a Jack por qué estás en el ring contigo ni cuáles son tus objetivos.

Asiento, esperando. Siento en el aire que Enzo oculta algo.

—Escucha, Leo, tengo una propuesta para ti.

¿Más?

—Toda la sala está impresionada, sobre todo después del segundo combate. La forma en que machacaste a ese negro dejó a todos boquiabiertos. La mayoría de la gente apostó por ti, Leo. La mayoría lo hizo, pero yo no.

Mi corazón bombea sangre con más fuerza. ¿A dónde va con esto? Si en el ring me encuentro a un enfermo con la cara de León, Enzo no sale vivo de esta habitación.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos sacarle provecho, ¿no? Jack será tuyo de todos modos. Pero, ¿por qué no hacerlo con un buen dinero de por medio? Nos repartimos las ganancias. Hay mucho en juego.

No estoy enfadado. Estoy jodidamente furioso. La ira me recorre el cuerpo, pero entonces me río. Como un loco, como si hubiera oído la mayor estupidez del mundo.

—¿Hablas en serio? —me seco las lágrimas con las vendas que envuelven mis manos—. Enzo, ¿me tumbaré en el ring? ¿Me estás pidiendo que me tumbaré debajo tu chófer?

—Tu venganza llegará después del combate, Leo. Piénsalo, no tienes nada que perder. Si no lo haces, no habrá lucha.

Yo me quedo con el club y Jack se lleva su parte y un billete a un lugar donde no lo alcances. Todo el club anunciará tu retirada.

Uno. Dos. Tres. La cara de Enzo se estrella contra la pared del vestuario. Intento mantener la compostura. Lo intento con todas mis fuerzas.

—¿Te has vuelto loco, Enzo? —le pregunto con toda la calma que puedo.

—No te calientes —me empuja, serio—. Piénsalo.

Se dirige a la salida, llevándose la carpeta. Todo mi cuerpo grita que debería arrancarle la cabeza, pero no puedo hacerlo. Ya estoy demasiado metido en este lío. Si su palabra no vale nada, la mía tampoco.

Es el juego de los lobos. Puedo jugar sucio también, Enzo.

—De acuerdo.

Enzo se da la vuelta con una sonrisa victoriosa.

—Me alegro de oírlo, Leo.

¿Realmente cree este idiota en mi palabra?

***

Respiro hondo y miro a las gradas repletas. La mayoría aquí son chacales. Y no son pobres. Al otro lado de la sala aparece la cabeza rapada de mi oponente, que solo lleva unos pantalones cortos. Su cara es repulsiva, con ojos vidriosos y apagados. Es un cerdo asqueroso.

—Lo principal es mantenerlo en el suelo, Leo —dice Wei en voz baja—. Este es boxeador, así que no se mueve bien en el suelo. Lo recuerdo a él.

Wei tiene mi teléfono en las manos.

—Déjame verlo.

Un mensaje de Enzo.

“No pensarías que soy tan ingenuo, ¿verdad, Leo?”.

Justo debajo hay otro:

“Mira, tu Nieve tiene un nuevo paciente”.

Y una foto. Alexa. A su lado, con el tipo que vi con Enzo.

Ella escribe algo, sin darse cuenta de que la están fotografiando. El veneno del odio se me inyecta en la sangre, corroyéndome por dentro.

Hijo de puta. Maldito hijo de puta.



Capítulo 29: Alexa

Hoy ha sido un día de locos. Un soldado desarrolló una psicosis después de que dos de sus mejores amigos fallecieran en un ejercicio de entrenamiento.

El tipo estaba completamente desorientado cuando, un día antes, recibió una llamada del número de un amigo muerto. Era la hermana, que quería recoger unas cosas. Desde entonces, lleva casi veinte horas en un estado de extrema gravedad. Es un panorama triste.

Luego tuvimos una reunión, otra vez con cambios en los registros. Aunque se introdujeron hoy mismo, tenemos que rehacer todas las historias del último mes. Es una auténtica idiotez.

Y hace una hora, cuando la jornada laboral principal había terminado y solo quedábamos los de guardia, el jefe del departamento me trajo a un paciente.

El paciente se queja de un tirón en el cuello y dolor bajo el omóplato derecho. Como neuróloga, me toca examinarlo y prescribirle un tratamiento. El hombre se presenta y se quita la chaqueta. Da un poco de miedo. Pero, como el jefe de medicina me lo pidió, no tengo escapatoria. Soy médica y no importa lo que sienta, mi obligación es ayudar.

—¿Desde cuándo te molesta?

—Diez días.

—¿Has seguido algún tratamiento?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, analgésicos, geles, pomadas antiinflamatorias, tal vez pastillas.

El hombre se encoge de hombros. Un gesto demasiado informal para alguien con un supuesto nervio pinzado. Pero tal vez le pusieron anestesia.

—Desabróchate el cuello de la camisa y siéntate recto en la silla.

Da la impresión de que hace todo esto a regañadientes. Quizás su mujer insistió en que fuera al médico. Algunos hombres piensan que solo deben ir cuando están a punto de morir.

Me remango y froto mis palmas, calentándolas. Justo cuando estoy a punto de empezar la exploración, la enfermera de guardia entra en la habitación del residente.

—Alexa, tienes una llamada. Son los familiares del paciente de la sala 3. Dicen que es urgente.

No llamaron a mi móvil, sino al médico de guardia. ¿Quizá se quejó a su familia de la mala atención? Lo último que necesito es otra pelea así.

—La doctora Alexa Montana —digo, intentando sonar profesional y amable.

—Hola, Nieve —responde una voz femenina, despectiva y vagamente familiar—. Soy Carol. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí, me acuerdo. ¿Qué quieres? —respondo, sintiendo un desagradable escalofrío, subirme por la espalda e intentando mantener la calma…

—Escúchame bien, Alexa. Será mejor que finjas que hablas de medicina con los familiares preocupados de alguien.

—No entiendo…

—El tipo que está sentado en tu despacho ahora mismo está ahí por ti. Es de parte de Enzo.

El frío se apodera de mí, mis piernas flaquean y tengo que apoyarme en la mesa de la enfermera.

Los fantasmas del pasado me hielan.

—Finge que vas al baño, pero sal corriendo, coge un taxi y ve al Club León. En la misma sala donde te subastaron para Leo, hay ahora una pelea clandestina en la que él está atrapado. Cree que estás en peligro.

Mientras habla, mi mente es un torbellino. ¿Por qué llama Carol? No debería estar de mi lado. Peleas clandestinas… Leo no… ¿Pero por qué dudo? Stender es Stender. Los moratones en su cuerpo confirman lo que dice su ex.

—¿Me oyes, señorita Montana? —Carol ladra, impaciente.

Tengo ganas de preguntarle por qué debería creerla, pero si es cierto y el hombre es realmente de Enzo, no puedo arriesgarme a decirlo en voz alta, ya que la sala de residentes está a la vuelta de la esquina.

—Mientras vacilas, Stender podría estar cometiendo un error. Date prisa. Nos vemos en la puerta en quince minutos. Date prisa, Alexa.

Carol cuelga el teléfono y yo aprieto el auricular del fijo hasta que crujen mis nudillos. Casi no lo creo. Si Carol dice la verdad, es cuestión de minutos. Sí… ¡Mierda! Podría caer en la misma trampa dos veces. Pero… Me separo de la mesa y corro hacia el ascensor. Agarro a la enfermera.

—Necesito llegar a la quinta planta. Retén al hombre en la sala de residentes. Ya sabes cómo son mis pacientes. Si se pone violento, no interfieras. Llama a los paramédicos. ¿Entendido?

—Sí, doctora.

La enfermera se pone rígida, orgullosa de la responsabilidad que le he dado, y siento una punzada de culpa al pensar que podría estar en peligro. Pero aquí están acostumbrados a este tipo de cosas, así que las ordenanzas se encargarán.

Corro al ascensor y presiono el botón del tercer piso. Tengo que avisarle a Andrea, es mi seguro.

Quiero llamar a un taxi, pero me doy cuenta de que mi teléfono está en el consultorio.

—¡Andrea! —irrumpí en la sala.

Gracias a Dios, Masetti está sola.

—Por favor, dame chaqueta y llama un taxi.

—Señorita Montana, ¿qué ocurre?

Mi amiga parece sorprendida y recelosa. Estás pálida como un fantasma.

—Andrea, ahora no. Tengo que irme. Me marcho en silencio. Hay un tipo en la sala del médico residente y Leo está en peligro. Tengo que…

—¡Vale! ¡Para! ¿Adónde vas?

—Al Club León.

Andrea saca las zapatillas y la chaqueta del armario, me las entrega y empieza a vestirse.

—Tengo otro par de repuesto —explica, sacándose los zapatos.

—No tienes que venir conmigo.

Sus dedos luchan con los cordones de mis zapatos, y su pelo le cae sobre los ojos, dificultándole la visión. Un escalofrío me recorre el cuerpo, haciendo que mis manos tiemblen mientras me pongo la chaqueta.

—¿Taxi? —Masetti habla en voz baja por el móvil—. Tan rápido como puedas. Hospital militar. Pagamos el doble por la urgencia.

—Dile que vaya a la puerta norte. Mis ventanas no dan la vista a la puerta norte.

—A la puerta norte —añade Andrea, que mete el teléfono en el bolso y me coge de la mano—. Corremos lo más silenciosamente posible hacia el ascensor.

Dios mío, ¡nos echarán a las dos! Y puede que tengamos problemas aún más graves si Carol mintió. Andrea camina conmigo hacia lo desconocido, pero no puedo arriesgarme a poner su vida en peligro también. Es un milagro que el coche ya esté en la puerta cuando nos escabullimos, después de convencer al guardia de que abra la verja sin hacer ruido.

Durante el trayecto, divago con Andrea sobre la llamada de Carol, mis sospechas y las marcas en el cuerpo de Leo. Mi voz tiembla, mis manos también y mi pecho se convierte en un huracán.

Las lágrimas están a punto de brotar, pero el miedo me ha secado todo, incluso los ojos.

El coche parece avanzar a paso de tortuga, detenido en cada semáforo. En mi mente destellan imágenes horribles: Leo, cubierto de sangre, tumbado en el ring, o Leo matando a su oponente sin control. Aprieto los ojos, intentando ahuyentar esos pensamientos.

Si no fuese porque la mano de Andrea me agarra con fuerza, probablemente habría saltado del coche, esperando llegar más rápido corriendo. Estoy aterrada. Siento náuseas.

El taxi se detiene frente al club, le tiro unos billetes al conductor y me bajo. Las zapatillas de Andrea me quedan un poco grandes, pero ignoro la incomodidad. Veo una figura delgada junto al edificio. Recuerdo que ahí está la puerta. Andrea corre detrás de mí.

—¿Dónde está? —pregunto sin aliento.

No me importa si es una trampa. Ya caí una vez, y no me detiene. Si hay algo de verdad en lo que dice Carol, tengo que correr el riesgo.

—En el cuadrilátero —responde sombrío el antiguo compañero, mirándome a la cara—. Te llevó tiempo llegar.

Se da la vuelta y desaparece tras la puerta, y nosotros lo seguimos. Carol le dice algo al guardia de la entrada, que nos deja pasar, incrédulo. Oigo el alboroto. Se oye a gente gritando, animando y discutiendo en voz alta.

El pasillo, con la mala iluminación, ya me resulta familiar. Corremos detrás de nuestra escolta, que de repente se detiene bruscamente. Casi choco con ella.

—No es para ti —me dice entrecerrando los ojos—. Es por él. ¿Entiendes?

Asiento rápidamente. Que así sea. No me importan los celos. De repente, mi entrenador, Blake, aparece en el pasillo bloqueando el paso con los brazos extendidos. Quiero apartarlo y correr, pero Blake no me deja.

—Alexa, no puedes entrar. Ahora no.

—¡Déjame, Blake!

—Le haremos saber que estás a salvo, pero Leo no debería verte ahora.

—¿Por qué?

—Porque eres su debilidad. Y ahora no puede permitirse ser débil.

—¡Por favor, Blake!

Estoy dispuesta a suplicar de rodillas, solo para ver que Leo está vivo. Blake duda unos segundos y luego se quita la sudadera.

—Toma, póntela. Y la capucha. Stender no debe reconocerte.

Mientras me pongo la sudadera, Blake le dice algo en voz baja a Andrea, y ella sale corriendo detrás de Carol. Me aferro al brazo de mi entrenador mientras caminamos hacia el vestíbulo de donde provienen los gritos.

En cuanto entro en la sala, me siento mareada. La gente grita, se excita, gesticula. En el centro, en las gradas, veo a Enzo.

Todo dentro de mí se tensa. Dios, no me sorprende que esté al mando de esta pesadilla. Está sentado en el centro, demasiado tranquilo, demasiado contento. A su lado, dos tipos grandes, vestidos de negro. Seguridad. Capto todo esto en segundos, fragmentos de realidad.

—Leo y Enzo hicieron un trato —explica Blake en voz baja—. Stender ganaría dos combates, y entonces Enzo le daría al grandullón. Leo y la cabeza rapada están peleados. Enzo dio la orden de perder porque todos apostaban por Leo. Así que decidió sacar provecho y te envió a su tipo.

Mientras Blake habla, mis ojos se adaptan a la luz brillante del ring y se enfocan en lo que está ocurriendo. Lo que veo me congela. Leo tiene la cara cubierta de sangre, la ceja rota y el labio hinchado. Su mirada… es pura furia contenida.

Stender cae al suelo bajo la embestida del calvo. Solo se cubre la cabeza con las manos, protegiéndose los oídos. No se defiende, no lucha, se deja golpear.

Quiero gritarle, llamarle, pero me ahogo en una gran palma caliente que huele a tabaco. Blake no me deja hacer ruido, me arrastra detrás de una columna y me ajusta la capucha.

Intento liberarme, pero es inútil. La gente a mi alrededor grita a Stender. Se dan cuenta de que están perdiendo dinero. Y él… está perdiendo su honor porque cree que estoy en peligro.

¿Cómo hacerle ver que no lo estoy?

Entonces veo a Andrea correr hacia un tipo en una esquina del ring y susurrarle algo rápido. El tipo asiente y grita hacia los luchadores. Stender levanta la cabeza, se gira y se levanta de un salto.

El grandullón lo agarra, pero Leo se libera rápidamente. Da un par de pasos atrás y luego ataca. Este es el momento de la verdad. Stender lanza golpes uno tras otro, sin darle ni la más mínima oportunidad de escapar a su oponente. Se da la vuelta, retorciéndole el brazo, y se inclina sobre él, susurrándole algo al oído antes de tirar con fuerza.

El brazo del tipo se rompe. Lo sé. Me estremezco, pero un escalofrío de satisfacción recorre mi cuerpo cuando veo el dolor en el rostro del otro luchador. Es él. El tercer hombre. El rostro de mi torturador se contorsiona de dolor y una parte de mí disfruta. En mi interior, deseo oír el crujido de sus huesos.

Leo había jurado encontrarlo. Y lo hizo.

Pero entonces me doy cuenta de que Stender no lo dejará con vida. No puede. Y será por mi culpa. No puedo permitirlo. Sé lo que eso le haría. Lo destruiría. Leo pone una rodilla en la garganta del derrotado. Blake duda, pero yo corro hacia el ring, golpeando las cuerdas.

—¡Leo! ¡Para! —grito tan fuerte como puedo—. Sé que tal vez no me escuche, pero sigo hablándole—. ¡Por favor! ¡Para!

Me mira fijamente mientras la multitud grita. El rostro del bastardo se pone morado. En los ojos de Leo veo una rabia pura e incontrolable. Podría matar a cientos de personas con esa mirada. Las venas de sus brazos y su frente están a punto de estallar.

Un segundo. Dos. Stender se levanta bruscamente y alza las manos en el aire. La multitud estalla en gritos, pero yo no puedo moverme. Observo cómo la gratitud y la ternura reemplazan la furia en sus ojos.

Siento cómo las lágrimas recorren mis mejillas. La sala se queda en silencio mientras Stender baja las manos y luego vuelve a levantar una.

Todos los ojos están puestos en él. ¿Qué planeas, Stender? Dejo de respirar cuando se quita los guantes y salta fuera del ring.

Intento acercarme, pero me pasa de largo. Retrocedo, sintiendo un dolor punzante en el pecho. No viene por mí.

En completo silencio, Stender camina por el pasillo central, tirando de los cordones de su guante. Veo que las vendas de sus manos están empapadas de sangre. Entonces lanza el guante con todas sus fuerzas a la cara de Enzo.

—Sal —murmura firme con calma, algo que no encaja con su respiración agitada. Enzo intercepta el guante después de que le dé en la cara.

—Estás loco —responde Enzo con voz baja.

Se tensa. Puedo ver cómo se le hinchan las venas debajo de su camisa perfectamente planchada.

—Estás loco tú, si crees que soy tu mascota. Te estoy esperando.

Stender vuelve al cuadrilátero, tira el otro guante a un lado y espera.

—Incluso puedo apostar por ti, si quieres, hijo de papá —tronó una voz grave desde el pasillo.

Ese “hijo de papá” es como un escupitajo en la cara de Enzo. Es como una bofetada. Se quita la chaqueta y se quita la camisa, y deja al descubierto un tatuaje de un león en el hombro.

Leo había dicho que asistieron juntos al club en su época escolar. Era un buen luchador; probablemente aún lo es. Eso es lo que me da miedo. Leo está agotado, herido.

Y no puedo hacer nada porque no me escucha. Lo único que puedo hacer es morderme el labio hasta sangrar y rezar para que siga vivo, en cuerpo y alma.

***

No sé desde cuándo, pero cada vez que Leo recibe un golpe, a mí se me estremece la piel. Él está sin fuerzas. Apenas se defiende. Sé que está agotando a su oponente, pero Enzo también lo sabe.

Es una danza mortal, hipnótica, ejecutada por bestias en la arena. El público guarda el silencio tenso. Algunos incluso se ponen de pie.

—Así son los hombres —susurra Carol en mi oído.

¿Cómo puede hablar tan tranquila? Ni siquiera puedo enderezar los hombros, acalambrados por el miedo.

—Han convertido su testosterona en deporte, y ahora pueden destrozarse legalmente. Bueno, casi legalmente.

Trago saliva, incapaz de responder. En ese momento, Enzo arremete, derriba a Leo y continúa con una ráfaga de golpes rápidos y furiosos. El comentario de Carol se cuela entre el frenético latido de mi sangre en los oídos.

Leo se suelta de Enzo y se pone de pie. El fuego en sus ojos es frío. Da un paso lateral, provocando a Enzo para que lo imite. Luego, de un salto increíble, le patea en el pecho.

No sé cómo puede hacer eso el cuerpo humano. Me duelen las palmas de las manos por clavarme las uñas, pero ya no importa. Enzo retrocede, sorprendido.

¿Acaso Leo usó alguna técnica ilegal? ¿O es simplemente que Enzo no esperaba que Leo pudiera hacerlo? No lo sé, ni quiero saberlo. Solo quiero que esta pesadilla termine y llevarme a Leo de ahí. Pero aunque pudiera, él nunca me lo perdonaría.

Lo único que puedo hacer es observar la batalla, conteniendo el aliento, y rogar a Dios que mantenga con vida a mi hermanastro. Con un golpe en el pecho, Enzo empieza a retroceder. Ahora Leo pasa a la ofensiva. Es una máquina, implacable, que aplasta a quien se atreve a interponerse en su camino.

Es difícil creer que este hombre pueda sentir ternura o algo más que no sea odio y rabia. Pero entonces Leo falla un golpe y recibe uno en la cara. Ni siquiera se tambalea, pero noto el espasmo en sus músculos faciales. Es dolor, y no por el golpe.

Stender parpadea, se sacude la cabeza y se cubre el ojo que se lesionó hace poco. Enzo aprovecha para levantarse.

—Blake —susurra, agarrando la camiseta de su entrenador—. Esto tiene que acabar.

—Alexa, tú lo sabes.

—No está bien. Los efectos de la conmoción reciente… Blake, ¡haz algo, por favor!

La nariz de Leo empieza a sangrar, la sangre se mezcla con la de su labio roto y corre por su barbilla. Mi mente se acelera, tratando de encontrar una solución, pero los pensamientos se dispersan como pelotas de tenis de mesa.

¡Alexa, eres médica, piensa!

Leo falla otra serie de golpes, cubriéndose la cara. El dolor le impide concentrarse. ¡Dios mío, aguanta!

Finalmente, Leo logra controlar el ataque. En cuestión de segundos, tiene a Enzo en el suelo, lanzando puñetazos que su oponente no puede esquivar. Uno tras otro, implacables. Luego, Leo se levanta de golpe. El público guarda el silencio. Ni aplausos ni gritos. Esperan.

Pero Enzo no se levanta. Apenas tiene fuerzas para cubrirse la cara con las manos. Leo respira de forma agitada; su pecho brilla con sudor. Hace un gesto a quien se ha acercado Andrea y este le entrega una carpeta. Leo arranca una venda ensangrentada y la estampa en varios papeles de la carpeta antes de arrojárselos a su derrotado oponente.

—¡Ahora lárgate de mi club! —grita como un loco.

El público, hasta ahora en silencio, empieza a murmurar y a levantarse. Algunos se van y otros discuten sobre lo sucedido. Yo sigo ahí, paralizada, como una estatua de sal.

Está vivo. Ha ganado. Dios, ¡gracias! Mi piel arde al sentir su mirada, oscura y pesada, clavada en mí. Como hipnotizada, veo cómo se limpia la sangre de la cara con una toalla y cómo empieza a avanzar hacia mí.

Nos separan solo unos metros, pero parecen interminables. En mi mente, una parte nota cómo los hombres de Streisan se llevan a Enzo, pero eso es secundario.

Leo salta del ring y me toma de la mano. Algunas personas intentan hablar con él, pero es como si estuvieran detrás de un cristal.

Solo estamos nosotros: mi mano helada en la suya, que está caliente. No hablamos. No hay nada que decir. Ahora no. Todas esas ciento cincuenta personas desaparecen mientras Leo me guía en silencio por un pasillo que conozco demasiado bien.

Aquí estamos solos, nadie se atreve a seguirnos. Están fuera, repartiéndose el dinero, organizando su mundo. No me importa si estalla una guerra nuclear: nada puede acallar el ensordecedor latido de mi corazón. La misma puerta de la habitación que una vez me aterrorizó nos aísla del mundo. Aquí hay silencio.

Probablemente, paredes insonorizadas. Eso parece, considerando cuándo y para qué fue construida. Leo se detiene frente a mí. Aún hay un brillo salvaje y animal en sus ojos. Me empuja hacia la cama y se coloca encima de mí, apretando su nariz contra mi cuello.

Tengo miedo. Es salvaje, peligroso. No queda rastro del hombre que me acariciaba noche tras noche. Y, sin embargo, sé que ahora lo necesito. Y yo también. Lo necesito como el aire. Susurro su nombre y entonces suelta las riendas.

Me quita los vaqueros y la ropa interior, me abre las piernas y se me entra de golpe, hasta el fondo. Suelta un gemido grave que se mezcla con el mío. Nos necesitamos el uno al otro. Ahora. Es urgente. Es como si nuestras vidas dependieran de ello. Los empujones son agudos y ásperos. La respiración entrecortada, el sabor salado en su piel…

Sus dedos en mi garganta y su cuerpo dentro. Esto no es hacer el amor. Es un impulso animal que nos arranca las máscaras humanas. Y es hermoso. Las manos destrozadas de Leo dejan manchas de sangre en mi piel y nuestros labios rotos se encuentran en un beso. Lamo el sabor metálico y siento su boca salada. “Entra en la oscuridad”, parpadea la inscripción en su pecho antes de que estalle con un orgasmo ensordecedor. Mi cuerpo se entumece y se queda rígido mientras Leo se derrama dentro de mí con un gruñido final.

El tiempo se detiene, congelado en nuestra conexión. En postración. Segundos u horas. ¿Acaso importa?

—Lo siento —Leo es el primero en recobrar el sentido y se sienta—. Nieve, solo soy un animal. Lo siento.

—No te disculpes.

No reconozco mi propia voz. Mi garganta arde; mi respiración sigue siendo dificultosa. Todo mi cuerpo está entumecido. No siento las piernas ni siquiera lo que hay entre ellas.

—¿Te dolió? —Leo pasa los dedos por mi muslo, provocando una extraña sensación de quemazón.

—En absoluto —respondo, sonriendo débilmente, sin fuerzas para más después de lo ocurrido.

Me incorporo, obligándome a sentarme, buscando su rostro. Necesito que me cure las heridas y pronto necesitaré una resonancia magnética.

—Te quiero, Leo —las palabras salen de mi boca antes de poder contenerlas.

Su mirada oscura se nubla. Toma mi rostro con sus manos y me mira a los ojos.

—Nieve…

Algo caliente gotea sobre mi mano. Y luego otra vez. Los labios de Leo se vuelven escarlata; su cuerpo se vuelve pesado. Apoya una mano en la cama, suspira profundamente y luego cae al

suelo, inconsciente.



Capítulo 30: Alexa

Estoy en vacío. Eso es lo que siento. Es como si una sustancia extraña me envolviera, ralentizando el tiempo y amortiguando los sonidos. No hay dolor, ni ansiedad, ni miedo. Solo esta especie de gelatina que me cubre por dentro y por fuera.

En algún rincón profundo de mi mente, la voz de un profesor resuena:

“Alexa, esto es afecto. Tienes que salir de aquí, o podrías caer en un estado psicopático. Será necesaria medicación hospitalaria”.

Pero esa voz también se desvanece, atrapada en la gelatina. De repente, el dolor irrumpe, un dolor físico que me quema la mejilla y me saca de mi burbuja. Quiero volver, ¡por favor, no me saques!

Otra bofetada. Mi conciencia se aclara, como si emergiera de aguas turbias para enfrentar la realidad. De golpe, el caos de un mundo bullicioso me invade: gritos, niños chapoteando, todo es ensordecedor y confuso. Solo quiero volver a sumergirme.

—¡Señorita Montana! ¡Alexa, maldita sea! ¡Te voy a dar una dosis doble ahora mismo!

Tomo aire profundamente y, con la claridad, regresa el miedo. Un miedo que se extiende por todo mi ser, retorciéndome las entrañas. Empiezo a temblar y a respirar rápidamente, hasta que un grito salvaje se ahoga contra el hombro de Mónica, que me abraza con fuerza.

—Por fin —susurra—. Cariño, me asustaste.

Me lleva unos minutos recuperar la compostura. Bonito, que llegó hace una hora, me trae té caliente y dulce. Andrea, junto con otro hombre de ring que ayudaba a Leo, están sentados en el suelo. Andrea llora, y siento que he sido injusta con ella.

—Ya llamé a George. Tu madre y él están de camino.

Asiento, tragando saliva. Mónica se aleja, dejándonos a los tres en el pasillo. Este lugar, frío e incoloro, me deprime.

—Santana, es culpa mía —susurro, tragando lágrimas amargas que me arden en la garganta y en los ojos.

—No te lo inventes —me dice Bonito, echándome la chaqueta por los hombros—. Es Leo. Nadie puede influir en sus decisiones. Y aunque te quiera, sigue siendo él. No te culpes.

Leo aceptó esas humillantes peleas por mí. Fue a la guerra por mi culpa. No se despidió de su madre por mi culpa. ¿Cómo puedo vivir con esto? Le he traído problemas y desgracias. Al final del pasillo, aparece Richard, el cirujano que operó a Leo tras la contusión.

No lleva el traje quirúrgico, lo que significa que no va a operar. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Señorita Montana, ¿por qué tiemblas tanto? Vamos a posponer la operación 30 minutos. Han estabilizado a tu hermano y lo están preparando para la cirugía.

—Hermanastro. Es mi hermanastro. Y somos amantes.

No sé por qué he dicho eso. Es irrelevante para este hombre.

—Bien por vosotros —dice él, levantando las cejas.

—¿Por qué se retrasa la operación? —pregunta Bonito; por fin alguien hace una cuestión lógica.

—Hemos llamado al mejor neurocirujano de la ciudad. Viene en camino. No trabaja aquí, pero asiste en casos complicados. También viene con una enfermera suya.

—Richard, Montana está aquí. Va a cambiar —informa una voz detrás de él.

—Entendido —responde el cirujano—. Voy para allá. Aguanta, chica, este hombre tiene manos de oro y una cabeza de genio.

Con esas palabras, Richard se marcha y el pasillo vuelve a quedarse en silencio. Cuento los latidos de mi corazón mientras intento dejar de temblar, abrazándome a mí misma. Siento las manos de Bonito en mis hombros, tratando de darme fuerza.

No, no voy a llorar ahora. Ni hablar. No. Unos minutos después, un grupo de personas se dirige hacia el quirófano. Va al frente un hombre alto y de anchos hombros, vestido con traje, gorro y máscara. Camina con paso seguro. Dos enfermeras y Richard lo siguen de cerca.

El hombre se detiene un momento y me mira. Quiero ver esperanza en sus ojos, aunque sea solo un destello. Sus ojos, de un azul claro, son penetrantes. Me fijo en una larga y fina cicatriz que le cruza la ceja, justo por debajo del gorro.

El cirujano asiente brevemente y desaparece tras las puertas del quirófano. Mi corazón late con fuerza de forma constante. Me parece que lo conozco. ¿Será alguien de la academia? Intento

recordar su nombre. O quizá no sea un nombre. Pero su mirada me resulta familiar. Y la cicatriz…

Mis pies me llevan a la enfermería.

—¿Cómo se llama este médico? —pregunto, tratando de mantener la compostura.

—¿Te refieres a ese doctor? —pregunta, tratando de mantener la compostura—. Es doctor Montana. Todo el mundo lo conoce.

—Sé más específica —digo, perdiendo la paciencia.

¿No ves que no estoy de humor para tonterías?

La enfermera responde y, mientras mis piernas se debilitan, regreso a la puerta del quirófano.

—Alexa, ¿por qué fuiste a preguntar? ¿Necesitas algo? —pregunta Bonito, observándome con atención—.

—Quería saber quién es el doctor.

—¿Y? —pregunta.

—Se llama Matthew Montana.

—¿Eso significa algo?

Bonito me mira con comprensión.

—Sí, Santana, es mi padre.



Capítulo 31: Leo

El humo me envuelve. Camino hacia la luz, pero el sonido es un chirrido intermitente que me taladra los oídos. Me agacho y cubro mi boca y mi nariz con un paño húmedo.

El ruido se intensifica, como si me estuviera reventando el cerebro. Intento avanzar, pero todo se vuelve confuso. La explosión me ha lanzado hacia atrás. Estoy mareado. Necesito salir de esta niebla.

El chirrido se vuelve insoportable y, de repente, una luz brillante atraviesa la oscuridad. Parpadeo, tratando de orientarme. Respiro con dificultad.

No sé dónde estoy. De repente, me encuentro en una cama de hospital. Estoy despierto. Otra vez.

Muevo los dedos, reviso, si tengo sordera, si veo bien. Todo parece funcionar. Estoy vivo. Pero algo se ha roto en mi interior. La explosión lo cambió todo. La garganta me arde, necesito agua. Por suerte, no tengo tubos en la garganta.

Noto movimiento a mi lado. Una niña, sentada en la mesa, dibuja y murmura algo en voz baja. No la reconozco, pero me resulta familiar. Rizos rubios, horquilla rosa, suéter rosa.

—¿Quién eres, princesa? —pregunto en un susurro.

Ella se detiene, levanta la mirada y me clava esos enormes ojos azules. Hay algo en su mirada, una mezcla de ternura y fuerza.

Se acerca con paso firme.

—Soy Bella. Por fin te has despertado —dice con seriedad—. Has dormido mucho tiempo, papá.

La realidad me golpea como un cubo de agua helada. No puede ser verdad.

¿He perdido tanto tiempo? ¿La abandoné cuando más me necesitaba?

—Pronto será la hora de comer, y mamá vendrá. Siempre viene aquí a tomar café.

Siento la garganta seca y los ojos ardiendo. Es como cuando era niño, cuando mi madre se fue y nunca volvió. Me cuesta respirar. Tal vez sea normal después de todo este tiempo.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunto.

Se sienta en la cama a mi lado.

—Casi todos los días. Pero León me arañó y ahora tengo un sarpullido. La profesora no me dejó quedarme en la guardería, así que estoy aquí. Es más divertido contigo.

Su parloteo me oprime el pecho. Mis labios están entumecidos; siento que me va a dar un paro cardiaco.

—Papá, ¿me enseñas a montar en bici? Mi madre no tiene tiempo y tiene miedo de que me caiga. Pero tú eres más valiente, ¿verdad?

Su voz se desvanece y mi mente vuelve a sumergirse en la niebla, pesada y opresiva. No, por favor, para.

De repente, un sonido me saca de ese abismo. Alexa aparece, su rostro se aclara, pero sigo buscando algo más. Algo nuevo.

—¿Leo? —dice su voz, suave, mientras acaricia mi mejilla—. ¿Me oyes?

—Te oigo, Nieve; te oigo —respondo con dificultad.

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente.

—Lo siento —susurra con voz temblorosa.

Sus labios tiemblan, pero se mantiene firme. Entonces le pregunto:

—¿Dónde está Bella?

Alexa frunce el ceño y palidece.

—¿Bella? Quizá… No lo vi. Estaba haciendo la ronda. Iré a preguntar al recepcionista.

Siento un pulso en la cabeza: algo no encaja.

—Nieve, espera —la detengo—. ¿En qué año estamos?

Quiero reírme, pero la garganta me duele demasiado. Solo consigo emitir un sonido ahogado y una sonrisa forzada. Alexa se detiene, confundida.

—¿Compraste tu diploma con dinero?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

Alexa se pierde.

—Ya me di cuenta de que algo no cuadraba. Creí que estaba despierto, pero no lo estaba. En ese estúpido coma, vi a una niña. Pequeña, blanca, como tú. Tenía los mismos ojos. Me dijo que se llamaba Bella y que yo era su padre. Me pidió que le enseñara a montar en bici. Y León debería revisarse por si tiene herpes zóster.

—Cállate, Stender —me interrumpe Alexa, dejándose caer contra mi pecho y hundiendo su mejilla húmeda en mi cuello.

El tiempo se detiene. Está bien, nos merecemos este momento. Alexa se queda así un rato, intentando contener los sollozos mientras yo le acaricio el cabello suavemente.

Quiero arrancarme los tubos y abrazarla hasta que se disipen sus absurdas sospechas sobre mi inexistente familia.

—De todos modos —dice con la voz nasal, intentando ocultar sus lágrimas—. No estabas en coma. Solo te costaba salir de la anestesia, así que te indujeron un sueño médico. Y ya sabes…

—Yo también te quiero, Nieve. ¿Estás embarazada? —la interrumpo.

Alexa se endereza bruscamente. Su rostro está enrojecido; sus manos nerviosas agarran la tela de su bata sobre el vientre.

No respira, está temblando.

—Y sí, quiero que se llame Bella —le sonrío, extendiendo la mano todo lo que me permiten los malditos tubos, y paso un dedo por su vientre.

Alexa exhala ruidosamente, abriendo los ojos como platos.

—¿Qué esperabas, chica? Solo es cuestión de sumar dos y dos. Un mes de sexo ininterrumpido, y no siempre protegido. Y ahora tus manos sobre tu estómago. No soy idiota. De alguna manera, sé con certeza que va a ser una niña. Y voy a enseñarle a montar en bici. Probablemente, tendré que aprender a trenzarle el cabello.

Mis palabras se desvanecen cuando su cálida palma se posa sobre la mía.

Basta de hablar. Solo quiero sentirla. Sentirla.



Capítulo 32: Leo

Nieve se echa la bata hacia atrás cuando llaman a la puerta y pone cara de severidad. Excepto que no puede ocultar el rubor de sus mejillas. Y un pecho que sigue agitado por la respiración profunda. Finalmente, exhala en silencio, entrecerrando los ojos ante la luz del sol que se ha colado por las persianas y le da en la cara.

Tres semanas. Tres semanas jodidamente largas con sus batas cortas y su obstinación.

Interminables “eres demasiado joven, Leo” y “no puedes esforzarte demasiado”. Cualquiera diría que, con el esperma golpeándome el cerebro, no me estaba sobre exigiendo. Porque es imposible mirar sus pechos hinchados y no alucinar.

—¿Dices que no puedes hacer sobreesfuerzos?

Se inclinaba de este modo sobre mi litera, lanzándome una mirada que hacía que se me apretaran las pelotas en la garganta. Y los celos.

En todo el hospital había hombres maduros que miraban así a mi Nieve que tiene ya en la barriga mi Copito de Nieve. Pero mis celos se desvanecieron cuando me di cuenta de que llevaba un jersey de cuello alto bajo la bata. Y cuando viene a visitarme, se lo quita.

Si no hubiera sido por una enfermera anciana que me farfulló fuera de mi habitación:

“Dra. Montana, debe de hacer calor en la habitación de Stender si te has quitado la camiseta interior”.

Fingí que no me había enterado y que no entendía en absoluto por qué Nieve venía con las mejillas encendidas. Pero hoy por fin he conseguido convencerla.

Han pasado tres semanas y ya es hora de empezar a hacer ejercicio, no solo eso. Aún me hormigueaban un poco las palmas de las manos al tocar la piel sedosa de sus muslos.

—Mira —sonreí como gato, satisfecho—, estoy vivo y sano.

Me despejó un poco la cabeza. Debería volver a hacerlo. Pero Alexa ya no me oye. Desbloquea la habitación desde dentro con manos temblorosas, y mira a la enfermera con la bandeja en las manos de forma seria.

***

Es la hora de la medicación. Estoy tan harto que no veo la hora de irme a casa. La enfermera me realiza manipulaciones y me pincha el sufrido culo con otra ración de inyecciones. Después, me informa de que el cirujano que me operó está esperando en el despacho del jefe del departamento.

Y algo me dice que no se trata solo de la recuperación postoperatoria. Me muero de ganas de conocerle.

Estoy harto de estar tumbado en el hospital. Es hora de seguir con mi vida. Allí todo hierve y bulle, y hace mucho tiempo que me está esperando. “Club Lyon” es mío ahora, con Blake al cargo temporalmente. Es un tipo de confianza. Le confié cosas más valiosas.

El auditor de mi padre ha revisado todo el papeleo y los abogados han limpiado la mierda que había escondido por los rincones. Tengo muchos planes. Voy a abrir un centro deportivo con gran fama.

Abro la puerta del despacho del jefe de departamento y entro. No llamo a la puerta, me están esperando. En la mesa del jefe de la oficina está sentado un hombre corpulento. Es alto y fuerte. No parece muy amable. Señala con la cabeza la silla de enfrente.

—Entonces —empieza sin preámbulos cuando me siento—. ¿Follas a mi hija? ¿Y cómo estás por la vida?

Así, sin más. De buenas a primeras.

—“¿Quién se folla a tu hija y cuándo?” Perdiste el derecho a saberlo hace veinte años.

El hombre entrecierra los ojos y se calla. Padre de Nieve se estremece, pero no dice nada en respuesta. Sigue mirándome con una mirada gélida. Se parecen, se nota. El corte de sus ojos, el color, alguna sutil expresión de su rostro… Pero su pelo es el de su madre.

—Te tomas muchas cosas a pecho, muchacho —dice al fin, pero hay menos arrogancia en su voz.

—¿Cosas que no podrías asumir? La responsabilidad, por ejemplo.

De repente, el hombre que está en el amanecer de su fuerza se encoge de algún modo ante mis ojos y un cansancio asoma a través de su férrea confianza.

—No eres tú quien debe juzgarme, Leo —el cirujano se retiró hacia la ventana, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. No sabes cómo he vivido.

—Sé cómo vives ahora. Y cómo vive tu puta mujer. Exmujer, por supuesto. Ninguno de los dos se preocupaba por su hija.

—Tú tampoco eres un ángel, chico. El hombre se da la vuelta bruscamente y me lanza una mirada furiosa, pero a mí no me importa. Esta conversación se ha estado gestando en mi interior durante mucho tiempo.

—Te he preguntado por tu vida.

—Deberías haberte interesado más por la vida de tu hija —respondo con la mayor calma posible, pero noto que las cuerdas de la rabia empiezan a resonar en mi pecho—. ¿Dónde estabas cuando vivía con Greta? ¿Cuándo Whitney y tú estabais construyendo vuestras vidas perfectas? ¿Cuándo la madre arrastró a la niña a la gran ciudad para calmar su conciencia y se olvidó de ella con seguridad, empujándola a mis brazos? Dijiste que te interesaba, así que creo que sabes a qué me refiero.

—Basta —su voz empieza a flaquear y su rostro se vuelve gris.

—¿Dónde estabas, papá, cuando casi la violan en el parque hace un año? ¿O tu vida seguía siendo un desierto implacable?

—Yo…

Se hunde cansado en la silla y se cubre la cara con las palmas de las manos. Parece haber envejecido diez años de golpe.

Luego saca un cigarrillo del bolsillo y lo enciende. Aquí mismo, en el despacho del superintendente. Supongo que el padre de Alex es realmente una autoridad en medicina. Y eso lo hace aún más enfermizo e hiriente para ella.

—Sabes, un día llegó a ser un muro infranqueable. —Me lo dice en voz baja, mirándome a los ojos durante unos segundos, pero luego aparta la mirada—. Whitney Montana no me dejó al principio. Estaba enfadada.

—Una excusa estúpida.

—Estoy de acuerdo. Luego me dio vergüenza y no me atrevía. Pensé en hacerlo el fin de semana o en vacaciones, pero no pude…

Matthew Montana suelta un chorro de humo azul. Se queda callado un rato.

¿Quiere que me compadezca de él? Que le den.

—Leo, ¿Alexa está embarazada?

—Embarazada —asiento, sin dejar de mirar.

—No me lo ha dicho. Pero la vi vomitar por el bocadillo de marisco.

¿Por qué coño iba a decírtelo? ¿O debería siquiera hablar contigo?

—Ni a mí me dijo enseguida. ¿Sabes por qué?

—Lo sé —dice Montana cabizbaja—. No cree en la paternidad. Pero tú, muchacho, puedes cambiar eso, estoy seguro.

Así son las cosas. Yo no empecé así. Pero eso no me da ninguna lástima. Solo rabia por el gilipollas que cree que su familia es un obstáculo para su éxito en la vida.

—¿Cómo te encuentras? El informe dice que estás bien. He revisado los escáneres y el electroencefalograma. Creo que deberías poder volver a hacer deporte por completo pronto.

Supongo que debería darle las gracias por haberme salvado el pellejo, pero tengo la lengua como trabada. Pero intentaré hacer algo más importante que darle las gracias.

—Saluda a Alexa de mi parte, Leo.

—Díselo tú mismo.

—No —sacude la cabeza el cirujano—, ella no quiere verme. No me perdonará.

Maldito debilucho.

—Pero vas a intentarlo, ¡maldita sea, papá!

La ira, encadenada hasta ese momento, empieza a desgarrar los grilletes y a escupir saliva venenosa al hombre del otro lado del pasillo.

—Y aunque te eche cien veces, volverás arrastrándote a la primera. Y, si te esfuerzas lo suficiente, un día te sonreirá y tal vez incluso te permita sostener a su hija, tu nieta, en brazos. Por mucho que ahora te ahuyente, la niña que lleva dentro siempre ha querido que por fin su papá le prestara atención. Y tú deberías dársela.

—Tienes razón, Leo —asiente, pero hay esperanza en sus ojos.

Así que esperaba mi aprobación, ¿no?

—Tengo que intentarlo. Hacer algo.

No rechazo la mano tendida, aunque quiero apretarla hasta que me aprieten los dientes. Pero tengo que contener mi ira, al menos para agradecer que aquellas manos me sacaran de entre los muertos.



Epílogo

¡Alexa! Alexa, ¿dónde están las rodilleras de Bella?

Arrugo la mirada al techo, no puedo más.

—Leo, el perro se las ha comido. —Ve sin rodilleras.

—¡De ninguna manera! —el pánico en la voz de Stender es claro—. ¿Olvidas lo que pasó la última vez con Copito de Nieve? Cinco puntos, Alexa. A la mierda, que se quede en el corralito.

—Leo, tiene casi cinco años. ¿Qué corralito? No ha estado en uno desde hace cuatro años. Y no necesitas rodilleras en casco para montar en bici. Bella maneja bien.

Stender es insoportable. ¿Quién hubiera pensado que sería tan meticuloso con su hija? La protege como si fuera de cristal.

—¡Mamá, quiero galletas! —¡Mamá, quiero galletas! —exige la niña, sentada en el cuello de su padre al entrar en la cocina—. ¡Por favor, por favor, por favor! Solo una. Bueno, solo una a dos veces.

Esa sonrisa traviesa y esos ojos chispeantes, igual que los de su padre. Esos dos me están volviendo loca.

—Isabella Stender, no se te permite ni una galleta —digo, intentando poner cara severa, pero mi hija se da cuenta de que se me escapa la sonrisa.

—Volviste a pegar a José en la guardería. ¿Por qué lo hiciste?

—Dijo que me sobresalían las orejas —dijo ella, poniendo cara de inocente. —Y, de hecho, cuando hago mis propios dibujos como los de papá, ni José ni Andrea se me acercan.

—No vas a hacer ningún dibujo —dijo amenazadoramente Stender, haciéndole cosquillas en los talones. Te mostraré otra forma de explicar a estos… Que con Bella Stender no se juega.

Miro severamente a mi marido, pero vuelvo a reírme. Me encantan. Y entonces deja caer a Bella al suelo; me atrae hacia él y me besa.

Bella no nos lo puso fácil.

No sé cómo Stender lo soportaba, pero yo estaba a punto de subirme por las paredes. Hormonas, supongo. Y luego está el parto.

Leo no soportaba oírme, gritar desde el pasillo, así que pidió entrar en la sala de partos. Yo estaba lista para matarlo. No sé, en ese momento no tenía ganas de analizarlo. No puedo culpar a mi hija recién nacida. Le grité cien veces que no habría más sexo en nuestras vidas y que no se acercara a mí ni un metro.

Y él, pálido y con la respiración entrecortada, me agarró la mano, pero, aun así, se las ingenió para bromear diciendo que encontraría algo para mantener mi boca ocupada. Cabrón.

Tenía un ser humano saliendo de mí y él pensando en mamadas. Luego estaban mamá y George, amontonados en la puerta entreabierta de la sala; probablemente también algunos amigos, pero Leo no dejó entrar a nadie. Se sentó con su hija recién nacida en brazos junto a la ventana, mientras yo me acercaba a la cama y observaba desde mis párpados entrecerrados.

Y tal vez no había imagen más hermosa y natural. Un hombre adulto y un pequeño bulto de pelo blanco. Se miraban como si no existiera nadie más.

Recuerdo el primer cumpleaños de Bella. Nuestros amigos, mamá y George, vinieron a nuestro piso, y detrás de ellos, casi junto al ascensor, vi otra figura alta con una capa.

Leo me apretó ligeramente la mano y me di cuenta de que, con él cogiéndome así, podía intentarlo. Al menos intentarlo. Mi padre habló poco aquella noche, pero me miró tan fijamente a mí y a la inquieta niña que mi corazón se estremeció.

Él me ha salvado a Leo. Solo por eso, debería intentar encontrar un pequeño rincón en mi corazón, antaño tan profundamente herido, para mi padre.

Papá me pidió que trabajara en su clínica después de mi baja por maternidad y acepté. Ahora, en el despacho del jefe, las risas de la niña sonaban a menudo, y en las comisuras de sus ojos severos se asentaban pequeñas arrugas sonrientes.

Leo también me enseñó la carta que le había dado su madre la última vez que nos habíamos visto. Solo había unas palabras sobre lo mucho que le quería y le pedía que la perdonara por su infancia rota, pero también había una foto mía, un dibujo mío hecho con el lápiz.

A veces recordaba nuestra historia de amor, desde el acoso en la escuela hasta aquellos espantosos disparos en el ring.

Recordaba mi miedo a él y los momentos de placer que experimentaba entonces. Cómo mi corazón se había agrietado una vez por la frialdad de su mirada y cómo ahora rezumaba chocolate derretido por la calidez de sus ojos.

Hubo dolor y dificultades; no fue fácil arrancarle al destino tu trozo de felicidad. Pero, si conociera el camino de antemano, y no el resultado, seguiría arriesgándome a sumergirme de nuevo tan profundamente para desarmar el cuchillo y quedarme solo con la seda.

Epílogo del autor

Mis corazones-lectores, gracias por leer y vivir conmigo y con los personajes, esta difícil y dolorosa historia de primer amor. Sí, es triste en algunos puntos, en los que los personajes aún no están preparados para aceptarse mutuamente. Cometen demasiados errores, se hacen demasiado daño.

Y aunque el primer amor deja heridas, ellos se curan. A veces, cuando crecemos, nos damos cuenta de cómo arreglar las cosas. Y así no termina la historia de amor de Alexa y Leo. Está en sus corazones.

Pasaron por dificultades, por rupturas, por superar ofensas. No fue fácil, pero lo consiguieron. Esta es una de mis historias favoritas, y estoy inmensamente contenta de la respuesta que ha dejado en el corazón de mis lectores.

Espero que tú también la hayas disfrutado.

Escribo para ti. Tú eres mi inspiración.

¡Nos vemos en las páginas de nuevas historias!

Para comunicarte con el autor, enterarte de promociones y descuentos, expresar tu opinión sobre la historia y los personajes o informarte de promociones en el canal oficial del autor —.

En Telegram:

https://t.me/fans_linda_moon

En Facebook:

https://www.facebook.com/lindamoonlibros

Con mis mejores deseos, Linda Moon